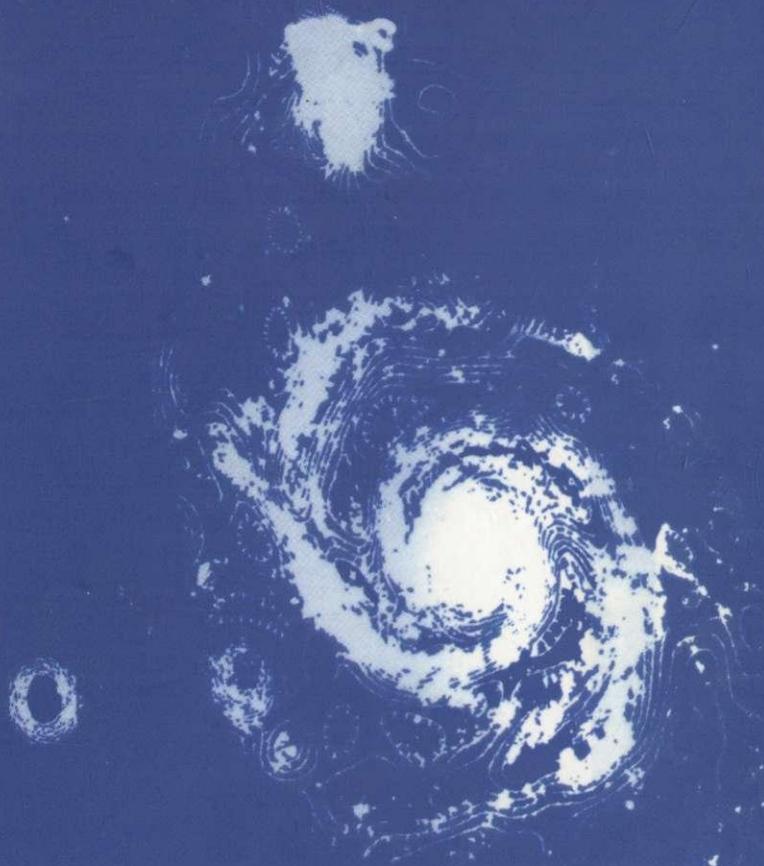


Marcos Santoro

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

el contacto, la iniciación



Argentinian

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

el contacto
la iniciación

Marco Santello



LIFE QUALITY PROJECT INTERNATIONAL
ARGENTINA 2008

Prefacio

La aparición de los Maestros verdaderos ha ocurrido y ocurre cíclicamente en la historia de nuestro planeta en los momentos de mayor crisis y necesidad. Algunos entraron en la historia, aunque su verdadera función no haya sido comprendida por todos; otros, en cambio, desplegaron y desarrollan su Trabajo a la sombra.

Las formas externas, el lenguaje utilizado y los vehículos de transmisión de su enseñanza necesariamente se fueron modificando con el tiempo, para adaptar su mensaje a la capacidad de recepción de los pueblos a los que se les entregaba.

Sin embargo, a pesar de la aparente discontinuidad en la transmisión de este mensaje auténtico y esencial para el Hombre, en el centro del Trabajo sutil del maestro verdadero se encuentra la totalidad de la evolución de la raza humana. Dicho Trabajo se ha iniciado desde la primera aparición del Hombre sobre la Tierra y aún no ha terminado.

La naturaleza del Trabajo mismo es tal que hace que éste tenga que desarrollarse en el interior del laboratorio, lejos del ruido y las interrupciones de un mundo distraído, allí el hombre aprenderá lentamente a sentir su propio Corazón, ya casi olvidado, pero que nunca ha dejado de clamar.

Este libro es una antología de diálogos, realizados sin un esquema predeterminado, y nació del deseo de compartir los frutos de una experiencia de crecimiento vivida junto a un maestro verdadero, Alfredo, al que tuve la fortuna de conocer hace muchos años.

El libro no pretende ser sólo una biografía. Más bien, representa el testimonio de una relación de enseñanza y de una experiencia de vida aún presente, que me han convertido en discípulo y amigo de una persona extraordinaria, a quien debo todo mi agradecimiento, mi respeto y mi amor.

El valor y la riqueza de su enseñanza van mucho más allá de lo que pueda transmitir en palabras que sólo son una referencia a las experiencias vividas, más numerosas que las aquí narradas. Expreso mi gratitud también a todos los Amigos que han estado cerca de mí en el Camino y que han hecho posible la realización de este libro y de otras cosas. Gracias.

Marco Santello

Birmingham, Gran Bretaña, octubre de 1994.

Presentación

Un maestro recibe a tres candidatos que querían ser sus discípulos. Durante la primera lección, uno de ellos se retiró porque el maestro se había comportado de manera excéntrica. El segundo oyó que los discípulos antiguos decían (aconsejados por el propio maestro) que éste era un estafador, y también se fue. Al tercero, el maestro le prohibió tomar la palabra cada vez que la pedía. También abandonó la escuela.

Entonces el maestro dijo a sus discípulos: —El comportamiento de los que no se quedaron ilustra tres preceptos valiosos. El primero, “no juzguen a primera vista”. El segundo, “no juzguen las cosas de gran importancia por lo que dicen los demás”. El tercero, “no juzguen nunca a partir del juicio que ustedes solos quisieran formular”.

El maestro es un profesional en el arte de enseñar, en evaluar la cualidad intrínseca, las verdaderas motivaciones, la sinceridad de la búsqueda de aquél que llama a su puerta. El no se confunde con la experiencia existencial del discípulo, sino que está siempre ahí, en el presente, nunca fuera del lugar de la situación en que se encuentra. El trabaja con el hombre de hoy, en el contexto actual, utilizando los medios oportunos, el lenguaje de la comunidad y la técnica adecuada a la necesidad. El es la guía que conduce lo

humano al Hombre, el Hombre al universo, muy diferente de un gurú, de un santo, de un iluminado.

Los buscadores pueden tomar el material que está ahí, a la mano, materia viviente, el Maestro, el más sutil, al que es más delicado acercarse porque se requiere la más grande simplicidad de ser, más allá del intelectualismo ávido y sediento de pruebas, muy lejos de los estados emocionales.

—Escucha la flauta de caña; su lamento es el lamento por la separación —canta Rumi.

La flauta es el alma que ha sido escíndida de su origen, el flautista. El flautista es Dios, es el anhelo constante del alma, lo sepa o no, de reencontrar el origen del cual fue separada.

—Hay una altura que escalar ¿Con qué escalera podremos alcanzarla? Usa tu cabeza como escalera; ponte de cabeza y apoya los pies en el cielo. —Nuevamente Rumi nos dice que debemos inclinar la cabeza, hacer a un lado la razón, abandonarnos. El corazón debe estar abierto; sólo así seremos uno. Aquél que abre de par en par su puerta al alba, puede decir: —Hazme entrar, porque delante de tu puerta estás tú, no yo; abre la puerta a tí mismo.

Para evitar conflictos, para no ofender otras sensibilidades pero también porque la verdad no puede manifestarse de manera precisa en la teoría, los grandes maestros se han expresado a través de la poesía, las narraciones, los símbolos.

Estos sistemas y otros análogos no se aprenden en los libros si no disociando la enseñanza del conceptualismo, el saber de la cultura. Lo que más me sorprendió cuando empecé a conocer a Alfredo fue que tomaba a la ligera la cultura y afirmaba la anulación del racionalismo. Yo siempre había considerado la cultura como el pan cotidiano, como la verdadera riqueza y miraba con desconfianza a quien consideraba la razón como uno de los peores

males, como una de las cadenas más pesadas. Era presumido e ignorante, a pesar de los títulos obtenidos y no llegaba a entender que me había indentificado a mí mismo con los datos de la cultura, en lugar de liberar mi “Yo” de esas superestructuras. Era necesario echar al mar todo el lastre que me impedía la evolución del “Yo”: impulsos, deseos, ambiciones, frustraciones, inhibiciones. Necesitaba entender cómo era yo en mi interior, aceptar mi Ser auténtico que habitaba dentro de una masa inmensa de condicionamientos creados por defensa o por miedo; posibilitar una mutación de todo aquello que no vibraba en armonía con él.

El programa de Alfredo consistía en aprender a través de la riqueza de nuestra vida cotidiana, en el contacto con los demás: evolución hacia el conocimiento de sí mismo porque “el que se conoce a sí mismo, conoce a su Señor” y descubre así el propio lugar y la función propia en el seno de la escala infinita de la creación.

Cuando transcurre la “acción”, toda explicación intelectual es inútil, no falsa o fuera de lugar. Aunque no se excluían, cultura y academicismo se desmitificaban. No era el modo de ser o de pensar lo destacable sino su mayor o menor funcionalidad. Un vaso de agua importa de diferente manera a un sediento en el desierto que a uno que está a punto de ahogarse.

La funcionalidad no reside en el vaso de agua sino en conocer su uso adecuado.

El camino indicado por Alfredo nos enseñaba a integrar las cosas separadas desde siempre, a despertar la conciencia de la divinidad del alma, a que trasluzca la luz en la oscuridad.

Esta es una pretensión de exagerada soberbia y profundo amor, pero “sólo para los amantes Bagdad no está lejos”, dice Suleika.

Nos incitaba a reencontrar la verdadera identidad, la propia dignidad a través de la evolución creciente de la propia interioridad, sin misterios, sin mentiras, indulgencia o autoconmiseración.

El hombre, imagen de Dios, puede llegar a ser su Verbo vi-
viente desarrollando las propias profundidades desconocidas, las facultades latentes de la conciencia.

En un mundo cambiante, la verdad es única y la experiencia del Uno es siempre la misma aunque se busque a través de palabras e imágenes diversas.

Tanto en la historia de la humanidad como en la vida futura, y porque la razón de ser del universo es la lógica de Dios, no hay más que un camino a seguir: lanzarse a la acción y afirmar esta verdad capaz de abrir en lo finito, lo ilimitado, de manifestar en lo dicho, lo innombrable.

Puesto que, en el fondo todo es como parece, no hay significados ocultos.

Antes de ser iluminado, un hombre se levanta cada mañana para ir a trabajar, regresa a casa, cena y se va a la cama, hace el amor con su mujer, se duerme.

Una vez lograda la iluminación, entonces ese hombre se levanta todas las mañanas para ir a trabajar, regresa a casa para la cena, hace el amor con su mujer, se duerme.

La diferencia está en la diferencia.

Hasan al Basri dice: —Pregunté a un muchacho que pasaba llevando una vela encendida en la mano “¿De dónde viene esta luz?” Apagó la lumbre y me respondió. “Dime tú adónde se ha ido y yo te diré de dónde venía”.

Natale Finocchiaro

¿En busca de qué?

—¿Qué sentido tiene vivir? ¿Para qué? ¿Qué deberíamos esperar de la vida, o cómo deberíamos usarla, si es esto lo que tenemos que hacer? ¿Y por qué no sabemos nada de nosotros mismos y de nuestra razón misma de estar aquí?

Me resultaba difícil, casi imposible, evitar estas reflexiones que acompañaron toda mi adolescencia, mientras me encerraba cada vez más en mí mismo, incapaz de hacerles entender a quienes me rodeaban lo que estaba buscando y lo que sentía en mi interior.

—¿Por qué los demás no se plantean las mismas preguntas? ¿Cómo evitan sufrir al constatar que vivimos en la ignorancia absoluta de nosotros mismos? ¿Cómo pueden vivir con tanta superficialidad?

Pensaba una y otra vez, y cada vez me sentía más solo y entre tanto no encontraba a nadie con quien hablar de estas cosas. La mayoría de las personas a mi alrededor parecía completamente ausente, negligente y ajena a lo que me atormentaba, y no conseguía entender cómo es que no oían las mismas preguntas dentro de sí.

Me esforzaba por imitar su despreocupación, pero no lo conseguía.

—¿Acaso nuestra vida es un error, una casualidad, en el universo? seguía preguntándome, —sin embargo, ¿por qué trae consigo todo este sufrimiento? ¿Qué nos incita a buscar respuestas? Debe existir algo más... Nacer, crecer y luego morir, todos nosotros aceptamos este ciclo con pasividad, como si no nos concerniera tanto, como si vivir fuese un hecho puramente accidental... y nadie parece atribuir la menor importancia a la necesidad de buscar respuestas, o por lo menos de entender un poco más. ¿Realmente, existen respuestas? Y en todo caso, ¿cómo buscarlas? Tal vez soy yo el iluso, el que busca cosas que no existen.

Tenía ocho años cuando murió mi padre, y apenas dieciséis cuando conocí las artes marciales. La pasión que alimenté por éstas estaba en estrecha relación con el vacío que la muerte de mi padre había dejado dentro de mí.

Este acontecimiento me forzó a conocer un aspecto siniestro de la realidad que yo ignoraba por completo y que me obligó a madurar antes y de un modo distinto al de mis coetáneos. Mi mundo de niño se vio alterado bruscamente sin piedad y conocí, por vez primera, la muerte, la soledad, el dolor.

Yo me decía: —He perdido a mi padre para siempre, por el resto de mi vida, y la conciencia de esto me hizo sufrir mucho durante largo tiempo, y a la vez me daba cuenta de que nadie realmente podía entender la confusión, la sensación de extravío y el dolor que sentía por dentro. Ese fue el primer acontecimiento que me arrojó, sin justificaciones o titubeos, al mundo de los adultos. De improviso, mi mundo había cambiado y no entendía la causa. ¿Por qué mi padre “se había acabado”, había desaparecido? En el funeral, el sacerdote dijo que había sido “llamado al cielo” para

estar junto a Dios. Recuerdo que escuchaba aquellas palabras y no las entendía.

—¿Llamado, sí, pero por qué? seguía preguntándome. —¿Qué sentido tiene? ¿Y quién o qué es Dios? ¿Y para qué sufro tanto?

Seguía haciéndome estas preguntas, mientras crecía, estudiaba y conocía nuevas cosas. Fue así como en los años sucesivos la conciencia y la necesidad de preguntar y conocer empezó lentamente a crecer, casi inadvertidamente. Esas preguntas asomaban brutalmente dentro de mí y no conseguía encontrar una respuesta coherente en ningún libro o en la religión: todo me parecía artificial, teórico. La religión parecía girar en torno a la esencia de mis preguntas con palabras, parábolas, mandamientos, reglas y todas me dejaban cada vez más confundido y necesitado de respuestas.

La religión católica, que me fue entregada como si fuese una obligación de familia, perdió su significado durante mi adolescencia, en el momento en que me di cuenta de su incapacidad de aportar un cambio real en mí, de responder de manera eficaz, concreta, a mi carencia. Quería saber, pero sin conformarme con palabras; quería cambiarme a mí mismo pero, al mismo tiempo, no veía a nadie a mi alrededor que pudiese demostrarme la eficacia de la religión en el interior de las personas; todo eso me dejaba confundido y desorientado.

Esta búsqueda me llevó a conocer, casi casualmente, el Kung Fu, arte marcial chino y, por consiguiente, las filosofías orientales. En realidad, no me interesaba ni la violencia, ni conseguir habilidades atléticas excepcionales: lo que me había fascinado de las artes marciales en general eran sus bases filosóficas que parecían alimentar a quienes las practicaban de un conocimiento especial,

unido a una habilidad de vivir su propia existencia fuera del alcance del hombre común.

Así, con un fuerte entusiasmo y ganas de conocer, empecé a practicar el Kung Fu y a leer libros sobre el Taoísmo y el Zen, en busca de una respuesta real a mis preguntas y a pesar de que trataba de mantener un comportamiento crítico hacia lo que leía, las filosofías orientales pronto empezaron a ejercer una sutil fascinación en mí, y muy pronto me parecieron diferentes a la religión cristiana: el Zen, por ejemplo, más que una religión era un sistema de vida que pretendía la transformación de quienes observaban sus principios, hasta conducirlos a lo que se conocía como “la iluminación”.

Lo que yo estaba buscando era precisamente un sistema de vida que colmase el vacío que sentía y que ayudase a conocerme mejor y lo que debía hacer con mi vida.

Había leído en los libros y escuchado de mi maestro de Kung Fu que las mismas artes marciales tradicionales eran capaces de producir una transformación global del Hombre. No es casual que sus raíces provengan del Budismo y del Taoísmo. Yo encontraba todo eso extremadamente fascinante.

Estas filosofías afirmaban que era posible efectuar un cambio de sí mismo, provocando un crecimiento, una aplicación práctica de las propias potencialidades latentes. Y, por lo que había entendido a través de la lectura de varios libros, las artes marciales no eran más que uno de los tantos medios para conseguir tales objetivos. Las filosofías orientales hablaban reiteradamente de “iluminación”, “crecimiento interior”, “despertar”, “conocimiento de sí mismo”, pero aún no entendía lo que había que conocer de nosotros mismos, qué necesitaba ser descubierto. Del mismo modo que no entendía por qué todas las culturas del mundo antiguo, a

través de milenios, habían confirmado la necesidad de alcanzar un tipo particular de conocimiento.

Era difícil entender el significado real y profundo de aquellas palabras, pero estaba convencido de que practicar el Kung Fu, poco a poco, me llevaría a conocer el significado de aquellas definiciones y, en consecuencia, a “conocerme a mí mismo”, aun cuando no supiese exactamente lo que significaba en realidad. Así, las artes marciales y sus filosofías acabaron siendo mis únicos medios para tratar de descubrir el sentido de mi existencia.

Después de varios años de estudio, la duda de que cuanto hacía no me llevaría a lo que buscaba empezaba a hacerse cada vez más fuerte. Las palabras se acumulaban unas sobre otras, dejando una apariencia superficial de certeza por encima de una incertidumbre interior angustiante y sin solución. Había aún algo que faltaba en aquellas teorías y explicaciones, en aquellos sistemas de pensamiento pero, en ese tiempo, no sabía lo que era.

Sin embargo, lo que sabía con certeza era que quedaba una clara sensación de carencia y de insatisfacción, que nacía de la imposibilidad de usar, de manera concreta, aquella masa de información. Tal vez esta información era de vital importancia y probablemente representaba la “Verdad” que había que seguir, pero yo parecía incapaz de sacarle provecho, o incluso de atisbar el modo de usarla con eficacia.

En realidad, a través de esta búsqueda personal que llevaba por tantos años sobre las filosofías orientales, sólo había acumulado fragmentos de verdad esparcidos al azar. Estudiar antiguos textos filosóficos, tratar de poner en práctica en la vida cotidiana lo que éstos decían, memorizar frases sabias, todo ello podía ser estimulante, agradable, pero no tenía ninguna utilidad para mí, no era eso lo que sentía necesitar más. Me daba cuenta de que, con

el paso del tiempo, no estaba ocurriendo ningún cambio en mí, mientras que era esto lo que yo trataba de realizar.

Después de leer docenas de libros me encontraba de nuevo solo conmigo mismo, con mis preguntas angustiantes, y ninguna respuesta satisfactoria.

A pesar de esta incertidumbre acerca de la eficacia del estudio que había emprendido y de la práctica del Kung Fu, pensaba que ya había iniciado, de cierto modo, un proceso de crecimiento. Era más o menos consciente de lo incompleto de mi búsqueda; sin embargo, al mismo tiempo, las filosofías orientales y las artes marciales eran lo más cercano a lo que consideraba el camino que tenía que seguir.

A través de mi búsqueda, no obstante, había logrado encontrar un hilo conductor, una base común a todas las religiones y filosofías del mundo antiguo que estaba estudiando: todas, indistintamente, hablaban de la necesidad de crecer, de cambiar, de superar límites intrínsecos a la constitución del hombre, de obtener el Conocimiento.

Es verdad que cada método proponía maneras distintas para obtener tal cambio: el uso de la meditación, el ascetismo, la compasión, el observar determinadas reglas de comportamiento, pero yo lograba vislumbrar, en todas, una proyección hacia algo muy superior al Hombre, un trascender la limitación hacia objetivos más allá de aquellos que el hombre "común" se atreve a proponerse en la vida diaria.

Tales métodos requerían un trabajo preciso que había que efectuar sobre sí mismo durante la existencia terrenal. Un trabajo que había que realizar aquí, en el mundo, para trascender sus límites.

Esta profunda convicción de que realmente existía algo que

había que buscar, me dio fuerzas para superar la amarga conciencia de que necesitaba llegar a entender algo más de la vida común y sin significado que casi todos vivimos. Tenía aún muchas dudas y temores, pero algo era cierto: quería llegar hasta el fondo, quería saber.

El último año de la escuela superior fue un año difícil. Yo estaba obligado, a hacer una elección sobre cómo orientar mi futuro, y ésta fue para mí una tarea difícil. Por varios meses hacer frente a "qué hacer" mañana se volvió sinónimo de "qué quiero realmente de mí" y "qué es realmente importante para mí".

La adolescencia en verdad había terminado, y aún no sabía lo que quería hacer de mí mismo. ¿Qué camino debería escoger? ¿En qué cosa encontraría la satisfacción de mis aspiraciones?

"Qué hacer" era un detalle, en realidad. Lo que en verdad me preocupaba era la renovada conciencia de no tener certezas acerca de nada. O mejor aun, me sabía incapaz de seguir aceptando las certezas que había tratado de cultivar y a las que me había asido hasta ese momento. Ahora todo era distinto, y debía tomar una decisión consciente sobre lo que realmente quería realizar de mí mismo.

Así pues, era el momento de mirarme interiormente con lucidez y sin crearme excusas. Pero, ¿realmente sabía lo que quería de mí?

Aquel invierno del '85 lo recuerdo en todos sus detalles. Las preocupaciones atraían otras preocupaciones, sin que consiguiese encontrar una salida, y cualquier cosa que leía resultaba un estímulo a la reflexión, al análisis y a la crisis.

Después de los meses invernales dedicados cada vez más asiduamente al estudio, por fin llegaron las vacaciones de Pascua, muy breves, que habrían de ser las últimas antes de los

exámenes de bachillerato, y que casi para todos transcurrieron entre libros.

Al volver a la escuela vi nuevamente los rostros preocupados de mis compañeros. A los pocos minutos ya estábamos en clase. Las horas transcurrieron ante la indiferencia general, hasta la cuarta hora, la de redacción. Cuando la clase terminó, el profesor dijo:

—Acaba de llegar una circular del Ministerio de Educación. Cada año se convoca a un concurso, en el cual pueden participar todos los últimos grados de las escuelas primarias y superiores. Se trata de preparar una composición, que puede ser escrita a nivel individual o en grupo. Se pide hacer una comparación entre la situación política inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial y la que prevalece en nuestros días en Europa.

En cuanto terminó de decirnos el tema de la composición surgieron sonrisas y bostezos. Esa fue también mi reacción instintiva. ¡Qué aburrimiento! Bien hubieran podido encontrar un título más interesante. Luego el profesor añadió:

—El premio del concurso es un viaje cultural a Checoslovaquia. Si me permiten—, agregó luego con una ligera sonrisa, —quisiera darles un consejo. Cada año, son pocos los que elaboran este tipo de composiciones. En otras palabras, ganar el viaje cultural es casi seguro. Decidan ustedes; si alguien estuviese interesado, le suplico me lo haga saber lo antes posible, de manera que yo pueda proporcionarles toda la información necesaria. Hasta mañana—, y se marchó.

Cuando el profesor hubo salido, se oyeron los primeros comentarios.

—¡En mi vida lo haré!— vociferó alguien. —Es una pérdida de tiempo, sobre todo ahora que tenemos los exámenes—, y frases

parecidas. Yo dije: —Si lo hacemos en grupo, probablemente no le robe demasiado tiempo a la preparación de los exámenes. Por lo demás, aun cuando es muy aburrida, la composición bien podría traernos un viajecito gratis, así que, ¿por qué no? ¿Quién quiere hacer la composición conmigo?— Ángela, Doris y Giancarlo aceptaron diciendo:

—Tratemos, después de todo no tenemos nada que perder, ¿no es cierto?

En los días sucesivos empezamos a organizar el trabajo: biblioteca, escribir los textos a máquina, ampliarlos hasta obtener el mínimo aceptado según las reglas del concurso, etcétera. En cuatro semanas, la obra maestra estaba concluida. A mediados de mayo enviamos la composición, y al término de algunas semanas nos informaron que habíamos ganado el viaje.

—¡Magnífico!— gritamos cuando nos dieron la noticia. —¡Mucho más fácil de lo que hubiésemos pensado!— mientras podíamos notar las miradas cargadas de envidia que nos lanzaban, a nosotros los ganadores, los demás compañeros de clase.

Después de algunos días, sin embargo, el profesor nos informó que, por problemas de carácter político, había sido cambiado el destino del viaje: no iríamos a Checoslovaquia, sino a Turquía. Nos buscamos con la mirada con una expresión que parecía decir: ¿Qué diferencia hay? Al fin y al cabo sigue siendo un viaje gratis, ¿no?

Nuestra falta de entusiasmo se debía al hecho que, a los 18 años, ninguno de nosotros habría soñado con ir a Turquía, en caso de que hubiésemos tenido que decidirlo por iniciativa propia. Y no porque no fuese un país interesante. El hecho es que, a esa edad los países que se desea visitar son generalmente Inglaterra, Francia o España; como quiera que fuese, nos sentíamos satisfechos.

Hace diez años, Turquía no era visto aún como una meta turística de las más interesantes, pero muy pronto habríamos de cambiar de opinión. Y, de cualquier modo, sería un viaje del que nadie sabía qué esperar, al contrario de lo que habría ocurrido si hubiésemos ido a cualquiera de los países europeos.

En los últimos días de junio llegaron los tan temidos exámenes y continuaron hasta la primera semana de julio. El viaje habría de empezar a fines de julio, el lunes 21, y terminaría el martes 29.

Entre el final de los exámenes y el viaje, trabajé durante un par de semanas como camarero, trabajo que habría de reanudar al regreso del viaje, para ganar un poco de dinero para poder inscribirme luego a la universidad.

Había decidido que, a mi regreso, me inscribiría en el Instituto Superior de Educación Física, en Aquila: me interesaba apasionadamente el estudio del movimiento, el cuerpo humano y sus potencialidades.

Mientras tanto, había emprendido ya una suerte de estudio personal a través de las artes marciales y ahora me disponía a proseguir tal estudio de manera más profunda, a través de un enfoque completamente diferente, un enfoque científico. De una manera muy personal, mi búsqueda continuaba...

Y llegó el día esperado de la partida. Los ganadores del concurso nos encontramos en la plaza del autobús que nos llevaría a Roma, de donde habríamos de volar hasta Estambul. Pienso que ese viaje en avión fue uno de los más ruidosos que la Turkish Airlines pueda recordar. La emoción llegaba hasta las estrellas: para entonces, los exámenes eran sólo un recuerdo, y el verano empezaba con ¡un viaje gratis al extranjero!

Hacia el mediodía llegamos a Estambul. En el aeropuerto encontramos a nuestro guía que nos acompañó hasta un elegante

hotel en el centro de la ciudad. Allí descansamos durante algunas horas y luego empezamos un breve recorrido por la ciudad, sin una meta preestablecida.

A pesar del calor tórrido que todos sufríamos, el ambiente de aquella ciudad nos pareció verdaderamente fascinante e insólito, tal vez gracias a que Estambul es occidental y oriental al mismo tiempo.

La elegancia de nuestro hotel y de la zona en la cual se encontraba contrastaba fuertemente con la pobreza de los barrios situados a poca distancia, un contraste que nos impactó de manera singular. En algunas zonas de la ciudad, parecía como si el tiempo se hubiese detenido, mientras nosotros tratábamos de correr dentro de él, tomando fotografías y alborotando entre las callejuelas.

El primer día nos sentíamos más bien frescos y llenos de energía, pero aún no sabíamos lo que nos esperaba en los días siguientes.

Los tres días que siguieron los dedicamos a la visita, extenuante, de todas las zonas más interesantes de la ciudad: primero nos dirigimos a la Mezquita de Solimán el Magnífico y a la Mezquita Azul, luego visitamos Santa Sofía, el Hipódromo Bizantino, el Palacio de TopKapi y por último el Gran Bazar.

Todo lo que pasaba ante nuestros ojos era demasiado fascinante como para poder apreciarlo de aquella manera pero, a pesar de la rapidez con la cual íbamos de un lugar a otro, estábamos extasiados. Ninguno se esperaba que hubiesen tantas cosas admirables en aquella ciudad que sólo pocos sabían dónde se encontraba en el mapa antes de aquel viaje.

En lo personal, yo estaba atónito. Lo que más me impactó fueron las inmensas mezquitas. Había visitado casi toda Italia y

sus catedrales, antes, pero la sensación que experimentaba en el interior de aquellas mezquitas era diferente. No conseguía explicarme cuál era la razón, pero emanaba de ellas casi una sensación de sobriedad y de "esencial" que nunca antes había experimentado dentro de un recinto religioso.

A pesar de los arabescos y los acabados arquitectónicos que adornaban incluso los rincones más escondidos, dentro se respiraba un aire austero, diferente.

En las mezquitas que visitamos, vimos rezar a algunas personas, inclinándose sobre el piso, y el guía nos explicó algunos principios de la religión musulmana.

—Después de todo, su religión no es muy distinta de la religión del mundo occidental— dije para mis adentros —creen en un solo Dios y en su perfección, creen en sus profetas y en los santos. Seguramente tendrán reglas distintas a nuestra religión, pero la finalidad es idéntica. Buscan un contacto con la divinidad a través de la oración y su correcta existencia.

Mientras mis amigos tomaban fotografías por doquier, yo seguía observando aquellas palabras en árabe. El guía me explicó que eran versos del Corán, en los que se loaba a Dios y sus cualidades.

No sabría cómo explicarlo, pero por un instante tuve la fuerte impresión de que aquel pueblo había vivido, y probablemente vivía aún la religión de manera más fuerte y profunda que nosotros la nuestra.

La última noche que pasamos en Estambul fuimos a cenar a un restaurante del Mar de Mármara, después de lo cual asistimos a un espectáculo y a la clásica danza del vientre en el Kervansaray. Cuando volvimos al hotel, caímos en la cama, muertos de cansancio. Al día siguiente, a las primeras horas de la mañana, nos trasladamos a Ankara.

En cuanto llegamos visitamos el Museo Arqueológico y la Ciudadela. Por la tarde, después del tan esperado descanso en el restaurante, visitamos el Templo de Augusto, la Mezquita Hacibayram y el Mausoleo de Ataturk. Todos pensamos que, aun cuando Ankara fuese la capital de Turquía, no tenía la misma fascinación de Estambul, que representaba tal vez a la capital cultural del país.

Al día siguiente, visitamos la zona arqueológica de Alacahoyuc, una antiquísima necrópolis que data del 3 000 a.C. y Yazilikaya. Luego siguieron las visitas al Gran Templo dedicado al Dios de la Tempestad y Buyuk Kale, con su Palacio Real y la Puerta de los Leones.

En la tórrida tarde, partimos para Cappadocia. El viaje fue extenuante, pero cuando llegamos, nos dimos cuenta de que había valido la pena.

Aquí visitamos la ciudad subterránea de Kaymakly y el Valle de Goreme, con sus fascinantes iglesias rupestres adornadas de frescos bizantinos.

En cuanto terminó la visita a las iglesias, para entonces saturada de aquellos visitantes que se precipitaban a un ritmo infernal, una parte de nuestro grupo se acercó al autobús estacionado a poca distancia. Mientras esperábamos a que llegaran los otros miembros del grupo, un par de amigos y yo nos detuvimos a mirar los pequeños negocios, donde había ancianas que vendían telas bordadas y otros objetos locales.

Yo compré muñequitas de tela hechas a mano que nos dijeron eran típicas de aquella región. Luego vi, entre varios objetos de bisutería, unos que atrajeron mi atención.

Eran pequeñas espadas de plástico, transparentes y multicolores, en cuyo extremo se enganchaban pequeños círculos de

metal. Las compré, pensando que eran bonitos objetos para colgar o regalar a alguien.

Cuando se las indiqué a una anciana que las vendía, haciéndole señas de que quería comprarlas, me sonrió, y siguió mirándome con una extraña luz en los ojos hasta que subí al autobús. Algunos de mis amigos me preguntaron: —¿Qué piensas hacer con esas cosas?

No respondí. A decir verdad, ni siquiera yo lo sabía. De hecho, tampoco estaba seguro de que las iba a usar, puesto que yo no era dado a ponerme adornos o collares, pero me gustaban...

Partimos para Aksaray, donde pasamos la noche. Para entonces, todos empezábamos a sufrir de cansancio crónico, dado que las visitas eran en verdad extenuantes, a causa de las distancias que recorríamos, del clima tórrido y de la comida a la cual ninguno de nosotros estaba acostumbrado.

Existe la asistencia y existe la ocasión

El domingo 27 de julio partimos para el valle de Peristrema, donde visitamos la aldea de Selime y el albergue para las caravanas de Agzikarah. Al día siguiente, después de un veloz desayuno, partimos para Konya.

Ninguno de nosotros sabía exactamente lo que había en aquella localidad. Mientras nos encontrábamos en el autobús, el guía empezó a hablarnos de su mausoleo, el Mausoleo de Mevlana, que se había hecho famoso debido al movimiento religioso de los Derviches danzantes. Por desgracia, en el interior de aquel calurosísimo autobús, nadie conseguía escuchar al guía, que parecía volverse cada vez más despótico a medida que pasaban los días.

Encontramos un gran número de autobuses estacionados fuera del patio del mausoleo, provenientes de diversos países, y se podía distinguir a muchas personas dentro del patio. Yo tuve la impresión de que Konya tenía que ser un destino obligatorio para quienes visitaban Turquía, puesto que eran tantas las personas que hacían fila para entrar al museo y al mausoleo, situados a poca distancia uno del otro.

A la entrada del museo, a todos aquellos que llevaban pantaloncillos cortos se les pidió que se pusieran una falda, para cubrir las piernas, y se nos pidió que nos descalzáramos antes de entrar. En ese momento, todos nos dimos cuenta de que aquél también era un lugar religioso y que debíamos respetar su silencio y su sobria atmósfera.

De los jardines emanaba un fuerte perfume, y grandes jarrones de flores flanqueaban el pasaje que conducía al portal principal. Desde el exterior se podía notar un alto y esbelto minarete, con una torre cónica de color turquesa a un lado, compuesta por varios gajos, en cuyas bases se podían ver frases escritas en árabe.

En la base del minarete se encontraba una estructura de base octogonal, que terminaba en una gran cúpula. Otras cúpulas más pequeñas se encontraban encima de la entrada principal. En los portales había dibujos geométricos intrincados y elaborados, formados por cuadrados y triángulos que se entrelazaban y se intersectaban dando origen a dibujos infinitos, sin inicio ni fin, creando complicadas figuras en forma de estrella.

Yo no entendía el significado de aquellos dibujos que, en otro contexto, casi hubieran podido parecer esquemas de circuitos electrónicos. ¿Qué significaban? ¿Qué trataban de decir, en un lugar religioso como aquél, que era la meta, como luego nos explicaría el guía, de peregrinajes de todo el mundo?

Mientras razonaba conmigo mismo, me encontré en el interior del museo. Después de pocos instantes, me di cuenta de su majestuosidad. Largos tapices cubrían los corredores, adornados con numerosas frases escritas en árabe enlazadas entre sí para crear dibujos en el interior de otras tantas figuras geométricas. Había una atmósfera muy singular, casi enrarecida, impalpable, pero que podía percibirse; la luz que se filtraba por las altas vidrieras co-

loridas situadas por encima de los atrios, adornados con grandes tapetes, confería a aquel ambiente un aspecto casi irreal. Algunos de ellos, nos explicaba el guía, eran antiguos tapetes de oración de valor incalculable. Las columnas estaban recubiertas por intrincados motivos florales y también enriquecidas con frases en árabe. Noté también altares, recubiertos de tapetes, en cuya cima habían colocado algunos turbantes que terminaban con delgados cilindros. Después de caminar a lo largo de los numerosos corredores, el guía se detuvo para explicar la historia de aquel lugar y del fundador de la orden de los Derviches danzantes, Mevlana Jalaluddin Rumi.

—Es una orden religiosa— empezó a explicar el guía, —que trata de acercarse a Dios a través de la música.

—Que extraño— pensé entre mí —es la primera vez que oigo una cosa parecida.

De pronto escuché, a lo lejos, el sonido de una flauta que hacía eco en los atrios del museo. No era semejante al sonido de la flauta que nosotros conocemos, parecía más un lamento sutil, ligero, que el sonido de un instrumento musical. En ese instante, me pareció muy extraño que se pudiese tocar una flauta dentro de aquel lugar.

Por un brevísimo instante pensé que provenía de afuera, tal vez producido por alguien que estaba tocando en el jardín, pero por la manera que hacía eco entendí que debía provenir de adentro. Una vez desechados estos pensamientos, sentí una fuerte curiosidad de ver quién estaba tocando aquella flauta y dónde lo hacía.

El sonido era seductor y agradable, sin embargo no era precisamente una melodía: era un sonido prolongado, casi como si fuera una improvisación más que un trozo musical verdadero.

Comencé a alejarme de los demás, lentamente, mientras el guía seguía hablándole al grupo ya presa de una nueva crisis de aburrimiento y cansancio. Yo quería entender de dónde provenía aquella música, pero no lo conseguía. Era como si viniese de lejos: era clara, pero al mismo tiempo extremadamente difícil de localizar. Caminé a lo largo de varios corredores y, después de atravesar algunos salones, renuncié.

Sin darme cuenta, había llegado a un enorme salón, donde grandes frases sobre un fondo verde esmeralda imponían una extraña sensación de temor y de respeto al mismo tiempo. Este salón parecía distinto de los otros, más solemne, lleno de dignidad.. Una vez adentro, ya no pude oír el sonido de aquella flauta, para entonces había desistido de querer localizar de dónde provenía.

A primera vista parecía desierto, y después de haber mirado un poco alrededor, no vi ni siquiera a un turista. Mientras seguía mirando, en un rincón descubrí a una figura.

Podía verla de espaldas a mí: estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un tapete, de cara a un altar, también recubierto con un tapete, con un turbante de color negro en la parte más alta. Pensé: ¡Qué extraño! Tal vez esté rezando... pero ¿por qué tendría que hacerlo aquí, entre los turistas?

No obstante, aquel salón, que contrastaba fuertemente con las demás salas, estaba extrañamente vacío, y recuerdo perfectamente que aquel detalle me sorprendió. Poco después, intuí que era un hombre por sus rasgos físicos. Estaba envuelto en una capa que parecía hecha de hilachas sucias, y en la cabeza llevaba un turbante. Seguía inmóvil, en apariencia sin hacer nada, y tuve la fuerte impresión de que estaba en espera de alguien o de algo.

Quizá llevado por la curiosidad, me acerqué lentamente a él, tratando de adoptar un comportamiento desenvuelto y fingiendo

que admiraba los tapetes colgados de las paredes, pero no quería perturbarlo, independientemente de lo que estuviese haciendo allí.

Cuando estuve a pocos metros, bajé la mirada hacia él como si, por pura casualidad, apenas hubiese acabado de admirar aquellos tapetes.

Después de unos instantes, vi que se volvía lentamente hacia mí.

Era un anciano, con un rostro arrugado y cubierto por una escasa barba blanca que contrastaba con su tez oscura. Era muy pequeño y delgado, pero tenía unos ojos que denunciaban una edad distinta de la que aparentaba. Por un breve instante tuve la impresión de que se trataba de un joven disfrazado de anciano, pues tanta era la fuerza que sentí en aquella mirada. Sus ojos, muy negros, me miraban profundamente, y yo lo miré a mi vez, en silencio.

—Acércate— me dijo en un extraño inglés, que yo entendí a duras penas.

Con una sonrisa embarazosa avancé unos pasos para luego darme cuenta de su edad a medida que me aproximaba a él, casi sin saber cómo había llegado o qué estaba yo haciendo.

—¿Te gusta este lugar?— me preguntó, mientras yo aún pensaba en lo que le diría.

—Sí— respondí tímidamente —es muy interesante.

—¿De dónde vienes?— volvió a preguntarme.

—Soy italiano. Vengo de una localidad que se encuentra en la costa del Mar Adriático, en el centro de Italia.

—¿Sabes?, es una zona muy interesante— dijo.

Permanecí un poco sorprendido por este comentario. ¿Realmente conocía la zona de la que era originario, o sólo estaba tratando de ser cortés?

—Tengo amigos, grandes amigos, en esos lugares— añadió, mientras lo miraba con creciente escepticismo: ¿un anciano mendigo, allí, en ese salón, en Turquía, con amigos en mi región? ¿Acaso pensaba que era yo un ingenuo, o tal vez quería una limosna?

Mientras pensaba, yo seguía estudiando su aspecto con insistencia. A su lado, descubrí un bastón retorcido y una escudilla vacía.

Aquellos ojos seguían traicionando su edad y su fuerza, a tal grado que casi empecé a dudar de que fuese en realidad un mendigo.

A pesar de aquellos hilachos que llevaba puestos y de su físico macilento, el modo de hablar y sus ademanes emanaban una extraña sensación de fuerza y lucidez mental. Tratando de superar el bochorno, le pregunté qué estaba haciendo allí.

—Estoy esperando— me respondió, y me miró de nuevo con fijeza a los ojos, serio.

Por un instante, pensé que estaba un poco loco, pero al mismo tiempo sentía que me equivocaba. Era extraño, aquella situación era extraña, y aún no conseguía aprehenderla, del mismo modo que no había conseguido saber de dónde provenía el sonido de aquella flauta.

—¿Esperando?— pregunté con impaciencia.

—Estoy esperando a alguien —respondió. —Alguien que no sabe que teníamos que encontrarnos, pero que de todas maneras me encontrará.

Sonreía mientras decía estas palabras, lleno de calor, con la sonrisa de un padre a su recién nacido, como si estuviera hablándole con compasión a un estúpido. Aquel comportamiento empezaba a molestarme un poco, mientras me preguntaba por qué me hablaba de aquella manera.

¿Qué quiere decir “estoy esperando a alguien que no sabe que teníamos que encontrarnos?””, pensé. ¿Es acaso una broma para turistas?

Esta vez esperé que fuese él quien reanudara la conversación, sin hacer más preguntas. Después de un breve silencio, me dijo: —Las personas no saben nada, viven en el sueño mientras piensan que están despiertas. La arrogancia y la presunción los paraliza y, mientras tanto, la vida pasa a través de ellas sin que puedan asir su significado; vienen al mundo, viven y mueren en la inconciencia. Ni siquiera saben por qué vienen aquí— y señaló, con un amplio ademán, el salón, pero yo tuve la impresión de que se refería al mundo, más que a aquel lugar. ¿O tal vez se refería a ambos?

Tuve la impresión de que pronunciaba aquellas palabras casi como si estuviese hablando consigo mismo. Por el tono de su voz parecía que afirmaba cuanto decía con la máxima seguridad y convicción, sin esperar ni siquiera un indicio de asentimiento o de participación de mi parte. —¿Y tú, por qué estás aquí? me preguntó después con un tono provocador.

—No tengo la menor idea— pensé, pero no dije nada, enmudecido por aquellas palabras y por su comportamiento: había olvidado por completo el sonido de la flauta.

Mientras seguía viéndome de aquella manera tan extraña, reanudó la conversación: —Las personas viven en un mundo que se basa en ilusiones, alimentadas por las personas mismas. De tal modo se encuentran atrapadas en sus sueños, que no ven la Realidad, ni sienten la necesidad de buscarla.

Estaba serio, sereno, mientras pronunciaba aquellas palabras que tenían una extraña resonancia dentro de mí, penetrante, casi dolorosa. El tiempo parecía haberse detenido, cuando se interrumpió por algunos instantes. Luego de un poco, volvió a hablar:

—Existe un mundo invisible, el mundo de lo Real, paralelo y, al mismo tiempo, más allá del mundo visible.

Alzó luego la mirada hacia las altas vidrieras de aquel salón, por las que se filtraba la fuerte luz del sol, y siguió hablando: —Existen Puertas que ponen en comunicación a ambos mundos, si así los quieres llamar. Aquellos cuya sensibilidad está adormecida, y que han renunciado a toda búsqueda, no ven la apertura hacia el mundo invisible que interactúa constantemente con el visible. Lo que los hombres adormecidos llaman “milagros”, “coincidencias”, acontecimientos “inexplicables”, son aspectos del mundo invisible que trata de mostrarse a sí mismo ante el mundo visible, pequeñas aperturas que se crean por algunos instantes.

Volvió a bajar lentamente la mirada hacia el altar de enfrente, para luego volverse hacia mí, y dijo:

—Y cuando eso sucede, hay siempre una razón precisa.

Yo no conseguía entender ya el sentido de sus palabras, ni su lógica. No parecía ser un predicador, pero escucharlo me provocaba un fastidio que no lograba explicarme. Después de una breve pausa, mientras sentía como si mirara dentro de mí, susurró:

—Existe la asistencia... y existe la ocasión...

Para entonces, la cabeza empezaba a dolerme. Era como si alguien estuviese intentando violentar mis pensamientos, que ya corrían salvajes en mi cabeza. Yo trataba de prestar atención, de entender, pero era como si estuviese paralizado por lo que decía. Aún no conseguía saber quién era aquel hombre, o qué pretendía realmente. ¿Por qué me estaba diciendo todo aquello? El salón seguía vacío, y sólo podía oír la voz del anciano, que volvió a hablar después de unos instantes:

—Existen seres que han desarrollado sus capacidades... han

existido, existen y existirán mientras el Hombre sienta necesidad de ellos para evolucionar. Estos seres han roto el sueño y, de este modo, han desarrollado los instrumentos para poder despertar a quienes sienten la necesidad de buscar...

—¿Buscar? ¿Qué es necesario buscar precisamente? —me preguntaba a mí mismo.

—No estás aún preparado para entender— dijo después de una breve pausa. —Vuelve a tu país. Tal vez allí encuentres a alguien, a algún amigo— y sonrió otra vez.

La sensación que experimenté en ese instante fue de confusión e irritación al mismo tiempo, pero no conseguía separarme de aquella figura. Luego, con una expresión seria en el rostro, me miró y dijo:

—Entre el Cielo y la Tierra se encuentran las posibilidades. Existe la asistencia, y existe la ocasión... las posibilidades... búscalas con un corazón sincero, y las encontrarás... que Dios te bendiga...

Luego se volvió lentamente hacia el altar, para quedar en silencio. Yo permanecí mirando durante un rato a aquel anciano, que ahora seguía sentado inmóvil así como lo había encontrado unos minutos antes, solemne e imperturbable en su extrema sencillez. Empezaba a sentirme mal, sentía una gran náusea dentro de mí y sentí que me caía encima el cansancio, de repente. ¿Qué quería decirme? ¿Por qué ahora ya no me hablaba?

Esperé algunos minutos, hasta que, presa de un fuerte dolor de cabeza, empecé a acercarme la salida. Cuando volví a mirar hacia el altar, aquel hombre ya no estaba allí. En ese momento, sentí una fuerte necesidad de salir, respirar, recuperar el control de mis pensamientos. Aquella situación había creado en mí una extraña sensación de impotencia.

¡Me había perdido! ¿Dónde estaban los demás? Después de atravesar ocho grandes salones, vi a los primeros turistas caminar lentamente a lo largo de los corredores. ¡Finalmente personas!

¿Pero dónde estaba mi grupo? Le pregunté a un vigilante dónde estaba la salida. Cuando la encontré, vi a algunos de mis amigos, que me recibieron furiosamente:

—¿Se puede saber dónde diablos estabas? ¿Por qué te alejaste del grupo? ¡No sabíamos dónde buscarte!

Luego avanzó el guía gritando:

—¿Dónde te habías metido, eh? ¡Llevamos más de dos horas buscándote!

—¿Más de dos horas? ¡Es imposible!— pensé. —Cuando mucho habré estado hablando con el anciano unos quince minutos.

Pero no tuve el coraje de decir nada o de discutir, de tan enojados que estaban. Luego, sin dejarme notar, miré el reloj, y vi que en efecto habían pasado cerca de ¡dos horas y media!

¿Cómo era posible que hubiese perdido la noción del tiempo de aquella manera? Pero los gritos eran tan fuertes, que no logré explicar, ni a ellos ni a mí mismo, cómo pudo suceder.

Regresamos al autobús que para entonces ya casi había alcanzado el punto de ebullición, y volvimos al hotel, a Ankara. Sin siquiera probar alimento, me encerré en mi cuarto y me hundí en la cama.

Dormí durante un par de horas, pero la cabeza, al despertar, todavía me dolía. No hablé con nadie de aquel encuentro, me parecía por demás extraño, casi irrelevante. No le presté importancia, y después de algunos días podía recordar a duras penas el rostro de aquel anciano.

Sin embargo, quería recordar sus palabras, y así aquella noche, antes de irme a la cama, las escribí en mi agenda.

Al día siguiente, por la tarde, tomamos el avión para Italia. Habían sido unas vacaciones fabulosas, aunque insólitas, y yo regresaba con un poco de pesar, tanto físico como mental. Aquel encuentro en Konya me había molestado, si así puedo definir la sensación que aquel acontecimiento dejó dentro de mí.

Una vez en casa, volví a trabajar como camarero durante otro mes, y luego, en septiembre, me inscribí en el Instituto Superior de Educación Física, en Aquila. Aquel viaje había resultado inesperadamente extraordinario, desde muchos puntos de vista.

Pero ahora las vacaciones habían terminado, y me esperaba un período de duro trabajo

El Maestro

MI primer año en la universidad se caracterizó por frecuentes entrenamientos alternados con largas horas de estudio. Los días eran muy intensos, y transcurrieron velozmente. El curso que yo había emprendido no era particularmente difícil, pero tenía la firme intención de profundizar en todo lo que estudiaba y en tratar de aplicarlo a las artes marciales.

En L'Aquila, compartía un departamento con uno de mis amigos, Luigi. Nos habíamos conocido en el gimnasio, algunos años antes, en clase de Kung Fu.

Además de las horas de entrenamiento que teníamos que dedicar para poder prepararnos para los exámenes prácticos de la universidad, a menudo nos entrenábamos también para el Kung Fu. A pesar de nuestros caracteres y la manera tan distinta como afrontábamos las cosas, Luigi y yo teníamos algo en común.

También él veía las artes marciales como un medio para conocerse mejor a sí mismo y para crecer, así que pasábamos horas y horas hablando y discutiendo sobre lo que leíamos, sobre nuestras

ideas, sobre la manera en que hacíamos frente a la vida y sobre las experiencias cotidianas.

Lentamente, la amistad con Luigi se fue volviendo más fuerte, y me sentía feliz de haber encontrado finalmente a alguien que sintiese las mismas cosas que yo.

Cada fin de semana volvía a casa, a San Benedetto del Tronto. Además de las artes marciales, otro de mis tantos, tal vez demasiados, intereses era tocar la batería. Había empezado a tocarla tratando de aprender de los libros y de los amigos que ya sabían hacerlo. Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que quería conocer otras personas que tocaran, para formar un grupo. A través de algunos compañeros de la escuela, supe que Franco, un muchacho al cual conocía sólo de vista, tocaba el bajo en un grupo, y que estaban buscando un baterista. Así que, una tarde durante las vacaciones de Navidad, me presenté a él:

—Hola. Yo me llamo Marco, oí por allí que tocas en un grupo, y que están buscando un baterista.

Nació así una amistad que, de manera indirecta y accidental, habría de tener giros imprevisibles.

Cada vez que volvía a casa, me encontraba con él y algunos de sus amigos para tocar o para salir en la noche. Después de poco tiempo, ya había contagiado a algunos de ellos con mi pasión por las artes marciales, que para entonces era ya una obsesión y, de cuando en cuando, entrenaba con ellos.

De esta manera, entre los fines de semana que pasaba tocando con mis nuevos amigos y las semanas que pasaba en Aquila entrenando y estudiando, aquellos meses de mi primer año en la universidad pasaron volando. Cuando llegó el período de exámenes en la sesión de junio, superé mis pruebas sin ningún problema

y, habiendo acabado todos mis exámenes, me preparaba para pasar de nuevo el verano trabajando como camarero.

En julio, el calor se había vuelto insoportable, y el trabajo me fatigaba mucho, particularmente durante las horas de la mañana. Por la tarde, cuando la temperatura bajaba, recuperaba un poco de fuerzas y en cuanto terminaba de trabajar me reunía con mis amigos en el centro o en la playa.

Una noche, me presentaron a Enrico, uno de sus amigos.

—El es Enrico Offidani Fattó—, me dijo Franco, —y él es Marco, un famoso baterista y experto en artes marciales— y, con una sonrisa, nos estrechamos la mano.

Empezamos a conversar de varios temas, y de inmediato me dejó una buena impresión. En los días sucesivos empezamos a vernos cada vez más a menudo y, con el pasar del tiempo, sentía nacer en mí una profunda simpatía hacia él: tenía algo que lo hacía distinto de los demás, aun cuando no era capaz de definir exactamente qué. Percibía un sentido de absoluta corrección en su comportamiento hacia los demás amigos y en lo concerniente a mí y, a pesar de que mantenía una actitud seria, era al mismo tiempo muy simpático.

Yo no sabía cómo explicármelo, pero Enrico me daba la impresión de ser una persona en la cual uno podía confiar al ciento por ciento, y todo esto en el poco tiempo que lo conocía. Parecía poseer una fuerte intuición que en varias ocasiones me asombró. Todavía recuerdo perfectamente que fue la primera persona, de entre los amigos a los que frecuentaba, que intuyó que estaba en busca de algo, que entendió asimismo que mi pasión por las artes marciales se debía al hecho que trataba principalmente de cambiar mi persona a través de éstas.

Una noche mientras Enrico y yo hablábamos de artes marciales, me dijo: —Para ti, que practicas el Kung Fu, el ejercicio de la atención es de importancia fundamental, ¿no crees?

—Sí, me imagino que sí— respondí, no muy seguro de haber entendido lo que quería decir en realidad. Luego, prosiguió:

—Es importante estar atento, porque la atención abre muchas posibilidades de entender. Si quieres —agregó, cambiando rápidamente de tema, como si tratase de no darme oportunidad de pedirle más explicaciones, —te puedo enseñar un ejercicio sencillo para aumentar la atención.

—Claro, con gusto— respondí con entusiasmo, todavía un poco confundido por lo que había dicho poco antes.

Por algunos minutos, caminamos hasta llegar a una zona poco concurrida del pinar, y me mostró un ejercicio de respiración particular, que había que ejecutar mientras caminaba. En seguida me explicó los detalles acerca de su ejecución, y comenzó a efectuarlo frente a mí.

—No parece particularmente difícil—, pensé mientras lo veía hacer aquel ejercicio.

—Trata tú, ahora— me dijo después de mostrármelo un par de veces.

Después de haber caminado pocos pasos juntos, con la respiración que me había aconsejado, me dijo:

—No, no, no es así— y después de explicarme otra vez los detalles fundamentales del ejercicio, lo volvió a hacer, diciendo:

—Parece fácil, ¿no? Sin embargo, requiere mucho tiempo y práctica.

Yo sonreí ante su comentario y por mi ingenuidad, y en seguida le pregunté:

—¿Durante cuánto tiempo hay que hacerlo, y cuántas veces al día?

—Hazlo durante unos cuarenta minutos, y hazlo cada vez que te acuerdes. La atención tiene una importancia vital— y agregó con una sonrisa, —y no solamente en las artes marciales.

Le di las gracias, y en seguida volvimos a caminar por el paseo peatonal, lleno de transeúntes.

Poco antes de regresar al grupo de amigos, puesto que pretendía saber algo más, le pregunté:

—¿Y quién te enseñó ese ejercicio?

—Mi padre— respondió, y justo cuando estaba por hacerle otras preguntas, la conversación fue interrumpida bruscamente por uno de nuestros amigos que llegó en aquel momento.

Un par de días después de aquella conversación, hacia los últimos días de julio, me enteré por otros amigos de Enrico, que Alfredo, su padre, había practicado artes marciales de alto nivel durante su juventud, y que seguramente todavía era capaz de enseñar lo que había aprendido.

Me contaron episodios en los que él había demostrado sus técnicas, y describían a Alfredo como “temible y experto conocedor de las artes marciales”. Ahora sabía, pues, por qué el padre de Enrico conocía aquel ejercicio. Sin embargo, todavía no había conseguido entender el significado completo de las palabras de Enrico a propósito de la atención y de las posibilidades de comprensión relacionadas con ella.

Sin hacer ningún tipo de comentario con mis amigos, pensé que sería interesante intercambiar impresiones con Alfredo y saber más. —Probablemente— pensé—él podría enseñarme algo que todavía no sé.

Durante algunos días, conservé esta idea sólo para mí, hasta que una noche me encontré con Enrico, Franco y Massimo en el pinar para tomar un helado. Y así, empezamos a charlar alegremente, hasta que conseguí abordar el tema que más me interesaba.

—Sí, mi padre practicó las artes marciales cuando era joven—respondió Enrico en la primera oportunidad que tuve de preguntarle acerca de su padre durante la conversación.

¿Sabes? —continuó, —él ha viajado mucho por todo el mundo, por motivos de trabajo, y ha aprendido muchas cosas. Incluso ha enseñado artes marciales en los Estados Unidos, en la Academia de Policía Federal.

Con impaciencia, le pregunté:

—¿Crees que podría enseñar todavía lo que ha aprendido?

—No, no lo creo— respondió, —mi padre conocía las artes marciales cuando era joven, pero ahora seguramente habrá olvidado casi todo lo que sabía.

Su respuesta no me convencía por completo, así que volví a preguntarle:

—Sí, claro, pero tal vez algo, si bien poco, debe recordar todavía, ¿no crees?

—Tal vez— respondió con una sonrisa.

Esta reacción suya enfrió un poco mi entusiasmo, y no me sentí capaz de insistir más sobre aquel tema, pero a esta conversación se sumaron otras. Todas comenzaban con preguntas que trataban de insinuarse en lo que Enrico brevemente decía sin dar demasiadas explicaciones, y todas terminaban dejándome la clara sensación de que, tal vez, valía la pena conocer a su padre.

Yo, por otro lado, no quería mostrarme demasiado insistente para no resultar poco cortés. Sin embargo, ansioso como estaba por conocer algún otro fragmento de información que pudiese ser

útil a mi búsqueda, una noche me decidí a ir más allá de aquellas conversaciones, y le pregunté de manera explícita:

—¿Sería posible conocer a tu padre? Simplemente para charlar un poco.

—De acuerdo —respondió Enrico discretamente, sin mostrar el mínimo indicio de sorpresa ante aquella solicitud mía, que a los presentes debió parecerles bastante extraña. —Mi padre trabaja en una agencia de seguros. Podrías entrevistarte con él durante la tarde, cuando la oficina está cerrada al público.

—Mañana, ¿te parece bien?— pregunté ansioso.

—Sí, de acuerdo.

Después de que nos pusimos de acuerdo sobre la hora de la cita, la conversación cambió completamente de giro, y hacia la medianoche nos despedimos.

Encontré a Enrico a las cuatro de la tarde. Luego nos dirigimos a la oficina de su padre, hablando de cosas sin importancia. De pronto, Enrico me dijo:

—No esperes una entrevista formal, a mi padre le gusta mucho bromear.

Yo asentí.

Cuando llegamos ante una puerta de cristal, Enrico la abrió y me indicó que entrara. En cuanto vi a su padre sentado tras un escritorio, lo saludé:

—Buenos días— dije a media voz, sin saber aún por dónde empezaría la conversación, ni lo que habría de preguntar.

—Hola— respondió el padre.

—Este es mi padre, Alfredo, y él es Marco —dijo Enrico. Alfredo se levantó de la silla y, después de estrecharme la mano con energía, sonriendo me dijo:

—¿Qué tal, Marco, cómo te va? Siéntate, por favor.

Cuando se levantó, me di cuenta de que su estructura física denotaba que había practicado alguna actividad deportiva en su juventud, y parecía todavía dotado de una notable fuerza física.

Enrico me indicó que me sentara en un sillón que estaba frente al escritorio de su padre.

“Enrico me dijo que estás buscando un Camino, me dijo, con un tono de voz serio, y sentí los ojos de Enrico que me miraban, impasibles.

Instintivamente, pensé para mis adentros: —¡Pero yo tengo ya un Camino! —, convencido de que realmente estaba haciendo algo, a través del Kung Fu y del estudio de las filosofías orientales, para crecer y mejorarme a mí mismo. Pero no dije nada: lo que acababa de decir me había tomado por sorpresa, y me dejó un poco confundido y con una sensación de bochorno.

Después de algunos interminables segundos de silencio, empezamos a hablar de manera más bien informal acerca de mis estudios y de mis intereses.

A medida que hablábamos, sentí disiparse la sensación de bochorno que había experimentado inicialmente y en tanto empezaba a sentirme increíblemente a gusto, a pesar de que aquella fuese una situación un tanto insólita.

Alfredo tenía una mirada muy penetrante; sin embargo, no provocaba inhibición en mí. Advertí que había algo poco común en él, en su manera de comportarse, en su sonrisa, pero no conseguí definir qué era exactamente.

También pude notar que en el interior de aquella oficina había una atmósfera extremadamente serena y agradable. Aun cuando afuera el calor era insoportable, allí adentro era como estar en un oasis aislado del mundo exterior.

Mientras hablábamos, miré a mi alrededor. Noté que en las paredes había imágenes colgadas y dibujos de varias formas y colores, probablemente provenían de otros países y culturas proveniente.

Me detuve en un par de dibujos formados por palabras escritas en árabe. Sobre un mueble que se encontraba detrás de Alfredo, vi una gran espada hecha de piedra que yacía horizontalmente.

Pero la cosa que atrajo particularmente mi atención fue un dibujo que representaba un octágono de color verde, formado por dos cuadrados que se intersectaban sin interrupción, creando un extraño efecto óptico. En el centro del octágono, otros cuadrados más formaban lo que parecía una cruz.

Este dibujo me conmovió porque de inmediato me hizo recordar los dibujos geométricos que había visto en Turquía, en las mezquitas.

—La decoración es decididamente insólita para una oficina—, pensé entre mí, y empecé a tener la impresión de que aquella no parecía una agencia de seguros común y corriente.

Mientras nuestro diálogo continuaba, no sabía todavía qué idea hacerme de Alfredo, y dentro de mí se agolpaban mil pensamientos:

—¿Será cierto que ha sido un maestro de artes marciales? Si es cierto que era peligroso, seguramente las habrá estudiado bien, y tal vez conoce alguna técnica secreta de entrenamiento. Pero si había sido un maestro de artes marciales, ¿cómo es que ya no las enseñaba ahora? ¿Y por qué había dicho que yo estaba buscando un Camino?

Después de unos momentos que hablábamos de varias cosas, venciendo mi indecisión, pregunté:

—Enrico me dijo que has practicado artes marciales— y dejé sin concluir la pregunta, para ver lo que podía responder.

—Sí, es verdad—, respondió con prontitud, —incluso he enseñado artes marciales en distintas partes del mundo. Todavía me acuerdo de algo, sin embargo...,— y se interrumpió por un instante, apoyó las manos en su estómago, y dijo:

—...ahora, a mi edad, ya nada puedo hacer— y con eso cerró el tema de las “artes marciales”.

Ante aquella respuesta, pensé instintivamente:

—¿Cómo es eso!? Los verdaderos maestros de artes marciales son capaces de practicar durante toda la vida, ¿y él me dice que es demasiado viejo para hacerlo? ¿Pero si no parece tener más de cincuenta años!

Un tanto desilusionado, dejé de fantasear acerca del resultado de aquel encuentro, y me resigné a la idea de que Alfredo, tal vez sí conocía algo útil que yo pudiera alcanzar, pero en el fondo, no era nada excepcional. Y lo que yo estaba buscando era, en ese tiempo, precisamente algo extraordinario que tuviera la capacidad de cambiarme a mí mismo de manera profunda.

—De todos modos— pensé entre mí, —no me cuesta nada mantenerme en contacto con él. Tal vez, aunque poco, pueda igualmente aprender algo de él.

Después de conversar durante un rato, le pregunté tímidamente si podía ir a visitarlo, de cuando en cuando, a su oficina.

—Por supuesto, pasa cuando quieras— me respondió, y nos despedimos.

Al día siguiente volví a trabajar, pero no conseguía calmar mis pensamientos.

—Así que estás buscando un Camino...—: Esta frase se-

guía resonando en mi cabeza, aumentando la confusión mental que sentía a propósito de mi búsqueda personal y de su eficacia.

Esa noche, sentí la necesidad de estar solo conmigo mismo y me quedé en casa: quería entender por qué me sentía de aquel modo.

¿Qué debía haber respondido a aquella afirmación? ¿Estaba buscando un Camino? Y ¿en dónde tendría que haberlo buscado? ¿Realmente sabía lo que era un Camino?

Sí, había leído libros y más libros que hablaban de Caminos para alcanzar el Conocimiento, para alcanzar aquello que algunos llamaban Iluminación, cuando se consigue alcanzar la “Verdad”, la “Unidad”, cuando el Yo ilusorio, con sus contradicciones y sus temores, es anulado.

¿Pero, en realidad, qué sabía yo del proceso de crecimiento y de transformación de sí mismo, más allá de estas estériles definiciones de diccionario? ¿Sabía de qué trataba todo aquello?

En lo más íntimo de mí, sabía que la respuesta a estas preguntas era “no”, y la conciencia de ello me preocupaba. Pero mi preocupación mayor era que intuía que había algo que tenía que buscar, sin siquiera tener la menor idea ni de lo que era, ni cómo y dónde buscarlo. ¿Y quién podría ayudarme?

En los libros que había leído, la respuesta parecía fácil: un Maestro de vida.

El Conocimiento del cual hablaban las religiones y las filosofías de la antigüedad era algo que se transmitía de maestro a alumno. Tal relación parecía constituir la base de todas las Escuelas de la antigüedad, en las cuales los alumnos eran preparados gradualmente para adentrarse en un tipo de realidad distinta a la ordinaria.

El Maestro se describía como un ser capaz de transmitir una enseñanza desconocida, transmitida desde tiempos muy remotos, capaz de transformar a las personas y de anular los miles de temores y miserias de su personalidad. En suma, el Maestro era la figura clave en el proceso de crecimiento del alumno, aquel que indicaba cómo proceder en el Camino.

El Camino hacia la propia mejoría y hacia la Verdad se describe siempre como un proceso difícil, largo y doloroso, lleno de trampas y riesgos, y al recorrer el Camino, la figura del Maestro es considerada indispensable; sin el maestro las posibilidades de éxito son prácticamente nulas.

Esto se debe al hecho de que el maestro es considerado tal solamente después de que ha recorrido, hasta el final, el camino hacia el Conocimiento de sí mismo y hacia la Verdad de las cosas. Por esto es que se le considera capaz de transmitir tal Conocimiento y de guiar a quienes están sinceramente dispuestos a seguir su enseñanza.

También había leído que él conoce los límites de sus alumnos, y que su enseñanza apunta al aprovechamiento total de las posibilidades que cada uno de ellos posee en potencia.

Conocer a un Maestro de vida, como algunos lo definían, siempre había sido mi gran sueño.

Pero, al mismo tiempo, no sabía dónde podía buscarlo, del mismo modo que no tenía la certeza, en el fondo, de que un supuesto Maestro existiera verdaderamente en la realidad, y no sólo en la mitología. Tampoco sabía si en verdad existía un Camino de Verdad al cual seguir.

En la época de aquella primera conversación con Alfredo, yo no era consciente de que aquello que sabía a propósito de la figura del Maestro era sólo una mínima parte de lo que esto representa realmente en el contexto de una enseñanza verdadera.

A pesar de que había leído y estudiado durante muchos años libros sobre tales temas, no me daba cuenta todavía de cuán poco sabía.

Estas preguntas me atormentaron durante toda la noche. Seguía dando vueltas en la cama, y no conseguía tranquilizarme.

Cuando, casi al amanecer, logré conciliar el sueño durante los que parecían pocos minutos, soñé el rostro del anciano que había encontrado en Turquía, y sus palabras.

Parecía repetir frases sin sentido que yo no conseguía entender. Sin embargo, como si desconociera esta incapacidad mía él seguía hablando.

Cuando el despertador sonó a las seis y media de la mañana, salté de la cama empapado en sudor, con el corazón que latía desesperadamente, como si estuviera por salirse del pecho. Todavía tenía frente a mí la figura de aquel anciano, pero ahora recordaba claramente algunas de las cosas que había dicho:

— ... Entre el Cielo y la Tierra se encuentran las posibilidades... existe la asistencia... y existe la ocasión...

Me sentía muy sorprendido, sobre todo porque no soñaba muy a menudo, y cuando esto ocurría, eran sueños banales, insignificantes. Pero este sueño me había trastornado de alguna manera.

Mientras tomaba el desayuno me calmé un poco y pensé que, a lo mejor, lo que había visto en Turquía un año antes estaba renaciendo de la memoria.

Pero ¿por qué?

Aquel día en el trabajo todos se dieron cuenta de que no me sentía bien. Yo, por otro lado, no sabía qué decir para explicarles cómo me sentía. Por supuesto, no tenía el valor de decir que estaba atravesando por una especie de crisis existencial, o que un sueño me había trastornado.

Durante algunas noches, preferí no salir con mis amigos para quedarme a solas con mis pensamientos. Durante aquellos días, volví a pensar a menudo en Alfredo, sin que consiguiera explicarme la razón de ello.

Era verdad que su sonrisa y su mirada poco comunes me habían conmovido profundamente: no obstante, por lo que me había dicho de sí mismo, tuve la sensación de que tal vez no era lo que yo estaba buscando.

A pesar de todo, y aun cuando había hablado con él sólo por unos minutos, no veía la hora de volver a su oficina para hacerle las preguntas que más me agobiaban, y que no había tenido la oportunidad de hacerle a nadie.

—Quién sabe, tal vez podría darme algún consejo útil para guiar mi búsqueda— comencé a pensar.

¿Qué hay que buscar?

Así pues, empecé a ir, de cuando en cuando, a la oficina de Alfredo.

Cada vez que iba me recibía cordialmente, como si fuésemos amigos que se conocían de mucho tiempo, y me invitaba siempre a quedarme, así que acabábamos por hablar de las cosas más diversas.

Normalmente, me quedaba en su oficina durante una media hora, hasta el anochecer, para luego irme a trabajar. Cuando hablábamos, le preguntaba de su manera de entrenarse cuando practicaba artes marciales, de su alimentación, de la filosofía de las artes marciales, y cosas así.

Mediante este tipo de preguntas trataba, de manera discreta, de sondear lo que realmente sabía Alfredo. En realidad, mi interés verdadero se refería a temas más profundos que aquéllos, pero no sabía cómo iniciar la conversación, del mismo modo que no sabía cuál podría haber sido su disponibilidad para hablar de temas “espirituales”, aunque indirectamente relacionados con las artes marciales.

Con el paso del tiempo, casi sin ser consciente de ello, comencé a tomarle afecto a Alfredo. Cada vez que iba a visitarlo, me quedaba sorprendido por su disponibilidad y por su alegría; en cualquier momento que llegara a su oficina, él siempre estaba allí, dispuesto a recibirme con una sonrisa.

Nunca antes de entonces, había conocido a una persona tan positiva en cuanto a comportamiento y actitud.

Otra cosa que noté fue que, el tiempo parecía correr a una velocidad diferente, la atmósfera era en extremo agradable y relajante, y nunca percibía la menor tensión o prisa en su modo de comportarse.

Alfredo me inspiraba una sensación de serenidad tan profunda, que me hacía sentir totalmente a gusto, y por eso me resultaba espontáneo hablar de todo. Alfredo estaba siempre extremadamente atento a todo lo que yo decía. Pero la cosa que más me asombraba era que sus respuestas y sus comentarios daban siempre en el blanco, impecablemente.

Incluso cuando bromeaba, daba muestras de poseer una agudeza y una agilidad mental poco comunes, que me dejaban maravillado. A menudo tuve la fuerte impresión de que Alfredo entendía eso de lo que yo hablaba y lo que pretendía decirle mucho antes de que terminara de explicarle lo que quería saber.

Cualquiera que fuese el tema del cual me hablaba, la esencia de aquello que decía permanecía por mucho tiempo dentro de mí, incluso muchos días después de que lo había escuchado, y la cosa más extraña era que eso ocurría sin que hiciese el menor esfuerzo por memorizar sus palabras.

Lo que me atraía no era tanto lo que decía en sí y por sí mismo: había algo no bien definible en él que me causaba curiosidad

y me atraía al mismo tiempo, y que hacía que volviera a él para hacerle todas las preguntas que tenía dentro de mí.

La impresión que Alfredo me dejaba cada vez que abandonaba su oficina era de gran respeto, que sentía crecer con el paso del tiempo.

Después de visitarlo muchas veces, me decidí a hacerle algunas preguntas de manera más explícita. Tenía muchas cosas que preguntarle, pero había algunas, en particular, que eran de importancia fundamental para mí.

Una de éstas, que conservaba dentro desde que había empezado a estudiar a los grandes maestros de las artes marciales, era a propósito de su verdadero valor. Muchos de estos maestros, como Ueshyba, el fundador del Aikido, se habían vuelto figuras legendarias debido a sus demostraciones de capacidades sobrehumanas, más allá de lo racional.

Muchos de quienes seguían las artes marciales, yo incluido, consideraban a estos maestros como Maestros de vida, es decir, capaces de transmitir un tipo de conocimiento profundo, y de producir una transformación total en el discípulo.

Fue así como, un día, le pregunté a Alfredo:

—Sé que en el pasado existieron muchos maestros de artes marciales de nivel excepcional. Algunos de ellos, como Ueshyba, hacían cosas mucho más allá de lo comprensible y de lo racional, como defenderse de numerosos atacantes al mismo tiempo, o moverse a la velocidad de la luz. ¿Tal vez eran “Maestros de vida”?

—Debes tener cuidado— respondió Alfredo con un tono serio de voz —para no confundir habilidades particulares con lo que una persona es realmente. Lograr levitar o moverse a la velocidad de la luz pueden parecer objetivos que, decididamente, están fuera del alcance de las personas comunes. Sin embargo, estas

habilidades no son prueba, como muchos erróneamente creen, del grado de desarrollo espiritual de una persona.

Aquello contrastaba claramente con lo que había pensado siempre hasta entonces ¿Qué significaba, pues, ser un Maestro de vida? y ¿cómo se podía entender si era realmente un Maestro de vida o simplemente una persona dotada de habilidades excepcionales, pero inútiles? Sin siquiera darme tiempo de formular la pregunta, continuó:

—¿Sabes?, el Hombre tiene dentro de sí un enorme potencial de desarrollo. Pero el Hombre, a lo largo de su existencia, no es siquiera la sombra de lo que podría llegar a ser si consiguiera conocer y desarrollar su dimensión real. Y, así como existe tal potencial de desarrollo, existe también la *posibilidad real* de transformar este potencial en *capacidad*, y es aquí donde entra en juego el Maestro. Después de todo, en el curso de la evolución humana, la figura del Maestro no habría tenido ninguna razón de existir, si no hubiese *un tipo particular de conocimiento que tenía que ser transmitido*. Y mira que no te estoy hablando sólo de la evolución del Hombre ocurrida en el pasado, *sino también de esa que deberá ocurrir en el presente y en el próximo futuro*.

Quedé un poco sorprendido al escuchar aquellas palabras: Alfredo parecía afirmar lo que decía, más que hablar, y la manera en que lo hacía me dio la impresión de que *sabía* de qué estaba hablando. Después de una breve interrupción, prosiguió con un tono de voz más serio.

—Por otra parte, la *verdadera* enseñanza puede ser transmitida sólo a quienes la buscan realmente.

—Pero ¿cómo es posible —dije sin esperar ni siquiera un instante que sólo muy pocas personas sientan la necesidad de buscar dicho tipo de enseñanza? O, aun cuando las personas descono-

cieran la existencia misma de una enseñanza que pueda ayudarles a crecer, ¿por qué sólo el uno por ciento de las personas del mundo siente la necesidad de plantearse ciertas preguntas, o de ser mejores?

Al escuchar mis palabras, exclamó de inmediato, con una sonora carcajada:

—¡Ojalá! El uno por ciento es demasiado— y luego me miró con serenidad, como si estuviésemos hablando de cosas de poca importancia.

Aquella reacción me dejó un tanto perplejo, mientras pensaba que mi afirmación tenía un no sé qué de serio y de triste. Por lo menos, el constatar cuánta superficialidad encontraba en las personas cotidianamente me entristecía. Después de un breve silencio, Alfredo continuó:

—Las personas duermen constantemente. El mundo mismo está lleno de distracciones, y el Hombre tropieza continuamente con ellas, una tras otra. A veces, es él mismo quien las busca, casi con ansia, como si a toda costa quisiera olvidar por qué se encuentra en este planeta. Mira a tu alrededor con atención, y verás que las personas viven en un estado perenne de confusión y autoilusión. En el fondo, ¿qué es lo que conoce el Hombre de sí mismo?

—Nada, en realidad— pensé instintivamente dentro de mí en cuanto terminó de hablar. Con la intención de entender lo que pretendía decir inmediatamente le pregunté:

—¿Cuál es entonces la enseñanza de la que hablas?

Me miró y respondió:

—Podría decirte cómo se llama, pero, claro está, no te ayudaría a entender lo que es. Podría decirte cuántos siglos tiene y, aparte de la maravilla que podría suscitar en ti, tampoco te ayudaría. Tomando en cuenta lo poco que sabes, conviene decirte prime-

ro lo que no es. Nada tiene que ver con lo que las personas llaman religión, dogmas, complicados filosofías o con la psicología, ni con la política, las sectas pseudo-místicas o los espiritismos. ¿Sabes?, estos “desechos” pertenecen ya al mundo, y te puedo asegurar que no son estas las cosas que el Hombre realmente necesita.

Mientras hablaba, trataba de escuchar con atención, y crecía dentro de mí la sensación de que sus palabras tenían una importancia enorme. Todavía no conseguía entender lo que había que aprender, o lo que Alfredo estaba tratando de explicarme.

—Probablemente— pensé —la enseñanza de la que está hablando forma parte de las cosas que él mismo aprendió en su juventud. Pero, casi sin darme tiempo de razonar conmigo mismo, después de mirarme a los ojos, serio, continuó:

—Y además, mira que este mundo no es ni el único, ni el más importante para los fines de desarrollo del Hombre. Hay algo mucho más importante y útil por buscar y por experimentar. Pero, si te parece, te hablaré de ello en el momento oportuno. No te preocupes, eres joven, no hay prisa.

Ese último comentario y su comportamiento me hicieron sentir un tanto abochornado y, después de que nos despedimos, me marché; me sentía confundido. Quería regresar a casa, estar a solas y meditar en todas las cosas que me había dicho. Una vez en casa, me di cuenta de que no lo conseguía. A pesar de que hacía el esfuerzo por reorganizar mis pensamientos y aquella conversación de manera lógica, ahora todo era claro en mi mente, y había perdido completamente el interés por reflexionar y razonar acerca de aquello que Alfredo había dicho.

Poco antes de dormirme, por un breve instante recordé de pronto las palabras del anciano en Konya, y su rostro.

Poco a poco empecé a reflexionar acerca de que tanto él

como Alfredo habían dicho más o menos las mismas cosas. El anciano había hablado de “ocasiones”, de “posibilidades” de crecimiento para el Hombre; Alfredo había hablado de un “tipo especial de conocimiento” y de “una enseñanza verdadera”: pero, más allá de estas definiciones aparentemente diferentes, parecía como si hubiese algo que unificaba sus palabras.

Me parecía entender que la esencia de su mensaje era que las condiciones en que vivía el Hombre hacían que existiese la necesidad de buscar algo más en la vida. Ambos habían hablado de las ilusiones de las que nos alimentamos todos, del sueño y de la pasividad con los que se vive, en la más completa inconciencia de lo que realmente somos y de lo que podríamos llegar a ser. Empecé a preguntarme el por qué de aquellas semejanzas y a pensar que Alfredo bien podía ser “el amigo al que probablemente encontraría”, al cual se había referido aquel anciano.

Sin embargo, todavía no lograba asir el sentido de esta situación, que parecía más un sueño que un estado real. Por un instante pensé que tal vez era yo quien trataba de encontrar coincidencias y semejanzas ahí donde no existían. No sin esfuerzos, traté de renunciar a seguir pensando, y después de un rato, me dormí.

Así que había vuelto a la universidad, en octubre, y después de un par de semanas, volví a casa, ansioso de volver a visitar a Alfredo.

Por la tarde, me dirigí a su oficina. Estaba solo, y casi parecía como si me estuviese esperando, a juzgar por la manera en que me saludó.

—Quisiera preguntarte una cosa más—, dije en cuanto nos saludamos.

—Adelante, te escucho— me respondió Alfredo, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Qué es realmente un Maestro? Pienso que tengo aún muchas ideas confusas al respecto. Mejor dicho... ¿existen verdaderamente personas que pueden enseñar a otras cómo vivir su propia existencia, que puedan hacerlas crecer?

Puse mucha atención en la manera de formular la pregunta, porque ésta era una pregunta a la cual, a mi manera, había tratado de hallar respuesta durante mucho tiempo y tenía una gran importancia para mí.

Alfredo me miró seriamente durante un instante y me respondió:

—Sí, existen *verdaderos* maestros, del mismo modo que existe también mucha confusión acerca de la figura del maestro mismo.

Yo lo miraba, y esperaba con impaciencia que dijese algo más.

—El maestro— siguió diciendo, —un Hombre completo, o como quiera que se le defina, es quien ha alcanzado el Conocimiento. Así, pues, es imposible para aquellos que no han alcanzado tal estado, poder comprender racionalmente, o juzgar, a un Maestro o su preceder. Un verdadero Maestro es el que sabe, y por lo tanto es capaz de dar a su discípulo exclusivamente lo que necesita para poder crecer. Esta es *una* de sus funciones y se interrumpió por un instante.

Seguí escuchándolo, mientras me preguntaba cuánto sabía Alfredo y las razones de su conocimiento. Luego, empezó a hablar nuevamente:

—Así que puedes entender perfectamente que él no da la misma enseñanza a todos indistintamente, porque cada quien, como es obvio, tiene exigencias distintas. Por lo demás, éstas evolucionan con el tiempo y con la enseñanza misma.

Mientras hablaba, dentro de mí sentía crecer la alegría de haber encontrado finalmente a alguien a quien poder manifestar lo que verdaderamente estaba buscando y, sobre todo, que podía entenderlo. Tratando de poner freno a mis fantasías y casi sin quererlo, agregué: —Suponiendo que un maestro sea capaz de transmitirme una enseñanza adecuada a mis exigencias reales, ¿cómo puede saber lo que necesito para crecer?

—Mirá, el maestro conoce al discípulo de una manera profunda, a un nivel al que el discípulo no podría llegar nunca contando sólo con sus fuerzas. Ser un Maestro significa haber desarrollado cierto tipo de *instrumentos de percepción*, por así decirlo, que le permiten dar a cada uno de sus alumnos eso que necesitan. Debes saber también que el Maestro obra de manera diferente a las personas comunes: no sigue su impulso, o su voluntad, cuando es el momento de enseñar algo. El ha adquirido la capacidad de *transmitir* un tipo de enseñanza que nada tiene que ver con lo que nosotros entendemos como “enseñar”. En este sentido, puedes ver que el maestro actúa como un canal entre el objetivo que el discípulo debe alcanzar y el discípulo mismo. El Maestro no agrega nada personal en dicho proceso porque, si lo hiciera, el proceso en su totalidad no podría funcionar.

Esta afirmación me sorprendió: yo podía entender la función del maestro semejante a la de un canal, pero dejaba abierta la cuestión acerca de la *fuerza de la enseñanza* y su procedencia.

Interrumpiendo nuevamente mis pensamientos, siguió hablando.

—El verdadero Maestro no actúa para impresionar o para asombrar a las personas. El no es un espectáculo de circo, aun cuando esto es lo que la mayoría de las personas quisiera que fuese, siempre dispuesto a mostrar prodigios y milagros. El Maes-

tro actúa de manera tal, que produce resultados específicos aun cuando, la mayoría de las veces, pocos se dan cuenta de que algo ha sido hecho. Bajo este punto de vista—, agregó— se podría decir que el verdadero Maestro actúa con profesionalismo, en cuanto que *su proceder se dirige a lo esencial, lo que es estrictamente necesario*.

Mientras lo escuchaba, pensaba en la imagen artificial que me había creado de los maestros de artes marciales cuando, de pronto, casi como para responder a lo que estaba pensando, dijo:

—Y no es sólo una cuestión de “aprender” secretos, o como tener siempre las respuestas justas al momento justo, como piensa la gente. No puedes aprender de los libros, o autodeclararte “Maestro”, aun cuando ésta es una cosa que las personas hacen, de cuando en cuando. La función del Maestro es mucho más importante de lo que puedes concebir racionalmente: su esfera de acción es mucho, mucho más amplia.

Poco a poco empezaba a darme cuenta de la confusión que yo había creado dentro de mí a través del estudio de lo que había considerado “útil” y “verdadero”.

Después de aquel último comentario, las preguntas empezaron a multiplicarse. Ya casi estaba por volver, cuando Alfredo arrancó una hoja de un cuaderno. Pensé que estaba por escribir el título de algún libro acerca del tema de aquella conversación, y que yo pudiera estudiar o, tal vez, la dirección de un Maestro verdadero.

Con un comportamiento muy serio y concentrado, lo veía ocupado en doblar aquella hoja en varias partes. Después de algunos segundos que lo observaba con atención, entendí lo que estaba haciendo: ¡Acababa de construir lo que parecía un avioncito de papel! Apuntó y lo lanzó contra la pared de enfrente, como si se

tratase de una flecha. La “flecha” fue a dar contra una estatuilla que estaba sobre un mueble.

—¿Viste qué fuerza? exclamó Alfredo —con flechas así, hechas de hojas, los indios matan a los pájaros en la selva amazónica.

El teléfono sonó, mientras seguía mirándolo, enmudecido, sin saber qué decir, sorprendido por la manera en que había interrumpido bruscamente aquella conversación. Después de unos minutos Alfredo, apoyó la mano sobre el auricular, y dijo:

—Si tienes algo que hacer, puedes irte, nos veremos cuando vuelvas a San Benedetto.

—De acuerdo— dije, poco convencido, —nos vemos—, y salí.

Reanudé la universidad, dispuesto a afrontar otro año de entrenamientos y de cursos, que iban a ser particularmente numerosos.

Durante las pocas semanas que me quedé en Aquila, seguía pensando en Alfredo y en sus palabras.

Había dicho que existían Maestros verdaderos, aun cuando los había descrito de manera especial y totalmente nueva respecto de la imagen que me había creado dentro de mí. Por lo que había dicho Alfredo, casi parecía que los verdaderos Maestros eran desconocidos, o por lo menos que su proceder no era notorio, que pasaban desapercibidos para la gran mayoría de las personas. Pese a todo ello, transmitían un tipo de enseñanza cuya naturaleza y orígenes eran tan desconocidos como la manera de transmitirla.

Estas preguntas seguían recordándome cuán fuerte era mi apego a las definiciones, pero aún no sabía cuán limitadas e ilusorias eran éstas. Todavía me obstinaba en esforzarme por entender, pero no lo conseguía.

Después de algunas semanas de estar en Aquila, el 19 de noviembre, a las siete de la mañana, recibí una llamada telefónica de mi madre: mi hermana, Mariella, que vivía en Londres, había sufrido un accidente la noche anterior.

Había ocurrido un incendio en la estación del metro de King's Cross, y mi hermana, que se encontraba allí, había resultado herida. Mi madre me dijo que era necesario salir lo antes posible para Londres, puesto que no se sabía aún con precisión lo que le había sucedido.

Así, inmediatamente después de aquella conversación telefónica, Luigi me acompañó a San Benedetto. En cuanto llegué, descubrí mi casa invadida por parientes y conocidos, y entre las personas vi incluso a algunos periodistas ansiosos de obtener alguna fotografía de Mariella para publicar en el periódico.

Después de hablar brevemente con mi madre, una amiga de mi hermana me apartó de la gente, y en privado me dijo que mi hermana estaba en peligro. Había sufrido quemaduras muy serias en una gran superficie del cuerpo, y las posibilidades de supervivencia eran verdaderamente pocas. Me dijo también que su novio, Marco, que había ido a visitarla a Londres pocos días antes, había muerto en el accidente y que no se lo habían dicho todavía a mi madre.

Al escuchar aquellas palabras, instintivamente sentí crecer en mí una sensación de dolor y de rabia al mismo tiempo, ante la incapacidad de entender el porqué de todo aquello que estaba sucediendo. Después de sufrir por la muerte de mi padre, ¿por qué mi familia debía sufrir ahora otro golpe?

Traté de no perder fuerzas antes de volver a hablar con mi madre. Se le había dicho que no se sabía con precisión cuáles eran las condiciones de Mariella, pero que de cualquier modo no había

nada de qué preocuparse. Así que traté de mostrarme más tranquilo y de tranquilizarla a mi vez.

En cuanto llegemos a Londres,—le dije,—podremos saber más, sobre el estado de Mariella y estar cerca de ella.

A toda prisa preparamos las maletas para la que pensábamos iba a ser una breve permanencia, y luego de media hora partimos para Roma, donde tomamos el avión directo a Londres.

Mientras nos encontrábamos en el avión, miles de pensamientos se agolpaban en mi cabeza, acerca de lo que sucedería en Londres, en las condiciones en que encontraríamos a Mariella, y si la encontraríamos con vida.

Aquel viaje en avión parecía no terminar nunca, y no veía la hora de poder ver a mi hermana. Mientras tanto, trataba de reconfortar a mi madre, aun cuando me era difícil reconfortarme a mí mismo.

El contacto

Un empleado del consulado italiano nos llevó del aeropuerto al hospital del University College, donde habían internado a Mariella. En cuanto llegamos, una enfermera nos acompañó hasta el pabellón de la sección de terapia intensiva. De pronto, la enfermera se detuvo frente a una cama, pero mi madre siguió caminando unos pocos metros mientras yo, que había podido reconocer a Mariella, me detuve al instante. Mi madre no la había reconocido, pues su cara estaba desfigurada a causa de las quemaduras y del calor. Yo había podido reconocerla a duras penas, gracias a la forma de los ojos.

Llamé a mi madre que se volvió hacia mí con una expresión confundida, como diciendo “¿Pero dónde está Mariella?”.

Abracé a mi madre y le indiqué la cama donde se encontraba, pero en cuanto la vio, gritó:

—Ella no es Mariella... no puede ser Mariella—, y estalló en llanto. La enfermera se acercó a mi madre, tratando de consolarla, pero todo era inútil. Mi madre estaba fuera de sí, y yo no sé de dónde saqué fuerzas para mantener el control de mis emociones

al ver a mi hermana en aquellas condiciones y la reacción de mi madre.

Mariella tenía los ojos cerrados, y su rostro estaba inflamado y cubierto de quemaduras. En la boca tenía un tubo para suministrarle oxígeno.

No sé por qué, pero la primera reacción instintiva al ver a Mariella no fue de pesimismo o de pánico: tuve la fuerte impresión de que no habría de morir de aquella manera, de que se salvaría.

El cirujano que la iba a operar vino a hablar con nosotros pocos minutos después.

Me dijo que el 42% de la superficie corporal había sido quemada gravemente (más tarde supe que el límite de seguridad es el 35%, más allá del cual las posibilidades de sobrevivencia son muy pocas). La superficie de ambos pulmones estaba carbonizada, y por tal motivo había sido conectada al pulmón artificial a través de una traqueotomía. Inmediatamente después del accidente, nos dijo el cirujano, había caído en estado de coma, y ahora tenía una fiebre muy alta.

A pesar de sus esfuerzos para darnos seguridad y alguna esperanza, el cirujano no pudo menos que admitir, al responder a mis preguntas, que por el momento la situación de Mariella era en extremo inestable, y que podía morir de un momento a otro.

Al traducir sus palabras a mi madre, traté a mi vez de presentar la situación de la mejor manera posible, diciendo que era necesario esperar y ver si sus condiciones mejoraban y que, no obstante la situación, los cirujanos alimentaban esperanzas.

Poco antes de que llegáramos a Londres, algunas amigas de Mariella habían alquilado un apartamento, situado a poca distancia del hospital, para mí y para mi madre. Esa noche nos acom-

pañaron hasta la casa, donde nos quedamos sólo pocas horas para descansar.

Al día siguiente volvimos al hospital donde mi madre, dos amigas de mi hermana y yo comenzamos, por turnos, a estar con Mariella, día tras día.

Los doctores esperaron algunos días antes de decidir si operaban o no a Mariella, puesto que sus condiciones eran aún muy precarias.

Cuatro días después del accidente, decidieron correr el riesgo puesto que, mientras tanto, la radiografía de los pulmones había revelado que su superficie estaba ahora sorprendentemente limpia. Recuerdo que los médicos se sorprendieron y se sintieron complacidos al mismo tiempo por aquel detalle extraordinario.

Inicialmente, llevaron a cabo las operaciones más urgentes: cirugía plástica en ambas manos usando la piel de otras partes del cuerpo. Sin embargo, dado que la superficie del cuerpo afectada era extensa, no podían usar todo el resto de la piel intacta y también porque esto podría resultar extremadamente traumático. Por lo tanto se vieron obligados a transportar piel intacta sólo donde era estrictamente necesario, dejando así que las quemaduras menos graves se recuperasen mediante tratamientos externos y una dieta hipercalórica.

Una de las razones por las cuales fue urgente operar a Mariella fue porque las quemaduras, sobre todo las extensas, equivalen a ingentes pérdidas de líquidos, y la piel quemada expone el cuerpo a la miríada de bacterias presentes en el aire, provocando una serie de infecciones.

Mariella contrajo un par de infecciones particularmente serias, que los médicos encontraron difíciles de combatir. Además,

durante todo el período de coma, la fiebre siguió siendo muy alta, y ningún tratamiento resultó eficaz.

Así que Mariella tuvo que combatir contra fiebres muy altas, infecciones desconocidas y un dolor físico que, aunque fuertemente sedada a nivel consciente, decididamente iba más allá de los límites de resistencia humana.

Dos días después de encontrarnos en Londres, leí en el periódico los pormenores del accidente de la estación del metro de King's Cross.

Las causas del incendio aún se desconocían, pero se pensaba que había sido provocado por un corto circuito o por un fósforo arrojado a la basura, que se había acumulado bajo las escaleras eléctricas del metro que era de madera. Cualquiera que hubiera sido la causa, había provocado una fuerte explosión, una bola de fuego, como la definieron más tarde, que había envuelto el piso donde se encontraba la boletería y que había destruido todo cuanto se hallaba allí.

La estación de King's Cross es una de las cuatro estaciones del metro más grandes de todo Londres, y el número de personas que pasan por ella es enorme.

Alrededor de ochenta personas quedaban envueltas en el incendio, treinta y una de las cuales murieron. Si el accidente hubiese ocurrido un par de horas antes, el número de muertos habría sido mucho más alto.

Mi hermana había sido encontrada cerca de la salida del metro, donde consiguió dar, a pesar del dolor lancinante de las quemaduras, el número telefónico de la amiga con la cual comunicarse, para luego perder por completo el conocimiento.

Después de dos semanas de estar en Londres, volví por pocos días a Italia para poder arreglar mi situación en la universidad,

y para preparar ciertos documentos que le permitieran a mi madre no perder el trabajo a causa de aquella ausencia, cuya duración no podía definirse todavía.

Una vez en casa, sentí que todo el cansancio y la tensión que se habían acumulado en aquellas dos semanas me caían pesadamente encima.

Me sentía particularmente confundido y amargado, y estaba del todo consciente de que aquello era sólo el inicio de un durísimo período para mi familia, y del cual cada uno de nosotros habría de sufrir, si bien de manera distinta.

A pesar de esta amarga conciencia, sentía dentro de mí una gran fuerza y voluntad de reaccionar y de no dejarme abatir. Esta fuerza nacía tal vez del hecho que la situación a la cual había que hacer frente era dramática, y requería el 100% de las energías de todos nosotros para poderla superar.

Mientras me hallaba en Londres, a menudo había pensado en Alfredo y en lo que hubiera podido aconsejarme acerca de cómo hacer frente a aquella situación.

Dentro de mí, podía oír aún sus palabras, y sólo traer a la mente su figura me recordaba que, tal vez, había algo más por qué luchar y vivir, cualesquiera que hubiesen sido las dificultades de la vida.

Casi sin darme cuenta, Alfredo se había vuelto para mí un precioso punto de referencia gracias al cual mis esperanzas, mi deseo de crecer y mis dificultades, casi lograban tener un sentido.

Un día antes de ir a LAquila, donde habría de explicar mi situación y mi imposibilidad de asistir a clases, fui a visitar a Alfredo.

En cuanto me vio, se puso de pie, avanzó hacia mí y me abrazó, casi sin darme siquiera tiempo de saludarlo.

—Marco, ¿cómo estás? Ven— me dijo, y después de que lo hube saludado, me senté frente a él.

No había nadie en la oficina a aquella hora de la tarde, y el silencio de aquel edificio parecía aumentar la confusión y las ganas de sacar toda la tristeza y la tensión que llevaba dentro.

—Yo estoy bien, gracias, eh... estoy hecho polvo por el cansancio, pero de cualquier modo estoy bien.

Noté que me miraba con atención, como si estuviera constataando mis condiciones, físicas y no, después de lo cual dijo:

—Puedo imaginarme lo que sientes. Tienes y tendrás una gran responsabilidad de ocuparte de tu hermana y de tu madre. Pero, dime, ¿cómo están ellas?

Después de que le expliqué cuáles eran las condiciones de ellas, me dijo con expresión seria:

—Trata de ser fuerte, y de estar a su lado, porque éste será un momento difícil para todos ustedes— luego se interrumpió un momento, para añadir —pero lo superarán. Tu hermana estaba a punto de perder la vida pero la hemos ayudado, y seguirán recibiendo ayuda. No te preocupes, no están solos.

En el estado mental en que me hallaba en ese momento, no sentí ánimos de pedir explicaciones sobre lo que acababa de decir. Yo estaba demasiado alterado y confundido en esos días, y no sabía qué pensar y cómo interpretar sus palabras, y mucho menos me sentía capaz de hacer el esfuerzo por entender.

Sin embargo, dentro de mí sentía vivamente que Alfredo era un amigo aun cuando, desde el punto de vista racional, como es obvio, no podía decir que lo conocía profundamente como para afirmar una cosa así. Por otra parte, ¿cómo podía explicarme racionalmente el fuerte sentido de calor y de cercanía que sentí al volver a verlo?

—Gracias, Alfredo— respondí.

—Piensa sólo en estar tranquilo— agregó —tu familia está *protegida*. Cuando vuelvas a Londres, trata de mantenerte en contacto conmigo. No me refiero solo al verbal: puedes llamarme por teléfono cuando quieras, no hay problema, pero lo que quiero decir con “contacto” es algo distinto, más importante, profundo y determinante. Es un contacto *interior*, de amistad y de afecto, ¿entiendes? —y apoyó la mano en su pecho, a la altura del corazón, mientras pronunciaba aquellas palabras.

Yo asentí ligeramente, intuyendo que se refería a que mantuviera su recuerdo dentro de mí, creando así un contacto cercano con él, que era distinto a solo pensar en él. Luego volvió a hablar:

—El contacto interior con el propio Maestro es uno de los principios fundamentales sobre los cuales se basa una enseñanza de verdad, a través de la cual ésta puede fluir así libremente, de Maestro a discípulo, *de corazón a corazón*.

Luego, otra vez, me miró fijamente a los ojos, y con una sonrisa me dijo:

—Y no te olvides que no hay nada que entender.

Al oír aquel comentario, empecé a percibir un profundo sentimiento de alegría brotando en mí, incontrolable y libre de la interferencia de los pensamientos.

Después de echar un vistazo al reloj, le dije que debía marcharme, puesto que algunos de mis parientes, que no había visto aún, me estaban esperando, ansiosos por saber cómo estaba Mariella.

—Nos veremos pronto —me respondió —¡sé fuerte, por favor! —y después de estrecharme fuertemente la mano, me abrazó de nuevo con afecto.

Un día antes de partir para Londres, ya casi por la noche, mi madre me llamó y, llorando de felicidad, me dijo que Mariella había salido del estado de coma, que había durado 24 días.

Ahora, los médicos tenían un poco más de esperanzas para ella, aunque sus condiciones requerían aún de muchos cuidados. No obstante, la felicidad de mi madre, al verla abrir otra vez los ojos y al verla viva, llegaba hasta las estrellas.

La fiebre, aunque había disminuido respecto de los días anteriores, era aún alta. Ahora, el pulmón artificial ya no era necesario; los médicos dijeron que Mariella recuperaría la voz siete días después de la extracción del tubo para suministrarle oxígeno.

De nuevo en Londres, me dirigí al hospital, ansioso por volver a ver a Mariella. En cuanto entré al pabellón, la vi sentada de espaldas en una silla de ruedas, y la oí hablar con mi madre. Cuando mi madre le indicó que se volviera hacia mí, casi no pude creer lo que veía: la piel del rostro había mejorado mucho desde la última vez que la había visto.

En cuanto se cruzaron nuestras miradas, nos abrazamos, ambos con lágrimas en los ojos; con un hilo de voz, Mariella me dijo:

—Estoy feliz de verte aquí.

—También yo me siento contento— le respondí, mientras la miraba, sorprendido de cuánto había mejorado su aspecto.

Vi a mi madre más serena, también ella sorprendida de aquella increíble mejoría de sus condiciones.

—Aún no logro creerlo— repetía —¿te acuerdas cómo estaba hace unas semanas, cuando la vimos por primera vez?

—Y seguirá mejorando— le dije. Entoces, llegó el cirujano que le había hecho las operaciones de cirugía plástica. Después de saludarnos, el cirujano, con una gran sonrisa, señalando

a Mariella, hizo una expresión como para decir “¿Ya viste cómo está?”

Le dí las gracias por todo lo que él y su equipo habían hecho durante aquellas semanas de cuidados intensivos, y empezamos luego a hablar. Empezó a contarme un episodio ocurrido durante mi ausencia.

Un miércoles por la noche, los médicos habían descubierto una mancha en el útero, no muy clara, tal vez otra infección o un quiste, que consideraron necesario operar con urgencia a la mañana siguiente, dadas las condiciones en que se encontraba.

Así, Mariella fue conducida nuevamente a la sala de operaciones donde, antes de iniciar la operación, le introdujeron una sonda para tratar de ver con claridad de qué se trataba.

Cuando Mariella se repuso de la anestesia, el médico le dijo que cualquiera que hubiese sido aquella cosa, había desaparecido y ¡no había sido necesario operar! Los médicos de la sección de terapia intensiva, me dijo, seguían desconcertados por ese alternarse de situaciones: mi hermana seguía demostrando una increíble capacidad de recuperación.

Los mismos médicos que la habían revisado en las dos ocasiones no pudieron creer en aquel acontecimiento, y no fueron capaces de explicar lo que realmente había ocurrido, pero se sentían felices, al igual que nosotros.

Yo no hice ningún comentario, pero dentro de mí estaba feliz de que Mariella hubiera salido con bien una vez más. Racionalmente, no conocía el porqué, pero podía intuir algo.

Casi un mes después del accidente, llevaron a cabo otras operaciones de cirugía plástica en las piernas y en los brazos y, más tarde, en el rostro, puesto que la piel en estas áreas no se había reconstituido.

Aquello marcó el inicio de una verdadera pesadilla para Mariella, dado que en las zonas del cuerpo de las que se tomaba la piel intacta, las extremidades de los nervios quedaban descubiertas, provocando así una lenta agonía. A pesar de que Mariella fuese sometida a grandes dosis de morfina, ésta no era suficiente como para anular el dolor por mucho tiempo.

Pocos días después de retirar el pulmón artificial, la voz de Mariella no volvía aún: los exámenes de la garganta mostraron que los tejidos de las cuerdas vocales habían sido afectados por el humo y por el calor intenso del incendio, así que fue necesario someterla a un período de terapia de rehabilitación de las cuerdas vocales.

Me quedé en Londres con mi hermana y mi madre todo el tiempo necesario para que el tratamiento pudiera completarse.

Un día que me quedé a solas con ella, le insinué algo a propósito de Alfredo y de la impresión que me había causado. De inmediato me di cuenta que a ella no le interesaba en absoluto aquel tema, ni siquiera cuando le dije que Alfredo me había dicho que ella había sido ayudada.

Su reacción no me molestó para nada, puesto que yo no tenía la menor intención de hablarle de Alfredo para convencerla de algo en particular. A pesar de eso, pareció que era justo que supiera que Alfredo era amigo nuestro, si bien la ayuda de la que él había hablado no era comprensible en un plano racional. Pero cuando vi que no se interesaba mínimamente en saber algo más, no dije ya nada.

Nos quedamos en Londres por un período de casi cuatro meses durante el cual, casi todos los fines de semana, lo llamaba a Alfredo para mantenerlo informado.

Cuando me preguntaba por ella, sentía que su interés era sincero en cuanto a su salud, contrariamente a cuanto podía

percibir cuando otras personas lo hacían simplemente por educación.

Durante todo el período que estuve en Londres, practiqué también lo que él había llamado "el contacto".

No sé si fue sugestión u otra cosa, pero a veces era capaz de sentir a Alfredo realmente cerca, casi podía percibir el mismo tipo de fuerza y energía que emanaba cuando iba a visitarlo a su oficina. Sentía que era como si tuviese a disposición mía una gran reserva de fuerza y de energía interior para poder hacer frente, sin desplomarme psicológicamente, a cualquier dificultad que pudiese presentarse.

Las condiciones físicas de mi hermana, mientras tanto, mejoraban a simple vista. Durante aquel período traté también de sacar adelante mis estudios para poder luego presentar los exámenes en la sesión de verano, cuando volviera a Italia.

Finalmente, llegó el día en que Mariella fue dada de alta del hospital. Sin embargo, necesitaba aún terapias intensivas para recuperar totalmente la movilidad de las articulaciones y el uso de la voz y, por estos motivos, decidí volver a Italia sólo por un breve período.

No fue sino hasta mediados de marzo cuando volvimos a Italia.

Volver a San Benedetto después de aquel difícil período significaba mucho para mí: volvería a ver a mis amigos, regresaría a la universidad, pero sobre todo volvería a ver a Alfredo, del cual quería saber ahora mucho más.

El accidente de mi hermana me había marcado interiormente, haciendo aflorar viejas preguntas sin solución. El dolor, la muerte, el sufrimiento, la incapacidad de comprender seguían allí, dentro de mí, y volvía a preguntarme dónde estaba la verdad que buscaba, si realmente existía alguna.

En cierto sentido, ahora sentía que mis preguntas nacían más de la necesidad de saber lo que era necesario conocer para poder afrontar la vida en todos sus aspectos, que de la pura curiosidad por incrementar mis nociones.

En casa encontré a Enrico y a otros amigos que estaban esperándome. Después de saludarnos, Enrico me dijo:

—Ahora que has vuelto, no te preocupes, verás que las cosas poco a poco volverán a su cauce —y me abrazó.

Volver a ver a Enrico después de tanto tiempo me colmó de una felicidad que pareció casi borrar en un instante toda la fatiga que sentía.

En verdad me sentía contento de volver a casa, aunque estaba consciente de que para mi hermana, no podía decirse que las consecuencias de aquel accidente hubiesen terminado. Su estado de ánimo era aún inestable, y todos nos dábamos cuenta de que las consecuencias a nivel psicológico habrían de ser tan dolorosas y difíciles de superar como las físicas.

De cualquier modo, puesto que ahora era autosuficiente, mi madre podía relajarse un poco más, sobre todo porque ahora estaba en casa, sin la necesidad de tener a nadie a su lado durante todo el día para traducirle todo lo que decían a su alrededor.

Un día después de mi regreso, fui a ver a Alfredo.

Decidí ir a verlo al caer la tarde, cuando sabía que estaba, regularmente, solo.

Después de saludarnos afectuosamente, me pidió noticias de mi hermana y de mi madre, y en seguida me dijo:

—No te preocupes, las cosas mejorarán para tu familia. Y tú, por ahora, piensa sólo en recuperarte del stress, y poco a poco trata de regresar a la rutina de tu trabajo y de tu vida. Pero con calma, sin ansias.

Yo realmente era consciente de que tenía necesidad de descanso: me sentía agotado, tanto mental como físicamente, y después de un par de meses tendría que hacer frente a los exámenes de la universidad.

Sin embargo, sus palabras lograron reconfortarme, a pesar de todo.

—Por ahora— agregó después —disfruta tus vacaciones, lo necesitas. Descansa y no hagas trabajar demasiado la cabeza, ¿de acuerdo? Nos volveremos a ver cuando hayas terminado la universidad, en junio.

Yo asentí. Parecía no haber prisa por hacerle las mil preguntas que tenía en mente. Así que tenía que ser paciente, y esperar un mejor momento.

De modo que aquellas dos semanas no hice nada más que dormir, comer y estar ocioso. Era mi período de descanso y quería disfrutarlo al máximo.

No fue sino hasta el final cuando empecé a estudiar un poco. Mi hermana regresaría pronto a Londres la cual, pese el recuerdo de aquel terrible accidente, amaba aún, y había escogido para vivir.

Dos días antes de que Mariella se marchara, que coincidía con el día en que yo volvería a la universidad, le pregunté si quería acompañarme a visitar a Alfredo, la persona de la cual le había hablado cuando estábamos en Londres.

Con una respuesta carente de interés o de curiosidad, dijo:

—De acuerdo, no tengo nada que hacer esta mañana.

De ese modo, después de llamar por teléfono a Alfredo para preguntarle si podíamos pasar un momento a saludarlo, nos dirigimos a su oficina.

En cuanto nos vio fuera de la oficina se levantó bruscamente de la silla y, después de acercarse a nosotros, nos abrazó. Pude vislumbrar la expresión ligeramente sorprendida de Mariella mientras nos sentábamos frente a él.

—Y bien, Mariella, ¿cómo estás? preguntó Alfredo luego de unos instantes.

—Estoy bien, gracias —respondió, casi sin entusiasmo.

—¿Sabes?, hemos estado muy cerca de tí, de tu madre y de tu hermano. Resististe muy bien, ¿sabes? Ahora nada debe preocuparte. Piensa sólo en restablecerte, poco a poco: requerirá tiempo, pero no tienes que preocuparte— y se interrumpió un instante.

Vi a Mariella que lo miraba con curiosidad, como si no supiera qué responder o cómo hacer frente a aquella situación. Probablemente se había hecho ya una idea acerca de Alfredo, basándose en lo poco que le había dicho yo, y seguramente esa idea había resultado muy distinta, por lo que pude ver.

Casi podía leer en el rostro de Mariella la sorpresa y la confusión: ¿quién era este hombre de mediana edad, dentro de su oficina, tan cordial y amigable, al que no conocía en absoluto, y que sin embargo se comportaba como si fuesen amigos de mucho tiempo?

Mariella no dijo nada, se limitó solamente a sonreír: Alfredo se volvió a mí, diciendo:

—¿Y tú, cómo estás, eh? ¿Estás listo para regresar a Aquila?

Asentí con la cabeza, mientras sonreía, luego añadió:

—Vamos, haz un último esfuerzo, luego vendrá el verano y finalmente podrás descansar.

En cuanto pronunció estas palabras, se levantó de la silla, diciendo:

—Bien, muchachos, no quiero quitarles más tiempo.

Se acercó a Mariella, y después de besarla en la frente, le dijo:

—Ánimo, te lo ruego, ¿de acuerdo? Nosotros estamos contigo. Vuelve a visitarme cuando vengas a San Benedetto.

Mariella le sonrió, esta vez con más naturalidad, y mientras lo miraba, él se volvió hacia mí y, en son de broma, dijo:

—Nosotros nos veremos pronto, ¿no? Que estés bien —y agregó con un tono casi militar, mientras trataba de adoptar una expresión seria en el rostro, —y no pienses, ¡es una orden! —estalló en una carcajada, y sin poder evitarlo reímos con él.

Después de despedirnos, dejamos la oficina.

De camino a casa, Mariella me preguntó cómo lo había conocido. Después que le respondí, me dijo:

—¿Y quién es? Y ¿por qué te dijo esas cosas antes de despedirnos?

—Lo único que sé es que Alfredo es un amigo. Lo conozco de hace poco tiempo, pero sabe muchas cosas, y tengo la impresión de que es también un Maestro.

Mariella no hizo ningún comentario, como me esperaba. Ella y yo teníamos caracteres muy distintos, y se podía notar incluso por la manera en que habíamos vivido nuestra adolescencia.

Yo me había dedicado por completo al estudio de las artes marciales y a la búsqueda de una enseñanza de vida, mientras ella siempre se había mostrado escéptica hacia este tipo de cosas.

Ella había dejado San Benedetto para irse a Londres a los 18 años, para tener nuevas experiencias de vida que eran impensables en un ambiente tan estrecho y cerrado como el de una pequeña ciudad.

Por otra parte, yo había decidido que podía vivir mis experiencias, las que consideraba importantes, a través de mi búsqueda y de las artes marciales.

Esa noche, después de que Mariella había terminado de hacer sus maletas y antes de meterme a la cama, nos despedimos:

—Nos llamaremos a menudo —le dije —pero, te lo suplico, sé fuerte, y verás que poco a poco las cosas mejorarán.

—Trataré de ser fuerte —respondió —a veces lo consigo, pero por momentos tengo la impresión de que no vale la pena sufrir tanto.

—No sé por qué se debe sufrir, pero pienso que la vida debe vivirse intensamente, en todos sus aspectos. Después de todo, la vida es la única cosa que tenemos, ¿no? Pero tú eres fuerte, lo sé, no te preocupes.

Nos abrazamos, y nos fuimos a dormir.

El día siguiente partió para Londres, donde pensaba que enfrentaría el lento retorno a la vida sólo con la ayuda de sus fuerzas. Yo, por otro lado, sabía que todos estaríamos cerca de ella, de un modo u otro.

La presencia

Después de las vacaciones de Pascua regresé a L'Aquila, donde muy pronto volví a asistir a clases y a preparar los exámenes que tendría dos meses más tarde.

Preferí no volver a casa los fines de semana, puesto que en aquel período quería concentrarme totalmente en los estudios. Un par de veces por semana llamaba a Mariella. También ella estaba trabajando intensamente para recuperar la vida que llevaba antes, pero era muy difícil.

Debía ir al hospital un par de veces al día para el tratamiento de fisioterapia y para recuperar la voz, así como para la sesión con el psiquiatra. Me dijo también que, a veces, le pesaba la soledad, pero que de todos modos prefería estar sola para hacerle frente a su recuperación, antes que sufrir la compasión y la conmiseración de quien hubiera podido estar a su lado.

Y así llegó junio, con todos sus exámenes que aprobé sin demasiados problemas. Estaba ansioso por pasar el verano en el descanso absoluto, un verano durante el cual, por primera vez después de tantos años, no habría de trabajar como camarero. Tam-

bién estaba ansioso por volver a ver a Alfredo, de quien quería saber más. Después de llamarle por teléfono, un sábado en la tarde fui a visitarlo.

Me invitó a sentarme. Por un instante nos quedamos en silencio, mientras Alfredo ordenaba algunos documentos en su escritorio, por fin me dijo:

—Puesto que tarde o temprano lo sabrías de todos modos, prefiero decírtelo hoy: soy un Maestro.

Aquellas palabras no me causaron gran asombro: yo había intuido que Alfredo sabía “algo”, si bien aún no lograba identificar exactamente de lo que se trataba. Pero no dije nada, con la esperanza de que siguiera hablando:

—Yo estoy a disposición de aquellos que buscan aun cuando, en apariencia, las personas que llegan a mí llegan siempre por puras coincidencias —y sonrió mientras decía esta palabra. Luego me miró y dijo:

—¿Qué haces, ahora, no dices nada?

Al oír la palabra “coincidencias”, me volvió de repente a la memoria el anciano que había encontrado en Konya y sus palabras. Organicé de prisa mis ideas, y dije:

—He oído a alguien más hablar de “coincidencias” como las llamas tú. Hace casi dos años fui a Turquía, por diez días. Entre los tantos lugares que visité, estuve también en Konya, donde...

—Ah, ¿estuviste en Konya? ¿Te gustó?, dijo de inmediato.

—Sí, era interesante, allí encontré a un hombre que me habló de un modo extraño; habló de “Posibilidad”, de seres capaces de hacer evolucionar al Hombre; no entendí todo lo que me decía, pero recuerdo muy bien que me dejó una gran confusión interior. Incluso la soñé... Y luego, me habló también de amigos, que su-

puestamente tiene aquí, en el centro de Italia, tal vez es una pregunta estúpida, pero... ¿lo conoces?

—No lo sé, ¿conozco a tantas personas en el mundo! —y estalló en una carcajada.

Yo no agregué nada: —Tal vez había sido una pregunta estúpida— pensaba en mis adentros. Nos miramos por un momento, luego añadí, con expresión seria:

—Es sin duda un amigo, no nos conocemos personalmente, pero igualmente nos conocemos: formamos parte del mismo trabajo.

A estas alturas, yo me sentía más confundido que nunca: no entendía lo que quería decir con “nos conocemos, pero no nos conocemos”. ¿Y de qué trabajo estaba hablando? El teléfono sonó interrumpiendo bruscamente mis pensamientos. No presté la menor atención a la conversación que siguió, mientras pensaba en cuanto acababa de decir. Me hice el firme propósito de no preguntar nada más acerca de aquella persona que conocí en Konya, aun cuando mi curiosidad no había sido satisfecha totalmente. Los pormenores de lo que estaba ocurriendo, las coincidencias, las palabras que había escuchado tanto de aquel anciano como Alfredo: su significado se me escapaba y no lograba comprender en ellas el menor sentido lógico. No obstante, no quería insistir en hacerle las mismas preguntas, sobretudo después de recibir respuestas como la que acababa de darme.

—De modo que Alfredo es un maestro, ¿pero qué enseña, realmente? —empecé a pensar, —¿Por qué no consigo entender de qué se trata?

Aún me sentía un poco confundido cuando, después de colgar, me dijo:

—¿Ponte alegre! ¿De qué quieres preocuparte ahora, eh?

Intenté sonreír, y dije que efectivamente estaba buscando un Camino y un Maestro y que, al mismo tiempo, me sentía muy confundido.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes, no hay prisa, como tampoco hay necesidad de preocuparse. Mira, aprender de un Maestro requiere preparación, tiempo, disciplina y paciencia. Pero sobre todo *preparación*. Hay tiempo, de eso me encargo yo —dijo, mientras totalmente concentrado, dibujaba figuras geométricas en un trozo de papel.

Luego se detuvo y, después de verme con seriedad, dijo:

—Yo te puse en movimiento desde el primer momento en que me encontraste.

Me quedé mirándolo sin decir nada, ansioso de que me siguiese hablando y de que aclarara el significado de lo que acababa de decir, y luego de un breve instante de silencio, prosiguió:

—Un proceso de enseñanza, si así quieres llamarlo, ha iniciado ya, pero no sólo porque lo deseabas tú o en el momento en que lo deseabas: todo empezó en el momento en que tú te encontrabas en las condiciones idóneas para poder ser “iniciado”, eso es todo.

Yo lo miraba sin saber qué decir, mientras esperaba que siguiera explicándome cuanto estaba ocurriendo.

—Así, pues —agregó de inmediato —en lo sucesivo trata de no olvidar que tú eres mi discípulo, y que tu permanencia en Londres no interrumpió esta relación de enseñanza.

Aquella afirmación suya me sorprendió: era la primera vez que Alfredo afirmaba explícitamente que yo era su discípulo. Hasta este momento, aún no había entendido con claridad la relación que existía entre él y yo, pero ahora era claro.

—Así, pues, soy su discípulo— pensé, aun cuando no sabía,

con exactitud lo que esto significaba. Incluso había dicho otra cosa que me había asombrado y no había entendido por completo: la relación de enseñanza no había sido interrumpida por el hecho de haberme alejado de San Benedetto. Pero esta vez renuncié a hacer un esfuerzo para entender.

Mientras lo miraba, no podía prescindir de volver a pensar en la imagen que me había creado dentro de mí acerca de cómo debía de ser un “Maestro”. Ahora, ante mí veía a Alfredo, una persona de mi misma ciudad, no llamativa, en su oficina, siempre dispuesto a bromear de todo, y que pese a todo aquello era un Maestro; mejor aún: ahora sabía que era mi Maestro.

De improviso, interrumpió bruscamente mis pensamientos al decir:

—Imagínate que entre las tantas cosas que logro hacer, ¡también soy capaz de entrar en los sueños de la gente!

Sonreí, pensando que se trataba de una broma, e interpreté este comentario como un intento por interrumpir aquella conversación. De hecho, pocos momentos después se levantó, dijo que estaba por cerrar la oficina. Fue así como nos despedimos y me marché.

Aún recuerdo vivamente el estado mental en que me encontraba en los días que siguieron a aquel encuentro.

Sentía mucha curiosidad, estaba casi ansioso por saber más acerca de él y su enseñanza. Sentía como si un nuevo mundo estuviese a punto de abrirse, un mundo desconocido, del cual no sabía aún qué esperar; todavía no sabía lo que implicaría ser “su discípulo”, y mucho menos podía imaginarlo.

Por lo demás, era difícil, si no imposible, intuirlo con sólo observar el comportamiento exterior de Alfredo: en apariencia él parecía una persona muy normal, jovial, siempre dispuesto a bro-

mear de todo, con un trabajo y una familia como tantas otras; en fin, una vida normal. Tal vez, pensé, esa aparente normalidad tenía también una función.

Así, yo, por lo que parecía haber sido una casualidad, había encontrado a un Maestro, después de todos esos años que había pasado leyendo y tratando de entender con mis propios esfuerzos.

Ahora había encontrado algo, si bien no sabía aún con certeza si era exactamente lo que yo estaba buscando. Sin embargo, sentía que había mucho que conocer acerca de Alfredo.

Empecé a transcurrir gran parte de mis días en la playa, con mis amigos. Por las tardes, alternaba mis entrenamientos con la lectura, para luego volver a salir durante la noche.

Una noche en que me encontraba con Enrico, me enteré por él que su padre acostumbraba ir a pasear al caer la tarde por el bosque de pinos, donde el calor era más soportable. Por lo general, salía alrededor de las seis, caminaba durante una hora y luego volvía a casa. Y así, un día, ya casi al anochecer, salí a dar una vuelta con la intención de encontrarlo.

Recorrí toda la zona de peatones y el pinar, y pasé varias veces por el trecho por donde Enrico me había dicho que acostumbraba pasear su padre, pero no lo vi. Mientras caminaba veía a mi alrededor, por si acaso estuviese sentado en algún banco, pero no estaba.

Cuando volví a pasar por enésima vez por el mismo trecho, oí que me llamaban:

—Marco, ¿estás buscando a alguien?

Me volví y vi a Alfredo, sentado, con su perro echado cerca de él. Yo sonreí, un poco confundido, y caminé hacia donde estaba.

—Hola, Alfredo, ¿cómo estás?— dije.

—Bien, ¿y tú? Te vi caminar durante más de veinte minutos de arriba a abajo a lo largo del pinar. Parece que te gusta mucho este lugar, ¿verdad? —dijo, como si me tomara el pelo.

Tratando de superar el desconcierto, respondí:

—Bueno, a decir verdad, este banco de encontrarte.

—¡Pues yo estoy sentado en este banco desde hace más de una hora! ¿Cómo es que no me viste antes? — dijo. Yo no respondí y, después de un momento, continuó:

—¿Quieres saber por qué? Porque estabas pensando, y al hacerlo, no estabas prestando atención de la manera correcta.

A pesar de que no estuviese hablando en un tono de reproche, lo que dijo me lastimó internamente. Pero en cuanto empecé a sentir una especie de fastidio y de incomodidad, me dijo:

—¿Qué haces, sigues pensando todavía? Siéntate, siéntate.

Me senté sin decir nada. Él, durante un momento, le habló a su perro, luego se volvió hacia mí y dijo:

—Las personas que quieren estar en el Camino deben aprender a desarrollar la *presencia*. Después de pronunciar estas palabras se interrumpió por un momento, y agregó:

—Es difícil para el Hombre mantener activa su atención. Cuando las personas están haciendo algo, piensan o “están” con su mente en alguna otra parte, recorriendo sus fantasías y hablando continuamente consigo mismas. A causa de esa actitud, se alimenta la confusión interior acaba por aumentar porque se crea una interferencia en la *percepción directa de la realidad*. Y así, las personas acaban por vivir en un mundo que es más pensado e interpretado, que vivido y percibido por lo que realmente es.

Pensé en mí mismo pocos minutos antes, mientras trataba de encontrar a Alfredo, y no podía menos que constatar que todo

cuanto decía era completamente cierto: estaba caminando, pero al mismo tiempo me encontraba vagando con mi mente y con mis pensamientos en algún otro lugar, así que no había notado que Alfredo se hallaba a pocos pasos de mí, sentado en un banco, mirándome.

—Raramente —prosiguió después de unos instantes, —la atención se dirige hacia el momento presente y hacia lo que se está haciendo. Y esto es cierto no sólo en lo que concierne a la atención hacia las propias acciones, sino también hacia nosotros mismos: ¿cuántas veces te “recuerdas” o eres consciente de ti mismo durante el día?

—Casi nunca— pensé, y enseguida Alfredo añadió:

—Pon atención: no te estoy hablando de la concentración. Concentrarse en algo equivale a poner toda tu atención en un detalle bien definido y limitado de la realidad, ya se trate de ti mismo o de tus acciones. La presencia de la que te estoy hablando *involucra la totalidad de tu ser*, y no sólo la mente consciente. Pero ello ocurre únicamente cuando la atención se ejercita de manera correcta.

Después de un breve momento de silencio, siguió hablando:

—¿Y sabes qué es lo cómico?, que cada vez que les digo a mis discípulos que “presten atención” a las cosas que hacen, “se ponen en tensión”. Lo que se necesita aprender es aprender a ejercitar un tipo de atención consciente, ¿no una tensión stressada!

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, puso una expresión divertida. Abrió los ojos desmesuradamente, apretó los dientes y cerró los puños apoyándolos en las rodillas y luego empezó a volverse en todas direcciones sucesivamente, mientras se decía así mismo: —Ahora estoy prestando atención, ahora estoy prestando atención.

Yo me eché a reír sin poder controlarme, mientras pensaba que Alfredo había conseguido expresar la idea de manera perfecta. Después de haber representado aquella pequeña escena, empezó a acariciar a su perro. Yo los miraba a ambos, mientras dentro de mí el pensamiento había sido interrumpido, casi paralizado.

—En el Camino que yo enseñé— agregó después de un momento, en un tono serio de voz —la presencia es fundamental, porque es el antídoto contra la distracción y el sueño en el cual, en distinta medida, viven todas las personas. Y la pérdida de la conciencia es uno de los peores obstáculos que hay que enfrentar.

Después de un breve instante de silencio, le pregunté por qué.

—Porque el ejercicio de la conciencia —respondió — aumenta la capacidad de crecimiento del Hombre y el recuerdo. Te lo explico usando una metáfora que te facilitará la comprensión profunda: es como si el Hombre hubiese emprendido un viaje, con una razón bien precisa y una meta por alcanzar.

Luego se detuvo un instante, como para darme tiempo de entender lo que estaba diciendo, y siguió hablando:

—Luego, durante este viaje, el Hombre, por razones muy diversas, se ha dormido. A causa de este estado de sueño temporal, el Hombre ha olvidado por completo por qué se encontraba en viaje, dónde lo había iniciado y adónde tendría que llegar: ¡imagínate que hasta había olvidado que se encontraba en viaje! Y, a fin de que el Hombre pueda proseguir dicho viaje, necesita algo que pueda despertarlo y recordarle lo que estaba haciendo antes de que la vida misma lo distrajese. *Caminar por el Camino es como caminar hacia Casa*, la verdadera, no la del mundo.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—Las personas no se dan cuenta de que aquello que llaman “su” vida forma parte de una realidad mucho más profunda de lo que puedan imaginar o entender con su mente. De la misma manera, olvidan que aquella, y todas sus manifestaciones, son eventos temporales, pasajeros. La vida en este planeta es sólo una etapa del viaje del Hombre, y no es la única que tiene que superar.

Seguía escuchándolo en silencio, mientras pensaba en las contradicciones, en los prejuicios, en los esquemas mentales que todos nos creamos acerca de la vida, y que nos impiden abrirnos a maneras diferentes de conocer nuestro mundo interior.

Ya había verificado, durante mi adolescencia, cuán poca conciencia y deseo de conocer existía en la mayoría de la gente. Sin embargo, no me había dado cuenta, hasta entonces, que era de vital importancia, para los fines del propio crecimiento, desarrollar un tipo de conciencia de calidad superior a la que comúnmente se puede imaginar o experimentar con medios ordinarios.

Interrumpiendo mi diálogo interior, Alfredo añadió:

—El Camino existe por este motivo: para desarrollar de manera completa los instrumentos que el Hombre posee ya, pero cuya importancia y función ha olvidado por completo; para que pueda asumir su propósito en este planeta, en esta dimensión y en la totalidad de las *once dimensiones*.

Después de escuchar estas palabras, me di cuenta de que la conciencia de la cual estaba hablando Alfredo no era ordinaria bajo ningún punto de vista. Además, según sus palabras, parecía que ésta tenía que ser aprendida y desarrollada y que este tipo de conciencia parecía ser una de las metas que había que alcanzar en el contexto de una verdadera enseñanza.

—Todas las veces que te acuerdes —agregó después de un rato— intenta poner tú atención en ti mismo en los diferentes mo-

mentos del día, preguntándote: —¿Quién eres, adónde vas, y qué estás haciendo? Es un truco, una técnica que, sin embargo, sirve para entrenar la capacidad de recordarte ti mismo. —De todas maneras, no olvides que este recuerdo es el *punto de partida*, un instrumento que puedes usar para obtener algo más, y que no es el fin último de la Vía.

Mientras esperaba con ansia que siguiera hablando, miró el reloj y con una expresión divertida dijo:

— ¡Es tarde! Y ya me has hecho hablar demasiado por hoy. ¿Acaso no estás harto de oír toda esta palabrería? Vámonos, si no se me hará tarde para la cena, luego mi esposa se enoja, y ¡pobre de mí!

Sonreí ante este comentario, y sentí que se había roto la atmósfera de “seriedad” que se había creado durante aquella conversación, del mismo modo en que se había bloqueado el pensamiento desenfrenado que ésta había desencadenado, para volver a ponerme los pies en la tierra bruscamente.

Entonces, nos levantamos del banco, y empezamos a caminar en dirección de su casa. Después de unos minutos, me volvió a la memoria lo que Enrico me había dicho, un poco antes de que conociera a su padre, a propósito de la atención y del ejercicio que me enseñó para aumentarla: ¿acaso Enrico era un discípulo de su padre?

Tal vez, la impresión positiva que Enrico dejó dentro de mí se debía al hecho de que él sabía algo. De manera que no pude resistirme, y le pregunté a Alfredo:

—¿Le has enseñado también a Enrico?

Se volvió lentamente hacia mí, y luego de detenerse dijo:

—Sí, le he enseñado varias cosas. No te dejes engañar por las apariencias— añadió poco después. —Aunque Enrico es joven, ha

estado en el Camino durante muchos años, y ha sido “preparado” desde que era niño para poder llevar a cabo un tipo particular de Trabajo, cuando sea necesario. Imagínate, él fue nombrado Maestro cuando tenía sólo quince años.

Luego, siempre sonriente, prosiguió:

—Debes saber que la investidura de Maestro es conferida por la *fuerza misma de la enseñanza*, y no por los hombres.

Un poco confundido por este último comentario, comencé a pensar que probablemente debería tomar en consideración el hecho que Enrico era un Maestro cuando yo conversaba con él, pero Alfredo exclamó de improviso con una carcajada:

—Pero mira que Enrico es también un muchacho como tú, de tu misma edad, al que le gusta jugar fútbol y perseguir a las muchachas. El hecho de que sea también un joven Maestro no lo hace un enajenado.

Alfredo no volvió a hablar acerca de aquel tema, a pesar de que yo esperaba que profundizara acerca de lo que acababa de decir. Durante todo el trayecto hasta su casa, la única cosa de la que hablamos fue a propósito de lo que él y yo pensábamos cenar, de lo que había en la programación de la televisión para esa noche, y cosas así.

La conversación fue muy animada y llena de descripciones, como si me estuviera hablando de uno de los secretos esotéricos más importantes.

Me describió, por ejemplo, el modo en que su mujer prepararía la cena cuando él volviera a casa; pienso que habló de ello durante veinte minutos mientras yo, visiblemente impaciente, seguía escuchándolo, deseoso de que me hablase de alguna cosa importante.

No pude evitar pensar cuán extraño era aquel modo suyo de comportarse. No era la primera vez que notaba que Alfredo

pasaba de un tema “serio” y “espiritual” a otros aparentemente inútiles, casi banales.

Sin embargo, noté que cada vez que Alfredo dejaba inconcluso un tema para luego ponerse a bromear o a hablar de cualquier otra cosa, se anulaba instantáneamente mi esfuerzo por concentrarme y, al mismo tiempo, la importancia de cuanto decía.

Tales cambios de tono e interrupciones me desconcertaban, y aún no conseguía entender por qué lo hacía.

El sentido de la autoimportancia

“Aprender a ejercitar la atención” era, pues, uno de los objetivos de la enseñanza de Alfredo. Parecía una cosa simple, pero no lo era en absoluto.

Después de la última conversación, traté de observarme en diversas situaciones cotidianas, y quedé sorprendido por la facilidad con la cual mi atención vagaba de manera incontrolable de un pensamiento al otro. Incluso recordarme a mí mismo, a mi ser, cuando lo lograba, duraba sólo pocos instantes.

A pesar de que Alfredo me hubiese explicado la importancia de la atención y del recuerdo en cuanto al crecimiento, aún me resultaba difícil apreciar su importancia en el contexto de su enseñanza.

Pocos días después de aquella conversación, me encontraba caminando en la playa al caer la tarde, cuando descubrí a lo lejos la figura de Alfredo que paseaba con su perro. Me sorprendió el hecho de encontrarlo allí, puesto que generalmente a aquella hora él estaba en el pinar.

En cuanto lo alcancé, tuve como la impresión de que me estaba esperando. Me saludó y dijo:

—Y bien, ¿cómo te va?

—Muy bien, gracias, estoy pasando estos días en el mar, entrenando y leyendo.

—Una vida cómoda, ¿eh? ¿Y tu hermana cómo está? —me preguntó.

—Está bien. Nos llamamos a menudo, por lo menos un par de veces por semana. En ocasiones la escucho un poco cansada; pero, pienso que es muy comprensible.

Alfredo no dijo nada, y nos pusimos a caminar en la misma dirección. Luego de un momento, empezó a hablar:

—Sabes, el alma es como un pájaro encerrado en una especie de cascarón—dijo, mientras juntaba las manos en forma de copa, como reteniendo algo.

—Cuando el cuerpo físico siente un dolor excesivo—añadió— más allá de la máxima resistencia posible, esta especie de cascarón se abre— y abrió las manos —y el alma vuela lejos. En tales circunstancias, es el dolor el que causa la rotura del cascarón. Y la rotura del cascarón equivale a la muerte física, esa misma que las personas que no saben consideran que es el final de su existencia.

Por una rápida asociación de ideas, yo intuí que Alfredo se estaba refiriendo a Mariella y a su accidente.

A distancia de varios meses de aquel accidente, todavía me preguntaba el porqué de todo aquel dolor que Mariella había tenido que soportar.

Sabía perfectamente que ella había corrido el riesgo de morir, y que se había salvado gracias a una serie de circunstancias igualmente extrañas.

Había encontrado la salida del metro mientras caminaba a tientas, entre el humo más denso, entre las llamas y los muros

ardientes de los pasillos que se entrelazaban entre sí, en una de las estaciones mas grandes del metro de Londres.

Pude constatar personalmente que incluso caminar por allí en un día común, siguiendo las indicaciones para llegar a la salida, requiere cierto sentido de orientación y mucho tiempo, debido a la distancia y a la complejidad de la estructura compuesta de diversos niveles uno sobre otro.

Cuando pudieron auxiliarla, ya casi no era capaz de respirar; si hubiesen pasado unos instantes más, no habría podido llegar viva al hospital.

Tal vez había sido “suerte”, pero las probabilidades de encontrar la salida en aquel caos eran realmente pocas, y el número de personas que murieron en el accidente era una prueba de ello.

Pero había algo más que me dejaba perplejo: la manera en que la recuperación de Mariella estaba progresando tenía un algo de extraordinario, y los mismos médicos eran los primeros en sorprenderse de ello.

No conseguía entender aún la relación que existía entre las palabras de Alfredo a propósito de la ayuda y de la asistencia que le habían sido dadas, y aquella serie de increíbles circunstancias que habían visto a Mariella vencer todas aquellas adversidades.

No pudiendo contener más mis preguntas, que había guardado dentro de mí durante tanto tiempo, le pregunté a qué se refería cuando me dijo que Mariella había sido ayudada.

—A Mariella *le fue salvada la vida*— respondió Alfredo. —Ella estaba a punto de morir, *pero se decidió darle otra oportunidad. De manera que intervine...* Sin embargo— y su rostro de pronto se volvió serio, —si pierde también esta oportunidad, no le serán dadas otras.

Por un instante estas palabras tuyas me dejaron helado. Traté de encontrarles un sentido, pero todo fue inútil: no entendía quién o qué cosa había decidido darle otra oportunidad, y en todo caso, qué pretendía decir realmente. Así, pues, empecé a razonar conmigo mismo, casi sin control, cuando después de pocos instantes Alfredo, bruscamente, rompió aquella situación diciendo, con un tono de reproche:

—¿Otra vez tratas de entender? Mira que no te pido ni siquiera que “creas” a ciegas todo cuanto te digo. Mi deber como Maestro es enseñar, y la verdadera enseñanza no requiere creer, sino *aprender a conocer y a experimentar la Verdad*, en todos los aspectos de la vida.

Traté de articular las palabras para expresar lo que quería decirle:

—A veces, la voluntad de entender es más fuerte que yo, siento que lo que acabas de decir está fuera de mi comprensión.

—Justamente por ello— respondió al instante, mientras su sonrisa se hacía mas grande— ¡no debes esforzarte por entender! Hay una parte en ti, como en todos los seres humanos, que es, y que no necesita entender para poder ser. Cuando te hablo de las cosas del Camino, esa parte de ti sabe ya de qué hablo, y si tu fueras capaz de escucharla, también serías capaz de “ser” con toda tu totalidad, en una dimensión donde las palabras, los conceptos y el pensamiento se vuelven inútiles. *Y mi enseñanza se dirige precisamente a esa parte de ti que es capaz de absorberla y usarla con eficacia.*

Sentí que aquella reacción tuya había creado en mí un extraño estado mental, si así puede definirse: el pensar había sido bloqueado, y la única cosa que podía hacer yo era escuchar.

Mientras pronunciaba estas palabras, lo miraba en silencio, y experimenté una sensación extraña, casi como si Alfredo estuviese volcando las palabras dentro de mí, sentía que alcanzaban su destino natural, donde ahora no producían pregunta tras pregunta, sino solamente una sensación de calor y de serenidad imperturbables.

Aun cuando aquello que había dicho principio sonaba como un reproche, el efecto que tuvo en mí fue semejante al de una ducha helada. Despertó mi atención bruscamente, pero sin provocar ningún tipo de reacción emocional: sentí que ahora estaba *escuchando* verdaderamente.

De la playa, caminamos luego hacia la calle que llevaba a la pequeña avenida. En cuanto llegamos a la cerca del muelle, nos sentamos en una banca. Después de un poco, volvió a hablar:

—No se debe cometer el error de considerar a la mente racional como un enemigo contra el cual hay que luchar: es inútil esforzarse en combatirla o anularla, porque de esa manera se le da aún más fuerza de la que ya tiene. Tendrás que alcanzar un nivel en el cual podrás ser indiferente en cuanto a la mente menor cuando ésta no es de ninguna utilidad. Cuando trate de afirmarse de las maneras más impredecibles y tenaces, podrás simplemente mirarla e ignorarla, sin involucrarte con ella.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, me miró con una extraña luz en los ojos y dijo:

—Cada vez que empieces a pensar de manera obsesiva y negativa, ¡silba! Mira, ¡y haz lo mismo que yo! —y empezó a silbar una melodía alegre, divertida, mientras movía las manos como si estuviese dirigiendo una orquesta.

A estas alturas ya no sabía qué decir o añadir, puesto que entendí que aquellas indicaciones eran serias, a pesar de la manera en que Alfredo, en ocasiones, acostumbraba darlas.

Cuando terminó la ejecución de aquel fragmento musical, siguió hablando:

—Con el paso del tiempo, tendrás que aprender a dominar y a secundar a la mente menor, a conocer la manera en la cual actúa, sus puntos débiles, con el propósito de que no interfiera demasiado con la Mente Mayor.

Esperé por algunos instantes a que dijera un poco más, y luego le pregunté:

—¿Qué quieres decir con “mente menor” y “Mente Mayor”?

—La mente menor es la que se relaciona con la personalidad falsa, con las autoilusiones, con las obsesiones del intelecto. La Mente Mayor, en cambio, es la única parte real de ti, y que no necesita ni pensar, ni entender para poder funcionar, desde el momento en que está yo relacionada con la totalidad... aun estando encerrada en ti, contiene el Todo.

Después de una breve pausa, continuó:

—Cuando dejes de darle importancia a la mente menor y de considerarla indispensable para poder crecer y para “ser”, cuando seas capaz de reírte de tus preocupaciones y de tus supuestos problemas, le habrás asestado ya un durísimo golpe. Mira, cuanta más importancia prestas a tu razonar y a tu pensar especulativo, tanto más adquieren fuerza. De manera que si te quieres despojar de ella, ¡ríe abiertamente, y resta importancia a tus pensamientos y a la seriedad y a la morbosidad con las cuales te diriges a ti mismo cada vez que reflexionas acerca de la Verdad!

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, estalló en una carcajada fragorosa, que pareció tan espontánea que no pude evitar echarme a reír yo también. En seguida me miró con una expresión divertida, y me dijo:

—¿Que haces, aún estás aquí? Parece que te gusta hacerme perder todo este tiempo, ¿eh? ¡Ve a divertirte, y trata de estar alegre!

Dicho esto, se levantó de la banca y, después de estrecharme la mano, nos despedimos y se alejó en dirección a su casa.

Cuando me quedé a solas renuncié a reflexionar acerca de sus palabras, que me habían golpeado particularmente. No era importante pensar para poder entender el Camino en sus múltiples aspectos.

A veces, no obstante, no podía evitar sentirme asombrado, casi desafiado, al escuchar las palabras de Alfredo. El resultado de cualquier conversación que sostenía con él era siempre imprevisible, y al final me encontraba totalmente desbarajustado, con todos mis prejuicios y mis opiniones revuelto. A pesar de todo, estaba decidido a conocer aquello de lo que hablaba Alfredo.

Si cuanto decía provocaba tal tipo de reacciones, quería decir que existía un motivo. Sentía que hacía falta aprender a relajarme ante mis convicciones y opiniones, si realmente quería adentrarme en aquel incomprendible Camino y absorber el contenido.

Pocos días después de aquel último encuentro, tuve un sueño que me impresionó de manera singular. A la mañana siguiente lo recordaba perfectamente, así que lo escribí:

Soñé que pasaba frente a una papelería. Entraba y tras el mostrador veía a Alfredo. Me di cuenta de que estaba vendiendo fotografías, a sesenta liras cada una. Había algunas personas antes de mí; en cuanto llegó mi turno, Alfredo me preguntó: —¿Estás preparado?

Yo me acuerdo que estaba de acuerdo con lo que me estaba preguntando, estaba "preparado", si bien no comprendía el significado literal de sus palabras.

Vi la foto que Alfredo sostenía en la mano: era una fotografía que había sido tomada desde lo alto. Se podía distinguir la figura de un hombre tendido sobre unas rocas, con los brazos y las piernas extendidos. Era como si estuviese muerto a causa de una caída, como si se hubiese dejado caer desde lo alto.

Sobre un costado del hombre, descubrí un símbolo dibujado sobre la roca:

Yo intuí que aquel símbolo representaba al Hombre. En el preciso instante en que miraba aquel símbolo, me volví, y vi tras de mí una figura, de rostro muy oscuro, de aspecto amenazador. Era como si acabase de robar algo. Nos lanzó una mirada desafiante, y escapó en seguida.

Alfredo y yo salimos rápidamente tras él, y advertí que afuera estaba todo a oscuras. De pronto, me di cuenta de que estaba fuera del local, y me había quedado solo. Después de un momento, volví a ver aquella figura aparecer y acercarse a mí. De inmediato me invadió una sensación de disgusto y de terror, y luego vi que regresaba Alfredo. Al verlo, aquella figura desapareció en un instante, aterrorizada.

Al día siguiente traté de encontrar a Alfredo para poder contarle aquel sueño que me había dejado perplejo. Recordaba claramente lo que había dicho poco tiempo antes a propósito de su capacidad de entrar en los sueños, pero pensaba que estaba bromeando. ¿O, tal vez, se trataba de otra coincidencia?

Cuando terminé de contarle el sueño, también le dije que, a su pregunta "¿Estás preparado?", yo había respondido afirmati-

vamente aun cuando, al despertar, no conseguía recordar haber entendido el sentido de aquella pregunta.

—Yo te pregunté si estabas preparado para pagar... en el sueño había que pagar algo, ¿lo recuerdas? Es decir, estar preparado para hacer un esfuerzo correcto, consciente; para pagar. Este es uno de los requisitos fundamentales para que una relación de enseñanza real pueda crearse entre Maestro y discípulo. Me parece un sueño claro, ¿no? Se explica por sí mismo.

Yo asentí ante aquella afirmación, sin saber qué otra cosa decir. Luego agregé:

—Sabes, a veces recorro al sueño cuando tengo que enseñar algo que no es posible transmitir de otras maneras. Eso es todo.

Casi instintivamente, pregunté:

—Sí, ¿pero qué tengo que hacer? quiero decir, ¿debo entenderlos... interpretarlos? Alfredo respondió de inmediato:

—No, ¿cómo podrías hacerlo? La única cosa que tienes que hacer es contármelos. Escribe cada sueño que tengas y que consideras importante, y luego cuéntamelo. Con el tiempo, probablemente te podrá ser de utilidad.

La manera como concluyó aquella conversación me provocó una cierta desilusión.

Esperaba una interpretación del significado del sueño en todos sus detalles, mientras que Alfredo parecía casi renuente a hablar de todo ello. Probablemente no era tan importante hablar, o entenderlos, como había dicho él, pero había algo más que había picado mi curiosidad: ¿qué quería decir realmente que Alfredo recurría a los sueños cuando tenía que enseñar algo que no era posible enseñar de otras maneras?

Podía entender que, de parte del discípulo, pudieran existir bloqueos, barreras que impedían que la enseñanza fluyera libre-

mente dentro de él, resistencias que resultaban difíciles de abatir, a pesar de la voluntad y de la intención de aprender. Sin embargo, lo que no conseguía entender aún era cómo un sueño —aun en el contexto de una enseñanza— podía dejar algo útil en el interior de una persona para poder ayudarla a crecer. A pesar de que yo quería saber mucho más, no me atreví a preguntar nada más.

—Cuando sea y si es que es necesario para mí saber la respuesta —pensé para mis adentros —tal vez Alfredo me la dará. En caso de que esto no ocurra, querrá decir que, probablemente, no es tan importante conocer en detalle cuanto me dice.

Mientras pensaba esto, Alfredo tomó una hoja y empezó a dibujar de símbolos extraños. Vi que cambiaba la expresión de su rostro, y luego de unos instantes, entendí que aquello era otra puesta en escena para hacerme entender algo. Seguí mirándolo hasta que Alfredo, consciente del hecho de que ocupaba toda mi atención, después de unos minutos me miró y dijo, sonriente:

—La gente que apenas me conoce y que se queda en las apariencias, ¡piensa que soy un mago! ¡Imagínate qué estupidez! — y siguió riendo; luego agregó:

—Te puedo asegurar que las personas, al fin de cuentas, creen en lo que quieren, siempre que eso les produzca satisfacción y autocomplacencia. Creen poder entender y juzgar lo que hago, y no se dan cuenta de que se limitan a interpretar desde el exterior. A veces, no son capaces ni siquiera de intuir que no poseen ningún elemento para poder entender lo que es un Camino, y mucho menos juzgarlo. Así que puedes imaginar tú mismo la confusión que las personas tienen cuando luego vienen a mí con la intención de aprender, ¿no?— arrugó aquella hoja de papel y la lanzó dentro de un cesto.

Mientras hablaba, pensé que la tentación de juzgar a Alfredo, o de pensar que “había entendido” quién era Alfredo y lo que tenía que enseñar, era muy fuerte, pero realmente parecía un intento inútil. Por sus palabras, parecía necesario aprender a renunciar a las propias suposiciones, a las fantasías, a las opiniones personales, que resultaban sólo una pérdida de tiempo ante el intento de juzgar algo que parecía estar más allá de todo esquema racional.

En aquellos momentos me di cuenta también de que era fácil sentirme atraído por el lado “sensacional” de lo que él enseñaba, e intuí también que buscar el lado mágico de la enseñanza de Alfredo habría resultado una verdadera pérdida de tiempo: Alfredo tenía algo distinto que enseñar, y parecía ser mucho más importante y sutil que cualquier otra cosa que yo pudiera imaginar.

Sin embargo, era difícil no caer en la trampa: yo mismo, al escuchar que los sueños podían ser una manera para enseñar algo, me había sentido curioso por el aspecto casi oculto y misterioso de la cosa, sin darme cuenta siquiera de que no era eso lo esencial y de que, así, era inútil echar a volar la imaginación.

Lo esencial, como tuve ocasión de saber mucho tiempo después, era lo que se transmitía y sus efectos en el interior de la persona.

Luego de un silencio, siguió hablando:

—Debes saber que la verdadera enseñanza puede servirse de cualquier medio. Y sobre todo recuerda que esta enseñanza es exclusivamente no verbal porque está dirigida a instrumentos de recepción del Hombre que están muy por encima de la mente racional. Piensa que el Hombre mismo es inconsciente de estos instrumentos. Esta es la razón, por ejemplo, de que tiempo y espacio,

así como son interpretados comúnmente, adopten valores completamente diferentes en dicho contexto— y después de pronunciar estas palabras, sonrió luminosamente.

Por toda respuesta, con un poco de perplejidad, yo asentí. En realidad, todavía no sabía qué esperarme de Alfredo. Eso de lo que hablaba era del todo nuevo para mí, y cada vez me encontraba totalmente desprevenido. A pesar de mis esfuerzos por entender, no lograba definir en qué consistía realmente su enseñanza.

Era, indudablemente, un nuevo mundo aquel el que yo me estaba adentrando, y la única cosa con la cual podía contar era mi voluntad de conocerlo más a fondo y la confianza en relación con Alfredo.

—No sé a dónde me llevará todo esto —me decía a mí mismo— pero no pierdo nada intentando ver qué más hay que conocer a propósito de Alfredo y de su enseñanza. Si un día me diese cuenta de que no es para mí, lo olvidaré. Pero quiero esperar.

Casi estaba por pedirle aclaraciones, cuando se levantó bruscamente de la silla y puso un cassette en la grabadora. La encendió, y empezó a mostrarme pasos de danza sudamericana.

—¿Ya viste cómo bailo? Sabes, he vivido gran parte de mi vida en América del Sur, en la cuna de los ritmos latinoamericanos; ¡tenías que haberme visto cuando era joven!— y con una sonrisa radiante siguió bailando, como si de pronto hubiese desaparecido de aquella habitación.

Me encontraba desconcertado: ¿Cómo hacía para pasar de un tema extremadamente serio a cosas en apariencia frívolas de aquel modo? Para entonces, incluso había olvidado qué otra cosa quería preguntarle y me quedé, un poco confuso, mirándolo bailar. Luego de un rato se detuvo, apagó la grabadora y dijo:

—No pienses demasiado, de verdad, no hay razón para hacerlo. ¡Vete a vivir!— y se despidió de mí estrechándome enérgicamente la mano.

Después de un par de días, casi al anochecer, decidí ir de nuevo a visitar a Alfredo. Llegué a su oficina pero estaba cerrada; así que caminé hacia el pinar. Después de unos minutos lo vi pasar con su perro en dirección a mí.

—Esta vez me encontraste pronto, ¿eh? —me dijo en cuanto me acerqué a él, refiriéndose claramente a la última vez que yo me había dirigido al pinar para buscarlo y que no lo había conseguido. Respondí con una sonrisa, y luego me dijo que iba de regreso a casa. Añadió:

—Si no tienes nada mejor que hacer, podemos caminar juntos hasta mi casa.

Mientras caminábamos, empezamos a hablar de cosas sin importancia, y luego atravesamos la concurrida zona de peatones, donde Alfredo encontró a algunos de sus conocidos.

Aquí, empezó a hacer bromas con ellos y a hacer juegos de palabras, mientras yo, en silencio, lo escuchaba. Mientras tanto, lo miraba, y no podía evitar mi sorpresa por esa manera de pasar inadvertido entre todas aquellas personas.

No es que Alfredo llamase particularmente la atención, pero San Benedetto del Tronto es una ciudad pequeña, y más o menos todos se conocen entre sí, por lo menos de vista. Pese a ello, incluso los que sabían, ya fuese de oídas o porque lo habían conocido personalmente, que Alfredo era una persona no común y que “sabía algo”, no comprendían realmente quién era y lo que hacía.

Y esto se debía simplemente al hecho que él no hacía nada para atraer la atención hacia su enseñanza, y al hecho de ser un Maestro.

Antes bien, hacía lo contrario: su total ausencia de ostentación y de rebuscamientos me sorprendían.

En el momento en que pasábamos ante su oficina, se detuvo un momento y dijo:

—¿Tienes un minuto?

—Sí, claro— respondí.

Entramos, Alfredo cerró la puerta y bajó la cortinilla. Después de decirme que me sentara, me dijo:

—Ahora te enseñaré un ejercicio que debes hacer todos los días. Este será tu ejercicio personal, y no deberás mostrarlo nunca a nadie.

Luego de mostrarme todos los detalles acerca de su ejecución, me explicó:

—Hará falta tiempo antes de que aprendas a ejecutarlo correctamente. Si lo practicas con constancia, poco a poco aprenderás a hacerlo como es debido: la repetición conduce a la maestría. Luego de una pausa, pregunté:

—¿Para qué sirve?

Me miró serio y dijo:

—Sirve para aumentar la Luz dentro de sí mismo, y para entrar en contacto directo con el Todo.

No sé cómo explicarlo, pero aquella respuesta suya fue suficiente para mí: no sentí necesidad de preguntar nada más, y le di las gracias. En seguida abrió un cajón de su escritorio, y extrajo un pequeño sobre de plástico.

—Esta es para ti— me dijo.

Tomé aquel sobrecito y vi que en su interior había una pequeña espada de piedra.

—Es una espadita que yo doy a quienes quieren recibir mi enseñanza. La puedes colgar a una cadenita, si quieres, de mane-

ra que puedas llevarla siempre contigo. —Gracias— le dije, casi cuando estaba por preguntarle para qué servía, pero inmediatamente cambié de opinión y no pregunté nada.

Poco después, Alfredo se levantó, y yo lo imité. Cerró la puerta de la oficina, y de nuevo tomamos rumbo a su casa. Solía acompañarlo, cuando volvíamos del paseo, hasta el portón.

A lo largo de aquel trecho de calle de la oficina a su casa, empezó a contarme un chiste que me hizo estallar en carcajadas, y casi estaba por olvidarme del tipo de situación y de la persona que tenía a mi lado. Me parecía que su sentido del humor tenía algo extraordinario.

Cuando llegamos, me dijo:

—Sabes, el humorismo, el buen humor, la alegría, son elementos fundamentales del Camino que yo enseñé. Los problemas surgen precisamente cuando uno se toma demasiado en serio. Cuando eso ocurre, los problemas dentro de nosotros se multiplican, y nos impiden ver la verdadera naturaleza de las cosas.

Después de una pausa, dijo:

—Te habrás dado cuenta de que yo mismo, justo cuando te estoy hablando de mi enseñanza o de cosas que son especialmente serias e importantes, siempre le quito lo dramático a la conversación, y bromeo, cuento chiste o cosas que, en apariencia, parecerían estupideces fuera de lugar.

Me miró a los ojos, como si esperara una señal de asentimiento de parte mía. Asentí, habiendo notado, en efecto, aquella particularidad de su comportamiento.

—Bien— siguió diciendo —ésta es simplemente una técnica, para que, tanto yo que hablo, como quien me está escuchando, no nos tomemos muy en serio. Si eso ocurriese, se crearía una interferencia en la transmisión de lo que yo enseñé.

—El sentido de autoimportancia— añadió —es una trampa peligrosa en el camino hacia el Conocimiento, y tendrás que aprender a ejercitar tu atención en él cada vez que tu Yo trate prepotentemente de afirmarse de tal manera. Si llegases a encontrarte en la situación en que tuvieras que hablar de lo que te enseñó y te das cuenta que te estás escuchando con un sentido de autoimportancia y que, el escucharte a tí mismo te produce un sentimiento de satisfacción y complacencia, deja de hablar, pues de otro modo producirás graves daños tanto a tí mismo como a quienes te escuchan.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, hizo una mueca que me causó risa y, fingiendo que tenía el auricular del teléfono en su mano, dijo:

—¿Hola? ¡hola? Sí, sí, querida, ahora mismo llego. Ya puedes preparar la cena.

Me eché a reír, mientras él me tendía la mano y se despidió: —Nos vemos uno de estos días.

Después de despedirme a mi vez, también yo volví a casa, con una profunda alegría.

En casa, encontré una cadenita, y puse la espadita que Alfredo me había dado. Mientras cenaba, mi madre la notó, y dijo:

—¿Por qué te pusiste esa cosa en el cuello? Es esa cosa que compraste en Turquía, ¿verdad?

Casi instintivamente hice un movimiento afirmativo con la cabeza, pues no quería intentar explicar lo que era aquella espadita, ni quién me la había dado. Pero al oír aquella pregunta, me vinieron a la memoria las tres espaditas que había comprado en Turquía: ¡Las había olvidado por completo! Tal vez había una relación entre estos dos hechos.

Pero antes de que empezara a fantasear, renuncié a ello, puesto que aquella noche me encontraba trastornado, casi borra-

cho de alegría. Alegría por haber conocido a Alfredo, por haber encontrado una enseñanza de vida, y por no sé cuál otro motivo: estaba sereno, ¡y poco a poco iba perdiendo el interés de saber el porqué!

En el fondo, realmente no tenía importancia entender las razones de mi serenidad. A diferencia de cuando practicaba artes marciales, en cuanto me metí a la cama, caí profundamente dormido, sin pensamientos o preocupaciones.

La enseñanza y la Luz

Muy pronto empecé a practicar diariamente el ejercicio que Alfredo me había dado. Como me dijo pocos días después, uno de los detalles que tenía que procurar era mantener la presencia y la atención durante su ejecución; sin Pero muy pronto me di cuenta de que era muy difícil.

En cuanto empezaba a hacer el ejercicio, mil pensamientos, los más absurdos y banales, se precipitaban en mi cabeza. Cuando le pregunté a Alfredo cómo podía hacer frente a estos pensamientos, me dijo simplemente que no luchara contra ellos, sino que los dejara pasar ante mí, que los ignorara, sin esforzarme por borrarlos directamente. Descubrí que ésta era la mejor manera de poder echarlos, si bien éstos volvían apenas me distraía.

Como Alfredo había dicho, había de ser necesaria una larga práctica antes de que pudiera conseguir ejecutarlos de manera correcta. Sin embargo, aún había algo que no sabía acerca de este ejercicio, y que habría de descubrir tiempo después.

En los primeros días de septiembre, Mariella volvió a San Benedetto para pasar un par de semanas. Acompañado de un

amigo fui a recogerla al aeropuerto, y durante el viaje a casa nos contamos todos los acontecimientos vividos desde que nos habíamos visto por última vez.

En cuanto tuvimos oportunidad de hablar a solas en casa, me dijo, para mi sorpresa, que quería saber algo más acerca de Alfredo y sobre la relación que existía entre él y yo; también me dijo que en sueños le aparecía a menudo el rostro de Alfredo, y no lograba explicarse por qué aquel hombre le había causado tan fuerte impresión, a pesar de que lo había visto sólo una vez. En pocas palabras, le expliqué lo que yo sabía de él, y le dije que era discípulo suyo. No obstante, noté que cuanto le decía no bastaba; había algo aún que Mariella deseaba saber:

—¿Me podría enseñar también a mí? me preguntó. —Nunca me he interesado en cosas de este tipo, tú lo sabes, pero ahora es todo tan distinto.

—No sé qué decirte— le respondí, y añadí: —Lo mejor que puedes hacer es preguntárselo directamente a Alfredo.

En cuanto terminé de pronunciar estas palabras, me preguntó si podía acompañarla a buscarlo.

Aquella misma tarde llamé a Alfredo para preguntarle si podíamos hacerle una visita.

—Claro, vengan cuando gusten— me respondió —el sábado en la mañana la oficina se cierra al público, así que tendremos todo el tiempo para charlar un poco.

Al día siguiente, en cuanto llegamos a su oficina, lo saludamos, y Alfredo nos pidió que nos pusiéramos cómodos.

Después de los primeros convencionalismos, Mariella le preguntó si podía hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto, dime cuanto quieras— respondió Alfredo, pero antes de que Mariella empezara a hablar, le pregunté si prefe-

ría que yo saliera. Ella me respondió que no era necesario, y dijo, volviéndose de nuevo a Alfredo:

—Sé muy poco acerca de ti, pero Marco me ha dicho que eres un Maestro. No sé lo que esto significa, pero sé que necesito ayuda. Se interrumpió un instante, luego prosiguió: —Tendré que hacer un esfuerzo supremo para poder reconstruir poco a poco mi vida. Siento que he perdido muchas cosas a causa del accidente que sufrí, pero quiero volver a empezar nuevamente, y desearía saber más acerca de tu enseñanza: no sé si podría servirme de ayuda— luego se interrumpió de nuevo, y agregó:

—Quisiera ser discípula tuya.

—Yo estoy aquí para ayudar a crecer a quienes lo deseen— respondió Alfredo. —Pero presta atención: yo ofrezco una *posibilidad* de crecimiento y de cambio, que puede transformarse en un cambio *efectivo* sólo en el momento en que lo que enseño es recibido en la manera correcta.

Podía ver a Mariella que seguía la conversación con mucha atención, completamente absorta y silenciosa, y asentir con leves movimientos de cabeza.

Alfredo la miró por un instante y le dijo:

—Tú tendrás que aprender a ser paciente, y ello requerirá tiempo y trabajo de tu parte. Si tu intención es correcta, tu esfuerzo producirá frutos inevitablemente. Y no debes olvidarte que yo estoy siempre a disposición. Sin embargo— se interrumpió por un instante, —no debes preocuparte de nada, ¿O.K.? ¡El mío es un tipo de trabajo que debe afrontarse con positividad y alegría! Entre las varias cosas que enseño, ¡enseño a reír! y después de haber dicho aquello, estalló en una fuerte carcajada que pareció tan espontánea, que instintivamente nos echamos a reír también nosotros.

Luego, noté que su rostro volvía a ponerse serio, y con un aire de concentración, en un ambiente que de pronto se había vuelto austero, abrió lentamente el cajón de su escritorio, y extrajo un pequeño sobre de plástico, del cual sacó una espadita de piedra, semejante a la mía, pero de un color distinto.

—Esta es para ti— dijo, volviéndose a Mariella. Ella alargó la mano y le dio las gracias, un poco confundida por aquel gesto. Luego Alfredo agregó:

—Trata de ponértela o de llevarla siempre contigo, te será de ayuda.

Me di cuenta de que había llegado el momento de despedirnos, y me dispuse a levantarme, mientras le decía a Mariella que debíamos marcharnos.

Mariella entendió, y se despidió de Alfredo con estas palabras:

—Gracias por todo.— Alfredo le sonrió, y mientras la abrazaba, le dijo:

—Mantente en contacto, y adelante con fuerza y alegría— luego, se volvió hacia mí, diciendo:

—¡No me digas que sigues pensando en ese momento!— con una expresión divertida y seria al mismo tiempo. Yo me eché a reír, mientras le respondía:

—No, no, he dejado de pensar.

En seguida, nos despedimos nuevamente y salimos.

Durante aquellas dos semanas, Mariella siguió haciéndome preguntas acerca de Alfredo y el Camino que enseñaba y, antes de regresar a Londres, fue sola a visitarlo un par de veces. Un día antes de partir, me dijo:

—Durante estos días, a menudo he pensado en cómo conocí a Alfredo, y aún no consigo explicarme por qué te respondí “sí”

cuando tú me preguntaste la primera vez si quería acompañarte a saludarlo. Todavía — me dijo un tanto desconcertada, —no consigo explicarme el por qué... ¿Sabes?, a mí no me interesaba nada de ese tipo de cosas, de los Maestros, de las enseñanzas, de todas esas cosas que te interesaban a ti, en fin...luego, me miró fijamente a los ojos, y añadió:

—Y sin embargo, desde que regresé a Inglaterra, no sé por cuál motivo, no podía evitar el pensar en Alfredo y en ti, como su discípulo; yo te conozco bien, y sé que nunca te has involucrado en ningún tipo de estupidez, así que puedo intuir que debe haber algo fundamentalmente “bueno” en todo eso... pero no es sólo esto.

Yo la escuchaba en silencio mientras la veía esforzarse para encontrar las palabras adecuadas y poder expresar lo que quería decir.

—¿Sabes? añadió —lo único que sé es que quiero saber más, y no sabría decirte por qué.

Como única respuesta, le sonreí, y le dije que yo sentía las mismas cosas. Tampoco yo, en el fondo, habría sido capaz de explicarle a alguien por qué escuchaba y trataba de seguir las indicaciones de Alfredo. Más allá de lo que habría podido explicar, había algo dentro de mí que seguía la lenta evolución de aquella situación, y que veía crecer la confianza en Alfredo, día tras día.

También sabía que todo aquello no nacía del deseo de creer en alguien a toda costa.

En el fondo, tenía aún muchas dudas; pero era capaz de entender que la mía no era una creencia ciega, sin objeciones. Sentía, más bien, que se trataba de un tipo de confianza que provenía de una parte más profunda de mí mismo, y que obviamente no nacía de mi razonamiento ni de mi deseo de convencimiento a toda costa.

Al mismo tiempo, podía asistir a un gradual, casi imperceptible aumento de mi serenidad. Las obsesiones y las crisis del pasado, ahora, eran sólo un recuerdo, y poco a poco estaba desarrollando la capacidad de hacer frente a mis temores de una manera más constructiva y eficaz.

Sentía este cambio, y sabía que Alfredo y su enseñanza eran la causa.

Mariella pues, volvió a Londres y yo, después de un par de semanas, debía volver a la universidad.

Aún tenía preguntas que hacer a Alfredo y quería aprovechar la oportunidad de encontrarme en San Benedetto para poder visitarlo a menudo.

Pocos días después de la última vez que habíamos hablado, hacia las diez de la mañana, me presenté en su oficina:

—Y bien, ¿qué tienes que preguntarme hoy?

Un poco confundido por su actitud, respondí:

—¿Te puedo preguntar cómo funciona tu enseñanza? Es decir, ¿cómo ocurre el proceso de crecimiento del que hablas?

Con un leve movimiento de cabeza, respondió:

— Te lo puedo explicar, pero para hacerlo me veré obligado a recurrir a ciertas metáforas. ¿Sabes?, a menudo es ésta la mejor manera para que se entiendan conceptos que no pueden ser comprendidos de ningún otro modo. Lo que estoy por decirte pertenece a otro tipo de dimensión que nunca podrás entender con tu mente menor, la de la lógica y de la razón. Escucha, pues, y no trates de entender a toda costa sólo con tu cerebro— luego agregó, casi severamente —más bien, trata de estar presente.

Mientras acariciaba dulcemente a su perro, continuó:

—El Hombre está compuesto de una miríada innumerable de falsas personalidades. Él piensa que tiene una personalidad esta-

ble, con la cual trata de identificarse constantemente. En realidad, existen *muchas* personalidades y fachadas dentro del Hombre, que se alternan y se combaten entre sí incesantemente, con mayor o menor intensidad.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, me miró como dándome la oportunidad de hacerle la pregunta que tenía dentro; así que le dije:

—¿Qué quieres decir cuando hablas de “falsas personalidades”? Es decir, ¿por qué son falsas?

—Son falsas porque no son la parte *real* del Hombre: son el fruto del ambiente, de su capacidad de distraerse, de su inhabilidad de discernir lo que es verdadero de lo que no lo es. El Hombre cree ser, pero en realidad piensa que es. Un día, sus miles de personalidades lo harán sentirse inteligente, otro día, incapaz, otro día importante, o humilde, o arrogante, y así, durante toda su vida. Una vida que se alternará entre estos miles de conflictos y facetas de su mundo interior que nunca conseguirá controlar plenamente, y en el cual no se adentrará de una manera completa.

En seguida, me miró fijamente a los ojos, y después de una breve pausa agregó:

—Cuando alguien viene a mí y me pide que le enseñe, que lo ayude, es necesario considerar que existe otra u otras partes en él, que no sólo no quieren ser ayudadas, sino que incluso se oponen a tal ayuda. Así pues, ¿cómo se podría ayudar a *una persona*, cuando en realidad nos estamos refiriendo a un conjunto compuesto por *una miríada de personalidades* distintas en conflicto entre ellas? Es un lindo problema, ¿no te parece?

Esta vez no sonreí, pero me quedé observándolo. Mientras lo escuchaba, trataba de mirar mi interior, y recordaba mis propias

crisis de personalidad, mi confusión interna. Como si de algún modo él hubiese leído en mi cara lo que me atormentaba, me dijo con tono de broma:

—¿Y ahora qué pasa? ¿Otra vez estás preocupado? Mira que aún no he terminado la historieta — y después de un poco agregó:

—Más allá de todo este embrollo de personalidades y de falsos “Yo”, como te decía, hay sin embargo algo más, algo verdadero: una pequeña, pequeñísima luz. Imagínate un montón de excrementos, con una imperceptible, débil luz en el interior: pues bien, éste es el Hombre cuando consigue mirar su interior con sinceridad.

Luego, con mirada seria, prosiguió:

—¿Sabes?, mi trabajo consiste en conseguir que esta pequeña luz crezca cada vez más. Es como soplar a una pequeña fogata, poco a poco, si se sigue soplando, la pequeña fogata puede llegar a ser más grande, ¿no te parece? Mi enseñanza está dirigida precisamente a esta pequeña luz que se encuentra en cada uno, y no a las falsas personalidades. Esa pequeñísima parte de ti, que ya está conectada con el Todo, *sabe que cuanto digo es verdadero, independientemente de la manera en la cual yo te hablo*. En cambio, las falsas personalidades se aferran al significado literal de lo que digo o a las apariencias de mi comportamiento. Es por este motivo que quienes se aferran demasiado a la que llaman “su” personalidad, no consiguen sentir lo que contiene mi enseñanza.

Se interrumpió para mirarme, como si esperase que yo dijera algo. Un poco confundido, después de un breve instante, dije:

—Lo que has dicho hasta ahora es claro, ¿pero qué sucede con las falsas personalidades?

—¿Sabes?, su fuerza es enorme— respondió Alfredo —al igual que su número, y no bastarían cien vidas para poder anu-

larlas, si se actuara directamente sobre ellas. De hecho, hacer tal cosa sería tan estúpido como querer echar por la ventana la oscuridad con las manos. Para echar la oscuridad, es necesaria la Luz: abre una, dos, muchas ventanas y la oscuridad se irá, sin desperdiciar energías inútilmente. Esta es mi enseñanza. Las falsas personalidades y sus negatividades deben ser reemplazadas con las de la Realidad, y ello puede ocurrir solamente a través *del aumento consciente de la Positividad*. Esta será la que, con el tiempo, anulará todas las negatividades de manera total, hasta que el “cuerpo de las Negatividades” sea reemplazado por un “cuerpo de Positividad” y de Luz. Recuerda siempre: *es lo positivo lo que atrae a lo positivo*.

Me daba cuenta de que lo que estaba diciendo Alfredo era verdadero, del mismo modo que empezaba a darme cuenta de la dimensión del trabajo del cual estaba hablando. Podía intuir que se trataba de un trabajo largo y laborioso, que verdaderamente requería preparación y el desarrollo de habilidades no comunes.

Esta conciencia me había preocupado un poco y luego de algunos instantes de que Alfredo había acabado de hablar, me dijo, como para tranquilizarme:

—Y es precisamente porque lo positivo atrae a lo positivo, por lo que no es necesario preocuparse. Recuerda que es ocupándose, y no *preocupándose*, como se producen las soluciones.

Se interrumpió un instante, luego añadió:

—Con el tiempo, tendrás que aprender a ocuparte de las soluciones, antes que preocuparte de los problemas. La palabra misma “pre-ocuparse” significa “ocuparse de algo antes aún de que esto ocurra”. ¿Acaso te parece una cosa sensata?

Luego se volvió lentamente hacia su perro, lo miró, y mientras lo acariciaba le dijo:

—¿No te parece que hemos hablado demasiado? ¿Qué piensas, Baghi?

El perro siguió observándolo con una mirada casi humana, mientras por un instante, al ver su expresión, pensé que realmente estaba escuchando nuestra conversación. Alfredo se volvió luego hacia mí y dijo con tono tranquilizador:

—No te preocupes por entender a toda costa, *la esencia de lo que te debo transmitir no viene y no puede ser transmitida a través de las palabras*. Incluso podría hablarte durante horas, pero no sería esto lo que te haría crecer. Antes que pensar o preocuparte, cultiva la atención y la paciencia, otras cosas vendrán a su tiempo— luego, después de darme golpecitos en la espalda, dijo:

—Por lo demás, aún eres joven... no hay prisa.

En cuanto hubo terminado de pronunciar aquellas palabras, oí que alguien tocaba a la puerta de su oficina. Me volví, mientras Alfredo lo invitaba a pasar.

—Hola, Alfredo— dijo aquella persona mientras entraba.

—Él es Marco, un amigo de Enrico, y él es Juan— dijo Alfredo.

Nos dimos la mano, y él se sentó cerca de mí.

Dirigiéndose a Juan, dijo Alfredo:

—Marco está estudiando para ser profesor de educación física, y es un experto en artes marciales. También se interesa en el Camino. Dentro de algún tiempo podrá empezar a participar en el ejercicio semanal. Juan asintió, después de lo cual Alfredo se volvió hacia mí, y dijo:

—Juan es un amigo, y es uno de mis discípulos más antiguos— luego agregó, —es un guitarrista profesional, ¿sabes?, pero ahora puedes marcharte, nosotros tenemos que hablar de secretos,

de cosas misteriosas...— hizo una expresión cómica, y vi que ambos sonreían. Luego añadió:

—Nos vemos antes de que vuelvas a la universidad.— Luego se levantó de la silla y me estrechó la mano; después de saludar a Juan, me marché.

Ya sólo faltaban pocos días para mi regreso a la universidad, donde tenía que presentar un par de exámenes. En aquel período, mientras me hallaba aún en San Benedetto, tuve otro sueño, que al día siguiente me apresuré a transcribir:

Recuerdo que Alfredo, Luigi, Baghi, el perro de Alfredo, y yo nos encontrábamos dentro de una especie de monasterio medieval; ambos estábamos hablando con Alfredo, cuando me dijo que pusiera en orden una serie de libros y de documentos que estaban sobre un estante. Cuando terminé, Alfredo me dijo nuevamente que los pusiera sobre una mesa. De modo que tomé todos aquellos libros y documentos, y los volví a acomodar meticulosamente, disponiéndolos de una manera muy lógica y “racional”. Cuando terminé, Alfredo, después de haber visto cuanto había hecho yo, con tono severo, como para reprenderme, me dijo: —¡Tú eres demasiado “mental”! Tendrás que aprender a entender cuándo es necesario usar la parte racional, y cuándo es mejor recurrir a la parte intuitiva.

Aquel comentario hizo que me sintiera un poco mal, pero después recuperé un estado de calma y de atención, gracias al cual entendí que tenía que recibir aquel comentario de manera positiva, es decir, usarlo para cambiar de actitud más que sufrir a causa suya y sufrirlo pasivamente.

Al día siguiente me desperté más temprano de lo acostumbrado, para poder ir a visitar a Alfredo.

Encontré sólo a Enrico que, me dijo:

—Mi padre acaba de salir para ir al bar a tomar un café. El bar está en la esquina, si te parece puedes ir directamente hasta allá, o si prefieres, espéralo aquí, como gustes.

—Pienso que es mejor alcanzarlo allá— respondí.

Después de que salí del edificio, lo vi bromear con un par de señores, luego siguió caminando hacia el bar.

—Hola, Marco. ¿Cómo estás? Te ves bien— exclamó —estás entrenando mucho ¿eh?

—Sí, estoy preparándome para los exámenes prácticos en la universidad.

—¿Cómo te va? ¿Estás listo para volver a la universidad? —me preguntó.

—Eh... sí, a decir verdad, preferiría quedarme en San Benedetto un poco más, pero está bien igual. Quería contarte un sueño.

—Te escucho— respondió, mientras saludaba abiertamente con grandes movimientos de la mano a algunos de sus conocidos que pasaban frente al bar.

Cuando acabé de contarle, exclamó:

—No podía ser más claro, ¿no te parece?

Yo sonreí, pero aquel sueño me había perturbado.

Había empezado a preguntarme cuál era mi “parte intuitiva” y cómo podía acceder a ella. Según el sueño, parecía importante aprender a usarla cuando fuese necesario. Y, en todo caso, ¿cuándo era realmente necesario?

—Este es un Camino que requiere tiempo y paciencia— añadió inmediatamente después, —pero no hay necesidad de preocuparse. Con calma y sin ansia, trata de esforzarte al máximo para seguir mis indicaciones y mis consejos. El resto vendrá por sí mismo.

Luego cambió completamente el tema de la conversación, y empezó a preguntarme cuándo terminaría la universidad, lo que pretendía hacer después, y cosas de este tipo. Todavía quería hacerle algunas preguntas, así que la interrogué:

—Hace algún tiempo, cuando te pregunté a propósito de tu enseñanza, dijiste que no puede entenderse racionalmente. ¿Cómo puede una persona acercarse a una cosa así? ¿Es algo difícil... quiero decir, con la conciencia de no poder entender racionalmente tal proceso?

—La actitud adecuada para entrar en este tipo de Trabajo y para caminar por este Camino— respondió —es la de estar abierto para vivir y para experimentar el Camino sobre sí mismo. No existe otra manera fuera de la experiencia directa para tener acceso a mi tipo de enseñanza. Y es necesario aceptar que el uso de la mente ordinaria, o mente menor, no es apto para afrontar otros tipos de dimensiones que se encuentran más allá de la que vivimos cotidianamente.

Inmediatamente después de pronunciar estas palabras, Alfredo empezó a bromear con el propietario del bar y con otras personas que se encontraban allí. Después de ordenar dos cafés, se volvió hacia mí, y dijo:

—¿Sabes?, generalmente las personas que se encuentran fuera del Camino no entienden que el trabajo *sólo* se puede realizar dentro del “laboratorio”. Cuando estás *en el* trabajo, puedes “saber” en qué consiste, pero si estás fuera de él, nunca conseguirás tener los elementos indispensables para poder acercarte y entender de qué se trata. Limitarse a hablar del “trabajo” juzgando tan sólo los aspectos exteriores y sin haber vivido la experiencia, sólo puede producir confusión.

Después de pagar los cafés, siguió hablando:

—Podríamos hablar incluso durante horas y horas, pero te puedo asegurar que nada cambiaría en ti: recuerda, sólo *la experiencia directa* de lo que yo enseño puede dejar la huella dentro de ti, y producir cierto tipo de crecimiento. ¿Y sabes qué es lo más cómico? ¡Es que *no hay necesidad de entender cerebralmente de qué manera funciona* esta enseñanza en todos sus detalles para conseguir que funcione!— se volvió de nuevo hacia el propietario del bar y empezó a hablar de una película que había visto la noche anterior.

Me estaba acostumbrando a este tipo de situaciones, en las cuales seriedad y humorismo se alternaban inesperadamente, y trataba de mantener viva la atención sobre lo que estaba diciendo, a pesar de las frecuentes interrupciones que, intuía, eran intencionales. Luego, siempre hablando con aquel hombre, comentó:

—¿Sabes, Mario? le dijo —a mí me gustan las películas en las que no tengo que hacer un esfuerzo para entender nada, me gustan las películas que me hacen reír y nada más. Si hay que hacer un esfuerzo para entender, no consigo en absoluto ver una película... una película debe divertir, ¿no? —y se volvió bruscamente hacia mí, como para hacerme entender que no estaba sólo hablando de películas, sino que en realidad estaba continuando la conversación interrumpida poco antes. Por única respuesta, sonreí, y después de terminado el café se despidió en voz alta de los presentes, y salimos.

—El hecho es —añadió poco después de que empezamos a caminar, —que a menudo las personas, aun antes de conocerme, tienen un montón de ideas acerca de mí y del Camino que enseño. Luego, después de que me conocen, tratan de reforzar sus convicciones y de ser convencidos de lo que se les dice, esforzándose de este modo por eliminar los aspectos de la enseñanza que les causan

fastidio. Pero uno de los obstáculos más grandes es que tratan de entender a nivel cerebral, de darse a sí mismos una razón plausible que les haga aceptar lo que enseño. Sin que estas personas se den cuenta, este tipo de interferencia bloquea el flujo de la enseñanza.

Quedó sin palabras, mientras gradualmente estaba empezando a percibir cuán sutil era la enseñanza de Alfredo y con cuánta facilidad las personas que pretendían ser ayudadas por él se convertían al mismo tiempo en artífices de su incapacidad de obtener algún beneficio. Así pues, parecía necesario mantener un estado de vigilancia y de atención constante sobre sí mismo, y sobre lo genuino de las propias intenciones. Parecía fundamental aprender a saber escuchar.

Poco antes de llegar frente a la oficina, con mirada seria, se volvió hacia mí y dijo:

—De cualquier modo, una actitud demasiado mental aleja del Trabajo sólo a las personas que piensan buscar con el cerebro, pero que no lo desean verdaderamente con el corazón.

Luego, con movimiento rápido, me tendió la mano y dijo:

—¡Qué espléndido día! Ve a pasear por el mar y, recuerda, ¡trata de estar contento!

Mientras me estrechaba la mano, vislumbré el rostro de Enrico que me miraba desde el interior de la oficina, saludándome con un guiño.

—Gracias, Alfredo— le dije, y después de devolver el saludo a Enrico, me fui a la playa.

Me senté al borde del mar y traté de poner orden en mis pensamientos, como acostumbraba hacer cada vez que acababa de leer un libro o después de hablar con mi maestro de Kung Fu.

Pero me sorprendí al constatar que estaba perdiendo todo interés por hacer una cosa así. Tratar de organizar de manera ló-

gica todo lo que había escuchado empezaba a producirme una sensación de cansancio y de esfuerzo, y de este modo me resultaba cada vez más fácil evitar razonar conmigo mismo.

Cerré los ojos, y el único sonido que lograba percibir era el del mar, en una condición de vacío mental donde casi no existía ya ninguna huella de los viejos diálogos interiores, de las preocupaciones, del ansia de entender. Había quedado sólo una gran voluntad por aprender, cualquiera que fuese su costo y sus dificultades, y durante todo el tiempo que fuese necesario.

La enseñanza y el Camino

Después de aprobar mis exámenes, me quedé en Aquila, donde las clases habrían de empezar pocos días después. Aquél era mi último año en la universidad y tendría que estudiar mucho en los meses siguientes.

Tres semanas más tarde, regresé a San Benedetto. Generalmente, llegaba a casa el viernes en la noche y volvía a salir para Aquila el domingo en la noche.

Aquel sábado en la tarde quise ir a visitar a Alfredo. En cuanto entré al edificio lo encontré cerrando la cortina metálica de su oficina. Después de saludarnos, me dijo:

—Ven, vamos a dar un paseo.

Salimos y empezamos a hablar. Mientras hablábamos de cosas sin importancia, de pronto dijo:

—Cultivar la atención es muy importante, porque hay muchas trampas en el Camino, de las que a veces nos damos cuenta sólo después de que caímos en ellas.

Yo lo escuchaba, mientras trataba de frenar mi instinto de pedirle explicaciones. Luego, después de pocos minutos, añadió:

—Las personas que han oído hablar de mí y que me confunden con un santón, un curandero, un mago, vienen a consultarme y pretenden que yo esté allí escuchándoles, que resuelva lo que llaman “sus problemas” con un movimiento de mis manos, que les diga constantemente qué hacer o qué no hacer. En realidad, estas personas quieren atención, alabanzas, aprobación, emociones, pero raramente buscan la verdadera enseñanza. Desgraciadamente para ellos, no puedo satisfacerlos, porque no es ésta mi función.

Luego se detuvo, se volvió hacia mí y dijo:

—Estas personas no han entendido nada, porque no saben que, a fin de que lo que yo doy pueda funcionar realmente para ellos, antes que nada deben adoptar una posición de extremo respeto en relación conmigo y en relación con mi enseñanza. Si la actitud no es correcta, ni siquiera el Maestro del más alto nivel podría enseñar a personas como éstas.

En cuanto hubo terminado de hablar, reanudó el paso, y yo con él. Luego, le pregunté: —¿Pero qué significa tener una actitud correcta?

—Significa estar sinceramente interesado en el propio crecimiento y en el propio desarrollo— respondió. Luego agregó:

—Y ésta es la condición fundamental para poder recorrer un Camino de verdad. Por esta razón es importante mantener constantemente la atención sobre la intención y sobre el verdadero motivo por el cual una persona se vuelve mi discípula. Si no existe una intención correcta en la base de la relación entre Maestro y discípulo, no puede existir enseñanza. Por lo demás, es importante que nos acordemos constantemente de las razones por las cuales alguien viene a pedir mi enseñanza y por las cuales se pretende aprender. Con el paso del tiempo, hay una tendencia en las personas a distraerse y a olvidar dichas razones.

Esta última afirmación me dejó un poco confundido. ¿Por qué era tan importante, después de todo, recordar las razones por las cuales alguien había querido empezar a aprender? Yo pensaba que, una vez iniciado un proceso de enseñanza, sería suficiente escuchar o seguir las indicaciones de Alfredo para poder continuar adelante.

Después de haber pronunciado aquellas palabras, se detuvo nuevamente, y me dijo, con una expresión seria:

—Las dificultades para recibir mi enseñanza surgen precisamente cuando las personas caen en un estado de sueño, olvidando cuál es mi función con respecto a ellas y las bases de la relación entre Maestro y discípulo. Posteriormente, las personas empiezan a confundirme con algo que yo no soy, y a pedir o a esperar recibir cosas que nada tienen que ver con mi función de Maestro. Y, mientras tanto, no se dan cuenta de que cierto *tipo de enseñanza les es dado de manera continua, si bien no siempre es perceptible*.

Luego reanudó el paso, y añadió:

—Mi función es estimular el crecimiento global de mis discípulos, y no entretenerlos o prestar atención a sus fantasías. A causa de tal distracción, en ocasiones se pierde la capacidad y la posibilidad de crecer.

Lo escuchaba con atención, y sus palabras volvían a hacer eco en mi interior; sabía que lo que acababa de decir era verdad, porque yo mismo lo había vivido. A menudo me había dado cuenta de que me distraía y de que olvidaba quién era Alfredo y lo que hacía; y olvidar era extremada, increíblemente fácil, a causa también de su manera de comportarse.

Las apariencias, a menudo, se imponían sobre mi capacidad de juicio y, sobre todo cuando empezaba a bromear o a divagar durante la conversación, era difícil mantener la atención sobre el

hecho de que él era un Maestro y que efectivamente estaba enseñando. En muchas ocasiones tuve la impresión de que mediante mil comportamientos y trucos diversos, Alfredo desafiaba constantemente mi capacidad de conservar la atención, y cada vez me quedaba sorprendido al constatar cuán fácil era distraerse.

Mientras seguíamos caminando hacia el centro de San Benedetto, en silencio, sentía nacer otras preguntas. Todavía no era claro para mí lo que determinaba verdaderamente la posibilidad de aprender de una persona. No sabía si era suficiente su voluntad de aprender, o si participaban otros factores. En el fondo, tampoco sabía lo que hacía que una persona pidiera un tipo tal de enseñanza. ¿Acaso esto estaba reservado a pocos? ¿Y por qué?

Estos pensamientos me acompañaron hasta el momento en que, una vez que llegamos a la zona peatonal, Alfredo me propuso que fuéramos a tomar algo al bar. Puesto que Alfredo parecía haber terminado de hablar, después de sentarnos a una mesita y de ordenar, le pregunté:

—¿Tu enseñanza realmente está abierta a todos?

—Por supuesto— respondió con una sonrisa —pero no todos la desean con sinceridad.

Luego me miró fijamente a los ojos, serio, y dijo:

—Si alguien viene a mí y me pide que le enseñe, este alguien debe poco a poco aprender a abandonar todas las ideas preconcebidas que ha absorbido de su ambiente, su educación, el tipo de desarrollo que ha tenido, a propósito de lo que puede ser la relación entre el Maestro y un buscador de conocimiento. De otro modo, ¿cómo podría entender primero y luego asimilar lo que le estoy transmitiendo, si interfiere constantemente con su juicio?

Por un momento se interrumpió, mientras miraba a las personas que paseaban. Cada vez que se interrumpía, provo-

cando pausas que parecían durar una eternidad, sentía que mi atención se volvía más aguda. Luego de un momento volvió a hablar:

—Los que vienen a mí pensando que saben ya algo o que son importantes, son los que afrontarán las mayores dificultades para progresar a lo largo del Camino porque, comportándose de este modo, oponen una fuerte resistencia a lo que puedo transmitirles.

Bebió luego su café y agregó:

—¿Sabes?, es difícil entender o analizar a nivel racional mi enseñanza, *sólo puede ser vivida, no interpretada*. Y sin embargo, sucede a menudo que las personas piensan que saben ya lo que yo les digo, o que ya lo han oído en alguna otra parte, o que no les concierne directamente. En ocasiones, piensan incluso que saben lo que necesitan para poder crecer— y estalló en una carcajada—sin siquiera darse cuenta de que, en realidad, sólo van buscando sensaciones, estados emocionales extraordinarios, magia; es decir, cosas que a ellos les agradan. Sucede a menudo que a este tipo de personas les gusta definirse “esoteristas”.

Se interrumpió por un momento, me miró con una expresión divertida y me dijo:

—¿Sabes cómo los llamo yo? ¡Esoturistas!— y estalló en otra carcajada. Ante aquella ocurrencia, y viendo su expresión, también yo me eché a reír; Alfredo continuó:

—Estas son personas que, con un comportamiento esotérico, se interesan en probar un poco de todo lo que consiguen encontrar, sin siquiera darse cuenta de que lo que encuentran de esta manera podría ser no sólo inútil, sino inclusive nocivo. La realidad es que las personas no saben lo que realmente necesitan, y no están dispuestas a aceptar que lo que necesitan *podría no*

gustarles, o podría requerir esfuerzos y un cambio en su manera de ser.

—¿Acaso es una cosa tan difícil de lograr? le pregunté en seguida.

—Todo depende de tus verdaderas intenciones. Si en efecto estás en busca del Conocimiento, debes estar dispuesto a cambiar, y esto requiere esfuerzo y paciencia. Mi tarea será entonces hacer que tal cambio y el crecimiento ocurran de manera gradual y armoniosa, sin fuertes impactos psicológicos y emocionales.

Después de una breve pausa, añadió con seriedad:

—Mi nombre se deriva de la raíz árabe 'al' Afuw' que significa "el que perdona". Mi nombre, literalmente, significa "el que obtiene el perdón para los demás"...— y aquí Alfredo se interrumpió por un instante, mientras me miraba fijamente a los ojos.

No entendí de qué perdón estaba hablando, o por cuenta de quién se obtenía, pero antes de que pudiese pedirle explicaciones, Alfredo exclamó con un tono de broma:

—... pero no dice ni quién, ni cuándo perdona— y estalló en una carcajada.

Al notar aquel rápido cambio de comportamiento, renuncié a preguntarle lo que quería decir, de modo que guardé silencio durante un momento, mientras sentía nacer dentro de mí una nueva pregunta.

—¿Pero qué es lo que induce a una persona a pretender algo más de su vida? ¿Qué la lleva a buscar una enseñanza verdadera? Le pregunté después de unos instantes.

Su rostro se puso nuevamente serio:

—Hay una parte en ti que anhela el reencuentro consigo mismo, aun cuando la vida cotidiana oscurece y se sobrepone a dicho deseo. La *separación* ha dejado una huella muy profunda en

el Hombre, un lamento sutil, un dolor del cual rara vez las personas logran intuir las verdaderas causas. Este dolor puede explicarse de mil maneras distintas, pero la verdadera razón es la separación, que es el estado propio del Hombre.

Por una asociación rápida de ideas, pensé en la sensación de carencia y de tristeza que había experimentado durante mi adolescencia y que duraba hasta el presente, si bien de manera distinta, y cuyos orígenes no conseguía entender. Sentía que algo faltaba, pero no tenía la menor idea de lo que fuese en realidad.

—Y es a través de este dolor— agregó Alfredo —como el Hombre puede lograr recordar vagamente sus orígenes, o por lo menos darse cuenta de que el mundo y su existencia en él son fundamentalmente incompletos. Tal dolor, si "se usa" de la manera correcta, puede llevar al Hombre a tratar de reencontrar la plenitud y a reacerarse a sus Orígenes.

En cuanto terminé de tomar mi café, nos levantamos y salimos. Nos dirigimos hacia el mar, donde sólo se podía ver a pocas personas que paseaban a esa hora. Lo que acababa de decir me había causado un efecto especial. Mientras lo escuchaba hablar, yo procuraba estar atento, receptivo, abierto, tratando al mismo tiempo de no juzgar cuanto estaba diciendo antes de entender su verdadero significado. Según lo que Alfredo había dicho, parecía que las mayores dificultades en el camino del propio desarrollo se hallaban precisamente en uno mismo, más que en el exterior. Y parecía que era justamente dentro de uno donde había que localizar las imperfecciones de la actitud en relación a la enseñanza.

Después de caminar en silencio durante unos diez minutos, nos sentamos en un banco y, con voz seria, siguió hablando:

—“Buscar” y “pensar que se busca” son dos cosas completamente distintas. La primera nace del corazón, mientras que la

segunda nace de la mente. No puedes presentarte ante un Maestro y pretender que te enseñe lo que tú deseas o lo que consideras útil para ti. Recuerda: tal presunción y la arrogancia son algunas de las causas que más le impiden a una persona recorrer mi Camino.

Se volvió para hablar con su perro, mientras yo me puse a reflexionar: — Nunca pensé en el hecho de que existiese la necesidad de aprender a ser discípulo de un Maestro, para poder recibir su enseñanza y que, después de todo, tener un Maestro no resulta tan fácil como escriben en los libros.

Poco a poco empezaba a darme cuenta de los prejuicios que me había creado acerca de lo que era una enseñanza de vida. Yo mismo estaba ansioso por saber con avidez desmedida y por primera vez me había dado cuenta de la eventualidad de que, tal vez, aún no estaba preparado para conocer lo que estaba buscando y de que existían estadios preliminares a través de los cuales era necesario pasar. Al recordar las conversaciones que habíamos sostenido hasta entonces, yo empezaba a entender por qué un día me había dicho que su enseñanza requería de cierta preparación por parte del discípulo, antes de que éste pudiera ser capaz de recibirla de la manera correcta. Una cosa era cierta: yo estaba buscando algo sin saber siquiera cuál era la mejor manera de aprender. En cierto sentido, lentamente, me estaba dando cuenta de la necesidad de tener que aprender a aprender.

Nos levantamos del banco, y empezamos a dirigirnos hacia su casa, mientras caía la oscuridad. Yo caminaba silencioso. Por un lado, quería saber más, pero por el otro sentía que no quería que él me hablara de otras cosas, tal era la importancia para mí de cuanto acababa de decir. Y no me sentía capaz de retener en mi memoria todo aquello de lo que había hablado. Como si respondiera a mis pensamientos, Alfredo dijo:

—No es necesario reflexionar demasiado en lo que digo. Si mantienes un estado de presencia y de atención, lo que te digo será almacenado por la que yo llamo “la memoria profunda” y que no necesita esfuerzos para poder funcionar; antes bien, ocurre precisamente lo contrario y verás que cada vez que necesites tener acceso a ella, lo que te he dicho te volverá a la mente.

Respondí instintivamente:

—Quería decirte que he notado que, a veces, en los momentos más inesperados del día, me vienen a la memoria cosas que has dicho hace muchísimo tiempo y aparecen siempre en el momento más oportuno, en el momento en que debo afrontar ciertas situaciones. Pero, no hago ningún esfuerzo consciente, pareciera como si se mantuvieran dentro de mí, preparadas para ser usadas cuando es necesario.

—Esto está bien— respondió —cuando la atención se ejercita de manera correcta, se despierta la capacidad de crecer.

En cuanto llegamos frente a su casa, nos saludamos. Mientras volvía a mi casa, me di cuenta de que estaba ante el crecimiento de cierto tipo de fuerza interior que nunca había sentido anteriormente.

Era consciente de que mis preguntas y mis dudas estaban aún dentro de mí, pero ya no producían ansia. Me sentía más capaz de controlarme a mí mismo, si así puedo definir la sensación que experimentaba. Ahora, todas las preocupaciones del pasado ya no me asustaban. Aquella noche, antes de dormirme, traté de pensar en cómo formular la próxima vez que fuese a visitarlo las otras mil preguntas que se habían creado. Pero no lo conseguí y poco después de cerrar los ojos, caí en un sueño profundo.

La Mente Mayor

Habían pasado tres semanas desde la última vez que había encontrado a Alfredo, cuando volví a San Benedetto.

Al día siguiente, alrededor de las ocho de la mañana, decidí ir a la playa, donde Enrico, tiempo atrás, me había dicho que su padre solía pasear antes de ir a la oficina.

En cuanto llegué, vi a Alfredo a lo lejos en compañía de otra persona, también con un perro; estaban caminando en dirección a mí.

Cuando estuvimos cerca, reconocí a Juan. Alfredo me dijo de inmediato:

—¿Te caíste de la cama esta mañana? ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondí un poco confundido por la manera en que me había saludado. Con un gesto de la mano saludé a Juan, el cual me sonrió, y me eché a caminar con ellos.

Me di cuenta de que había interrumpido de algún modo su conversación, que reanudó pocos instantes después.

—La mente racional es limitada, esto es un hecho cierto— siguió diciendo Alfredo —la esencia del Hombre no lo es. Esto es algo que escapa a la atención de la mayoría de las personas. Y

pensar que se puede percibir la esencia, o la Verdad, o como gustes llamarla, usando un instrumento limitado, no sólo es inútil, sino estúpido. Filósofos, psicólogos, esoteristas, magos: son todos un montón de tonterías. Palabras y fantasías, construidas sobre otras palabras, teorías, esquemas, que no conducen a ninguna parte. Es como un perro que trata de morderse la cola. Juan y yo escuchábamos silenciosamente, mientras nos acercábamos al extremo norte de la playa.

—Y existe otro problema que complica mayormente las cosas— agregó poco después —la presunción del Hombre. Si por lo menos él se diese cuenta de lo inútil y dañino que son sus esfuerzos por entender a toda costa, probablemente buscaría mejores modos de penetrar en la verdad de las cosas. Tratar de ser, antes que ilusionarse con poseer la capacidad de alcanzar el Conocimiento a través de su intelecto, de sus especulaciones mentales, de sus teorías. El Hombre ni siquiera se da cuenta de que, cada vez que piensa, solamente está usando un porcentaje mínimo, casi insignificante, de sus capacidades.

Siguió una interminable pausa, durante la cual el único ruido que podía oírse era el de las gaviotas y de los perros que les ladraban a lo largo de la playa. Como si estuviese hablando consigo mismo, prosiguió:

—La mente racional, la que yo llamo mente menor, es un medio extraordinario, pero sólo cuando se usa para hacer aquello que le compete y que consigue hacer mejor: organizar, seleccionar, calcular, analizar, y cosas similares, cumpliendo de este modo, plenamente, su tarea. Pero cuando existe la necesidad de acceder a un conocimiento de distinto tipo, diferente del común que se basa en la acumulación de informaciones y nociones, debe usarse otro instrumento. El trabajo del Maestro consiste en permitir que

este órgano pueda ser desarrollado armoniosa y gradualmente en el discípulo, gracias al cual podrá entrar *en contacto directo con la Mente Mayor*.

Luego caminamos hacia la calle. Cuando llegamos a la acera del malecón, nos sacudimos la arena de los zapatos, para luego sentarnos en un banco. Todavía se veían algunas personas que paseaban, y el ambiente parecía casi irreal. Nosotros, allí, sentados en un banco, ante la presencia de un Maestro que nos estaba transmitiendo una enseñanza desconocida, no llamativa, sin que nadie siquiera sospechara que algo estaba ocurriendo en aquel momento, algo de mucha importancia para nosotros.

Nos miró y dijo:

—Muchachos, ahora tengo que dejarlos. La oficina me espera.

De un salto se levantó ágilmente del banco, y después de estrecharnos apresuradamente la mano, dijo:

—Vayan a divertirse. Nos vemos mañana, Juan... hasta luego, Marco.

Después de levantarnos para despedirlo, Juan me preguntó si tenía algo que hacer. Después de responderle, me dijo:

—Entonces, vamos a dar una vuelta. Por las mañanas, mi perro necesita un largo paseo.

Así, nos dirigimos hacia el centro.

Empezamos a hablar de cosas sin importancia. Yo sentía gran curiosidad respecto a Juan, puesto que, como había dicho Alfredo, era un viejo discípulo.

Y así, pude saber que también Juan había conocido a Alfredo por una serie de coincidencias, en apariencia absurdas, pero que sin embargo lo habían llevado desde Argentina hasta San Benedetto, en busca de algo que él mismo, en aquel tiempo, no sabía

bien lo que era. Antes de conocer a Alfredo, había investigado leyendo varios libros acerca de los Caminos, sobre las enseñanzas verdaderas y cosas parecidas.

Interrumpiendo la conversación, de pronto dijo Juan:

—Incluso después de varios años de que estoy con Alfredo, la sutileza de su manera de enseñar sigue maravillándome.

—¿Qué quieres decir? le pregunté.

—Cuando Alfredo bromea— me respondió, —y finge comportarse de manera inaceptable para un Maestro, —inaceptable sobre todo para aquellos que tienen una idea muy personal de cómo debería ser un Maestro— lo hace para ponernos a prueba— y sonrió, mientras me miraba fijamente a los ojos. Después de una pausa, añadió:

—Y pocos de nosotros se dan cuenta, o se acuerdan, de que lo está haciendo intencionalmente, para demostrarnos cuán fácil es para nosotros olvidar que nos encontramos en el Camino, que estamos recibiendo una enseñanza de vida, y lo que representa Alfredo para nosotros. Yo asentía, mientras seguía escuchándolo.

—Por ejemplo, a veces, Alfredo habla contigo refiriéndose a otras personas, diciéndote lo que esa persona hace por error, lo que debería hacer, y cosas así. Es probable que Alfredo esté hablando de ti, o que esté dando indicaciones que efectivamente te son útiles.

Después de una breve pausa, agregó:

—De esta manera, se crea una continua solicitud de la atención, que es muy importante en el Camino. Trata siempre de poner mucha atención cuando Alfredo dice algo, cualquier cosa que sea, aun cuando parezca de poca importancia para ti.

—Gracias por el consejo —le dije, un poco confundido por lo que acababa de decirme. Cuando llegamos al final de la zona peatonal, nos despedimos:

—Nos vemos, tal vez en la playa— le dije.

—De acuerdo— respondió Juan —hasta luego— y volví a casa, donde me quedé estudiando durante el resto del día.

Pasé el mes de octubre y de noviembre casi siempre en Aquila, salvo un par de domingos durante los cuales volví a casa.

El primer fin de semana de noviembre, decidí regresar para estar tres o cuatro días en San Benedetto y así poder ver a Alfredo.

Aquella mañana de domingo tuve ganas de ir a visitarlo, pero no lo conseguí, porque tuve que liquidar algunas obligaciones. De manera que decidí ir a dar un paseo por el pinar casi al anochecer, en lugar de ir a perturbarlo a su oficina, y pospuse la visita para la mañana del día siguiente.

Mientras me dirigía hacia la zona peatonal, lo encontré, pero mucho antes de que yo pudiera decir palabra, él dijo:

—Seguramente debes tener mucha fe, si pensabas encontrarme aquí. Nunca salgo a esta hora para ir a pasear — y me estrechó la mano. Yo, a mi vez, lo saludé, y nos dispusimos a caminar juntos.

—Como seguramente habrás entendido por ti mismo, yo enseñé a muchos discípulos, y no sólo aquí en Italia. En distintas partes del mundo existen pequeños grupos de personas que siguen mi enseñanza, y que llevan a cabo las actividades que les indico. Entre éstas existe por ejemplo el ejercicio personal que te he dado a ti, pero también existen otros ejercicios, que varían según la fase en la cual se encuentra el discípulo.

Caminamos a lo largo del paseo del centro, al final del cual, Alfredo despachó una serie de cartas.

Todas estas son cartas dirigidas a mis discípulos. Diariamente recibo decenas de cartas; pero, yo respondo solamente a quien

me parece y a quien me hace las preguntas correctas— y estalló en una carcajada.

Luego, pasamos por un callejón, hasta llegar al pinar.

—Lo que enseñó— siguió hablando mientras caminábamos —sucede entre un grupo de personas. También podría enseñar a las personas de manera individual, pero de esta manera sería necesario mucho más tiempo y energía. Los efectos de la enseñanza se producen de una forma más veloz cuando está dirigida a un grupo de personas que se reúnen correctamente, *usando la correcta atención, intención y dedicación*. Y cuando se crea una situación de verdadera amistad, y no de interés, entre los que participan de esta enseñanza, el Camino se acelera. Digamos que el grupo es algo así como el campo de adiestramiento, donde los "buscadores" se preparan para las diferentes etapas que encontrarán en el Camino.

Casi instintivamente, en cuanto acabó de hablar, la pregunté:

—¿Pero cómo funciona realmente un grupo?

Me respondió:

—¿Sabes? puede compararse con un reloj, compuesto por una miríada de mecanismos y engranajes. Cada pequeño engranaje, a través de su mecanismo, hace que la totalidad del reloj funcione de manera apropiada. ¿Tiene, entonces, alguna importancia para cada engranaje, saber o entender su función, dentro de un sistema tan sofisticado para que éste último pueda funcionar eficazmente? Lo que realmente es importante es el funcionamiento del reloj.

Luego, se volvió hacia mí y dijo:

—Del mismo modo, lo que es realmente importante es que cada componente del grupo lleve a cabo las actividades y las tareas que yo indico, lo mejor según sus capacidades. Para que el grupo

funcione y produzca resultados, no es necesario que cada discípulo sepa, en todos sus pormenores, de qué modo el proceso total de la enseñanza es absorbido y utilizado por el grupo mismo.

No agregué más, puesto que entendí que mi pregunta había apenas recibido respuesta. Obviamente, hubiese sido interesante saber más, pero en el fondo no parecía que fuese necesario a los fines del propio crecimiento.

Lo que en cambio parecía esencial era tratar de poner el mayor esfuerzo para aprender lo que Alfredo enseñaba.

—Cuando llegue el momento— dijo después de un poco que caminábamos —si quieres puedes participar en una de nuestras reuniones de los miércoles.

Luego seguimos caminando en dirección de su casa. Después de pocos instantes, mientras yo me preguntaba en qué cosas consistía el ejercicio de los miércoles que acababa de mencionar, de repente me vino a la mente el episodio que me había contado el cirujano cuando volví a Londres, después de que Mariella había salido del estado de coma: o sea que un miércoles por la noche, debido a causas inexplicables, una infección, que hubiese requerido una operación quirúrgica al día siguiente, había desaparecido según los análisis que se llevaron a cabo.

Mientras pensaba en esta extraña coincidencia, llegamos a las cercanías de la casa de Alfredo. Antes de despedirnos, quise preguntarle si el hecho que aquella recuperación inexplicable hubiese ocurrido un miércoles por la noche y que el ejercicio se llevase a cabo el miércoles era una mera coincidencia.

—Puesto que lo quieres saber— respondió —te lo puedo decir.

Me miró durante un instante, como si quisiera asegurarse de que le estaba prestando atención:

—En muchas ocasiones, antes de que hubiese dado inicio el ejercicio colectivo, hice una invocación para que a Mariella le fuese concedido un tipo especial de asistencia. Sabes, el ejercicio que se lleva a cabo cada miércoles tiene una función muy específica, y que en todo caso no puede ser "entendida" simplemente a nivel cerebral. A pesar de ello, te puedo decir que ese tipo de reunión, ante la presencia de un Maestro, atrae un tipo de energía muy especial, que a veces se conoce como *energía bendicente*.

Aquella definición me sorprendió un poco. Yo no entendía lo que pretendía decir con la palabra "bendicente". Casi estaba por preguntárselo, cuando él me dijo:

—No te dejes confundir por los nombres; son sólo definiciones, después de todo. Culturas diferentes en épocas históricas diferentes siempre han poseído tal tipo de conocimiento, aun cuando usaran definiciones distintas. Más bien, trata de "digerir" el mensaje y de recordar que las definiciones son sólo trampas, en ocasiones muy dañinas.

Después de disipar rápidamente aquel instante de distracción en mí, siguió hablando:

—Este tipo de energía bendicente es *esparcida y diseminada* sobre quienes participan en esta manera de reunirse, y su beneficio es proporcional a lo correcto de su intención y de su actitud. Y tal energía — agregó — es el catalizador del proceso de su crecimiento: dicha energía viene a ser esparcida y canalizada, cuando es necesario y en circunstancias particulares, incluso hacia otros tipos de situaciones en el mundo. *Recuerda que el Bien producido por este tipo de Trabajo no viene dirigido sólo sobre aquellos que participan directamente en él, sino que es esparcido también sobre otros.*

Este comentario final me sorprendió, porque no conseguía ver de qué modo un Camino por recorrer individualmente para

el propio crecimiento y el propio desarrollo pudiera influir incluso en aquellos que no sólo no estaban involucrados directamente, sino que ignoraban incluso su existencia.

Mientras seguíamos caminado, yo empezaba a ser capaz de reconstruir las varias piezas del mosaico.

Aún no sabía con claridad por qué, en el caso de mi hermana, la intervención y el uso de aquel tipo de energía había sido "necesario". Sin embargo, sabía que algo habían hecho para ayudarla, algo de lo cual Alfredo directamente, y el grupo de sus discípulos indirectamente, habían sido artífices.

Había entendido también, por el modo como Alfredo había hablado en ocasiones anteriores, que salvar la vida de Mariella parecía, más que nada, haber sido parte de un plan de mayor alcance. En otras palabras, de alguna manera intuí que intervenir para salvar la vida de Mariella no obedecía simplemente al hecho de que fuese mi hermana, o por cumplir un acto de caridad o de misericordia.

Ahora podía recordar y entender el sentido de las palabras de Alfredo, cuando una vez dijo "que le había sido concedida otra oportunidad."

Ahora, era un hecho perfectamente visible que Mariella, a causa del accidente, había puesto en discusión su propia persona, así como su manera de vivir y concebir la vida. Después de acercarse de manera tan brutal y violenta a la muerte, de algún modo se había dado cuenta de que, tal vez, había algo más que buscar y lograr en su propia vida, más que tratar afanosamente de satisfacer todas sus aspiraciones, deseos e ilusiones.

En cierto sentido, era como si Mariella hubiese vuelto a vivir otra vida, diferente desde muchos puntos de vista. No era solamente una segunda vida porque era radicalmente distinta de la que había vivido o tratado de vivir antes del accidente. Ahora, tenía que hacer

frente a una vida en la cual había decidido, de una manera determinada, empezar a buscar; se trataba de una cosa que nunca hubiera hecho o de algo que ni siquiera hubiese imaginado si aquel accidente no hubiese ocurrido. Yo entendí que esta segunda vida que le había sido ofrecida era la ocasión a la que Alfredo se había referido tiempo atrás, la posibilidad de realizar algo más significativo.

Ahora veía en ella a una persona completamente diferente, que llevaba las marcas del sufrimiento y del dolor esculpidas dentro y fuera de ella, pero también podía ver a una persona nueva, fuerte, y deseosa de cambiar y de crecer.

Poco antes de atravesar el portón de su casa, hizo uno movimiento como el de quien va a estrechar la mano, pero en cuanto acerqué la mía a la suya, Alfredo la retiró rápidamente con una sonrisa, para luego apretármela, diciendo:

—¿Parece ciencia ficción, verdad?

Antes de que pudiera buscar una respuesta, me dijo:

—¿Pero por qué te obstinas en hacerme hablar tanto? ¿Qué pretendes de mí? ¿Quieres, acaso, que me agote? y puso una cara de víctima.

En seguida, cambió rápidamente de expresión, y con una sonrisa, después de despedirse, entró al edificio.

Mientras volvía a casa y pensaba en la conversación con Alfredo, encontré a un par de viejos conocidos y me detuve a hablar un poco con ellos. Durante la conversación que siguió, mientras tenía aún frescas las palabras de Alfredo, por primera vez me di cuenta de la dificultad de combinar la experiencia de la enseñanza de Alfredo con las relaciones cotidianas con las personas que estaban fuera de dicha experiencia.

Por un lado, me sentía deseoso de poder comunicar a los demás mi experiencia, hacerlos partícipes de lo que yo había en-

contrado, pero me daba cuenta de la dificultad de hablar. Casi quería gritar mi felicidad y mis ganas de vivir, ahora que había encontrado finalmente aquello que había buscado durante tanto tiempo; pero, muy pronto me di cuenta de mi ingenuidad al pensar que podría realmente hacer entender, a los que me rodeaban, lo que yo estaba viviendo.

Ya en el pasado, había tratado de hablar con un par de amigos, pero había notado una reacción de indiferencia y de hostilidad, que probablemente nacía de su miedo de que yo estuviese tratando de convencerlos de algo. Pienso que me consideraron un poco loco cuando dije que había encontrado a un Maestro y que me había convertido en su discípulo.

Después de mucho tiempo, entendí que era imposible suscitar algún interés hacia el Conocimiento en las personas que no tuviesen ya algo que las impulsara a buscar. Lentamente, terminé por constatar que en realidad era imposible transmitir el deseo de crecer.

La amistad

Finalmente llegaron las vacaciones de Navidad y, dos días después de haber vuelto a casa, pasé a visitar a Alfredo. Después de saludarnos, me dijo:

—¿Cómo te va en la universidad?

—Todo marcha bien— respondí con una sonrisa.

Luego, con un tono de voz inesperadamente serio, me dijo:

—¿Y qué intenciones tienes para cuando termines?

—Me gustaría enseñar en algún gimnasio, y probablemente también en alguna escuela.

Me miró en silencio:

—Una vez que termines la universidad, yo creo que deberías ir a Inglaterra— dijo con tono autoritario.

Quedé un tanto sorprendido; al principio pensé que estaba bromeando o poniéndome a prueba para ver cómo reaccionaba.

No sabiendo lo que Alfredo estaba tratando de hacer realmente, no respondí, en espera de que siguiera hablando.

—Sí, ésta me parece la mejor cosa que puedes hacer— continuó, como si estuviese hablando consigo mismo, mientras yo es-

peraba en vano que me pidiese una opinión —te quedas allí unos años, aprendes bien la lengua, profundizas en tus estudios y qué sé yo, haces una maestría o algo así y ya veremos después. Por si fuese poco, está tu hermana que te puede dar una mano para que te adaptes, ¿no es cierto?

—No, tal vez no está bromeando— empecé a imaginarme.

Y en cuanto entendí que realmente intentaba "aconsejarme" ir a Inglaterra por algunos años, mi humor cambió repentinamente. ¿Por qué, sin más ni más, tenía que dejarlo todo? Tal vez leyendo la preocupación en mi cara, me dijo de inmediato:

— ¿Pero qué te preocupa ahora?

Nada, nada— respondí. —Lo que ocurre es que yo no estoy seguro de que sea lo mejor para mí.

—Ah, tú piensas demasiado, ya te lo he dicho— dijo Alfredo. —No te preocupes, por ahora termina la universidad. Estudia y haz lo que tienes que hacer, luego veremos.

Después de este comentario se levantó de pronto y, con un rostro que se había vuelto serio, me estrechó apresuradamente la mano, y después de despedirnos, me marché.

La manera como se había desarrollado y concluido aquella conversación me había dejado un poco de amargura interior. Normalmente, Alfredo estaba más disponible y a menudo me detenía por más tiempo en la oficina para hablar con él: pero esta vez tuve la impresión de que me había echado del local después de ver mi reacción ante su afirmación.

Por lo demás, lo que había dicho era lo que pensaba, de modo que no entendía dónde estaba mi error. Por lo menos, no pensaba que él hubiera tomado tan en serio aquel comentario.

Mientras me alejaba, la impresión de que Alfredo se hubiese enojado conmigo se hacía cada vez más fuerte.

A pesar de tratar de convencerme de lo contrario, seguía pensando aún en lo que Alfredo me había dicho, acerca de ir a Inglaterra, y la sola idea de tener que marcharme de San Benedetto me preocupaba mucho. No quería abandonar el contacto con él y tampoco su enseñanza, que para mí había empezado apenas.

Además, quedarme en San Benedetto, en un ambiente familiar, con oportunidades de trabajo más o menos seguras, era en mi opinión la opción más fácil, aun cuando sentía que, en el fondo, no era la más adecuada para explotar mis potencialidades. Pese a todo, era la opción más cómoda desde muchos puntos de vista, entre otros, el económico. En efecto, si hubiese comenzado a trabajar, habría empezado a ser independiente económicamente, en cierto modo. En el caso de ir a Inglaterra para seguir estudiando, habría tenido que hacerlo en inglés, acostumbrarme a un nuevo ambiente, a nuevas amistades y así dejar para más tarde la posibilidad de comenzar a trabajar y a ganar un poco de dinero. Por todas estas razones, la idea de ir a Inglaterra me alarmaba, aunque intuía que, probablemente, a largo plazo habría de traer ventajas.

Pero lo que me asustaba en realidad era la aparente ligereza con la que Alfredo hablaba de "algunos años" que tenía que pasar en el extranjero, como si se tratase de una decisión sin importancia, como si no tuviese que pensarlo dos veces. No podía evitar pensar que Alfredo había "afirmado" que yo tenía que ir a Inglaterra, más que preguntarme lo que yo pensaba al respecto. Y el hecho que mi opinión pareciera no contar en lo absoluto me creaba una cierta irritación.

En cuanto volví a la universidad, transcurrí buena parte del tiempo en Aquila, hasta las vacaciones de Pascua, puesto que tenía la firme intención de titularme con la más alta calificación. Esto

me daría ventajas en los concursos para poder dar clases de educación física en las escuelas.

Cuando volví a San Benedetto para pasar una semana de vacaciones, estaba visiblemente cansado y deseoso de descansar un poco.

Un día después de haber llegado a casa, fui a la oficina de Alfredo y lo encontré bajando la cortina. En cuanto me vio, me estrechó con fuerza la mano y me dijo:

—Hola, Marco. ¿Cómo estás? ¿Viniste a pasar las vacaciones?

—Gracias, estoy bien. Sí, por ahora sólo tengo una semana de vacaciones, pero peor es nada— respondí.

—Ven, vamos a dar un paseo— y salimos.

Aquel recibimiento me sorprendió un poco: todavía podía recordar cómo había terminado la última conversación y esperaba que él estuviera un tanto resentido conmigo, pero no podía percibir nada parecido a juzgar por su comportamiento.

Seguimos caminando un poco más, antes de decidirme a hacerle una pregunta a la cual había tratado de encontrar una respuesta desde hacía muchos años, pero sin éxito:

—Cuando practicaba artes marciales, me di cuenta de que buscar lleva inevitablemente a la soledad, puesto que es difícil hacer partícipes a quienes nos rodean de lo que se busca y se siente. Es difícil también porque, con el tiempo, descubres que son pocos los que pueden entender lo que significa "buscar" y pienso que lo mismo ocurre en tu Camino ... Sin embargo, al mismo tiempo, el Hombre es considerado un ser que necesita vivir dentro de la sociedad, así que...—, aun antes de que terminara de hablar, se detuvo y me dijo:

—Tienes miedo de quedarte solo, ¿eh?

Yo lo miré a mi vez y respondí:

—Sí, pienso que tengo miedo a la soledad... es decir, siempre he pensado que es natural para las personas vivir en grupo y formar parte de una comunidad. Y si luego, a causa de que uno busca, poco a poco se queda solo, ¿no es un tanto contra natura?

Me sonrió y dijo:

—Depende de ti escoger si quieres quedarte a vivir en un mundo de niños, o crecer para volverte un Hombre completo. Crecer con conciencia implica tomar decisiones que requieren valor para hacer frente a cambios necesarios. Si, por otro lado, prefieres vivir en la inconciencia y renuncias a buscar, por miedo a perder la compañía y la comprensión de los demás, entonces habrás optado por vivir en el mundo de los niños. Muy simple, ¿no te parece? —y se quedó mirándome, como quien espera una respuesta.

Yo asentí, sorprendido por la perspectiva diferente con la que Alfredo observaba el mismo problema y por cómo había respondido a una de las preguntas que me había confundido más que cualquier otra.

En cuanto llegamos a la zona peatonal, nos dirigimos hacia un banco bajo los pinos y nos sentamos.

Casi como consecuencia natural de la conversación anterior, empezamos a hablar de la amistad y le dije que la persona con la cual compartía el departamento en Aquila, Luigi, desde hacía dos años era un verdadero amigo para mí. Alfredo dijo:

—Sabes, para que se pueda establecer una relación de verdadera amistad entre dos personas, es necesario que ninguna de las dos espere *nada* de la otra. Por lo visto, esto es lo que ocurre entre tú y Luigi. Y recuerda: el verdadero amigo debería estar dispuesto a hacer todo lo que traiga cosas buenas al otro, *aun cuando eso tuviera que romper con su amistad*.

Lo que acababa de decir me afectó particularmente y me di cuenta de que la actitud de “no esperar nada” del otro, así como lo decía Alfredo, era la que existía tanto en mí como en Luigi en la vida de cada día. Trataba de escucharlo con atención, sin permitir que nada me distrajera para poder ser lo más receptivo posible, cuando agregó:

—Es importante aprender a usar la amistad. Como ya te dije hace tiempo, uno de los principios en los que se basa el Camino que yo enseño es la amistad entre quienes lo recorren. Y la amistad verdadera permite que su camino se acelere. Pero para ser verdaderos amigos es necesario aprender a *dar* correctamente, sin esperar nada a cambio, o algún agradecimiento, o elogio, de otro modo no se trata de verdadera generosidad. Luego añadió:

—Y el mismo tipo de relación debe crearse, con el tiempo, entre Maestro y discípulo.

Después de una breve pausa, muy serio me miró fijamente a los ojos y me preguntó:

—¿Te acuerdas del primer sueño que me contaste y de lo que te dije al respecto? ¿Recuerdas que había algo que “pagar”? Esperé una señal de asentimiento de mi parte y prosiguió:

—Una de las características más nocivas en las personas que “piensan” que buscan, es que vienen sólo para “tomar” algo de mí, sin estar dispuestas a “dar”. Pero, nada funciona de esta manera. Si no se está dispuesto a dar cuando es necesario, ni siquiera se conseguirá tomar lo que yo doy.

Por un momento, pensé en mí: en el fondo, lo que yo me esperaba de Alfredo o de un Maestro, conscientemente o no, era que me ayudara. Quería ver resueltos mis problemas de personalidad.

Yo esperaba mucho de Alfredo, de su enseñanza y de aquella situación, y estaba listo para recibir, más aún, ansioso por recibir.

Pero aquellas palabras hicieron que me preguntara a mí mismo si en realidad estaba dispuesto a “dar” con la misma disponibilidad y voluntad. Sobre todo, ¿estaba dispuesto a dar sin esperar nada a cambio?

Mientras pensaba, Alfredo se levantó del banco y su perro Baghi empezó a saltar y a mover la cola alrededor de él, como si de pronto hubiese enloquecido.

—De acuerdo, de acuerdo, ya sé que me quieres... ¿Lo ves? Parece un niño— y mientras lo acariciaba afectuosamente, dijo:

—Él sí que me quiere de verdad. ¿Sabes por qué? Porque no espera de mí nada a cambio... Nos vemos, que tengas un buen fin de semana, hasta luego.

—Hasta luego— respondí..

Aquel último comentario a propósito de su perro me dejó un poco perplejo. Era claro que me estaba “diciendo” algo, a lo cual ya se había referido durante la conversación.

Entendía el significado literal de aquellas palabras, ¿pero era posible llegar a hacer una cosa semejante? ¿Dar sin esperar recibir nada a cambio?

Una vez que regresé a Aquila, me puse a estudiar duramente: quedaban solamente dos meses, y mi tesis estaba casi completa.

En junio, después de presentar la mayoría de los exámenes de tercer año, regresé a San Benedetto para pasar allí un fin de semana. Para entonces sólo me quedaban tres exámenes y la discusión de la tesis para terminar. El sábado en la tarde fui a dar un paseo por el pinar, tratando de encontrar a Alfredo. Lo vi sentado frente a un café, con otras personas, entre las que reconocí a Juan.

Cuando me vio llegar, me llamó en voz alta, a tal punto que algunos transeúntes se volvieron a vernos:

—¡Profesor! venga, venga— y vi que también las demás personas sentadas a la misma mesa se volvieron hacia mí. Yo me sentí un poco incómodo mientras me acercaba a ellos.

Nos estrechamos la mano; Alfredo me presentó a algunos amigos, entre los que también estaba Juan. Tres de ellos, Natale, Paolo y Riccardo, venían de distintas ciudades de Italia; mientras que los otros dos, Edgar y César eran de América del Sur. Después de las presentaciones, me senté.

—¿Qué tomas? —me preguntó Alfredo, mientras llamaba al camarero. Después de ordenar, me preguntó cómo estaban marchando las cosas en la universidad.

—Bien, gracias. Todo marcha bien— respondí.

—¿Ya casi estás por terminar, verdad? Te encuentro un poco pálido pero no te apures, dentro de poco podrás disfrutar de mar y de sol— dijo en tono de broma. Enseguida, indicándome a Natale, me dijo:

—El es el presidente de la Life Quality International, una asociación internacional muy interesante, con filiales en varios puntos del mundo: Es una asociación que se ocupa del mejoramiento de la calidad de la vida, una tarea de no poca importancia ¿no te parece?— y me miró fijamente a los ojos, serio, como si esperara un comentario de mi parte.

Yo asentí y aproveché para preguntarle a Natale de qué se trataba su Asociación.

—Es muy simple— respondió discretamente— se ocupa de difundir diversos aspectos del Conocimiento. Esta difusión si así podemos definirla, tiene lugar a través de los medios más idóneos para facilitar la comprensión de cierto tipo de mensaje, a quienes tienen un mínimo de interés por mejorar la calidad de su existencia y en cuanto terminó de pronunciar estas palabras, me sonrió,

para seguir mirándome con serenidad. Mientras yo lo escuchaba hablar, me sorprendió la tranquilidad que transmitía Natale.

Los demás escuchaban en silencio nuestra conversación y me parecía sentir todas las miradas puestas en mí; por un momento, me pregunté de qué estaban hablando antes de que yo llegara. Por su actitud, intuí que también ellos eran discípulos de Alfredo. Después de un momento, Alfredo, dirigiéndose a uno de ellos, Paolo, dijo como para reanudar la conversación que yo había interrumpido:

—Cada vez que yo me dirigía a mi maestro para hacerle algunas preguntas, él empezaba a ofenderme: "Eres un estúpido. ¡Siempre preguntas, siempre preguntas!" Él lo hacía por desanimarme y para poner a prueba mi voluntad de aprender y a pesar de la manera en que me trataba, siempre volvía a él. Imagínate que durante mucho tiempo le escribí cartas de las que no obtuve respuesta... qué tipo de relación entre maestro y discípulo, podrían pensar ustedes, ¿no es cierto?

En seguida, a cada uno de nosotros nos miró fijamente a los ojos, como si esperara una respuesta, luego dijo:

—No hay nada fundamentalmente equivocado en hacer preguntas, siempre que uno se dé cuenta de que *existe la posibilidad de que aún no estemos preparados para sacar beneficio de las respuestas*. La avidez de saber debe ser "corregida" por la paciencia, porque el Maestro sabe cuándo es el momento de dar.

Luego agregó:

—Imagínense que he tenido discípulos que se presentan ante mí con preguntas escritas en un papel, para estar seguros de que pudieran hacérmelas todas sin olvidarlas. Lo más divertido es que en cuanto se sentaban frente a mí en la oficina, ¡se olvidaban del papel que habían traído consigo y de las preguntas que habían escrito

en él!— y en cuanto terminó de hablar, estalló en una carcajada, mientras me parecía que uno de los presentes se ruborizaba. Por un momento, pensé que Alfredo estuviese hablando de él.

—Las mejores preguntas— agregó Alfredo después de pocos instantes, — son las que surgen espontáneamente, las que yo llamo las preguntas de la Mente Mayor. Las preguntas de la mente menor son inútiles.

Todos nosotros lo escuchábamos con atención, sin decir palabra. El tiempo parecía detenerse cuando Alfredo hablaba.

—Cada Maestro— dijo, mientras se dirigía a todos los presentes, —tiene un modo particular de enseñar. Yo recurro a la amistad y a la participación activa en el Camino para poder hacer funcionar lo que enseño. A veces pienso también en mostrarme brusco o frío en relación con un discípulo, pero siempre existe un motivo detrás de tal comportamiento y las más de las veces el discípulo lo sabe.

Instintivamente, me volvió a la memoria su reacción cuando le dije que ir a Inglaterra, no me parecía una buena idea...Probablemente no estaba realmente enojado conmigo, empecé a pensar mientras escuchaba a Alfredo, ¿Pero entonces qué trataba de decirme en realidad a través de aquel comportamiento suyo?

Si Alfredo verdaderamente había olvidado su irritación conmigo, quedaba de algún modo el hecho de que yo no me explicaba aún el por qué de ello.

De pronto, Riccardo, uno de los presentes, preguntó:

—¿Cómo se convierte uno en un Maestro? ¿Qué tipo de preparación se requiere?

Y Alfredo, mientras lo miraba, respondió:

—Para llegar a ser verdaderos Maestros, es necesario aprender el servicio correcto.

Inmediatamente después de decir aquello, empezó a hablar en español con César, uno de los sudamericanos, y tuve la impresión de que Alfredo en aquel momento no quería ahondar en el tema. Pude entender que César le estaba preguntando, mientras señalaba la espadita que le pendía del cuello, lo que aquélla representaba. Después de responderle, Alfredo dijo, dirigiéndose al resto de los presentes:

—La espada simboliza el Camino. Avanzar por el Camino ha sido comparado con caminar sobre el filo de una espada. Para ambas cosas, es necesario ejercitar *el equilibrio y la atención*, de otro modo hay el riesgo de caer hacia un lado, o hacia el otro, o caer sobre la espada misma, y perder así la posibilidad de llegar hasta el final del camino. Es también el símbolo del guerrero, que es otra manera de definir al buscador.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—Las dificultades y los obstáculos que se encuentran en el camino son muchos, y a veces ocultos. Para hacerles frente y, sobre todo para vencerlos, se requiere fuerza de voluntad, determinación y coraje. Puede verse el verdadero crecimiento como una especie de batalla en la cual es necesario dar lo mejor de sí mismo para convertirse en un guerrero.

Paolo le preguntó:

—Te he oído hablar de la impecabilidad que es necesario desarrollar. ¿A qué te refieres cuando usas esta palabra?

—Ser impecables— respondió Alfredo— significa dar lo mejor de sí mismos al recorrer el Camino, sin ser indulgente con las propias carencias y darse excusas. Si tienes que llevar a cabo cierto encargo y no lo haces de la mejor manera posible, no te estás comportando impecablemente y muy a menudo tal carencia es fruto de la desatención.

Mientras yo miraba a los demás sentados a nuestra mesa, pensaba para mí: "Para ser discípulos de Alfredo estas personas deben tener las mismas preguntas, la misma necesidad de saber que tengo yo".

Después de un breve instante de silencio, Riccardo preguntó:

—¿Y qué relación existe entre mente menor y Mente Mayor?

—La mente menor— respondió —no podría imaginar la cantidad de conocimiento existente en el Todo, y tampoco es necesario que lo haga, puesto que no es ésta su función. E incluso cuando la mente menor tiene repentinas intuiciones que trascienden los límites del pensamiento, no importa cuán excepcionales sean éstas, son siempre fragmentos pequeñísimos de una Verdad mucho más vasta.

Terminó de tomar su café, luego añadió:

—No obstante, la mente menor puede estar *conectada* con la Mente Mayor para que pueda, cuando es necesario, *usarla*. Mi trabajo consiste en transmitir a ustedes el Conocimiento sirviéndome de esa parte que los conecta con el Todo, aun cuando ustedes no están conscientes de ello. Y cuando la relación conmigo y con mi enseñanza se establece y se mantiene de manera correcta, sin que ustedes interfieran en tal proceso, yo les transfiero el Conocimiento en bloques, poco a poco. No olviden— agregó —que yo enseño de acuerdo con las exigencias de la era en que vivo, y éstas hacen que no existan maneras alternativas para poder transmitir este tipo de enseñanza, también porque no queda suficiente tiempo.

Vi las expresiones absortas y atentas de las personas que lo escuchaban, como si trataran de penetrar el significado de aquellas palabras analizándolas una a una. Pude advertir que la atmósfera

lentamente se había cargado de cierta tensión, y yo también estaba haciendo un gran esfuerzo para seguir aquella conversación. Mientras en silencio mirábamos a Alfredo, como si nos hubiese hipnotizado, y escuchábamos sus palabras, de pronto, con una expresión muy seria en el rostro, él empezó a tocar un ritmo sudamericano con dos cucharitas que hacía sonar sobre la mesa, mientras todos nosotros lo mirábamos.

—De joven, yo era un gran percusionista— dijo a César. —Tú que tocas la batería— dijo luego dirigiéndose a mí, —¿qué te parece?

Yo sonreí, completamente absorto, mientras lo miraba tocar aquel complicado ritmo sobre la mesa.

No pude menos que notar las expresiones de sorpresa de algunos de los presentes, y pude descubrir en ellos la misma reacción que tenía yo en los inicios cada vez que Alfredo cambiaba bruscamente el tono de la conversación, precisamente en el momento en que empezaba a esforzarme por entender y razonar conmigo mismo.

Luego, de pronto, dijo Alfredo:

—Toda esta palabrería ha hecho que sienta hambre. ¿Acaso ustedes no tienen hambre? Luego miró su reloj y gritó:

—¡Pero si apenas son las seis! ¿Y quién puede resistir hasta la hora de la cena? Luego, con un ágil salto se paró de la silla y dijo:

—Bien, muchachos, es hora de irme.

Luego, dirigiéndose a algunos de los presentes, dijo:

—Nos vemos mañana por la mañana ... cuídense mucho— y, después de habernos estrechado la mano a cada uno, se marchó silbando.

Me quedé sentado frente a la mesa para hablar un poco con Juan y con los otros, a quienes acababa de conocer.

Hablamos de cosas sin importancia, pero no de Alfredo ni de su enseñanza. Aquella tarde, mientras conversábamos, me di cuenta de que ninguno de los presentes "se daba aires", o trataba de impresionar a los demás.

Había cierta sobriedad en su comportamiento, y ninguno parecía hablar más de lo necesario. Estas particularidades las noté sobre todo en Juan, con quien había podido conversar en otras ocasiones.

CAPÍTULO XII

La decisión

Logré titularme con la calificación más alta, como era mi intención, y finalmente me preparaba para transcurrir un verano de vacaciones y reposo absoluto.

En cuanto regresé a casa de manera definitiva, volví a pasar gran parte de mi tiempo en la playa con mis amigos.

Mientras los observaba bromear y ser siempre los mismos, iguales a como los había conocido años atrás, pensaba en mí mismo, y veía en mí a otra persona.

Ya habían pasado dos años desde el día en que conocí a Alfredo, y empezaba a mirar retrospectivamente para reflexionar acerca de lo que su enseñanza había dejado dentro de mí.

Desde cierto punto de vista, yo tenía la impresión de que todo mi mundo había cambiado, pero de una manera gradual, dulce, tan imperceptible que sólo ahora podía darme cuenta de ello. Las inseguridades del pasado casi habían desaparecido por completo, y poco a poco había presenciado el desarrollo de una actitud positiva conmigo mismo y con todo lo que me rodeaba.

Ahora, sentía que había encontrado lo que el tiempo me estaba demostrando que era un Camino de crecimiento para mí, y lo único que realmente quería era recorrerlo hasta su última consecuencia.

Pero lo más insólito, si consideraba mi personalidad, era el sentido de alegría y de serenidad que a menudo podía percibir en mí y que a veces me dejaba perplejo particularmente cuando, de manera estúpida, trataba de encontrarle una razón, una causa.

Y se trataba de un tipo de serenidad que nunca antes había experimentado, de una naturaleza muy distinta, y que surgía espontáneamente, sin que me esforzara por crearla.

Con el transcurso del tiempo, podía ver cómo las "lecciones" de Alfredo, verbales o no, casi se habían introducido en mi modo de ser en la vida de todos los días. Incluso las que parecían ser aparentemente bromas y sus comportamientos incomprensibles en ocasiones, afloraban a la memoria durante los momentos más extraños e inesperados del día, y se convertían en mensajes cuya interpretación paradójicamente resultaba más clara en el momento en que no hacía ningún esfuerzo por entenderlos.

La manera en que me abría a la verdadera amistad, no con los demás, la manera en que había vivido el accidente de Mariella junto a ella y a mi madre, la desaparición de la confusión y del miedo que tenía debido a la soledad, la voluntad de buscar lo positivo ahora que había encontrado huellas claras, todo me demostraba que algo estaba ocurriendo en mí.

El mes de agosto llegaba ya a su fin, y yo seguía sin tener las ideas claras acerca de qué hacer con mi Título de Educación Física. A decir verdad, sabía lo que quería hacer pero, casi durante todo el verano, Alfredo había sugerido constantemente la idea de marcharme a Inglaterra para seguir estudiando:

—Puesto que ya conoces el inglés, deberías aprovecharlo, ¿no te parece? Ve a hacer un Master a Inglaterra, luego veremos. Al fin y al cabo, ¿cuántos años son? ¿uno?, ¿dos? Eres joven, ¿de qué te preocupas?

Casi nunca respondía a estas afirmaciones, que de cuando en cuando Alfredo hacía interrumpiendo la conversación, pero era contrario a la idea de dejarlo todo y marcharme de aquella manera, sin quererlo realmente. Tal vez de manera más inconsciente que consciente, prefería no escuchar su sugerencia, pensando que en el fondo no era tan importante, o que tenía la posibilidad de escoger.

Un día, muy de mañana, nos encontramos Alfredo, Juan y yo, caminando por el pinar. Mientras caminábamos, dirigiéndose a Juan, Alfredo dijo:

—Ayer estaba hablando por teléfono con uno de mis discípulos, y le estaba dando importantes indicaciones para su desarrollo, aunque se trataba de consejos muy comunes, casi banales en apariencia. A pesar de ello, ¿quieres saber lo que me respondió? Me dijo que no "estaba de acuerdo" con seguir mis indicaciones, y que "prefería" escoger una manera alternativa de llevar a cabo cierto encargo.

Se interrumpió por un momento, nos miró a ambos y dijo:

—Las personas que "están" conmigo tienen tendencia a olvidar que éste no es un Camino que hay que recorrer al cincuenta por ciento de sí mismos: o se recorre totalmente, o de plano no se recorre, sobre todo, no se pueden poner condiciones a la verdadera enseñanza, ni se puede pactar con ella. El hecho es que las personas piensan que tienen la posibilidad o la habilidad de seleccionar fragmentos de lo que enseño, aquellos que les complace particularmente, y de descartar todo aquello que les causa fastidio, porque

ello implicaría esfuerzos y cambios. Esta actitud es el resultado de la presunción y de la falta de información acerca de cómo funciona realmente un Camino de verdad.

Con una expresión muy seria en el rostro, reanudó su camino, nosotros lo seguimos. Después de pocos pasos, nuevamente se dirigió a Juan y dijo, con un tono de voz casi provocador:

—Sabes cómo son las personas. Dicen que quieren aprender, piden consejos, y ¿luego? ... luego les digo que les enseñaré, les doy los consejos que necesitan, y les repito: "Fíjense bien que estos consejos son para su crecimiento" pero prefieren comportarse a su antojo. Y entonces, ¿para qué vienen a mí? ¿Y para qué me piden consejos?

Juan sonrió, mientras miraba a Alfredo, como si aquella fuese una puesta en escena preparada especialmente para mí, para lanzarme un mensaje bien preciso. O, si no lo era, aquellas palabras consiguieron herirme igualmente.

Por un breve instante, me di cuenta amargamente de que yo me estaba comportando exactamente de la manera que Alfredo acababa de describir. Yo quería aprender, pero en realidad no estaba dispuesto a escucharlo, y menos aún, a tenerle confianza en el momento en que era necesario tomar una decisión.

Cada vez que Alfredo me había sugerido, de manera aparentemente casual, que fuera a Inglaterra después de terminar la universidad, yo había considerado siempre aquella indicación como algo que carecía de importancia, como una sugerencia, es decir, que habría seguido sólo si hubiera tenido ganas de hacerlo.

Por primera vez, a causa de aquel comentario que ni siquiera había sido dirigido explícitamente a mí, me di cuenta de lo fácil que había sido caer en la trampa del sueño y de la distracción. Alfredo había hablado ya de la actitud equivocada de las personas

en cuanto a su enseñanza, pero hasta entonces no me había dado cuenta de que también yo estaba cayendo en el mismo error. Y me dolía.

Juan y yo acompañamos a Alfredo hasta su casa, en donde luego nos despedimos.

Después que Alfredo nos hubo dejado, volvimos a hacer el mismo recorrido hasta volver al pinar, donde por costumbre nos despedíamos. Juan se mantenía silencioso, y dentro de mí, la amargura se mezclaba con la sensación de que había llegado el momento de elegir, que sentía que ya no podía retrasar por más tiempo.

Y la alternativa no consistía simplemente en quedarme en Italia o marcharme a Inglaterra; sentía que era equivalente a decidir si continuaba en el Camino de la manera que me indicaba Alfredo, o abandonarlo definitivamente.

Poco antes de separarnos, dije a Juan:

—Decididamente creo que partiré para Inglaterra en septiembre. Es hora de que empiece a prepararme.

Juan, sin agregar ninguna palabra, me dio una palmada en la espalda mientras yo me ruborizaba, sonriendo.

Pasaron algunos días, durante los cuales quise estar a solas conmigo mismo y, de este modo, calmar mis pensamientos. Ya estaba decidido: partiría para Londres en la primera semana de septiembre, me pondría a trabajar y a perfeccionar el inglés.

Mientras tanto, me informaría sobre las universidades que ofrecían un Master en Ciencia del Deporte.

Hice una reservación en el vuelo que tomaría una semana más tarde, llamé por teléfono a Alfredo para preguntarle si podía ir a visitarlo a su oficina, y le señalé que había decidido partir.

—¡Muy bien!— fue su reacción. —Sí, ven a visitarme cuando gustes, estaré en la oficina toda la tarde.

Mientras me encaminaba, sentía crecer en mí la preocupación y la tristeza de tener que marcharme de San Benedetto. Sentía temor por lo que sucedería después de mi partida, y por las consecuencias de la interrupción de la enseñanza. Lo que menos entendía era por qué partir para Inglaterra resultaba tan indispensable. ¿Acaso era inevitable interrumpir la enseñanza durante cierto tiempo, o tal vez era necesario cambiar la manera en que me era transmitida?

Entré al edificio desierto, y toqué a la ventana de su oficina. Después de algunos instantes, Alfredo abrió la puerta.

—Entra, entra. ¿Cómo estás? y me abrazó.

—Estoy bien —dije con un tono de voz poco convincente.

Me senté, mientras seguía mirándolo. Alfredo me miró por un momento, luego cruzó los brazos y dijo:

—¿De manera que estás dispuesto a partir?

—Sí y no. Es decir... quiero seguir tu consejo, y estoy seguro de que me traerá beneficios. Pero tengo miedo de que la distancia pueda interrumpir la enseñanza, y de que ésta pueda terminar de un momento a otro.

Me sonrió, y dijo:

—No debes preocuparte en lo absoluto por esto. ¿Sabes?, para mí el espacio y el tiempo no constituyen un problema. Me basta pensar en ti por un instante y ya estás en contacto conmigo. Y cada vez que el contacto se establece correctamente por tu parte, tiene lugar una transferencia de *bloques de información*— en seguida hizo un ademán con ambas manos, como para imitar la conexión de un enchufe eléctrico, y añadió:

—Es como si conectase tu “enchufe eléctrico” directamente con el circuito principal— y sonrió, como si estuviese hablando de algo que no tenía demasiada importancia.

Seguía escuchándolo, y sentía que sus palabras y mi presencia allí, frente a él, lentamente estuvieran disipando mi ansia y mi miedo de alejarme. Luego agregó:

—De manera que, para que no se interrumpa la relación de enseñanza, será importante que tú también mantengas un contacto interior conmigo, de otro modo, con el paso del tiempo, correrías el riesgo de ver debilitarse tu deseo de estar en el Camino, hasta desaparecer. Éste es un riesgo que todos los que reciben una enseñanza verdadera corren: olvidar y “olvidarse”.

En cuanto se interrumpió, le dije:

—Claro, pero es más fácil seguir tus indicaciones y no olvidarlas si uno está cerca de ti.

Me respondió:

—Esto es lo que las personas creen, pero puedo asegurarte que no es así. Después de poco tiempo, las personas que están en estrecho contacto conmigo, vienen a visitarme, a charlar, para impresionarme, para llamar la atención sobre sí mismas, y cosas semejantes, olvidando que, antes de ser un amigo para ellos, soy sobre todo su Maestro. Los discípulos se olvidan de que tienen que dirigirse al Maestro para *escuchar, no para hablar*. Se acostumbran a verme, y poco a poco acaban por olvidarse del tipo de situación en que se encuentran.

Lo seguía escuchando con atención pese a que me sentía sorprendido por lo que estaba diciendo. Siempre me había parecido lógico que el estar cerca de un Maestro facilitaba la enseñanza, pero todo parecía indicar que no era así. “De manera que” empecé a pensar “no es fundamental estar cerca de Alfredo físicamente: lo que más bien parece ser indispensable es la actitud interior hacia él, el contacto y la atención”.

Después de un breve silencio, mientras nos mirábamos uno al otro, siguió hablando:

—Yo, por otra parte, los apoyo, me muestro amable y paciente, los dejo actuar, hasta llevarlos a una situación tal que, o se despiertan o abandonan el Camino.

Por un instante pensé en mí mismo. Todavía recordaba perfectamente la conversación de Alfredo y Juan allá en el pinar, y el impacto que había tenido en mi interior.

A pesar de que Alfredo me había señalado muchas veces que era importante para mí partir para Inglaterra, siempre había ignorado sus palabras, hasta haber escuchado aquella conversación. Me hizo tanto daño, que finalmente me di cuenta de que tenía que tomar una decisión.

Asentí con un movimiento de cabeza, sentía que tenía las ideas más claras, ahora, y la preocupación de separarme de Alfredo de algún modo había disminuido.

El tono de la conversación cambió rápidamente, cuando me preguntó la fecha de partida, luego agregó:

—Todavía tendremos tiempo de vernos otra vez, ¡mantente alegre! Verás, ahora no te das cuenta, pero después de que hayas tomado este nuevo camino tus oportunidades se multiplicarán. Considérala como una inversión que traerá sus frutos, aprende a ser paciente, y verás.

Sonrió, y después de agradecerle, nos despedimos.

Después de un par de días, de nuevo fui a visitar a Alfredo. También estaba Enrico.

Había aún ciertas preguntas que quería hacer pero aun antes de que pudiera empezar a hablar, Alfredo le dijo a Enrico:

—¿Sabes que Marco está por marcharse, verdad? —Enrico asintió. —Se abrirá una nueva vida y una nueva carrera para él. Sí, ahora lo ves preocupado, pensativo...— dijo volviéndose a Enrico,

mientras me señalaba con la mano— sin embargo, no será difícil como él se imagina ahora.

Luego, volviéndose hacia mí, dijo:

—Por lo demás, el boleto de avión para volver a Italia no cuesta mucho, incluso puedes volver un par de veces al año, ¿no?

—Por supuesto— respondí, y aproveché esta oportunidad para preguntarle:

—Hay algo que quisiera preguntarte aún: cuando esté allá, ¿cómo haré para decidir qué universidad o qué curso tomar, y durante cuánto tiempo tendré que quedarme?

Me respondió:

—Recuerda esto: compórtate de manera que en cada una de tus elecciones esté siempre implícito el sentido común y la conveniencia. De esta manera, nunca correrás el riesgo de equivocarte—, luego agregó:

—Pregúntate a ti mismo lo que determinada elección implicará, no sólo en lo inmediato, sino también en el futuro cercano, y si es benéfica para ti. Si no lo es, aun cuando te guste particularmente y aun cuando sea la más fácil de las posibles alternativas, busca algo mejor.

—De acuerdo— respondí. En seguida empezó a hablar a Enrico, se interrumpió, y me preguntó:

—¿Cuándo partes?

Le dije el día.

—Bien. Una noche antes de tu salida, si lo deseas, puedes asistir a una de nuestras reuniones.

Respondí afirmativamente y Alfredo me dio las indicaciones del lugar y la hora donde nos encontraríamos.

Llegó el día anterior a la salida. En la noche, mientras me dirigía hacia el lugar donde nos encontraríamos para ir al lugar de

la reunión, no podía evitar pensar que estaba por dejar San Benedetto, a Alfredo, a los amigos que acababa de conocer. A pesar de todo, no quería que la tristeza me invadiera.

Ya pensaba en cuándo tendría que volver para pasar las próximas vacaciones, y en la fuerte voluntad de mantener el contacto con Alfredo y con todo lo que me había enseñado.

Vi llegar a Juan, con otros dos amigos. Alfredo llegó poco después, acompañado de otro amigo, Fabrizio, y nos dirigimos en automóvil hacia la casa de uno de los discípulos de Alfredo.

En cuanto entré, vi a otras diez personas. Me presentó a todos ellos y brevemente me explicó lo que se preparaban a hacer y la finalidad de todo ello.

Después de pocos minutos, uno a uno, entramos en una habitación donde se reunían, y cerraron la puerta. Nos sentamos frente a Alfredo, que a su vez se había sentado.

En seguida, con los ojos cerrados comenzó el ejercicio. No podría decir con exactitud cuánto duró; la única referencia que podía tener para medir el tiempo que pasaba era escuchar una voz hablar, seguida por unos sonidos, mientras todos permanecíamos en el más absoluto silencio. Lentamente, sentí cambiar la atmósfera de aquella habitación, y me hundí en un estado de completa concentración y de absoluto relajamiento.

Estaba, ¿cómo decirlo? vacío, y al mismo tiempo me sentía receptivo, presente, lúcido, y el pensamiento se había detenido, casi ignorado y olvidado, apagado por aquella atmósfera que lo envolvía todo y a todos muy sutilmente.

Al terminar el ejercicio, Alfredo se incorporó de la silla, y abrazó a cada uno de nosotros; entonces salimos y nos fuimos todos a cenar.

Mientras comíamos, Alfredo hablaba de mí a los demás di-

ciéndoles que al día siguiente partiría para Inglaterra, refiriéndoles lo que haría allá, y algunas cosas más.

Mientras respondía a la pregunta de uno de los presentes, oí a Alfredo que decía:

—Las personas, en ocasiones, me preguntan de qué manera se puede aprender la humildad; otras, me preguntan de qué manera consigo llevar a cabo mi función sin que participen la arrogancia y la presunción. Una vez, una de mis discípulas me dijo: “Aun cuando, al pasar el tiempo, no hubiese logrado aprender nada de ti, por lo menos me habrás mostrado lo que significa realmente ser humildes”.

En seguida se volvió hacia una persona que se encontraba sentada a su lado y, riendo, dijo:

—No se requiere nada para aprender a ser humildes, basta con no tomarse en serio. Y, como diría aquel cómico de la televisión, es mejor ser bellos que feos, ricos que pobres, sanos que enfermos: *pero en el Camino, es mejor ser nadie que ser alguien*.

En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, vi que el rostro de algunos de los presentes se ponía serio. Intuí que, aun cuando lo dijese en broma, aquello que acababa de decir era enseñanza.

Seguí escuchando cada una de sus palabras, mientras gradualmente me daba cuenta de la atmósfera que se había creado durante la cena. Incluso ahora, no podría definirla con palabras, pero percibía una sutil sensación de armonía y alegría dentro de mí, y era consciente de que ésta no era una sensación “pensada”. Luego, dirigiéndose a mí, que me encontraba a su lado, dijo:

—Te das cuenta, aunque no lo parece, la cena que sigue a la reunión forma parte de mi enseñanza. Desde el exterior, en apariencia, casi parecería que estuviésemos pasando un poco de

tiempo juntos, comiendo y bromeando, ¿verdad? Pues bien, quienes piensan que es ésta la motivación no saben que, cuando uno se reúne correctamente en el contexto de una situación de verdadera enseñanza, se crean condiciones tales que facilitan *la transmisión de la substancia*.

Poco después, concluida la cena, salimos del restaurante. Alfredo empezó a despedirse de todos los presentes y, cuando llegó mi turno, me dijo:

—Keep in touch, manténte en contacto y ¡se fuerte! Hasta luego.

—Nos veremos pronto, gracias por todo, Alfredo — respondí y después de saludar a todos lo demás, subí al automóvil de Juan, quien me acompañó a casa.

En cuanto llegamos, nos miramos fijamente a los ojos y Juan me dijo:

—No te preocupes, nos veremos muy pronto— y me abrazó.

Luego nos estrechamos la mano, y le dije adiós.

—Hasta pronto— dije, sin tener siquiera la menor idea de cuándo volvería a casa. Sonreímos y nos separamos.

En casa, las maletas estaban ya preparadas, y después de llegar, me dispuse a meterme a la cama.

Cerré la puerta de mi habitación, y dejé las persianas abiertas.

Con los ojos abiertos, tendido en la cama, empecé a mirar las estrellas una a una, mientras pensaba en el Camino y en Alfredo.

Parecía haber tantas cosas por aprender y conocer de sí mismo, que las posibilidades de llegar al final de la enseñanza parecían muy pocas. Cada vez que hablaba con Alfredo, me daba cuenta de una nueva característica del Camino, así como sus trampas y dificultades.

Empecé a reflexionar acerca del hecho de que todo lo que ocurre en torno a nosotros durante nuestra existencia nos aturde hasta hacernos olvidar lo que somos, a tal punto que son muy pocos los momentos en que conseguimos encontrarnos cara a cara con nosotros mismos. Y así, terminamos por encontrarnos en una condición tan patética que incluso sentimos miedo de plantear, a nosotros mismos y a los demás, las preguntas más fundamentales, miedo de conocer, miedo de cambiar, miedo de admitir o de descubrir que probablemente existe algo más por lo cual vivir.

Podía ver cada vez con más claridad cuán inmóviles seguían las personas, entorpecidas por las estupideces cotidianas que nos circundan, que atrofian y mortifican nuestro deseo de vivir, de existir; todos estamos convencidos de "ser alguien" de "saber algo" de "hacer algo" y todos siempre estamos en constante búsqueda de todo, salvo de lo esencial.

Pero en el fondo, ¿qué había más importante que esforzarse por crecer, por conocer lo que es nuestra vida y lo que representamos? Para mí, pensaba, era imposible que existiese algo más importante por realizar en el arco de mi existencia.

Comencé a pensar que no sabía lo que me sucedería en el futuro y qué otras pruebas tendría que superar en el contexto de la enseñanza de Alfredo. Ni siquiera sabía si tendría la fuerza o la capacidad para incluso poder hacerles frente. En el fondo, sólo había una cosa que sabía con certeza: que había encontrado lo que, más o menos conscientemente, había buscado durante largo tiempo, y que tenía una fuerte intención de recorrer hasta el final aquel Camino, dando lo mejor de mis capacidades.

Las dificultades que aquello implicaba eran, desde ese punto de vista, de importancia secundaria y, en todo caso, no tenía opción. Entre dar lo mejor de mí mismo para poder crecer, o vivir

pasivamente en la inconciencia, ¿podía acaso escoger esta última solución? Sabía que nunca lograría aceptar aquel reto, y que intentarlo era mejor que darme por vencido sin dar la batalla.

Con tal actitud y con un corazón lleno de esperanza, me dormí serenamente, abierto a todo lo que mi esfuerzo y mi voluntad de crecer implicarían en el futuro.

CAPÍTULO XIII

Las dudas

El despertador sonó a las cinco y media de la mañana; me preparé de prisa para ir a la estación. Una hora después, tomé el tren que me llevó a Bolonia, donde habría de tomar el avión para Londres. En el aeropuerto de Heathrow me estaba esperando mi hermana. Después de saludarnos, tomamos el metro que nos llevaría al centro de Londres.

Pienso que mi hermana leyó mi estado de ánimo cuando me dijo:

—Vamos, ponte alegre. Mira que Londres es un bello lugar. Ya sé que lo conociste en pésimas condiciones, pero ahora será distinto.

Asentí, no muy convencido de que Londres o Inglaterra me parecían interesantes en general.

—No sé qué esperar aún. Por lo que vi cuando estuve acá en el hospital, no me espera gran cosa, pero tal vez sea como tú dices. Probablemente hayan sido las circunstancias en las que nos encontramos las que determinaron mi impresión; en fin, ya veremos.

Durante aquellos cuarenta minutos de viaje entre el aeropuerto de Heathrow y la estación de Victoria, Mariella me esbozó

lo que podría hacer en Londres para trabajar, para ganar un poco de dinero y para mejorar mi inglés.

Todavía podía sentir dentro de mí el fastidio que había experimentado tiempo antes a causa de la incertidumbre, de no saber qué iba a hacer, puesto que yo no estaba allí por mi elección. En realidad, no me asustaba la idea de trabajar, estudiar o de comunicarme en una lengua diferente a la mía.

Lo que más me fastidiaba en el fondo era *la conciencia de no ser dueño de en mis decisiones*, y esta molestia se volvía cada vez más grande, sobre todo cuando olvidaba la relación que existía entre Alfredo y yo, y el hecho de que sus indicaciones formaban parte, por lo que había podido entender a través de sus palabras, de la enseñanza misma.

Como Alfredo había dicho tiempo atrás, él podía recurrir a cualquier medio para transmitir su enseñanza y, aparentemente, la habilidad de intuir cuando ello ocurría correspondía a los discípulos, cualquiera que fuese la forma externa de la enseñanza que transmitía.

Yo, personalmente, en aquel periodo lograba percibir sólo el fastidio que tales indicaciones tuyas suscitaban en mí, pero no obstante todo, decidido a no desistir, y quería esperar hasta el momento en que viera las cosas más claramente. En todo caso, la confianza que sentía en Alfredo era mucho más grande que el fastidio que producía el seguir sus indicaciones.

Después de un par de días en Londres, Mariella me ayudó a encontrar un lugar donde vivir. Una amiga suya me rentó una habitación a poca distancia del centro y, también siguiendo las indicaciones de mi hermana, logré encontrar un trabajo como camarero por medio de una agencia.

De allí me llamaban cada vez que había algún banquete,

donde quiera que fuese necesario. De este modo pude conocer varias zonas y hoteles de Londres, algunos muy lujosos, y también a muchas personas que, como yo, trabajaban para poder pagarse los estudios.

Ya después de pocos días, empecé a sentir una fascinación por la posibilidad de conocer a gente proveniente de todo el mundo, dado que Londres es una ciudad realmente cosmopolita.

Trabajo había a raudales, y yo traté de aprovecharlo más posible, puesto que deseaba ahorrar dinero suficiente como para poder eventualmente inscribirme en la universidad. Y, además, tuve que usar aquellas pocas horas que el trabajo me dejaba para estudiar inglés.

Pienso que aquel periodo ha sido uno de los más duros y agotadores que he vivido. Pero recuerdo también cuánta energía y ganas de actuar sentía: estaba decidido a lograr hasta el final lo que Alfredo me había dicho que hiciera.

Lo que más me asombró fue descubrir mi insospechada habilidad para hacer frente a todas aquellas nuevas situaciones que se presentaban día tras día, en el trabajo y fuera de él, y con inmenso placer personal, pude notar el desarrollo gradual de cierta seguridad interior.

Pese a todo aquello, la idea de quedarme en Inglaterra a estudiar durante un largo periodo todavía me preocupaba un poco.

Mariella había recabado información acerca de cursos de maestría compatibles con los estudios que yo había completado en Italia, y vi que había un buen número de universidades que ofrecían tales tipos de cursos cuya duración era de un año y medio a dos años. Otros cursos de especialización, como el llamado Ph.D., el doctorado, duraban tres años.

Después de un par de semanas en Londres, llamé por teléfono a Alfredo.

—Hola, Marco, ¿cómo estás? me respondió en el acto.

—Muy bien gracias. Estoy trabajando mucho como camarero, y estudio también inglés. Estoy muy ocupado, pero debo reconocer que es muy interesante.

—Te había dicho que te iba a ir muy bien, ¿no? Adelante, sigue así, no te preocupes. Quédate tranquilo, y sigue perfeccionando tu inglés, nunca se sabe, podría serte de mucha utilidad. ¿Y en cuanto al estudio? ¿Has encontrado algo interesante?

—Sí, hay algunos cursos— respondí con menor entusiasmo, luego añadí: —Pero duran de un año y medio a dos o incluso hasta tres años.— En ese momento, me di cuenta de que estaba ligeramente preocupado por lo que Alfredo hubiera podido decirme inmediatamente después.

—¿Es mucho tiempo, no?— exclamó Alfredo— y no puedes quedarte para siempre en Inglaterra— respondió de inmediato.— Por ahora sigue estudiando inglés, luego veremos. Y no te olvides de mantenerte fuerte, ¿eh? Hasta pronto— respondí con renovado entusiasmo. Después de colgar me sentí casi aligerado de todas las preocupaciones que me habían atormentado en las semanas anteriores. Entonces, no era seguro —como había parecido— que debería permanecer en Inglaterra por un largo período, pensé. Sentí que las fuerzas volvían a mí, mientras todo comenzaba a asumir un aspecto positivo. Probablemente, pensé, me dirá que regrese a Italia en poco tiempo, tal vez. Por ahora, era suficiente saber que no tendría que quedarme necesariamente en Inglaterra por un largo período, y esto me bastaba.

Así, más alegre de lo normal, volví a trabajar a diario, con mis dos clases de inglés a la semana, la ropa que lavar y planchar,

los largos viajes en el metro para atravesar Londres de un hotel a otro. La esperanza de que tal vez regresaría a Italia en poco tiempo me hizo recuperar fuerzas, hasta que, tres semanas después, hablé nuevamente con Alfredo. Después de los primeros convencionalismos, me dijo con ligereza:

—Hemos decidido que deberías inscribirte a uno de aquellos cursos de los que me habías hablado, esos que duran dos o tres años. Estalló en una carcajada, y se interrumpió.

Yo me quedé helado en el acto: ¿tener que pasar dos o tres años en Inglaterra! ¿Por qué aquel repentino cambio de planes?

—¿Piensas que es lo mejor? —traté de responder con una voz que intentaba esconder mi sorpresa.

—Sí, sí, *aquí no tenemos dudas*— continuó— ahora infórmate acerca del curso más adecuado, y luego arréglatelas. Cuando sepas algo más, házmelo saber, por favor— insistió luego con un tono casi autoritario.

—De acuerdo— respondí a media voz, me informaré, y después de despedirnos, volví a caer víctima de la preocupación.

En el metro, mientras me dirigía al hotel a donde iba a trabajar hasta media noche, volví a pensar en aquel repentino cambio de planes, mientras la sospecha de que Alfredo lo hubiese hecho a propósito y de que casi estuviese provocándome empezó a insinuarse dentro de mí. Y si en realidad se trataba de una provocación, no entendía lo que estaba tratando de hacer. Probablemente quería ver cuánto carácter tenía yo, o cuánta voluntad para ejecutar sus indicaciones. Me acordé de lo que nos dijo una vez mientras estábamos sentados en el café, cuando recordó que su Maestro solía tratarlo mal para poner a prueba su verdadera voluntad de aprender.

Sin embargo, existía algo más que yo no había digerido por completo: Alfredo había dicho que "habían decidido" que quedarme durante un buen periodo en Inglaterra era lo mejor que podía hacer. ¿Quiénes eran los otros que, junto con Alfredo, parecían decidir lo que yo tenía o no que hacer?

Así pues, al constatar nuevamente con cuánta ligereza Alfredo parecía tomar decisiones sobre mi futuro volvía a hacerme daño.

Dos o tres años había dicho Alfredo, pensaba yo para mis adentros, son un gran periodo de tiempo. Y después, ¿qué sucederá? ¿Cómo puedo saber si todo esto acabará en una pérdida de tiempo y de energía?

Este alternarse de sensaciones me hacía daño y me desorientaba continuamente, de tal modo que por momentos no sabía siquiera cómo hacerles frente.

Los días siguientes, después de varias llamadas por teléfono y de haber escrito a varias universidades de toda Inglaterra, finalmente encontré una maestría en la Escuela de Ciencias del Deporte de la Universidad de Birmingham, que parecía estar hecha a mi medida.

Pocos días después, fui a Birmingham, y tuve la ocasión de ver el tipo de trabajo que hacían allí. Me explicaron que la maestría se obtenía después de un periodo de un año y medio, a veces dos, de investigación, en vez de tomar un curso propiamente dicho, como suele suceder en otras universidades. También pude entender que la duración mínima del curso dependía del tipo de título universitario que el discípulo poseía.

Yo pensé que aquello podía ser interesante, y al departamento le pareció que mi curriculum era adecuado.

No obstante, había algo aún por arreglar: antes de poder

inscribirme, era necesario acreditar un examen de lengua inglesa, sin el cual la universidad no podía aceptarme.

El examen debía presentarlo a mediados de enero, de modo que le dije al que habría de ser mi futuro tutor para la maestría que, una vez que acreditara aquel examen, yo me pondría de nuevo en contacto con él, para luego inscribirme cuanto antes. Volví a Londres y al día siguiente llamé a Alfredo para referirle el resultado de mi entrevista.

—Sí, sí, me parece una buena elección ... Birmingham— lo escuché repetir un par de veces, con un tono de seriedad, luego añadió: —Suena importante, ¿verdad? Sí, sí, me parece que Birmingham te va muy bien— dijo por toda respuesta, con un tono casi divertido. Ese fue el primer comentario que hizo cuando le informé de lo que estaba por hacer, y de cómo pasaría mis próximos dos años de vida.

Yo estaba a punto de empezar algo que habría de durar uno o dos años, algo que estaba iniciando porque me lo había sugerido él, de mil maneras distintas; ni siquiera estaba seguro de que lograría hacer frente a semejante cosa, y aquí estaba su respuesta: "Birmingham suena importante, ¿verdad?"

Todo parecía una broma, pero dentro de mí no sentía ánimos de tomarlo tan a la ligera.

Aquel tiempo que debía pasar en Inglaterra era "mío"; yo hacía algo que él me había dicho que hiciera, y a cambio recibía sólo bromas. Me resultaba difícil encontrar una forma de enseñanza en todo esto, entender lo que pretendía aquel comportamiento suyo que, en ese tiempo, me parecía simplemente una tortura psicológica.

Pienso que no soy capaz de describir con palabras cuál fue mi reacción al escuchar aquellas palabras, pero una vez más sem-

bró en mí el desconcierto. En mi interior, tenía aún la intención de ver lo que había tras aquella aparente puesta en escena, en la que nada de lo que yo hiciera, ni siquiera yo mismo, parecía tomarse en serio.

Con un esfuerzo no indiferente, traté de continuar la conversación diciéndole que el curso empezaría en enero, siempre que yo acreditara el examen de inglés.

—No tienes que preocuparte, yo estoy seguro de que tu inglés es lo suficientemente bueno como para que entres a la universidad. Muy bien, me da mucho gusto que las cosas estén funcionando. Adelante, con alegría y con fuerza, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, respondí, para después agregar— veamos qué sucede.

—No te preocupes— agregó con tono casi autoritario, —*suceda lo que suceda será para bien tuyo*, aunque por ahora no te puedas dar cuenta de ello.

—De acuerdo— respondí, estimulado y sorprendido por aquel último comentario, sin saber qué otra cosa agregar.

—Nos hablamos pronto, permanece en contacto —dijo y nos despedimos.

Ahora, sentía una gran confusión dentro de mí. Por un lado, quería seguir las indicaciones de Alfredo, dado que éstas formaban parte de su enseñanza. Trataba de recordarme constantemente a mí mismo que pretendían producir crecimiento, según lo que yo había podido entender. En otras palabras, marcharme a Inglaterra y quedarme allí durante un determinado periodo de tiempo no eran sólo indicaciones prácticas, para obtener otro título universitario o para aprender inglés, sino que de alguna manera que yo no era capaz aún de entender, debían producir cambios en mí, para mi beneficio.

Pese a todo, acordarme de esto resultaba sumamente difícil, sobre todo cuando me daba cuenta de que yo no tenía ningún poder de decisión en cuanto a mi futuro, a mis preferencias, a la posibilidad de decir “sí” o “no” si algo no era exactamente como yo quería.

Me resultaba difícil alejar de mi mente el pensamiento de que Alfredo casi estuviera jugando con mi vida y mis esperanzas, aun cuando aquélla era mi primera impresión. En más de una ocasión me pregunté el porqué de aquel modo suyo de enseñar, y por qué era necesario “poner una persona en contra de sí misma” por decirlo así; y pienso que ésta es sin duda la mejor manera para describir mi estado de ánimo de aquel periodo.

En los días sucesivos, reflexioné mucho acerca de estas dudas, hasta que otras cosas volvieron a mi memoria.

Ahora sentía que la enseñanza, así como la había conocido a través de Alfredo, en cierto sentido, estaba “allí” al alcance de todos, o por lo menos de quienes querían acercarse a ella. Si realmente se quería, era necesario hacer un esfuerzo para primero poder alcanzarla, luego aferrarla, y por último era necesario hacer otro esfuerzo más para poder mantenerla.

Podía recordar perfectamente las palabras de Alfredo: “Una enseñanza de verdad no pretende satisfacer a las personas”; cambiar internamente, crecer, no era necesariamente un proceso fácil o placentero.

Según lo que pensaba haber entendido, era el discípulo quien tenía que hacer el sacrificio de adaptarse a la enseñanza y a sus principios, y no lo contrario. Pensar en poder adaptar la enseñanza a deseos y gustos personales era, quizá, la manera más errónea de iniciar aquel camino.

Yo sentía internamente que esforzarme por “doblegarme” a lo que Alfredo me decía que hiciera, en ocasiones era insoportable.

Era fácil recordar cuál debía ser mi actitud hacia la enseñanza; pero resultaba en extremo difícil adoptar tal comportamiento interior en la vida diaria.

En cualquier momento bien podía decir "no" pero sabía perfectamente que aquello hubiese significado el final de la relación de enseñanza, sin que yo fuese aún capaz de entender sus finalidades más profundas.

Así pues, me sentía perenne y dolorosamente suspendido entre dos estados de ánimo, uno en el cual trataba constantemente de alimentar la confianza, la paciencia y la espera, el otro en el cual trataba de no ceder a las sensaciones de desánimo y de duda.

Este conflicto me hizo entender, ¿o tal vez tendría que decir más bien que *me enseñó?*, que el conocimiento puramente nocional, que puede provenir del estudio de libros o incluso de simplemente escuchar las palabras de un Maestro, nada tiene en común con el "conocimiento" que proviene de la experiencia directa. Del mismo modo, yo podía ver que era ésta la única manera para dejar una huella indeleble dentro de sí, en el momento en que los conflictos y los temores interiores eran atacados sin piedad y sin excusas.

A mediados de enero acredité el examen de inglés y me apresuré a ponerme en contacto con la universidad para saber cuándo podría empezar a tomar el curso. Me comunicaron que podía comenzar el primero de febrero, de modo que hasta tenía tiempo suficiente para encontrar un apartamento en renta, posiblemente cerca de la universidad.

Me enviaron un folleto con toda la información sobre el campus universitario, gracias al cual pude reservar una habitación en una pensión para estudiantes, a diez minutos de la universidad.

Y finalmente el tan esperado día de la partida llegó. Mariella me acompañó hasta la estación de Euston, de donde habría de salir en un tren directo a Birmingham, apenas a dos horas de Londres.

—Nos veremos a menudo, por lo menos una vez al mes, ¿de acuerdo?

Después de despedirnos, subí al tren con mis pesadas maletas, llenas de libros y de ropa. En cuanto encontré un asiento libre, volví a caer en profundos pensamientos que me acompañaron durante todo el viaje.

Por una parte, sentía curiosidad por lo que me esperaba y, por la otra, me preguntaba de nuevo si estaba actuando de manera correcta. Traté también de poner fin al diálogo interior de la manera que Alfredo me había enseñado, a pesar de que los pensamientos no me daban tregua. En seguida, casi casualmente, mi atención se centró en Alfredo, en su rostro y en su figura de Maestro.

Volví a ver su sonrisa y casi pude sentir el calor, la alegría y la amistad que había sentido en varias ocasiones, y por un instante dejé de pensar, casi inadvertidamente.

Volvió a mi memoria lo que me había dicho en cuanto a la enseñanza que funcionaba a pesar de que existiera la lejanía física entre Maestro y discípulo, siempre y cuando se hubiese establecido previamente una relación de cercanía y de amistad.

En aquellos pocos instantes en que conseguía establecer un contacto interior con él, ya no tuve más preguntas, ni problemas que resolver. Sólo quedaba en mí una alegría profunda, que parecía emanar de la nada. Existía por doquier, sin límites, junto a la voluntad inquebrantable de llegar hasta el final, de ese camino donde ahora parecían no existir grandes obstáculos que pudieran detenerme.

En cuanto llegué a Birmingham, tomé un tren urbano, que en diez minutos me dejó en el campus universitario. Tenía una cita a mediodía con el que habría de ser mi tutor, es decir, el profesor que habría de seguir de cerca el curso de mis estudios y que habría de ser el responsable de lo que yo lograra hacer.

En cuanto llegué, dejé las maletas en su despacho. Después de la comida, me dirigí a la oficina de la universidad donde asignaban las habitaciones para los estudiantes. Era viernes, y mi tutor me dijo:

—Nos vemos el próximo lunes, después del fin de semana— puesto que el sábado era sagrado en Inglaterra, sinónimo de descanso absoluto después de los excesos de la noche del viernes.

De manera que, después del mediodía, me instalé en una habitación a poca distancia de la universidad. Me tocaba compartir un pequeño apartamento con otros cinco estudiantes, provenientes de los más distintos rincones de la tierra.

Mientras recorría el interior del apartamento, me di cuenta de que eran ya las cuatro de la tarde, y afuera había caído ya la noche. En el silencio de mi habitación sentía aún una voz dentro de mí que susurraba: “¿Pero qué estoy haciendo aquí?”

Traté de ignorarla, y empecé a desempacar las maletas. Al día siguiente quería empezar a estudiar cuanto antes.

Ahora pensaba que, todo parecía arreglado, o casi. Había sido aceptado en la universidad, mi inglés era lo suficientemente bueno como para poder estudiar sin demasiados problemas, había logrado encontrar un lugar donde vivir, y parecía no haber ningún otro obstáculo.

—Finalmente he llegado a mi destino— pensé para mis adentros.

Estaba dispuesto a permanecer allí durante todo el tiempo que fuere necesario; tenía la sensación de que me estaba moviendo en la dirección que Alfredo me había indicado, aun cuando ni siquiera había dado un paso. Sabía que aquél era el inicio del inicio, por así decirlo; pero, empezaba a temer a otro enemigo peligroso: la soledad.

La Confusión

El lunes me entrevisté con mi tutor, quien mostró una disponibilidad inmediata. Empezó diciéndome que necesitaría tiempo antes de que me acostumbrara al nuevo ambiente, al campus universitario, al método de estudio, y a otras cosas más; y su comportamiento amigable me hizo sentir a gusto. Me dio una lista básica de artículos que debía estudiar para reforzar mi preparación de base, así que al día siguiente pasé varias horas en la biblioteca. El peor momento de la jornada era la noche, cuando me encontraba a solas con mis pensamientos y los libros que debía estudiar.

Después de algunos días, empecé a caer en un estado de depresión, del que no conseguía salir. Me sentía increíblemente solo, y aquel ambiente únicamente me inspiraba tristeza, a dondequiera que fuese. Trataba de mantenerme en contacto con Alfredo, pero a menudo acababan por imponerse mis pensamientos y, cuando menos me lo esperaba, el diálogo interior y las dudas volvían a revolotear en mi cabeza.

De modo que decidí telefonar a Alfredo, con la esperanza de que me tendiera una mano para superar este momento.

—Hola, Marco. ¿Qué sucede? —respondió Alfredo con un tono de voz insólitamente frío.

Por un momento me quedé sorprendido por aquella manera de responder al teléfono, pero traté de continuar la conversación con toda naturalidad:

—Nada, sólo quería decirte que...— y después de una pausa, continué— siento un poco de tristeza en estos días, y me siento solo.

—¿Y bien?— respondió secamente. —¿Estás triste? Bien, ¡así debe ser!— y me pareció oír cierto tono de broma en su último comentario; luego preguntó:

—¿Es sólo esto? ¿No hay algo más que tengas que decirme?

—Eh —traté de continuar, —la escuela va bien; por lo demás, trato de mantenerme en contacto contigo, pero me es difícil.

—Está bien, está bien, no debes preocuparte— dijo en tono apresurado, —sigue adelante, verás que luego pasa. Hasta la próxima. Adiós.

Y después de despedirme, me quedé inmóvil por un momento frente al teléfono, confundido y perplejo.

No entendía por qué ahora Alfredo me trataba de aquella manera. Lo que más me desconcertaba era que su actitud en cuanto a mí hubiese cambiado desde la última llamada por teléfono, sin que yo consiguiera entender el motivo.

Tal vez su actitud me hirió más puesto que yo me esperaba alguna palabra de aliento y, en cambio, se había mostrado tan distante, frío, como si estuviese enojado conmigo.

Empecé a pensar que probablemente era yo el que esperaba demasiado de él, pero quizá no era así. El Alfredo al que había conocido en San Benedetto era distinto, incluso cuando me ha-

blaba en tono de reproche, lograba intuir el motivo. Siempre había algo que quería decirme a través de aquella manera de proceder, algo que tal vez no lograba asimilar aún, o que había subestimado.

Pero ahora, me sentía completamente perdido: ¿Era su manera real de actuar o formaba parte de su enseñanza? Cualquiera que fuese la respuesta, yo no era capaz de ver los motivos.

Antes de conciliar el sueño, seguí pensando qué podría haber hecho de equivocado y qué hubiese podido provocar ese comportamiento hacía mí, pero no conseguía encontrar ninguna explicación.

Después de todo, yo estaba en Inglaterra porque me lo había aconsejado él y, por lo tanto, yo esperaba que me ayudase a soportar el peso psicológico. En cambio, tal parecía que debía arreglármelas por mi cuenta, y que a él no le interesaba mínimamente cómo me sintiera.

En los días siguientes, no pude evitar observar y reflexionar en busca de alguna actitud mía claramente equivocada, según los principios del Camino que conocía en aquel periodo, pero sin éxito. Inconscientemente, yo sentía que tenía casi el derecho de *pretender* que se me ayudara, pero aún no lograba intuir que la sensación de haber sido abandonado nacía dentro de mí, y no del comportamiento de Alfredo; al contrario.

Las semanas transcurrieron veloces una tras otra, mientras yo hablaba por teléfono con Alfredo cada dos o tres semanas.

Tuve oportunidad de notar que su actitud era diferente cada vez y, al mismo tiempo, imprevisible. Cuando le informaba de mis avances en los estudios o le describía los sueños que tenía cada vez más a menudo, a veces se mostraba totalmente indiferente, mientras en otras ocasiones parecía interesarse mucho en conocer

los mínimos detalles de cómo estaba viviendo aquella experiencia en Birmingham.

Lentamente, y tal vez de manera casi inconsciente, también mi actitud cambió, hasta llegar a tal punto que sus comentarios ya no me afectaban desde el punto de vista emocional.

Con el paso del tiempo, empecé a recordar algunas de las cosas que él había dicho cuando me encontraba en San Benedetto, y que me hicieron entender que su comportamiento frío, más que ser la causa de cómo me sentía, era sólo una manera para poner en evidencia mi debilidad interior y, en consecuencia, para mostrarme claramente que no estaba usando todo lo que me había enseñado para poder hacer frente a mis negatividades.

Ahora, cuando le informaba de algo, trataba sólo de aprehender el mensaje que me daba cuando respondía, sin dar importancia a la manera en que se me transmitía. Ya fuese que me diera importancia o que pareciera frío y desinteresado, trataba de mantener la atención en el hecho de que, probablemente, Alfredo sólo estaba enseñándome cuán fácil presa de mi personalidad era yo, siempre en busca de aprobación, elogios y atenciones del modo más sutil e imperceptible.

Cuando lentamente empecé a liberarme del contenido "emocional" de mi actitud, empecé a vislumbrar con mayor claridad lo que él trataba de decirme cada vez que hablábamos por teléfono.

Mientras tanto, seguía estudiando asiduamente, sobretodo fisiología del control motor, que constituía el tema principal de lo que sería mi tesis de maestría y que yo esperaba concluir dos años más tarde.

Poco a poco empecé a apasionarme por el estudio y por la investigación experimental. Ya a un mes de iniciado mi curso, po-

día sentir cómo crecía mi compromiso y mi interés por el proyecto de investigación al cual dedicaba gran parte de mis días.

Antes del verano, el proyecto de mi tesis quedó definido en todos sus detalles y tenía que empezar a hacer mis primeros experimentos en septiembre, al final de las vacaciones de verano. En teoría, si bien la universidad cerraba oficialmente para quienes estudiaban una licenciatura, los que seguían una maestría o un doctorado podían seguir todo el verano, puesto que los planteles y laboratorios seguían abiertos. Después de trabajar en mi proyecto durante casi seis meses ininterrumpidos, pensé volver a San Benedetto y pasar un par de semanas durante el mes de agosto.

Hacia fines de julio, llamé otra vez a Alfredo. Puesto que también mi hermana pensaba regresar a San Benedetto en el mismo periodo, quería preguntarle si pensaba que también yo debía volver a pasar mis vacaciones.

—¡Queridísimo Marco! —exclamó Alfredo en cuanto escuchó mi voz —¿Cómo estás? Justamente pensaba en ti antes de que llamas, ¿sabes? Y bien, ¿cómo van las cosas allá en Inglaterra?

—Todo marcha bien— respondí. —Estoy aprendiendo un montón de cosas en la universidad, y parece que no hay problemas... Quería preguntarte una cosa.

—Dime— respondió de inmediato.

—Quería saber si tú crees conveniente que yo vuelva a San Benedetto junto con Mariella, por un par de semanas en agosto.

—¡Por supuesto!— respondió con entusiasmo— me parece una excelente idea! Así aprovechas para recargar las baterías— agregó en un tono de broma.

Yo sonreí y le dije las fechas de las vacaciones; después de lo cual, me dijo:

—Y si vuelves a San Benedetto, quiero pedirte un favor. Estoy buscando una serie de libros muy interesantes que en Inglaterra seguramente son fáciles de encontrar. Espera que te dé los títulos.

Tomé una hoja de papel y después de escribir los títulos y los autores de los tres libros, me preguntó si podía conseguirlos antes de volver a Italia.

—Sí, no hay ningún problema. Los buscaré este fin de semana en Londres.

—Te lo agradezco, no te preocupes, acá te doy el dinero— dijo nuevamente como para bromear con mi preocupación de quedarme sin dinero.

Cuando estuve en Londres, luego de un par de horas, logré encontrar los tres libros que me había pedido. Eran tres volúmenes bastante grandes, de publicación vieja, y trataban de temas esotéricos. Por un momento me sorprendí de que Alfredo, después de que hacía tiempo me había hablado de la inutilidad de almacenar nociones y de la necesidad de la experiencia para conocer, ahora me pedía que le comprara libros.

—Qué extraño— pensé para mis adentros, —¿qué pretenderá hacer con libros como éstos? Pensaba que no leía en absoluto libros de este tipo.

Seguí estudiando hasta un día antes de mi partida, cuando junto a mi hermana partimos del aeropuerto de Gatwick para Bolonia.

Mientras trataba de relajarme en el avión empecé a pensar en qué Alfredo encontraría ahora en San Benedetto: ¿sería amigable, o de nuevo cambiaría su actitud?

Poco antes de que me quedase dormido por completo, tuve una intuición. Entendí lo que probablemente estaba equivocando en mi actitud: la sensación de abandono que había sentido a causa

de la conducta de Alfredo se debía sólo al hecho de que yo "esperaba" algo de él, que con una palabra pudiera recordarme lo que tenía que hacer en aquellas situaciones, a pesar de que "sabía" lo que tenía que hacer.

Me había olvidado de que bastaba poner sólo un poco de atención y de presencia cuando uno se quedaba atrapado en sus propias negatividades para poder hacerles frente como Alfredo me había enseñado.

Su frialdad me había obligado a recordar lo que tenía que hacer usando mis propias fuerzas y habilidades, puesto que, aparentemente, él no movería un dedo para sacarme de aquellas situaciones causadas por mi propia distracción y por el sufrimiento pasivo.

Ya casi al caer la noche, después de llegar a casa, pasamos varias horas charlando con mi madre, que ahora vivía sola en San Benedetto. Al día siguiente, mi hermana y yo nos dirigimos a la oficina de Alfredo.

En cuanto nos vio llegar, vino a nuestro encuentro y nos abrazó, diciendo:

—Muchachos, ¿cómo están? Pasen por favor.

Después de acomodarnos, nos preguntó, con un amplia sonrisa:

—Y bien, ¿cómo les va en Inglaterra?

Mi hermana empezó a hablar, mientras yo escuchaba en silencio. Ella dijo que todo marchaba muy bien, a pesar de los altibajos de su estado de ánimo. Alfredo me preguntó:

—¿Y a ti, cómo te va en Birmingham?

—Me estoy acostumbrando— respondí, consciente de que él sabía perfectamente el estado por el que había pasado durante un periodo de tiempo.

—Bien, bien; me da gusto que estén aquí, tendremos oportunidad de vernos a menudo en estos días.

Luego se volvió hacia mí, diciendo:

—Ah, Marco, ¿encontraste los libros que te pedí?

—Sí, son éstos— y saqué los libros de mi bolsa.

Él los tomó uno por uno, y después de observarlos detenidamente, dijo:

—Muy bien, te lo agradezco. Son libros muy interesantes.

Noté que también Mariella se sorprendía al ver que Alfredo se interesaba por libros, pero seguí mirándolo sin tratar de entender lo que realmente estaba sucediendo.

En seguida hizo cuentas de lo que había gastado, e insistió para que aceptase el dinero; mientras tanto se habían presentado dos clientes en la oficina. Alfredo se levantó, y nosotros con él. Antes de despedirme, dijo:

—Si no tienen nada mejor que hacer el próximo miércoles, pueden venir a cenar conmigo y algunos amigos, o bien, si prefieren, pueden venir a visitarme antes.

Mi hermana respondió que no podía, puesto que tenía ya un compromiso, yo, en cambio, le dije que iría con gusto, y después de darme una cita en el restaurante, nos despedimos.

Así, la semana siguiente, fui a cenar con Alfredo, Fabrizio y Juan.

En cuanto entramos en el restaurante, Alfredo saludó al propietario, y después de sentarnos, le dijo al camarero:

—Esta noche, te he traído gente que come mucho.

El camarero, que parecía conocer a Alfredo, sonrió mientras nos miraba, y empezó a tomar las órdenes. Poco antes de que se fuera, Alfredo añadió:

—Por favor, sírvenos porciones abundantes, sobre todo para éste— y me indicó con un dedo, agregando después:

—Éste viene de Inglaterra, ¿no ves qué pálido está? ¡Parece que acaba de salir del hospital!— y todos estallamos en carcajadas.

Cuando el camarero se fue, se hizo un silencio, y ninguno de los presentes se atrevía a hablar. Alfredo nos miró un poco a cada uno, y después de jugar con una servilleta, interrumpió bruscamente aquel ambiente de seriedad:

—Oigan, está permitido hablar, ¿eh? Nadie les ha dicho que tienen que estar mirándome durante toda la noche.— Sonrió, mientras nos mirábamos entre nosotros, un poco confundidos.

—¿Ninguno de ustedes sabe un chiste?— preguntó Alfredo.

En aquel momento llegó el camarero con los primeros platos, mientras nosotros buscábamos una manera de iniciar cualquier conversación que no resultara demasiado banal. Después de servirse y mientras comía, Alfredo dijo con seriedad, volviéndose hacia Fabrizio:

—Generalmente, un Maestro no vive nunca en contacto estrecho con la comunidad de sus discípulos.

En el acto entendí que estaba hablando de algo que, de una manera u otra, dirigía a mí: Fabrizio y Juan vivían en San Benedetto, y podían ver a Alfredo casi a diario, así que el tema de la conversación parecía relevante sólo para mi situación.

No pudiendo resistir la tentación, le pregunté el por qué de aquella afirmación suya.

—Porque— respondió —con el paso del tiempo, las personas se acostumbran a mi presencia y a mi ayuda de una manera demasiado dependiente, y no aprenden a usar lo que yo les enseño constantemente. Hubo personas— prosiguió —que han estado

cerca de mí durante años, a las que les “di de comer en la boca” continuamente: luego, cuando llegó el momento de alimentarse por sí mismas, no eran capaces de hacerlo. Por el contrario, hay personas que me ven cada dos o tres años, y, sin embargo, puedo asegurarte que funcionan sin problemas.

Este comentario suyo me tranquilizó un poco, porque me hizo entender que mi dependencia de la presencia física de Alfredo era claramente equivocada y nociva al mismo tiempo; más bien, parecían existir otros puntos fundamentales, como el contacto interior con él y la atención.

Ahora mis ideas eran más claras respecto a cuando me había marchado de Italia la primera vez.

Después de unos minutos, llegó el camarero con una enorme bandeja de tallarines con mariscos.

—¡Excelente!— dijo Alfredo en cuanto vio al camarero acercarse a nuestra mesa— tú sí eres una persona concienzuda.

El camarero empezó a servir una gran porción a Alfredo. En seguida, mientras nos servía a nosotros, Alfredo siguió hablando:

—La separación entre maestro y discípulo tiene muchas funciones. Antes de todo, es una prueba para el discípulo.

Al escuchar la palabra “prueba”, me sentí sorprendido. Entre las tantas funciones o razones para que un discípulo tenga que alejarse de su Maestro, pensé para mis adentros, nunca hubiera pensado en la posibilidad de que fuese una prueba para el discípulo. ¿Pero qué había que probar en él?

—Cuando el discípulo piensa que es libre de hacer lo que quiere—prosiguió— sólo porque el Maestro no puede verlo y regañarlo, se comporta como un niño. Como tal, olvida que la relación de enseñanza continúa y existe sobre todo cuando el Maestro no está presente, es decir, cuando lo que un discípulo ha sido

capaz de aprender debería ser aplicado. ¿Qué sentido tiene para un discípulo mostrarme respeto y demostrarse atento cuando se encuentra frente a mí y luego comportarse de una manera distinta en cuanto se encuentra en otras situaciones?

Lo que acababa de decir me afectó, a pesar de que yo no hubiese pensado nunca en la lejanía como una situación que podía aprovechar para poder contravenir los principios del Camino. Pero podía ver los riesgos, puesto que el Maestro no podía corregir o hacer entender directamente al discípulo sus errores. Era tan fácil convencerse, en buena o mala fe, que uno estaba haciendo realmente su mejor esfuerzo al seguir la enseñanza de Alfredo.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, llamó al camarero para decirle:

—¿Podrías traernos por favor otra bandeja? ¡Mis amigos tienen hambre atávica! Particularmente éste, el inglés— y me señaló de nuevo. Luego se giró de pronto hacia mí, y me preguntó.

—¿Qué te parecen estos tallarines?

—Están ricos— respondí e instantáneamente me dijo, con un tono de asombro:

—¿Qué dices? ¿“Simplemente” ricos? ¿Acaso no soñabas con estos tallarines allá en Inglaterra, donde sólo se come alimentos de plástico?— y de nuevo nos echamos a reír, mientras yo me ruborizaba.

Luego, después de unos instantes, su rostro volvió a ponerse serio, y siguió hablando:

—Cuando el discípulo se encuentra solo frente a sus dudas, a sus incertidumbres, a sus negatividades, tiene ante sí dos alternativas: enfrentarlas activamente o sufrirlas. Cuando se está a solas, sin el Maestro allí para recordarle al discípulo cómo debe

comportarse, qué debería hacer, y cosas semejantes, enfrentar activamente sus propias negatividades puede ser muy difícil, y las más de las veces la reacción del discípulo es la de dejar todo y abandonar el Camino. Alternativamente, la distancia se vuelve enseñanza cuando el discípulo aprende a desarrollar el contacto y a resolver los obstáculos y sus propias negatividades de una manera menos dependiente del Maestro. Así puedes ver cómo la separación pone a prueba la fuerza de voluntad y el deseo de recorrer el Camino por parte del discípulo.

Instintivamente, volví a pensar en mí, y en los momentos de depresión y de dudas que había tenido mientras me encontraba en Birmingham.

Había experimentado lo que quería decir “hacer frente a las propias negatividades” tan sólo con mis fuerzas y echando mano de lo que me había enseñado Alfredo: había constatado cuán difícil era aprovechar toda mi fuerza de voluntad cuando realmente era necesario superar los obstáculos.

Estaba consiguiendo darme una idea más clara de la imagen que siempre había tratado de ver dentro de mí. Como había podido intuir después de aquel momento de crisis en Inglaterra antes de mi partida, ahora, era necesario aprender a usar los instrumentos que Alfredo transmitía con su enseñanza, y también aprender a enfrentar activamente las dificultades día tras día, sin bajar nunca la guardia.

Alfredo vio las dos bandejas casi vacías y dijo, después de mirarnos fijamente a los ojos:

—Miren esto es lo que yo llamo una comida divertida, alegre— en seguida, adoptando una expresión de fingida seriedad, prosiguió:

—Pienso que sería necesario hacer un experimento de psi-

cología con lo que estoy por decirles, porque hay algo importante por descubrir en este asunto.

Todos aguzamos el oído, esperando quién sabe qué; luego añadió:

—¿Se han dado cuenta de que las preocupaciones, la depresión, los pensamientos desaparecen inmediatamente cuando nos sentamos frente a un buen plato de tallarines? ¿Es increíble, no les parece? Todo desaparece cuando uno se abandona a los tallarines— y mientras seguíamos observando aquella expresión de su rostro serio, empezamos a sonreír.

Indirectamente pensé en mí mismo, que me había olvidado momentáneamente de mis pensamientos y preocupaciones. ¿Qué estaría tratando de decir Alfredo? Para entonces, ya había entendido que ningún comentario de Alfredo era solamente un comentario.

Él siguió hablando:

—Y en todo caso, la separación entre Maestro y discípulo ocurre en el momento en que ya se ha creado cierto tipo de relación entre ellos. Si dicha separación ocurriera demasiado pronto en el curso de la enseñanza, el discípulo necesitaría una notable dosis de fuerza interior para poder seguir adelante sin la cercanía de su Maestro.

De nuevo pensé en mí: probablemente, aquel periodo que había pasado en San Benedetto con él cuando estaba en Italia había servido precisamente para eso, para que se creara una relación de amistad y de cercanía para lograr que pudiese marcharme sin correr el riesgo de interrumpir la enseñanza.

Efectivamente, podía sentir que realmente se había establecido una fuerte relación de amistad y de confianza, que había resistido resistir a tantas dudas e inseguridades.

Cuando Alfredo acabó de hablar, dijo irónicamente:

—Muchachos, han hablado demasiado esta noche, ahora me duele la cabeza. Ya está: ¡no vuelvo a salir a cenar con ustedes!— y de nuevo sonrió, y nosotros con él.

Luego, en cuanto se dispuso a levantarse, también nosotros nos pusimos en pie, y nos dirigimos a la salida del restaurante. Mientras pagábamos la cuenta, Alfredo dijo al camarero.

—Regresaremos, ¡esta noche sí que nos has quitado el hambre!— y después de dejarle una propina, salimos.

Antes de subir al auto con Fabrizio, Alfredo se despidió, y dijo:

—Por favor sigan alegres, y ahora vayan a dar un paseo. Nos vemos la próxima vez.

Yo me sentía todavía un poco aturdido y cansado por el viaje, así que después de caminar un poco con Juan, me fui a casa.

Sin siquiera intentar dialogar conmigo mismo a propósito de lo que había escuchado aquella noche, con una sonrisa en los labios, cerré los ojos y me quedé dormido, con la expresión divertida de Alfredo que bromeaba con nosotros durante la cena aún ante mis ojos, mientras podía sentir aún su calor, su presencia y su asistencia.

Utiliza el más y olvida el menos

Volver a ver a Alfredo después de haber estado lejos de él, escucharlo mientras estábamos cenando, la misma situación que se había creado durante aquel encuentro, todo, había contribuido a estimular cierto estado de atención, que me había permitido intuir aspectos de mí mismo de los cuales nunca había sido tan consciente.

Había intuido que la base de mi depresión y de mi abandono e indiferencia mientras me encontraba en Inglaterra era una actitud completamente equivocada con respecto a Alfredo: *pretendía* que me ayudara, sin siquiera pensar que, en la base de mi relación con él, estaba ante todo la enseñanza y que yo, como discípulo, no podía ciertamente pretender *nada*. Lo único que podía hacer era tratar de estar alineado con su enseñanza para poder *aprovecharla*. En cambio, lo que inconscientemente pretendía era algo más que eso: quería ser considerado, apreciado por lo que estaba haciendo, reconocido por haber cumplido lo que me había dicho que hiciera. Por toda respuesta, Alfredo había hecho precisamente lo contrario: incluso me había dado aún menos consideración e importancia de

la que me había dado cuando me encontraba en San Benedetto y, claramente, me había tomado por sorpresa.

Ahora podía recordar lo que me había dicho a propósito de las falsas personalidades y de su continua interferencia con esa parte nuestra que es y que sabe.

De este modo, me había dado cuenta de que existía algo que debía ser cambiado en mí, para que pudiese ser capaz de recibir lo que Alfredo daba. Mi personalidad, mi sensación de ser de algún modo importante y merecedor de atenciones por parte suya habían creado confusión en mí, y ahora tenía que trabajarlo si quería volver a ver las cosas con claridad.

Y, como por una reacción en cadena, ahora recordaba incluso cómo evitar que mis negatividades y la dependencia de la personalidad interfirieran con el aprendizaje: reírme de ellas, ignorándolas y despojándolas de su seriedad, hasta poder mirar, lo que quedaba cuando las falsas personalidades acababan por disolverse como la nieve bajo el sol, hasta que quedase sólo *lo esencial*.

Muy gradualmente y de manera no poco dolorosa, estaba comprendiendo que existían aspectos de la enseñanza de Alfredo que no eran en lo absoluto obvios o sin importancia, sino que requerían atención y paciencia, dos cualidades que sentía hacían falta en mí.

—La atención,— pensé, —finalmente comprendo por qué Alfredo insiste tanto acerca de la necesidad de ejercitar la atención y la paciencia, cuando se ven en toda su magnitud los obstáculos y las negatividades que es necesario anular dentro de sí para, de este modo, crear una nueva persona, regenerada.

Y lo que personalmente me parecía más increíble era que el comportamiento de Alfredo, en apariencia, escondía aun más los

aspectos menos obvios de su enseñanza, hasta que uno tropezaba con ellos. Pero a esas alturas, hacía falta en realidad abrir los ojos y poner atención en la necesidad de dejar morir algo dentro de sí, algo que sólo podía hacer más lento el camino, creando sólo confusión y sufrimiento.

Era necesario dejar entrar la Luz, así como la había llamado Alfredo. Pero en la dificultades que había que sortear a lo largo del Camino me preocupaba.

El jueves por la mañana quise ir a visitarlo. Solamente faltaban cuatro días antes de mi partida para Inglaterra y quería hablar de nuevo con él acerca de las cosas que yo pensaba haber intuido. Esta sería la última vez que hablaría con él, puesto que por la tarde tenía que ir a Milán para entrevistarme con un reconocido investigador de fisiología, y visitar su laboratorio.

En cuanto mencioné a Alfredo que me daba cuenta de haberme equivocado en mi actitud y que, como consecuencia, me había sentido abandonado por él cuando estaba en Inglaterra, él me dijo:

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y bien? ¿Sigues preocupándote ahora? En lugar de preocuparte por tus errores o de sentirte mal a causa de ellos, actúa positivamente, y recuérdate a ti mismo: “Esta vez me he equivocado, la próxima vez pondré más atención”. —Y siguió mirándome con una gran sonrisa, como si estuviese esperando que yo siguiera hablando; así que agregué:

—Hay algo más aún: cuando hablas del Camino, y veo todas sus dificultades, instintivamente comienzo a preocuparme. Ya sé que es un error, pero cambiarse a sí mismo, de manera real y profunda, parece que implica un trabajo largo y arduo.

Después de oírme hablar, con una expresión casi divertida en el rostro, exclamó:

—¡Oye, qué dramático eres!— y estalló en una carcajada que me sorprendió un poco. De inmediato agregó: —No puedes pensar en recorrer un Camino como éste y dejar que te asusten sus dificultades, porque además el mío es un Camino en el cual, si se siguen mis indicaciones con un mínimo de impecabilidad, se produce crecimiento. Y por otro lado— se interrumpió un instante mientras se inclinaba hacia adelante, como para decirme algo confidencial, —¡el mío es un Camino donde se come, se ríe y se usa la positividad! Las negatividades y el "bla bla" y las obsesiones de la personalidad, definitivamente no nos interesan.

Con una actitud más seria, prosiguió poco después:

—¿Sabes? Tengo un discípulo que me llama por teléfono de cuando en cuando, y me dice que cuando se da cuenta de sus "errores" y de su falta de atención en ciertas situaciones, siente que el alcance del Trabajo es realmente enorme para él. Y yo, sin pérdida de tiempo, le recuerdo que nosotros *utilizamos lo más, y desechamos lo menos*, reforzando nuestras cualidades y tratando de hacer nuestras las que aún no tenemos. Te puedo asegurar que los *mea culpa*, el obsesionarse con las propias negatividades, nunca ha producido crecimiento en nadie.

Dentro de mí, sentí que aquel comportamiento suyo realmente le había restado dramatismo a la actitud con la cual había pensado en el Camino hasta entonces.

Luego me ignoró por algunos instantes y después de hojear una revista que se encontraba sobre su escritorio, dijo:

—¿Sabes? *Es cierto que mi camino es difícil, pero, al mismo tiempo, es también tan fácil que incluso puede recorrerse durmiendo.*

¡¿Durmiendo?! ¿A qué tipo de sueño se estaba refiriendo aho-

ra? Aquella afirmación parecía en apariencia una paradoja: el Camino es difícil, pero al mismo tiempo es también fácil. Yo no había entendido esta afirmación, pero sobre todo no había entendido la relación que dormir tenía con el Camino o con el crecimiento. Ciertamente, no se estaba refiriendo al dormir y al estado de sueño, en sentido figurado, que causa la falta de atención, porque parecía fundamental despertarse para poder crecer.

—Así pues— pensé para mis adentros, mientras Alfredo seguía hojearo aquella revista, —probablemente se está refiriendo al dormir físico, al dormir verdadero.

—Entonces— dijo de pronto —¿estás preparado para irte a Milán?

—Sí, será una visita interesante. Mi tutor me aconsejó que fuera a visitar este laboratorio, porque allí se lleva a cabo un tipo de investigación muy interesante y relevante para el trabajo que hacemos en Birmingham.

—Muy bien— comentó Alfredo, —me da gusto que te estés adentrando en este nuevo mundo. Te veo muy bien, ¿sabés?

Le sonreí, como para admitir que él tenía razón, cuando me había animado a marcharme a Inglaterra, pero no me dio tiempo de decir nada:

—Sé paciente y atento; muchas otras cosas sucederán en el futuro. Acuérdate que prestar atención no significa encerrarse en sí mismo por temor de que algo pueda ocurrir, sino más bien estar preparado para aprovechar la oportunidad cuando ésta se presenta. —Asentí con un movimiento de cabeza. Luego, después de echar un veloz vistazo al reloj, me di cuenta de que había llegado el momento de despedirnos.

Sin darme tiempo ni de decir una palabra, se levantó y me dijo:

—Ya sé que tienes que irte. Muy pronto nos volveremos a ver. ¿no? Y, además nosotros nos hablamos amenudo. Manténme al corriente de todas las novedades, por favor.

Luego se acercó a mí, y nos abrazamos. Después de darle las gracias, me dijo:

—Todo está marchando bien, no te preocupes, ¿de acuerdo?

—Por el momento, pienso que he dejado de preocuparme— respondí. Luego nos despedimos y dejé la oficina mientras Alfredo me miraba caminar hacia la calle.

Poco antes de dar vuelta en la esquina, me volví a mirar hacia la oficina, y lo vi sonriente, agitando la mano y cantando.

—Good bye, my friend, hasta luego, amigo.

—Hasta pronto, Alfredo —y después de verlo entrar en su oficina, seguí caminando hacia mi casa donde las maletas me esperaban para iniciar un nuevo viaje.

Volví a reflexionar acerca de lo que había dicho a propósito del dormir y del Camino. De este modo, me volvió a la memoria un libro que había leído hacía mucho tiempo y que decía que, durante el sueño, el cerebro atraviesa varios tipos de estados de conciencia. Y el Camino de Alfredo parecía trabajar precisamente sobre el estado de conciencia y de conocimiento, para que éstos adquieran un nivel superior de calidad.

Por lo demás, a pesar de que la ciencia posee instrumentos muy sofisticados para tratar de entender lo que sucede durante el sueño, en realidad, poco o nada se sabe de este tipo particular de conciencia. Después de todo, el tiempo que pasamos durmiendo, —el dormir real—, equivale a un tercio de nuestra vida y, no obstante, representa un misterio que la ciencia aún no logra develar.

Por una rápida asociación de ideas, me volvió a la memoria lo que Alfredo había dicho a propósito de los sueños que pueden convertirse en instrumentos de enseñanza, mensajes provenientes de quién sabe dónde, y que parecen dejar huellas profundas en el discípulo.

Había notado personalmente cómo la experiencia de algunos sueños en los que Alfredo me enseñaba algo permanecía indeleble dentro de mí, no tanto en la forma, cuanto en la esencia del contenido. Una vez que había soñado algo, sentía que se volvía parte de mí, y esta sensación era tan sutil que incluso ahora no sería capaz de definirla con palabras.

En cuanto me despertaba por la mañana o cuando más tarde volvía a pensar en el sueño, era como si realmente hubiese vivido aquella situación, de una manera mucho más fuerte que la que sentía cuando, en raras ocasiones, tenía sueños comunes, que nada tenían qué ver con Alfredo.

Había algo en común en todos aquellos sueños relacionados con el Camino: cuando me encontraba dentro del sueño, mi actitud era siempre la misma. Yo escuchaba, casi carente de personalidad o de pensamientos, y sentía que los mensajes fluían libremente dentro de mí, sin esfuerzo y con naturalidad. Era como si me encontrase almacenando algo dentro de mí, llenándome no sé bien de qué, para luego volver a un estado de vigilia durante el día con este material aún vivo y palpitante dentro de mí.

Me quedé en Milán durante tres días durante los cuales tuve ocasión de visitar el laboratorio en el que tenía particular interés. También tuve ocasión de intercambiar algunas impresiones con los investigadores que trabajaban en proyectos similares al mío, o sea, sobre el control motor, y cuando me marché de Milán, sentí que mi interés por la investigación se había vuelto aun mayor.

Al día siguiente tomé el avión para Londres donde permanecí sólo una noche. Al otro día, partí para Birmingham, donde me esperaban otros largos meses de trabajo.

Cuando referí a mi tutor el resultado de la visita al laboratorio de Milán y el intercambio de opiniones que sostuve con los investigadores que trabajaban allá, se sintió muy satisfecho.

Así pues, de inmediato me incorporé al trabajo con mayor entusiasmo y determinación, mientras sentía aumentar mi preparación día a día. Durante aquellos meses, se estaba creando un entendimiento perfecto entre mi tutor y yo. Estaba muy ocupado durante casi todo el día, pero me gustaba así todos los esfuerzos que implicaba estudiar no me pesaban gran cosa.

Después de lo que pareció un periodo muy breve, llegaron también las vacaciones de Navidad, y me preparaba para pasar nuevamente un par de semanas en San Benedetto.

Como ya era habitual en mí, al día siguiente de mi llegada a casa le hablé a Alfredo para saber cuándo podría ir a visitarlo.

—Aquí en la oficina estaré ocupado todo el día— me dijo— pero si estás de acuerdo, podemos encontrarnos en la playa, cuando voy a pasear por la mañana, alrededor de las siete y media.

Al día siguiente, poco después de haber llegado al extremo norte de la playa, lo vi caminar por la acera. Lo alcancé, nos saludamos y juntos continuamos el paseo.

Después de hablar por unos minutos acerca de mis estudios en Inglaterra, permanecemos callados durante un momento, mientras seguíamos caminando.

Pasamos frente a una iglesia. Desde los altavoces exteriores se podía escuchar la misa de un funeral que se estaba celebrando en aquel momento. El sacerdote estaba pronunciando una oración

en la que evocaba la ayuda de Dios, pero el tono de su voz era monótono, apagado y carente de sinceridad.

Alfredo se detuvo, con una mirada muy seria, y me dijo: —Escucha.

Un poco sorprendido permanecí en silencio para escuchar. Después de un poco me dijo, en tono severo:

—¿Te parece que se pueda pedir ayuda a Dios de esa manera? La oración debe nacer del corazón, no puede estar hecha sólo de palabras.

No dije nada, y seguimos caminando en silencio. Estaba particularmente pensativo: aquella había sido la primera vez que Alfredo había pronunciado la palabra “Dios” y me sentí un poco confundido.

Era claro que el Camino de Alfredo, dado que apuntaba al crecimiento espiritual de quienes lo recorrían, tenía algo que ver con una entidad superior. Pero no tenía la mínima idea de a qué tipo de entidad superior podía referirse el Camino de Alfredo.

Yo había dejado a un lado la figura de Dios muchos años antes pensando que, tal vez, sí, existía Dios o algo similar pero que, en el fondo, no me importaba gran cosa, o que por lo menos tenía poca relación con mi vida. Y, en todo caso, ¿era posible saber más mientras uno vivía en esta Tierra? ¿Acaso Alfredo quería decir lo mismo que quería decir yo cuando había usado la palabra “Dios”?

Después de interminables minutos de silencio, ya no pude contenerme, y le pregunté:

—¿Para qué sirven las religiones? Quiero decir, ¿tienen alguna cosa válida o no?

—Lo que falta en las personas no es “la religión” sino la *religiosidad*.

Luego, después de pocos instantes se acercó a mí y, añadió:

—El mío es un Camino laico según los criterios de juicio de la sociedad, ¡pero puedo asegurarte que es mucho más religioso que cualquier otra cosa existente en el mundo!

Caminamos luego en silencio por pocos minutos; con una actitud más seria, prosiguió:

—El concepto de divinidad debe ser buscado, abandonando todas las ideas preconcebidas acerca de un Dios humanizado y construido sobre medida para nuestro intelecto y para nuestra complacencia.

Me resultaba un poco difícil seguirlo, tan grande era la importancia de aquel tema para mí. Otras preguntas empezaron a surgirme fastidiosamente en la cabeza, pero estaba decidido a no interrumpirlo. Después siguió hablando:

—El hombre concibe a Dios de una manera completamente distorsionada e infantil. Lo imagina como si fuera el viejo de la barba larga, siempre enojado, vengativo, con nada mejor que hacer que controlar lo que cada uno de nosotros hace durante el día. ¿Te parece sensato? El Hombre comete el error de humanizarlo todo, y de relacionar todo consigo mismo. Así que el Hombre siente la necesidad de entrar a una iglesia, o a un monasterio, o a una mezquita, para encontrar allí a Dios, porque así ha sido condicionado a pensar desde siempre. El hombre no sabe que está buscando a Dios en el lugar equivocado, porque *si en verdad quiere buscarLo, debe encontrarLo en su propio Corazón ... dentro y no fuera de sí mismo.*

Esta afirmación suya me dejó un tanto perplejo: “Dios está dentro del Corazón del Hombre” pensé por un instante, —esto quiere decir que Dios está ya dentro de nosotros, en un nivel tan profundo que somos totalmente inconscientes de ello— luego rá-

pidamente asocié en la mente esta reflexión con otro comentario de Alfredo, cuando me había hablado de la pequeña Luz que se encuentra en todos los seres vivos. ¿Eran éstas dos definiciones distintas para indicar la misma cosa?

Si lo eran, entonces Dios era la presencia que se encontraba en nosotros sumergida por nuestra personalidad, olvidada y maltratada por nuestra distracción y negligencia, así como Alfredo había descrito el estado de la pequeña Luz interior.

Luego, empecé a reflexionar acerca de que, como había dicho Alfredo, era verdad que cada uno de nosotros tenía una imagen propia acerca de Dios, y me parecía una tarea dotada de una dificultad no pequeña la de abandonar los estereotipos y los condicionamientos de años de educación que todos llevamos a cuestas.

Siguiendo sus palabras, parecía posible “buscar” a Dios, y ésta parecía ser una de las finalidades del Camino. Todavía no conseguía siquiera imaginar lejanamente cómo se podía llegar hasta el “Corazón” del que hablaba, o lo que pretendía decir realmente con aquella palabra.

—A causa de tal aproximación equivocada— siguió diciendo— el Hombre piensa entender a Dios y Su Esencia, Su razón de ser, Su proceder... ¿y quieres saber cómo piensa el Hombre que conseguiría hacer esto? A través del uso de una porción insignificante de su cerebro, la misma que usa para hacer las cuentas cuando va de compras, o cuando trata de entender lo que mira en la televisión. ¿Es ridículo, no te parece?

Yo asentí, sintiendo dentro de mí que lo que estaba diciendo era verdad.

—Del mismo modo— agregó —cuando se reza sólo con las palabras y usando sólo el intelecto, la plegaria se vuelve “psicológica” y no sirve absolutamente para nada. La intención y la

sinceridad que producen una plegaria constituyen la base de ésta; cuando éstas faltan, sólo quedan sonidos vacíos, mecánicos, que cumplen una función puramente emocional y sentimental, donde las sensaciones que se experimentan cuando se piensa hacer algo "religioso" acaban por convertirse en algo más importante que los motivos por los cuales se reza.

Después de un momento, nos sentamos en un banco, que daba a la calle. Comenzaba a caer la noche. Pensé en la manera de formular mi pregunta para que resultara comprensible, y le pregunté:

—Hace un momento cuando nos encontrábamos frente a aquella iglesia, pronunciaste la palabra "Dios". Quería preguntarte lo que realmente querías decir cuando hablaste de la búsqueda de Dios.

Lentamente se volvió hacia mí, y respondió:

—Mira, el ambiente crea un determinado tipo de imagen de Dios dentro de nosotros, que es una imagen artificial, pensada. Y también cuando yo pronuncio la palabra "Dios" ésta es y sigue siendo sólo una palabra abstracta, que luego cada quien matiza con los significados que prefiere. Esto ocurre porque se intenta un acercamiento a una realidad distinta de la ordinaria y la mente menor se vuelve inútil para hacer esto. Si uno desea acercarse a Dios, se vuelve necesario el desarrollo de otro tipo de instrumentos.

Luego, empezó a acariciar a su perro, mientras me decía:

—Él (refiriéndose al perro) es parte del Todo, del mismo modo que lo son también los árboles, y las piedras, por ejemplo. Desde cierto punto de vista, ellos están en una situación ventajosa respecto al Hombre, porque no interfieren, pensando, con su estado de "ser". Pero, *no son conscientes de su estado*. También el Hombre es parte del Todo, y tampoco él es consciente. Pero la di-

ferencia es que *el Hombre tiene la capacidad potencial de desarrollar dicha conciencia*.

Mientras yo pensaba en la importancia de cuanto estaba diciendo, me interrumpió de pronto:

—Pero mira, ¡no pienses que todas estas palabras sirven para algo!— y mientras yo sonreía, agregó con un tono de voz demasiado convincente:

—Yo estoy hablando así, sólo para matar el tiempo y para pasar esta media horita mientras caminamos, sino nos aburrirnos, algo tenemos que hacer, ¿no?, y su sonrisa se hizo aún más grande y luminosa.

Intuí lo que estaba tratando de decirme. No tenía que tratar de entender el sentido literal de sus palabras, ni pensar en poder "realizar" eso de lo que hablaba sólo a través de la escucha pasiva. Probablemente, las palabras servían para ponerme en guardia y para preparar cierta situación de partida, pero así como Alfredo me había dicho en varias ocasiones, la experiencia directa era la clave del crecimiento.

Nos levantamos del banco y nos encaminamos a su casa. Pensé en la dificultad, o más bien en la imposibilidad, de concebir a la divinidad a través del pensamiento racional, y de acercarse a algo que ni siquiera se podía pensar o concebir. Casi como para responder a tal diálogo interior, Alfredo interrumpió mis pensamientos diciendo:

—Trata de considerar la Divinidad como si fuese el aire: *no la puedes ver*, pero existe. En la fase en la que te encuentras, ésta es la manera correcta de tener fe. Todas las demás maneras son supersticiones: pedir favores a Dios, temer castigos o esperar recompensas por lo que la sociedad define como pecados o buenas acciones, el pecado original: todas éstas son una sarta de estupide-

ces y no conducen a ninguna parte. Más bien, recuerda que *si para el Hombre Dios no existe, Dios no existirá para ese Hombre.*

Esta última frase me causó una impresión profunda. Por un momento nos miramos y en mi interior sentí la gran necesidad de expresar mi gratitud, pero no dije nada, por temor de decir palabras carentes de sentido.

Seguimos caminando, mientras en mí crecía la sensación de que la enseñanza de Alfredo era algo mucho más grande de lo que parecía y de cuanto había pensado hasta aquel momento: parecía caracterizada por una profundidad cuyos límites era aún incapaz de intuir.

Lo acompañé hasta la puerta de su casa donde nos despedimos afectuosamente.

—Por favor— me dijo mientras me estrechaba la mano, —no pienses: ¡nútrete! Nos vemos pronto— y después del acostumbrado apretón de mano volví a casa.

La asistencia

Estar en casa nunca me había parecido tan bello; a pesar de haber traído conmigo los libros para estudiar, había también encontrado tiempo para relajarme y para ver a algunos amigos.

Los días volaron, pero antes de volver a Inglaterra, quería otra vez hablar con Alfredo de varias cosas. Quería consultarlo acerca de ciertas sensaciones extrañas que había empezado a tener por la zona del corazón desde hacía ya algún tiempo, a veces mientras ejecutaba el ejercicio personal que me había enseñado. A menudo, sentía rapidísimas vibraciones de ligera intensidad y de frecuencia variable, que sabía que no tenían relación con el ritmo cardíaco, puesto que éste seguía siendo regular durante tales sensaciones. En ocasiones, sucedía que sentía hormigueos en el área izquierda del tórax y experimentaba la sensación de algo que casi emanaba y escapaba de ella, hasta proyectarse por fuera de mi cuerpo.

Pero lo más extraño de estas sensaciones era que, de algún modo, yo era consciente de que *había algo allí, donde estaba situado el corazón, que vivía y que estaba actuando.*

Así, pocos días después de haber encontrado a Alfredo en la playa, pasé a visitarlo a su oficina.

Cuando estaba por entrar, vi que Alfredo no estaba, pero encontré a Enrico sentado en su escritorio.

—¡Marco!— exclamó—¿cómo estás? Volviste para pasar vacaciones, ¿eh? Mi padre me dijo que fuiste a cenar con él; te ves bien— y nos abrazamos.

—Siéntate, por favor. Mi padre no viene a la oficina esta tarde, pero me dijo que si querías verlo, podías ir a buscarlo directamente a casa.

—De acuerdo, está bien— le respondí —¿y tú, cómo estás?

—Yo estoy muy bien, gracias. Ahora he empezado a trabajar con él, desde que terminé el bachillerato, y todo marcha bien. Mi padre me informa sobre tu situación en Inglaterra, de tanto en tanto, y me ha dicho que todo marcha bien. Es una gran aventura, ¿no?— preguntó luego.

—Aventura es precisamente la palabra adecuada— respondí.

Podía recordar aún muy bien lo que Alfredo me había dicho acerca de Enrico y de que era un joven Maestro. No pude menos que constatar una vez más cuánta armonía y fuerza sentía cada vez que lo encontraba, y con cuánta naturalidad se comportaba él con los demás, incluyéndome a mí, sin dejar sentir nunca la fuerza de lo que era y de lo que sabía.

Me parecía increíble que nadie o casi ninguno de los amigos a los que frecuentábamos hubiese notado algo particular en él, algo que lo hacía cualitativamente distinto.

—Probablemente— pensé —se debe a que Enrico tiene la misma actitud que su padre, totalmente carente de vanidad y rebuscamientos. También Alfredo tenía muchos amigos que ignora-

ban por completo quién era él y cuánto sabía, justo porque él no lo dejaba ver en ninguna manera.

Mientras pensaba en todas estas cosas, Enrico me dijo:

—Si quieres ir a visitar a mi padre, adelante, no quisiera quitarte más el tiempo, si se hace demasiado tarde corres el riesgo de no encontrarlo en casa. Ahora mismo le llamo por teléfono y le digo que estás por llegar.

Entendí que tal vez no quería hablar demasiado de sí mismo, así que después de despedirnos, me dirigí a la casa de Alfredo, que se encontraba a cinco minutos de camino.

Toqué el portero eléctrico, y oí la voz de la esposa que me decía:

—Sube, Marco. Estamos en el quinto piso.

Subí en el ascensor. En cuanto llegué, reconocí la puerta de entrada de su departamento por el símbolo: un octágono formado por dos cuadrados que se intersectaban. Noté que la puerta estaba entreabierta, y antes de que tratara de tocar, la mujer abrió y me dijo:

—Hola, tú debes ser Marco ¿no? Yo soy France. Entra, entra, Alfredo te estaba esperando.

Nos estrechamos la mano, y me quedé sorprendido por la fuerza de su apretón. Después de entrar, me dijo:

—Acomódate en el sillón, Alfredo viene en un minuto— y se alejó.

Me senté, y comencé a mirar a mi alrededor. En las paredes, había una inmensidad de cosas: miniaturas, cuadros, símbolos, objetos, y en una esquina, vi lo que parecía ser una gran jaula cubierta.

Mientras miraba, oí gritar a voz en cuello:

—¡Hola, hola!

Sorprendido por aquellos gritos, oí a mis espaldas la voz de Alfredo que me decía:

—Este es Fígaro, mi papagayo, ¿te fijas cómo te saluda? Es un papagayo educado.

Me volví repentinamente, y dije:

—Hola, Alfredo.

Alfredo estaba en camiseta y traje de baño. Mi primera reacción fue de sorpresa, puesto que yo estaba acostumbrado a verlo vestido siempre con elegancia, con cierta formalidad, y encontrarlo de aquella manera me dejó casi sin palabras. Sobre todo, no correspondía a la imagen seria del Maestro que aún llevaba dentro de mí, pero no tuve tiempo de esconder mi sorpresa, cuando dijo:

—Mira que si quieres, puedo ponerme un traje de Maestro— e hizo el ademán de ir a otra habitación —tengo uno, me lo puedo poner, si gustas.

Instintivamente sonreí, mientras él también cambiaba la expresión de falsa seriedad.

Luego descubrí la jaula, y en el interior vi a un papagayo muy bello que nos miraba, curioso, mientras rítmicamente abría sus alas.

Luego se sentó en su poltrona, mientras su perro se le acercaba para que lo mimara.

—¿Te das cuenta?— dijo, refiriéndose al perro que lo seguía por todas partes, —no puedo ir a ninguna parte sin que él me siga, me quiere mucho.

Me quedé mirando a ambos por un momento, mientras pensaba que quizá se estaba refiriendo a mí y a mi costumbre de ir tras Alfredo siempre para hacerle preguntas.

—Entonces, ¿cómo te va? Te encuentro muy bien estos días. ¿Sabés? ¡Debe ser mérito de la cocina italiana!

Esperé un poco para estar seguro de que no tenía nada más que agregar.

—En realidad, hay algo que te quería consultar. Hace ya mucho tiempo, tal vez algunos meses, que durante el día tengo ciertas sensaciones en la parte izquierda del pecho, a la altura del corazón; al principio me sucedía muy raramente, pero cada vez la siento más a menudo, y a veces durante el ejercicio que me diste.

Me miró seriamente:

—¡No te preocupes, no se trata de un infarto!— y después de sonreír añadió:

—Todo está bien, no te preocupes. Cuando tengas estas sensaciones, no te preocupes, desaparecerán con el tiempo. Mira el ejercicio que te dí actúa sobre los centros de percepción profunda, y los reactiva poco a poco. El corazón es uno de tantos centros de percepción aunque, claramente, no te estoy hablando del corazón físico como todos lo conocemos.

En cuanto oí aquel comentario, de repente, me vino a la memoria lo que tiempo atrás había dicho acerca de la enseñanza que era transmitida *de corazón a corazón*, del Maestro al discípulo, cuando éste último establecía cierto tipo de contacto con él.

Pocos días antes, yo había oído a Alfredo pronunciar la palabra “corazón” también en otro contexto: había dicho que era necesario aprender a buscar y a rezar con el “corazón” antes que con la mente. También había dicho que Dios se encontraba dentro del “corazón” del Hombre.

En todos estos casos, comencé a pensar que probablemente se había referido al corazón como “centro de percepción”, como un canal que nos liga, nos nutre y nos mantiene en contacto con nuestros Orígenes, y como uno de los tantos instrumentos, así

como los había llamado él, que era necesario desarrollar en el Camino.

Seguí observándolo, mientras pensaba para qué podrían servir, en el Camino, los “centros de percepción”.

—Las sensaciones que estás experimentando indican que algo está cambiando dentro de ti. Pero no atribuyas demasiada importancia a estos indicios, precisamente porque son indicios, nada más. No pienses, como generalmente hacen las personas, que tales señales tienen alguna importancia espiritual, o que equivalente indicar el logro de algún nivel superior, porque puedo asegurarte que no es así. Si insistes en pensar que poseen algún significado, acabarás por provocarlos tú mismo. Lo mejor que puedes hacer es observarlos e ignorarlos.

En cuanto acabó de pronunciar estas palabras, France llegó con un tazón lleno de carne para el perro. Alfredo apenas pudo controlar un momento a Baghi, antes de que éste saltara hacia el tazón. Con tono de broma dijo:

—¿Tu puedes creer que quiero más a este perro que a mi mujer y a mis hijos? El no me causa ninguna preocupación, pero en cambio mi familia hace que me vuelva loco.

Su esposa lo miró con una expresión divertida, como si estuviese acostumbrada a aquel tipo de bromas.

—¿Nosotros te volvemos locos? Eres tú el que nos vuelves locos a nosotros. ¿Puedes creer, Marco, que no hace otra cosa que refunfuñar durante todo el día?

Yo me eché a reír, mientras presenciaba aquella escena, y podía verse que tanto Alfredo como su mujer hacían esfuerzos por mantenerse serios mientras hablaban de aquella manera el uno con el otro.

Después de colocar el tazón con la carne en el piso, Alfredo

soltó al perro, que se arrojó sobre ella. Enseguida, France le preguntó a Alfredo:

—¿Me darías un poco de dinero para hacer las compras? Estoy por salir.

Inmediatamente, Alfredo, fingiendo que estaba enojado, dijo, dirigiéndose a mí:

—¿Veo? ¿Ves que es como yo digo? Siempre pidiéndome dinero, dinero, ¡manda a tus hijos a trabajar, en lugar de hacerlos a estudiar!

Yo seguía riéndome, a pesar de que hacía esfuerzos por controlarme. Luego, mientras sacaba algunos billetes de su cartera, decía como para sí mismo:

—Mi problema es que soy demasiado bueno... Toma, y por favor, ¡trata de no gastarte todo!

France sonrió al oír aquel comentario, y después de despedirse, salió.

Mientras los miraba hablar, me sorprendió la frescura y la alegría que ella emanaba. Incluso mientras fingían que peleaban, no se podía menos que notar cuánta armonía existía entre ambos, y era algo que podía percibirse de manera clara.

Luego, con un tono de voz más serio, Alfredo me dijo:

—Mira. Seguir el Camino implica el desarrollo de cierto tipo de vehículos o instrumentos para poder operar en dimensiones distintas de las comunes. No obstante, es necesario no confundir ese desarrollo con el fin último del Camino. En ocasiones, cuando las personas empiezan a percibir o a tener la experiencia de cosas más allá del alcance de las personas comunes, nace el orgullo y la arrogancia de haber llegado a algunas etapas espirituales del Camino. Pero te puedo asegurar que estos fenómenos o percepciones extrasensoriales, como generalmente se conocen, son sólo trampas para

aquéllos que van en busca de estas estupideces. ¿Y sabes por qué son estupideces? Porque cuando no existe Conocimiento en la base de esto, las únicas cosas que tales percepciones logran producir son arrogancia, vanidad, y la impresión de ser alguien o de saber algo.

Sonreí mientras comenzaba a darme cuenta de que la importancia que la gente daba a estas cosas estaba por completo fuera de lugar.

En Inglaterra tuve oportunidad de visitar varios negocios de libros, y quedé asombrado al constatar la cantidad de literatura existente acerca de los temas de parapsicología, ciencias ocultas, etc. Existía un interés enorme hacia este tipo de cosas, y las palabras de Alfredo ponían claramente a la luz que se trataba de una perfecta pérdida de tiempo.

Mientras acariciaba a su perro, Alfredo le dijo:

—¿Y tú, qué tienes que decir? ¿También tú tienes experiencias extrasensoriales?

Luego se interrumpió, como si efectivamente estuviese esperando una respuesta, y agregó:

—¿Y bien, no me respondes?

El perro, en cuanto vio el rostro de Alfredo que se acercaba a él, empezó a saltarle encima y a mover la cola, como si de pronto hubiese enloquecido.

—Bueno, bueno, ya lo entendí, ya sé que me quieres.

Mientras presenciaba esta última escena, entendí que tal vez había llegado el momento de marcharme.

—Y entonces, ¿cuándo te vas? me preguntó de pronto.

—Mi avión sale pasado mañana, muy de mañana— respondí.

—Entonces tendremos que despedirnos ahora porque mañana no voy a estar.

—Gracias por todo, Alfredo— dije mientras me levantaba del sillón.

—¿Y de qué? —me respondió con una mueca.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí— agregué tratando de expresar con palabras todo lo que sentía internamente, y proseguí: —Gracias por tu enseñanza, por tu ayuda y por tu consejo de ir a Inglaterra.

Con un ademán me interrumpió.

—Mira, yo doy ciertos encargos a mis discípulos sólo cuando sé que ellos tienen el potencial para poder desarrollarlos, de otro modo no tendría sentido, ¿no crees? A veces, ellos no se dan cuenta de esto, o tal vez tengan necesidad de aprender a ejecutar ese determinado encargo, pero cuando doy indicaciones, te puedo asegurar que el modo en que se llevan a cabo produce determinados efectos en ellos y en la Escuela misma. Y cuando mis discípulos piensan que yo les he procurado tan sólo un problema por resolver, no se dan cuenta de que, al mismo tiempo, yo les proporciono también la solución.

Luego, me abrazó y me besó en la frente:

—Continúa así, estás recibiendo a la perfección —me acompañó hasta el pasillo de la puerta principal. Aquí, poco antes de que atravesara el umbral, descubrí una fotografía colgada de la pared y que me sorprendió por la fuerza de la mirada: era el rostro de un niño. Era una mirada, que podría decirse, adulta y profunda, que imponía respeto en aquel rostro de niño.

—El es Aga, mi otro hijo— dijo Alfredo. —En esta foto tenía cinco años, ahora tiene veinte. Aquí parece casi un extraterrestre, ¿verdad?

Quedé un poco sorprendido por el hecho de que Alfredo casi había leído en mi mente la impresión que había sentido yo al

mirar aquel rostro. Seguí observando a Alfredo, mientras sonreía ante aquella broma que, como siempre, seguramente significaba algo más. Ya estaba a punto de preguntarle a propósito de aquel extraño nombre, cuando Alfredo me dijo:

—Aga significa “conductor” Es un título que se usa en el Medio Oriente para indicar a quienes guían a los demás y que tienen una posición de mando.

En este punto, mucho antes de que yo pudiese preguntarle algo más al respecto, Alfredo abrió la puerta, y yo le dije:

—Nos vemos dentro de algunos meses.

—Yo estoy siempre acá, no te preocupes— me respondió, —hasta luego, y sé fuerte.

—Hasta luego, Alfredo— dije, y tomé el ascensor.

En cuanto volví a Birmingham, reanudé otra vez mis estudios y me dispuse a preparar mi tesis que para entonces casi había terminado.

Y ahora, estar en Inglaterra lejos de Alfredo me hacía sentir de una manera totalmente diferente respecto de unos meses antes. Me sentía fuerte y seguro de mí, seguro de mi capacidad de seguir siendo discípulo de Alfredo con una fuerte voluntad de aprender.

La positividad y el espíritu con el que hacía frente a las cosas no cesaba de sorprenderme y, en consecuencia, el trabajo que estaba realizando en la universidad proseguía con velocidad, y me dejaba lleno de satisfacciones.

Después de pocas semanas de haber regresado a Birmingham, mi tutor me dijo que el Ministerio de la Defensa inglés estaba llevando a cabo una investigación parecida a la mía. Mi proyecto apuntaba al estudio del control de la musculatura de las piernas en los movimientos de caída, y el Ejército se in-

teresaba en una colaboración de mi departamento con el fin de poder estudiar y mejorar los movimientos de caída de los paracaidistas.

Después de visitar la base militar donde se llevaban a cabo los experimentos, comenzó una larga colaboración que culminó con una relación sobre mis experimentos —que más tarde fue publicada— presentada a la Sociedad de Fisiología inglesa.

Seguía manteniendo el contacto con Alfredo, a quien a veces sentía brusco, y otras, amigable. A pesar de ello, trataba siempre de recordar que su comportamiento era sólo una prueba para ver cuán apegado estaba a mi personalidad; así, más allá de las formas exteriores, trataba siempre de intuir cuál era el mensaje que estaba tratando de comunicarme. Le conté otros sueños en los que él me daba indicaciones o me hacía sugerencias, y que yo, sin pérdida de tiempo, apuntaba en un cuaderno para luego contárselos. A veces, él ni siquiera los comentaba; en cambio, en otras ocasiones, me explicaba los puntos más importantes, y noté que esto ocurría sobre todo cuando yo no tenía ningún interés.

Los meses siguientes, me absorbió totalmente un sucederse de experimentos y libros que estudiar. Por fin llegó el verano, y las tan ansiadas dos semanas de vacaciones.

En cuanto llegué a casa llamé por teléfono a Alfredo.

—¿Vienes de nuevo a pasar vacaciones? Te siento un poco cansado, pero contento, ¿eh?

—Sí, es verdad— respondí. En efecto, estaba destruido a causa del cansancio, pero también satisfecho por cómo marchaban las cosas allá en Inglaterra.

Enseguida, me preguntó:

—¿Qué haces esta noche?

Aquella pregunta me sorprendió; agregó:

—¿Tienes ya algún compromiso con alguien para salir?

—No, no— respondí —esta noche no tenía nada que hacer, estaba decidido a ir a dar un paseo o a dar una vuelta en bicicleta.

—De acuerdo— dijo él —si te parece, podemos vernos después de cenar. Yo voy a caminar un poco por el mar, como a las nueve. Pero si tienes algo mejor que hacer, no vengas. No te sientas comprometido, por favor, ¿de acuerdo?

—Entonces, nos vemos— dije.

—Muy bien, hasta luego, nos vemos esta noche.

Aquella noche, salí como a las ocho y media y caminé por la zona peatonal hasta llegar a la playa. Había ya varias personas de paseo por los chalets a esa hora, en su mayoría turistas, y los juke-box seguían tocando sin interrupción. Caminé por el lado menos transitado del muelle, con la esperanza de no encontrarme con ninguno de mis amigos que hubiese podido preguntarme a dónde me dirigía a aquella hora y a solas, o que me hubiese hecho perder tiempo. Caminé durante unos diez minutos, hasta que descubrí, entre la gente, la inconfundible silueta de Alfredo con su perro.

Alfredo estaba en plena forma esa noche especialmente. Parecía tener un aspecto distinto de cuando lo había visitado las veces anteriores. Tenía una mirada luminosa y vivaz, y caminaba con un paso más veloz de lo normal.

Después de saludarme, me dijo:

—Ven, caminemos un poco.

Y así, nos echamos a caminar juntos. Después de unos instantes, con la mirada puesta en el horizonte, me dijo:

—Hoy es un "buen" día.

No entendí lo que pretendía decirme, y seguí caminando a su lado.

Mientras caminábamos, me pareció notar que, a pesar de que las personas se apartaban cuando pasábamos entre ellas, parecía como si no se percataran de nosotros. Y sin embargo, el comportamiento de Alfredo tenía algo de extraño: caminaba erguido, con la mirada fija enfrente de sí, a una velocidad que parecía desmentir su edad. Mientras yo pensaba en estas cosas, Alfredo me dijo de pronto:

—Ven, sentémonos en ese banco.

Después de un momento en silencio, me dijo:

—Haz lo que te digo y, no me interrumpas. No te preocupes de la gente que pasa, no notarán tu presencia.

Yo asentí; Alfredo continuó:

—Haz lo que hago yo: extiende ligeramente las manos por enfrente de ti, con los brazos flexionados y las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Después de hacerlo, volví otra vez la mirada hacia él.

—Ahora yo pronunciaré una oración. Cada vez que me interrumpa, repite lo que diga.

Empezó a pronunciar una oración que nunca antes había oído. Invocaba cierto tipo de asistencia hacia mí, para que yo recibiera ayuda para recorrer el Camino.

Mientras pronunciaba la oración sentí alzarse una ligera y fresca brisa que empezó a soplar hacia nosotros, de abajo hacia arriba. Instintivamente intenté volverme hacia Alfredo, para decirle que sentía que algo estaba sucediendo en aquel momento, pero de inmediato me susurró:

—No te distraigas, continúa.

Seguí pronunciando las frases de la oración, tratando de "sentir" el sentido de lo que estaba diciendo, evitando repetir mecánicamente las palabras, y sentí que el corazón se ponía a vibrar.

Cuando experimenté esta sensación, sentí como si de pronto se hubiese abierto algo dentro del corazón, en su centro, y a través de aquella pequeña apertura, podía sentir vibraciones de alta frecuencia, como si se tratase de señales en código.

Después de experimentar esta sensación, que duró sólo pocos instantes, sentí una especie de corriente fría atravesarme las piernas, desde abajo hacia arriba.

En cuanto terminé de repetir la última parte de la oración, Alfredo miró frente a sí, mientras las personas seguían pasando frente a nosotros.

Permanecí en silencio, mientras las sensaciones que había experimentado se debilitaban lentamente.

En ese momento no sabía qué decir o preguntar, y me sorprendía que ninguna de las tantas personas que habían pasado frente a nosotros hubiese notado nada extraño en aquellas dos personas sentadas en un banco, ambas con las manos abiertas hacia lo alto, que hablaban en voz baja uno con el otro.

—¡Muy bien!— me dijo un momento después. —¿Tienes ganas de seguir caminando?

—Sí, claro— respondí y después de levantarnos del banco, nos encaminamos hacia el lado sur del muelle.

Después de un poco, vimos a un anciano, de unos ochenta años, sentado en un banco, solitario. Yo lo descubrí cuando estábamos a un par de dos metros de distancia, y vi que Alfredo lo saludaba. El anciano le sonrió dulcemente y le hizo un ademán con la mano, para luego volver a adoptar la misma expresión que tenía antes de que lo interrumpiésemos.

Cuando nos encontramos a cierta distancia de él Alfredo me dijo:

—¿Viste a ese hombre? y se detuvo, como para darme la

oportunidad de echarle otro vistazo. Me volví y pude notar que aún estaba mirando frente a sí, con una expresión calmada y compuesta.

Después de que asentí con un movimiento de cabeza, Alfredo prosiguió:

—Ese hombre formaba parte del grupo a quienes enseñaba mi padre hace más de treinta años. Míralo, ahora nos está escuchando.

Lo miré de nuevo, y vi aparecer una sonrisa en sus labios, mientras seguía mirando a los transeúntes.

Luego, Alfredo siguió caminando, y yo con él. —No sabía que también el padre de Alfredo fuera un Maestro— pensé para mis adentros.

Mientras proseguíamos el camino, Alfredo dijo:

—¿Notaste la profunda dignidad y seriedad de ese hombre, su impecabilidad? Formaba parte de un grupo que trabajó durante muchos años en un lugar a pocos kilómetros de San Benedetto, en pleno campo. Se reunían con mi padre, y la función del Trabajo que llevaron al cabo en aquel período particular consistía en conservar una gran cantidad de energía sutil, que había sido transferida de otro Centro de Energía del Medio Oriente. Ellos servían de Guardianes de esta energía, antes de que pudiera ser dirigida a otros lugares, cuando fue necesario hacerlo para producir cierto tipo de efectos en lugares específicos del planeta.

Luego, como si estuviese hablando consigo mismo, continuó:

—Como puedes ver, el tipo de Camino en que te encuentras ahora es muy, muy antiguo, y cierto tipo de Conocimiento ha sido transmitido a través de los siglos, con el fin de que pudiera

ser usado en los momentos críticos de la historia del Hombre y de su evolución. Y no te estoy hablando sólo de la evolución biológica.

Mientras lo escuchaba, por un momento pensé que, si no hubiese conocido personalmente a Alfredo y si no hubiese constatado su seriedad y madurez, habría creído que aquello que decía era ciencia ficción. Sin embargo, sentía que no lo era, y que había todavía mucho por saber, para que aquellos pocos fragmentos de información y de conocimiento, que me eran proporcionados tan parsimoniosamente en el tiempo, logran obtener un sentido.

Era pronto para pretender entender, y lo único que podía hacer era seguir abierto y receptivo a cuanto me decía, y esperar con paciencia el momento en el cual todos los fragmentos de aquel increíble mosaico pudieran estar a mi disposición.

Después de unos diez minutos, dimos vuelta y emprendimos el regreso a casa. Mientras volvíamos a pasar junto a aquel sitio donde minutos antes se encontraba aquel anciano, traté de ver si estaba aún en los alrededores, pero había desaparecido. Le pregunté a Alfredo:

—¿Pero aquel viejo sabía cuál era su función cuando se reunía con tu padre?

—Él, al igual que otros discípulos de mi padre, sabía que estaban involucrados en un tipo de Trabajo que tenía una importante finalidad, si bien en aquel tiempo no conocían los pormenores. En el periodo en el cual llevaron al cabo aquel trabajo, los componentes del grupo que funcionaban hacían las veces de polos, y los frutos del Trabajo que aquel anciano hizo entonces siguen con él, tanto en esta dimensión como en otras.

Guardé silencio, mientras escuchaba la respuesta de Alfredo,

y meditaba acerca de que cuanto más pasaba el tiempo, más me daba cuenta de cuán poco sabía. Luego, después de llegar al final del muelle y de atravesar la zona peatonal, empezó a contarme de su padre y de su abuelo.

—Yo he sido preparado largamente para ejecutar este tipo de Trabajo, del cual tú y mis otros discípulos forman parte. Mi abuelo y mi padre eran Maestros, y sin que yo me diese cuenta, me enseñaron poco a poco las bases del Camino, de una manera tan sutil que sólo muchos años más tarde logré entender realmente lo que ellos hacían.

—Y cuando finalmente descubrí, valiéndome sólo de mis esfuerzos— agregó —quién era mi padre y los sacrificios que el Camino implicaba, ¿quieres saber lo que me dijo? Me miró a los ojos y agregó:

—“¿Querías la bicicleta? Pues ahora pedalea”—y estalló en una carcajada.

Sonreí, aun cuando me sorprendió el que su padre hubiese sido al mismo tiempo un Maestro para él, sin “regalarle” nada a Alfredo, sino más bien haciendo que él se esforzase por recorrer el Camino con sus propios esfuerzos y con su motivación personal.

Luego de un momento, prosiguió:

—Aun cuando tanto mi abuelo como mi padre han muerto hace años, están todavía involucrados en el Trabajo que yo llevo a cabo.

Cada vez más sorprendido por las palabras de Alfredo, seguía caminando en silencio, tratando de frenar el pensamiento incontrolable.

Cuando nos encontramos en la zona peatonal, me dijo:

—Quién sabe cuántos sueños tendrás esta noche, después de haber oído todas estas historias de ciencia ficción, ¿eh?

Pensé que era una extraña coincidencia el que también él hubiese usado aquella palabra para describir lo que me estaba diciendo, luego añadió:

—Ah, se me olvidaba, nosotros mañana hacemos el ejercicio de grupo, si también Mariella tiene ganas de venir, dile que es la bienvenida.

—De acuerdo— respondí, —se lo haré saber. Entonces nos vemos mañana por la noche.

Aquí nos despedimos, mientras yo observaba por unos instantes cómo se alejaba hasta perderse entre la multitud, caminando solitario, sin que nadie se percatara de él.

El ejercicio

Y así, siempre en el mismo lugar, volví a encontrarme con Alfredo y otros discípulos suyos. Esta vez, también Mariella estaba presente.

Nuevamente volví a ver a Juan y a Fabrizio, y a los otros amigos a quienes sólo había visto cuando asistí al ejercicio un día antes de mi primera partida para Inglaterra.

Después de hablar con algunos de ellos, tuve la clara impresión de que se encontraban más relajados y serenos que la última vez que los había visto, y sentí que había una atmósfera más cálida.

Luego nos dirigimos al lugar de reunión donde quince minutos después de llegar, Alfredo dio inicio al ejercicio.

Como había ocurrido la vez pasada, después de unos instantes caí en un estado profundo de relajamiento y de vigilia a tal punto, que después de lo que parecieron ser unos cuantos minutos, experimenté las mismas sensaciones que sentí cuando Alfredo y yo nos encontrábamos en el muelle y él pronunciaba la oración para invocar la "asistencia".

Luego, muy lentamente comencé a percibir que la atmósfera estaba cargándose de silencio y de paz, una sensación muy extraña, mientras trataba de no dejarme distraer por nada.

De pronto, mientras Alfredo nos hablaba lentamente y nos explicaba un ejercicio que habríamos de ejecutar todos poco después, sentí como la presencia de algo que se me acercaba lentamente. Sentí esta presencia como un amigo, o un aliado, un asistente, no sé de qué otro modo definirla, y por un instante, sin que pudiera explicarme las razones, me sentí protegido, mientras disfrutaba de una sensación de calor que crecía dentro de mí. En esos breves instantes el pensamiento había desaparecido, y lo único que sabía era que yo estaba allí, totalmente consciente por completo e inmerso en aquella situación. Gradualmente, todas estas sensaciones desaparecieron, hasta el momento en que Alfredo, para finalizar, dijo:

—Bien, ¡ahora podemos ir a comer!

Nos dirigimos a un restaurante al cual el grupo acostumbraba ir a comer los miércoles por la noche.

Mientras nos encontrábamos sentados a la mesa en espera de que nos sirviesen, Alfredo sacó de una bolsa tres libros que yo reconocí enseguida: eran los libros que le había traído de Londres la primera vez que vine de vacaciones. Después de colocarlos sobre la mesa, frente a donde estaba sentado yo, a su lado, me dijo en voz alta delante de todos los demás:

—Quédate tú con estos libros, y léelos. ¿Qué quieres que haga yo con ellos?

Luego, con expresión divertida, agregó:

—¿Te das cuenta lo gruesos que son?

Noté que Juan y otras dos personas sonreían, mientras Alfredo seguía hablando:

—¿Y cuánto tiempo será necesario para poder leerlos todos? ¿Seis meses? ¿Un año? Y, luego, ¿qué? ¿Tú crees que una vez que me haya muerto y que tenga que pasar al otro lado podré llevar conmigo todo el contenido de estos libros?

Alfredo siguió mirándome por algunos momentos mientras yo, sorprendido y un poco confuso por aquella actitud suya, esperaba que siguiera hablando. Él mismo me había pedido que le trajera aquellos libros de Inglaterra, y siempre él había dicho que eran muy interesantes. Ahora me preguntaba por qué hablaba de aquella manera.

A pesar de todo pensé que el mensaje que surgía con claridad de aquellas palabras era evidente que lo que verdaderamente servía para producir crecimiento en las personas, lo que verdaderamente era esencial no podía encontrarse en los libros. Mientras lo escuchaba, me di cuenta también de que, probablemente, aquel mensaje no se dirigía exclusivamente a mí.

—Si en verdad quería decir algo dirigido solamente a mí— pensé, —bien pudo habérmelo dicho en otra ocasión, tal vez cuando me encontraba a solas con él.

De manera que seguí escuchándolo, mientras trataba de entender si también las demás personas escuchaban con la misma atención que yo. No obstante, noté que algunos de ellos estaban ignorando por completo aquella conversación, tal vez porque en el fondo pensaban que no era importante, o que no les atañía en lo absoluto.

Luego, Alfredo agregó:

—Léelos tú, tú tienes un montón de tiempo, pero no te los tomes en serio. Recuerda: cada vez que lees libros de este tipo, léelos como si estuvieses leyendo Ratón Mickey. Esa es la mejor actitud para poder sacar provecho de libros del género.

Luego llegó el camarero a tomar las órdenes, y Alfredo le pidió de manera jocosa que nos trajera porciones abundantes para todos.

Me pareció que el último comentario era aun más inesperado que el anterior. Si un libro era para leer, en cuanto que era útil para algo, habría pensado que era necesario leerlo con dedicación, haciendo cierto esfuerzo para entenderlo o para memorizar lo que decía, para luego poder usarlo.

En cambio ahora, parecía como si Alfredo estuviera diciendo justamente lo contrario, es decir, no tomar muy en serio este tipo de libros. No pudiendo resistirme, le pregunté:

—Pero entonces, los libros que abordan temas de algún modo relacionados con el Camino o con experiencias que tienen que ver con un cierto crecimiento espiritual, ¿sirven para algo o son sólo una pérdida de tiempo?

—Mira—respondió— todo depende de la manera como lees este tipo de libros. Un libro debe ser leído con la plena conciencia de que se trata simple y sencillamente de un libro. Y en tanto lo recuerdes, tal vez seas capaz de usar ese pequeño porcentaje que podría ser útil para guiar tus esfuerzos. Pero, sobre todo, es bueno tener presente que un libro, por sí mismo, no produce crecimiento sólo porque lo lees, ¿no te parece?— y siguió diciendo:

—Esto significa que un libro sólo puede darte indicaciones e, independientemente de la calidad de éstas últimas, ni siquiera el libro más útil y necesario de este mundo podrá sustituir a la experiencia directa. Es por esto, que pensar en lograr aprender algo solamente a través de la lectura de un libro es sólo una ilusión. Sin embargo— agregó —como te he dicho, un libro puede llegar a ser un instrumento precioso para empezar a buscar, cuando se encuentra en manos de una persona que posee una sensibilidad suficiente-

mente desarrollada como para sentir la presencia y los efectos, dentro de sí misma, de cierto tipo de mensaje encerrado en el libro.

Seguir aquella conversación me provocó la misma sensación que habría podido experimentar corriendo a lo loco en la montaña rusa. Cada afirmación suya parecía integrarse a la anterior de una manera cada vez más completa y profunda, de manera tan veloz, que me costaba gran esfuerzo no perderme. Luego, de pronto, dijo:

—Cada tipo de libro nutre y desarrolla distintos órganos de percepción, *pero los verdaderos libros son para comer, no para entender.*

Luego comenzó a mirarme fijamente a los ojos durante algunos instantes, como si pretendiera darme tiempo para absorber aquel comentario que, en apariencia, parecía no significar nada lógico. Luego, agregó:

—Una vez que has entendido un libro, en el mejor de los casos, habrás logrado nutrir una parte infinitesimal y superficial de tu ser, esa parte racional y dedicada al “bla bla” intelectual: en consecuencia, la lectura de un libro de tal manera tendrá efectos insignificantes sobre ti. Si en verdad te interesa leer para nutrir la parte más profunda de ti, entonces tendrás que aprender a comer el libro que tiene cierto tipo de valor, para que pueda llegar a nutrir aquellos órganos que no tratan a toda costa de entender, sino que se dedican a la absorción, a la digestión y a la acción que proviene de la comprensión profunda.

—Ahora— pensé entre mí, —entendí lo que Alfredo quería decir metafóricamente con las palabras “comerse un libro”.

Si algunos libros realmente contenían mensajes en su interior, la única manera de recibirlos era leyéndolos de la manera apropiada, que prescindía del entendimiento racional.

La metáfora usada por Alfredo, la de "comer" era en ese sentido muy atinada, porque daba en verdad la idea de "nutrirse" a sí mismo con "comida" es decir, con material que era realmente esencial, por lo menos hasta cierto punto de la búsqueda. Por lo demás, "comer" es de por sí un evento casi mecánico, que funciona perfectamente sin la intervención voluntaria del Hombre, y sin la necesidad de entender de qué manera el comer logra realizar sus múltiples y tan complicadas funciones.

Mientras pronunciaba estas palabras llegó el camarero; Alfredo cambió por completo su expresión de seriedad y le dijo:

—Dales de comer bien a estos, si no luego se deprimen, empiezan a pensar, y luego me fastidian a mí.

El camarero le sonrió, sin que entendiera realmente lo que aquella broma quería decir.

Mientras por turnos nos servíamos de la gran fuente de pasta y oía que Alfredo seguía hablando y bromeando acerca de la importancia de comer y de nutrirse, pensé que, probablemente, cada vez que lo hacía se refería también a otro tipo de nutrición que ocurría durante aquellas cenas después del ejercicio.

En efecto, recordaba que una vez había dicho que la cena después del ejercicio era parte integrante del ejercicio mismo, porque se creaba una situación tal, que facilitaba la producción y la absorción de Energía. Ahora, mientras lo escuchaba y sonreía conmigo mismo, quizá había comprendido por qué tiempo atrás había dicho que comer alejaba los pensamientos y las obsesiones de la personalidad.

Mientras nosotros nos lanzábamos con voracidad sobre aquellos platos de pasta, Alfredo reanudó la charla conmigo:

—Leer con morbosidad y tratar de aprender de libros que hablan y hablan del Camino de manera intelectual, sin siquiera

saber de lo que están hablando, y sobre todo sin que exista en las bases del libro, un contacto o una experiencia, con una Escuela verdadera, es una pérdida de tiempo. Es necesaria mucha atención cuando se leen libros de este tipo, porque hay mucha inmundicia y confusión en todas partes actualmente: como ves, un libro no es dañino en sí mismo, sino que todo depende de tu actitud y de tu capacidad de percibir y de discernir lo que puede ser útil para ti.

En silencio, asentía a cuanto decía, y sentía que cada vez más personas estaban prestando atención a nuestra conversación.

Luego de unos momentos, Alfredo, que estaba terminando su segundo plato de pasta, se volvió hacia una persona que estaba en el grupo desde hacía poco tiempo, y le dijo:

—¿Quieres saber cómo funcionan las sectas fanáticas religiosas, los anaranjados, y todas esas cosas? Para poder hipnotizar mejor a todos sus adeptos, lentamente empiezan por quitarles la comida, explicándoles que ello es necesario para que puedan purificar los cuerpos, hacerse más puros, y toda esa serie de estupideces.

Podía notar cómo cambiaba gradualmente la expresión del muchacho con el que estaba hablando, hasta dejar ver una cierta perplejidad y bochorno al escuchar aquellas palabras, tal vez, pensé yo, porque aquel muchacho había formado parte, en el pasado, de uno de los grupos a los cuales se estaba refiriendo Alfredo.

—Luego— continuó Alfredo con una actitud aun más divertida, —cuando los discípulos están más débiles y agotados porque prácticamente los han hecho padecer hambre, son esclavizados y se les imponen las tareas más inútiles y estúpidas que puedan imaginarse, ¡para que puedan alcanzar la Iluminación!— y aquí

estalló en una carcajada, mientras podía darme cuenta de que todos los presentes, de algún modo, estaban sonriendo por aquella reacción suya.

—Las personas “hipnotizadas” de esta manera se reconocen de inmediato por la cara: pálidas, sin vida, flacas, tristes, con una expresión de espiritualidad sufrida esculpida en el rostro, como diciendo: “Yo sufro por que estoy en la búsqueda de la espiritualidad” y mientras imitaba la expresión que estaba describiendo con una mueca de su rostro, volvió a reír, mientras nosotros, casi contagiados por esta actitud suya, nos echamos a reír con él.

—¡Imagínense qué estupidez!— continuó, mientras se volvía ahora a otra persona sentada en otro lado de la mesa. La persona con la cual estaba hablando Alfredo anteriormente, mientras tanto, se había ruborizado, quizá porque su aspecto parecía calzar a la perfección con la descripción que acababa de hacer.

Después de que el camarero hubo traído el segundo plato, Alfredo siguió hablando:

—¿Pero quién ha dicho que para estar en un Camino es necesario sufrir a toda costa? Cuando se encuentren con alguien que se muestra como Buscador o como alguien que se encuentra en algún Camino, y tiene una expresión de sufrimiento, demacrado, pueden estar seguros de que está perdiendo su tiempo y que aquélla es sólo una fachada para traer atención sobre su persona y para impresionar a los ingenuos.

Luego, adoptó una expresión seria:

—Cuando se recorre un Camino de Verdad, se produce crecimiento y positividad, no sufrimiento. Si un Camino logra producir sólo sufrimiento, no es un Camino de Verdad. Es cierto

que se requiere esfuerzo y dedicación, pero el producto final es Luz, y cuando la Energía se distribuye entre quienes participan correctamente en el Camino, *los efectos se ven*, ¡y de qué manera!

Luego, de pronto, se volvió hacia Pino, que estaba literalmente devorando su plato de pasta. Y mientras lo señalaba con un movimiento de la mano, dijo:

—¡Miren a éste, por ejemplo!— y todos se volvieron hacia él, mientras Pino sonreía y se ruborizaba al mismo tiempo.

—A éste, yo le cambié la vida. Antes de conocerme a mí, comía poco, leía libros intelectuales, pasaba sus días pensando, y tenía una barba y cabellos tan largos, que ni siquiera podían adivinarse los rasgos de su rostro. Y si lo hubiesen encontrado por la calle en aquellos tiempos, ahora no lo reconocerían.

Para mis adentros, pensé que era cierto: lo conocía de vista desde hacía muchos años, porque a menudo lo veía caminar por el centro de la ciudad, y cuando volví a verlo en el grupo me quedé sorprendido por su cambio radical.

Ahora tenía una expresión florida y sana en el rostro, y derramaba alegría y entusiasmo por todos los poros. Mientras Pino, bajo la mirada divertida de todos, escuchaba estas palabras, él mismo empezó a reír.

—Yo, en cambio— siguió diciendo Alfredo —a mis discípulos los hago comer hasta la saciedad y los pongo fuertes, en lugar de hipnotizarlos hasta convertirlos en zombies, porque los necesito despiertos, atentos y *útiles*, si no ¿para qué están conmigo? y después de lanzarnos una rápida ojeada, añadió:

—Además tienen que aprender a reír.

Mientras escuchaba, me daba cuenta de la atmósfera que había creado en aquella cena. Había un entendimiento perfecto

entre todos, que no necesitaba de palabras o de falsas cortesías para poder funcionar, y al mismo tiempo podía experimentar una sensación de serenidad y de armonía que nunca antes había sentido de manera tan fuerte. Después de un poco, Alfredo dijo:

—Bien, muchachos, ahora nos podemos ir, ahora que la cena ha terminado, pero no se depriman, volveremos a comer otra vez— y después de despedirse de cada uno de nosotros, Fabrizio lo acompañó a su casa. Yo regresé con Juan, mientras miraba los tres libros que Alfredo me había dado.

Después de un par de días, tendría que volver a Inglaterra, de manera que decidí, junto con Mariella, ir a despedirnos de Alfredo y Enrico.

—Oye, Enrico, ¡mira quién está aquí! ¡Pero si son los ingleses! How are you, my friends? ¿Cómo están amigos míos? —exclamó Alfredo en cuanto nos vio.

Después de estrechar sus manos, me senté, y Alfredo me preguntó con un matiz de ironía en la voz:

—Y bien, ¿estás listo *esta vez* para volver a Inglaterra?

Yo interpreté aquel “esta vez” como una insinuación al hecho de que, las primeras veces que me iba, me afligían miles de pensamientos y de dudas, mientras que ahora veía todo con mucha más claridad. Con una sonrisa, respondí:

—Sí, esta vez, pienso que estoy listo para partir.

—Bien, bien —comentó Alfredo, mientras Enrico seguía mirándome.

Alfredo sacó algunas cartas que había escrito para sus discípulos y nos las dio.

—Estas son para ustedes. Son consejos e indicaciones que les podrán servir para recibir mejor mi enseñanza.

—No traten de entender estas cartas de manera cerebral, más bien traten de almacenarlas en su memoria profunda. Lo demás vendrá por sí mismo. Después de darme un pequeño sobre para guardar aquellas cartas me dijo:

—Y ahora no quiero quitarles más su tiempo, estoy seguro de que tendrán muchas cosas que hacer antes de partir. ¡Bien: a la boca del lobo y viva el más! —Luego, se levantó, y se acercó a nosotros para abrazarnos. Mientras me abrazaba, sentí la necesidad de decirle “Gracias” y como toda respuesta, él me sonrió, sin decir nada.

Después de despedirnos también de Enrico, salimos de la oficina, mientras sentía vivo, dentro de mí, todo el afecto que durante aquel tiempo se había desarrollado por Alfredo.

Cuando llegué a Inglaterra, fui inmediatamente a Birmingham, para sumergirme de nuevo en el estudio. Fue necesario un cierto tiempo antes de que pudiera adaptarme de nuevo a aquel ambiente, tan distinto al que acababa de dejar, y en el cual debía hacer un esfuerzo constante para acordarme del tipo de situación en el que me encontraba. Después de pasar todo el día reorganizando el trabajo que me esperaba, me fui a dormir como a las nueve de la noche, agotado por el cansancio, pero también satisfecho y contento, por todo lo que había entendido mientras me encontraba en San Benedetto.

Caí en un sueño tan profundo, que me costó muchísimo despertarme al día siguiente. Mientras me afeitaba, volvió un sueño que había quedado muy vivo en mi memoria. Tomé entonces el cuaderno en el que escribía todos mis sueños, y lo escribí:

Recuerdo que me encontraba en una habitación con Enrico, el padre de Alfredo. Estaba sentado detrás de un escritorio, y yo

estaba sentado frente a él, como cuando iba a visitar a Alfredo a su oficina. Yo estaba en silencio, y era como si estuviese allí porque tenía que aprender algo.

Luego, recuerdo al padre de Alfredo que me decía que tenía que aprender *el ejercicio de la muerte*. Cuando oí estas palabras, permanecí imperturbable, hasta que él empezó a explicarme de qué se trataba.

El ejercicio consistía en ir a verlo sin haber comido nada durante el día entero, y verlo comer frente a mí, rodeado de todo tipo de alimentos, y este ejercicio había que repetirlo durante varios días.

No me asustó el hecho de ver que tenía que aprender aquel ejercicio, a pesar de que parecía muy difícil de ejecutar: En tanto él continuaba hablándome de otras cosas, como si cuanto acababa de decir sirviera sólo para evaluar mi reacción.

Me decía que Chisti, el fundador de una Escuela de Buscadores en la India, había dicho que el Mal mataba sólo a quienes no trabajaban. Quienes trabajaban lograban obtener todo lo que necesitaban para poder sobrevivir. Luego, de pronto, cambió otra vez de tema y me preguntó qué ejercicio me había enseñado Alfredo.

Después de decirle el nombre del ejercicio que practicaba, me miró maravillado y casi complacido, y me dijo:

—Eh, después de tan poco tiempo que lo conoces, ¡ya te enseñó este ejercicio! Alfredo te está acelerando.

En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, me encontré en otra habitación, sentado en una silla, con el padre de Alfredo de pie que me miraba con los brazos cruzados, como si estuviese esperando que algo ocurriese.

Inmediatamente después, caí en un sueño profundo, que recuerdo perfectamente duró dos minutos exactos. En cuanto me desperté, vi que el padre de Alfredo me estaba mirando todavía en

la misma posición, en silencio. Después de pocos instantes, recordé que había soñado a Giovanni, el abuelo de Alfredo.

Y, así, comencé a contarle este sueño, mientras él me escuchaba con atención.

Había visto el rostro de un hombre que yo sabía que era el abuelo de Alfredo, al cual le preguntaba:

—¿Cómo puedo acercarme a Dios?

Y él me respondió: —Tendrás que aprender a *ser*— y después de un momento, le pregunté:

—¿Cómo puedo aprender a amar a Dios?

—A través del servicio. Cuando hayas aprendido a dar el servicio que la humanidad y el mundo necesitan, sin esperar premios o temer castigos por tu servicio, estarás ya amando a Dios. *Aprende el servicio por el servicio mismo.*

Cuando terminé de contarle este sueño al padre de Alfredo, me miró sin comentar nada. A pesar de ello, pude intuir que estaba satisfecho por la condición en la que me encontraba, y que el sueño que apenas había tenido parecía ser una clara indicación de ello.

Inmediatamente después, empezó a contarme una historia a propósito de una persona que le había contado, tiempo atrás, haber visto a Alfredo en cierto lugar, mientras Alfredo se encontraba en otro país, a miles de kilómetros de distancia.

La persona en cuestión era el mismo viejo al que Alfredo y yo habíamos encontrado cuando caminábamos por la tarde por el muelle de San Benedetto pocos meses antes, del que me había dicho que había formado parte del Trabajo junto con su padre.

Entonces, el padre de Alfredo empezó a explicarme que estas visiones ocurren en los lugares donde han tenido lugar transferencias de Energía, y a contarme acerca de una de estas transferencias,

que había ocurrido precisamente en el mismo lugar donde Alfredo había sido "visto".

Un gran número de soldados ingleses, contaba, que estaban por partir para la India, fueron involucrados, sin que ellos lo supieran, en una importante transferencia de Energía y, después de haber sido cargados de sustancia (como fue definitiva por el padre de Alfredo), la transportaron hasta su destino. Luego agregó que esta Energía fue transferida gracias y a través de la actividad que llevaban al cabo los grupos involucrados en el Trabajo.

Enseguida, me mostró una carta con frases escritas en inglés, en las cuales se hablaba de "pájaros viajeros" y del hecho que "diseminaban informaciones".

Después de mostrarme aquella carta, me miró, como si estuviese esperando una reacción de mi parte, luego prosiguió y me dijo:

—Igualmente tú, como un pájaro viajero, estás diseminando algo— y permaneció mirándome detenidamente, hasta que me desperté.

Y así, antes de salir para la escuela, como a las nueve de la mañana, llamé a Alfredo, con el cuaderno en la mano, para contarle el sueño. En cuanto terminé de contárselo, exclamó:

—¡Mamma mia! ¡Vaya sueño el que has tenido! Casi podrías hacer una película con un sueño así. Vas a gastarte una fortuna en llamadas por teléfono, si cada vez me cuentas un sueño tan largo como éste— y lo oí reír. No sabiendo qué decir, esperé que fuese él quien empezara a hablar. Después de unos momentos, me dijo:

—Bueno, ¿pues qué quieres que te diga ahora? Es un buen sueño, tanto mi abuelo como mi padre me han ayudado y siguen

ayudándome en el Trabajo que hago, y tú los has encontrado, simplemente— prosiguió inmediatamente después:

—Mi padre estaba contento por ti, porque se ve que estás avanzando correctamente; pero ahora no te esperes una medalla— y luego de una sonora carcajada, continuó:

—El ejercicio de la muerte, del modo como lo ha llamado mi padre, simboliza una técnica para inducir no a la muerte física, como habrás imaginado, sino más bien *la muerte del deseo*, es decirlo, que en términos técnicos se conoce como *morir antes de morir*. Así que lo que te dijo a propósito del Trabajo me parece claro, ¿no? Quienes se dedican al Trabajo, al verdadero del Camino, tienen todo lo que necesitan para vivir, la vida real, los demás están a merced de la vida.

Seguía escuchando en silencio, hasta que oí gritar a Alfredo:

—¿Sigues ahí? ¿Me escuchas? ¿Estás vivo?

—Sí, sí, te escucho.

—No te escuchaba más —dijo Alfredo, y mientras reía, agregó: —y por un momento pensé que te habías desmayado; por lo que respecta al sueño que tuviste en cuanto a mi abuelo, manténlo en tu memoria profunda, porque es enseñanza, y puedo asegurarte que no proviene de tu fantasía.

—De acuerdo— respondí —te lo agradezco.

Luego, volvió a decir:

—Ya te había dicho que éste es un Camino tan fácil, que se puede recorrer hasta durmiendo, ¿no?, y rió.

—La próxima vez que vuelvas— prosiguió —te explico en qué consiste el Trabajo del que hablaba el sueño. Por ahora, se fuerte, por favor, y no estudies demasiado, ¿eh? También piensa en divertirte. Hasta luego, Marco.

—Hasta pronto, Alfredo— respondí.

El viaje

Día tras día, empezaba a darme cuenta de que el tipo de estudios que estaba realizando era en verdad el que “debería” haber hecho en cuanto hube terminado la universidad en Italia.

Después de titularme en el ISEF, muchas personas, tanto estudiantes como profesores, me habían aconsejado que siguiera estudiando, que hiciera algo más especializado, pero en ese tiempo no quise escucharlos, hasta que Alfredo me “obligó” a emprender ese el camino.

Ahora, me encontraba estudiando con pasión, y me daba cuenta de que me iba bien en lo que hacía. Ante mis ojos se estaba abriendo un mundo completamente nuevo con interesantes perspectivas de carrera que nunca antes había imaginado, y que seguramente nunca habría tenido si me hubiese quedado siendo un profesor de educación física en mi pueblito de provincia.

Cuanto más pasaba el tiempo, más aumentaba mi gratitud hacia Alfredo debido al consejo que me había casi forzado a aceptar, y ahora reconocía cuán limitadas eran mis perspectivas cuando rehusaba escucharlo.

Recordaba aún palabras que Alfredo le había dicho a Enrico en su oficina, antes de que yo me marchara, a propósito de una carrera y de las nuevas posibilidades que habrían surgido para mí una vez que hubiera ido a estudiar a Inglaterra. Cuando lo escuchaba, pensaba no estar a la altura para seguir estudiando en esos niveles, o que sería un esfuerzo inútil.

Ahora veía con claridad de qué modo mis acciones y mis opciones, hasta entonces, habían sido condicionadas por el miedo, por la inseguridad y por la frágil confianza en mí mismo.

En octubre terminé mi tesis de maestría, y transferí mi inscripción a un programa para hacer el doctorado. Prácticamente, utilizaría el material que había recabado para la tesis de maestría, pero tendría que dedicar otro año de investigación y profundizar en el trabajo ya realizado.

Desde el punto de vista cualitativo, el doctorado requería de más dedicación que la maestría, pero aquello no me asustó en lo más mínimo. Estaba decidido a conseguir el doctorado en investigación, y lo que me estimulaba no era el simple deseo de adquirir prestigio, sino más bien el emprender una carrera como investigador.

Obtener un doctorado en investigación era el escalón más alto al que podía aspirar como estudiante; a continuación quería empezar a hacer investigación en otra universidad o en alguna institución privada.

Antes de regresar a San Benedetto para pasar las vacaciones de Navidad, pasé el tiempo estudiando para enriquecer mi tesis con nuevas ideas y nuevos experimentos. Aquellos meses volaron con gran rapidez; seguía manteniendo el contacto con Alfredo y lo tenía al corriente del desarrollo de mis estudios.

Reservé un vuelo para regresar a San Benedetto antes de Navidad.

Un día después de llegar a casa lo llamé por teléfono:

—¿Hello?

—Hola, Alfredo. Soy Marco.

—Hola, Mark, how are you? ¿Cómo fue el viaje? ¿Todo bien?

—Bien, gracias, te llamo porque quería saber si podía pasar a visitarte esta tarde.

—Por supuesto, ven cuando gustes, pero que sea antes de las seis porque después me voy a casa.

Alrededor de las cuatro y media fui a visitarlo.

En cuanto me vio, me abrazó y me dijo:

—De manera que todo está saliendo bien, ¿eh?

—Sí, realmente así es— respondí.

—I'm very happy for you, estoy muy feliz por ti— me dijo, y agregó —te veo fuerte, siéntate, siéntate.

Luego me miró atentamente y dijo:

—Veo que estás haciendo el ejercicio que te he dado.

Aquel comentario me dejó un tanto sorprendido. No sabía exactamente a qué se refería con "veo": ¿Qué le dejaba ver que efectivamente yo estaba practicando el ejercicio todos los días? ¿Qué era lo que había cambiado en mí y que resultaba visible a sus ojos? Había observado un gradual y lento cambio de mi actitud interior en lo concerniente a mis preocupaciones, a mis ansias, a los que consideraba mis problemas, pero no creía que ello fuese tan visible, si acaso era esto lo que él quería decir. Después de un breve momento de silencio le respondí:

—Sí, trato de hacerlo a diario.

—La práctica de las actividades que les doy es parte integrante de la enseñanza, que está compuesta por varios otros elementos. Y en todo caso, todo lo que les trasmito, de una o de otra

manera, ya sea que ustedes se den cuenta de ello o no, tiene como objetivo producir cierto tipo de desarrollo. Y esto debe ocurrir de manera armoniosa en el interior de la Escuela.

Luego, de pronto, justo cuando yo estaba tratando de concentrar mi atención en sus palabras, cambió completamente de tema y empezó a hablar de mi doctorado, diciendo que hasta dos años antes, ni siquiera me lo hubiese imaginado. Luego añadió:

—Pero yo ya sabía que la cosa habría tomado esta dirección: Cuando hayas terminado este doctorado, irás a los Estados Unidos, y allá trabajarás durante algunos años... sí, sí ya te imagino por allá probablemente en Arizona, quizás.

Me resultó difícil, casi imposible, no seguir el nuevo curso de esta conversación, y prácticamente me sentí obligado a no prestarle atención y a olvidar el diálogo interior que se había creado dentro de mí poco antes, mientras escuchaba su explicación en cuanto a los ejercicios.

Cuando Alfredo pronunció las palabras "Estados Unidos" yo no experimenté ninguna sensación de miedo o de sorpresa. En mi interior, sabía bien que el camino que había empezado no había de terminar tan sólo con mi experiencia en Inglaterra. Ahora, estaba realmente dispuesto a seguir cualquier indicación de parte de Alfredo, puesto que había experimentado ya la utilidad de sus consejos.

Sobrevino un largo silencio, durante el cual sentí crearse dentro de mí una especie de vacío mental. Casi como si Alfredo hubiese esperado que se creara aquella situación, inmediatamente después siguió diciendo:

—Algo de lo cual la mayoría de las personas que buscan no se da cuenta es que la verdadera enseñanza puede tener efecto sólo si en su base hay *contacto*.

—¿Qué tipo de contacto?— le pregunté con un poco de impaciencia.

—Es necesario que el Maestro— respondió —y la escuela que dirige, se encuentren en contacto directo con la *Fuente de la enseñanza* misma. Si tal contacto no existe, no existe Maestro, no existe escuela y no puede existir verdadero crecimiento.

Inmediatamente, me vinieron a la mente las distintas Escuelas, o grupos, que se presentan como Escuelas; así que le pregunté:

—¿Pero de qué manera se puede establecer si una Escuela posee dicho contacto? Es decir, una Escuela que tenga las capacidades de promover un desarrollo real en sus discípulos.

—Las falsas escuelas— respondió —así como los falsos maestros que las dirigen, se reconocen fácilmente gracias a sus características: su ostentación de presuntos poderes formidables, el deseo de convencer a toda costa, las obsesiones mentales que alimentan dentro de sus mismos ambientes, la imagen que crean de sí mismas, el tipo de mensaje estereotipado que les es transmitido a todos de manera indistinta, sin tomar en cuenta que *la verdadera enseñanza se basa en la utilización de las personas adecuadas, del tiempo adecuado y del lugar adecuado*.

Después de una breve pausa, siguió diciendo:

—Si estas condiciones no son respetadas, debido a que la pseudo -escuela no tiene los elementos indispensables para evaluarlas y reconocerlas, se convierte en una actividad dirigida exclusivamente al desahogo emocional y pseudo-espiritual, es decir, a la pérdida de tiempo.

Mientras lo observaba con atención, pensaba qué fácil resultaba quedarse deslumbrado ante las apariencias. Yo mismo me había sentido atraído, cuando estudiaba artes marciales, por las

figuras más llamativas y famosas de aquel mundo. Cuanto más famoso era un personaje o una Escuela, más convencido estaba de que realmente valía algo. Y una vez más tuve que darme cuenta de cuán importante era mantener despierta la atención. Casi como respuesta a lo que yo pensaba, Alfredo dijo, en un tono de voz más serio:

—Y en todo caso, las falsas escuelas siempre atraen a quienes están en búsqueda de emociones, de compañía social, de quienes tratan de reforzar su sentido de autoimportancia a través de la sensación de que están haciendo algo "espiritual" o "elevado". Porque quienes están genuinamente en busca de algo verdadero, tendrán también capacidad de darse cuenta de que una falsa escuela no produce ningún tipo de resultado en sus miembros.

Luego, cruzó los brazos, y me miró fijamente a los ojos, serio. Seguí mirándolo en espera de que siguiese hablando:

—Existe algo sutil, muy sutil, detrás de la existencia de una Escuela verdadera, algo de lo cual sólo muy pocas personas logran darse cuenta. Me refiero a lo que, en términos técnicos se define como *el Trabajo*—. Luego me sonrió y me dijo:

—¿Te acuerdas del sueño que tuviste, en el que mi padre te hablaba del "Trabajo"?

Yo asentí con un movimiento de cabeza, y le pregunté con impaciencia:

—Pero ¿Qué quieres decir exactamente con "Trabajo"?

—Así como el Hombre ha evolucionado a través de diversas formas de vida en este planeta a partir de la primera aparición hasta nuestros días, asimismo dicha evolución sigue actualmente en proceso, y aún no se ha completado. Esta evolución terminará cuando el Hombre haya alcanzado plena conciencia de su naturaleza y de su función. Para llegar a tal estadio, el Hombre, no obs-

tante, deberá pasar a través de otros estadios de desarrollo y ello podrá ocurrir sólo en el caso de que exista *la asistencia* apropiada.

Esperé a que terminara de hablar, y le pregunté:

—¿Por asistencia, te refieres a lo que enseñas a tus discípulos? Es decir, ¿su eventual crecimiento es lo que servirá de apoyo o de asistencia a la evolución de la que hablas?

—Sí— respondió —es precisamente esto a lo que me refiero. Es mucho más complejo de lo que te imaginas, pero es correcto. Yo tengo discípulos que siguen mi enseñanza en los puntos claves en todo el mundo, y todo aquello que hacen ellos, de manera individual y dentro de un grupo, sirve para el planeta y para la humanidad, aun cuando no están conscientes de ello, más aún, la mayoría de las veces, ellos ¡ni siquiera lo saben! Funciona como una orquesta, en la que el Maestro debe dirigir y sincronizar los esfuerzos de todos de una manera correcta, con las justas proporciones de volumen, de tiempo, de pausas, de tal manera que pueda ser producida una sinfonía armoniosa. Luego, cuando alguien en los grupos interfiere con este Trabajo, o se deja llevar por sus propias negatividades, se producen desarmonías, que en consecuencia disminuyen el ritmo de su mismo desarrollo.

—Sin embargo...— agregó después de algunos instantes con un tono de voz más serio, volviéndose a la ventana de la oficina —existen todavía peligros muy grandes a lo largo del camino de la evolución del Hombre, y es por ello que se necesita llevar a cabo un Trabajo a los niveles más altos, para procurar que pueda proseguir sin problemas hasta el final. El peligro existente de un regreso del Hombre a su estado primordial, de total inconciencia, dominado sólo por sus instintos y por la sed de guerra y de destrucción puede ser anulado únicamente por la calidad del Trabajo que se consiga llevar al cabo.

—Era ésta pues la razón última de su enseñanza— empecé a pensar para mis adentros. El Hombre, generalmente, piensa en sí mismo como la especie viviente más evolucionada de este planeta, subestimando el hecho de que su evolución pueda estar muy lejos de terminarse, sin tener siquiera la posibilidad de imaginar cuales otros estadios evolutivos le esperan. En el fondo, el Hombre ni siquiera sabe cuál es su verdadera función en este planeta.

Mientras me preguntaba de qué manera se proporcionaba asistencia a dicho proceso evolutivo, casi instintivamente una pregunta más me vino a la mente:

—¿Qué función tiene tu Escuela en el contexto de dicho Trabajo?

—La evolución del Hombre forma parte de un Diseño— respondió, —que funciona de manera automática al 99%, sin necesidad de que nosotros intervengamos. —Pero queda un 1% que está bajo la responsabilidad de quienes dirigen el Trabajo, y es necesaria la participación del Hombre para desarrollarlo; probablemente puedas entender mejor lo que te estoy diciendo si te lo explico a través de una metáfora.

Me miró fijamente, como si quisiera darme tiempo para que yo me preparara para prestar atención de la manera correcta, de la manera que me había dicho en el pasado. Luego, siguió hablando:

—Imagínate a mi Escuela como si fuese un OVNI, una astronave cósmica. De la misma manera, puedes imaginarte mi enseñanza y sus etapas como si fuesen un Viaje. Esta astronave tiene la tarea de transportar a la humanidad hacia un futuro más evolucionado y a la tripulación, a los pasajeros hasta su Meta. Estos últimos serán todos aquellos que participan totalmente en el Viaje, siempre y cuando no bajen antes en una de las innumerables

escalas, y si utilizan correctamente y con impecabilidad la Energía que cada uno tiene a disposición.— Luego, después de una breve pausa, añadió:

—Este Viaje está diseñado, es deseado, protegido, sostenido y teleguiado por el Ser Único, que ejecuta todo esto a través de una infinidad de Seres superiores cuyo conocimiento es inimaginable a la mente humana no regenerada. El Guía, o Capitán de este OVNI, canaliza la ciencia infusa y tiene la tarea y la capacidad *multicomunicante* de reunir a la tripulación, abrir agencias de viaje y atraer y reconocer la capacidad de los candidatos al Viaje, preparar a los pasajeros cósmicos para hacer frente al impacto con la realidad de las etapas, instruir a la tripulación, preparar a todos los pasajeros para que sus vehículos corpóreos se transformen para funcionar siempre más eficazmente. Es necesario instruir adecuadamente a los viajeros para que éstos puedan superar los obstáculos y sobrevivir en las condiciones diferentes presentes en cada una de las etapas. El Guía ya ha hecho el viaje y conoce la ruta y los peligros, y no teniendo otro modo para llevar a la totalidad del OVNI hasta la meta, no tiene opción, por lo cual está completamente sometido y obedece a esta Realidad y a la Gracia que lo sostiene.

Me miró fijamente a los ojos:

—Mi enseñanza puede llamarse también *La Ultima Batalla*, porque en el proceso evolutivo posible del Homo Sapiens, este Viaje y sus dificultades corresponden al último obstáculo antes del gran salto hacia una mejor calidad de la existencia. El obstáculo está constituido por el conjunto de los aspectos negativos de la personalidad, que impiden unirse al Ser Único en Su Infinita Totalidad. Este Viaje requiere participación y unidad, puesto que separarse más de lo previsto equivale a descender del OVNI y

abandonar el Viaje y la ocasión. El adiestramiento prevé la preparación de diferentes tipos de especializaciones: oficiales, técnicos, personal de máquinas, de limpieza, de alimentación, exploradores, artistas, científicos, instructores, etc. Estos grados y tipos de especialistas, no obstante, no deben ser vistos como una escala jerárquica humana, sino más bien como engranajes, resortes, cuadrantes del mismo reloj.

Luego prosiguió:

—Han sido previstos todos los casos de emergencia y de rutina en este viaje, pero el Hombre sigue siendo el único elemento imponderable, si bien previsible.— Permanecí en silencio durante un poco, y Alfredo añadió:

—Pareciera una bonita fábula, ¿no? Claro, todo depende de cómo la escuchas... aparentemente es sólo una metáfora, pero es más cercana a la realidad de lo que puedas imaginarte en este momento.

Lo miraba, y sentía que sus palabras penetraban en mí, una por una, y resonaban en mi interior.

—Lo que la mayoría de las personas no logra aceptar— siguió diciendo, —es que el Conocimiento del que yo hablo no viene transmitido a través de las palabras: ¿A cuántas personas podría enseñarles de esta manera? El Trabajo se lleva a cabo a través de diferentes vías. Es *diseminado* en la humanidad sin que ésta sea consciente mínimamente. Así “casualmente” se llevan a cabo nuevos descubrimientos, nuevas intuiciones, se estimula un gradual crecimiento de la conciencia. Cambios sociales de gran alcance, inesperados, también se deben al tipo de Trabajo de que estoy hablando. Por ejemplo, no podría dirigirme exclusivamente a ti dando fragmentos de Conocimiento, porque de ser así existiría mi deseo de dejar esto sólo para ti. Y tú, al mismo tiempo, encon-

trarías dificultades para dominar una cosa de tal envergadura. Por este motivo, fragmentos de conocimiento son esparcidos en los rincones más lejanos y distantes del planeta que, no obstante, tienen repercusiones en toda la humanidad, no solamente en pocos. Porque yo te estoy hablando de la evolución de toda la Humanidad.

Los pensamientos se multiplicaban vertiginosamente dentro de mí, pero a ninguno de ellos en particular les prestaba atención. Así como Alfredo me había dicho que actuara en alguna ocasión, yo me limitaba a verlos pasar, sin darles importancia y sin tratar de detenerlos, con la intención de anularlos.

El sentido de sus palabras era muy claro, y no podía ignorar su importancia y su relevancia para lo que yo estaba tratando de realizar con mi propia persona.

En seguida, con una carcajada, me miró y dijo, con una expresión seria en el rostro.

—¿Ya no tienes más preguntas por el momento? Menos mal, porque ya me has hecho hablar durante una hora. ¿Quieres acaso agotarme? Y eso que apenas has llegado; imagina cuánto me harás hablar antes de que vuelvas a marcharte para Inglaterra.

Le sonreí, un poco incómodo:

—No, no te preocupes, estaba bromeando... de cualquier modo, ¡haces que me agote!— y ambos nos echamos a reír.

—Es hora de que me vaya a casa, ¿no crees?

— Sí, claro— respondí.

Cerró la puerta de la oficina y me dijo: —Ya nos veremos durante estos días. Hasta luego. —Hasta luego, Alfredo— respondí, mientras aún podía oír sus palabras que hacían eco en mi cabeza.

Mientras volvía a casa, medité acerca de que aún no lograba entender cómo hacía para combinar una existencia cotidiana nor-

mal con su función de Maestro: me quedaba maravilloso por su capacidad de pasar de una situación de enseñanza a una situación del mundo cotidiano, normal, y por la manera en la cual parecía ser impecable en ambos mundos, aquel visible y aquel invisible a la mayor parte de los que lo rodeaban.

CAPÍTULO XIX

Estar en el mundo sin ser del mundo

Durante los pocos días que me quedé en San Benedetto, tuve oportunidad de visitar a varias personas, discípulos de Alfredo a quienes ya había visto cuando había vuelto en las anteriores ocasiones.

Un par de veces salimos por la noche y charlamos de cosas sin importancia; también de Alfredo, de su Escuela, y cosas parecidas, y quedé sorprendido por la manera en que se referían a él. Por sus palabras, me pareció intuir que estaban malinterpretando por completo su enseñanza de una manera visible, pero sin darse cuenta de ello.

Sin embargo, lo que más me asombró fue que estas personas habían sido discípulos de Alfredo durante varios años, y no conseguía entender por qué al parecer no habían entendido las bases esenciales de lo que él enseñaba, a pesar de que Alfredo era siempre muy claro al respecto.

Esta sensación me provocó gran confusión durante varios días, hasta que, una mañana, me encontré de nuevo con Alfredo en la playa.

Después de saludarnos y de caminar un poco, le dije:

—Alfredo, quería hacerte una pregunta.

—Adelante, dispara —me respondió, mientras seguía caminando con la mirada dirigida ante sí.

—He notado que algunos de tus discípulos, que lo son ya desde hace varios años, se comportan de una manera que contraviene a los principios que les has enseñado. Por ejemplo, escuché a una persona hacer una crítica a tu manera de enseñar, pese a que tú siempre has dicho que la apariencia exterior de tu enseñanza es sólo un velo, una fachada, para poner a prueba las personalidades de tus discípulos.

—¿Cuál es entonces tu pregunta?— me interrumpió bruscamente.

—Me preguntaba ¿cómo es que una persona que ha sido discípula tuya durante muchos años pueda quedar atrapada en estos obstáculos? Quiero decir, ¿cómo, a pesar de que te conoce y de que se puso a disposición tuya para recibir la enseñanza, no logra aprovecharla desde hace tanto tiempo?

Por toda respuesta, siguió caminando durante un poco, se detuvo, y con un rostro serio, que casi me atemorizó, dijo:

—La respuesta es muy simple. Yo pongo a disposición de ellos una posibilidad— mientras indicaba el número uno con un dedo, —y luego dejo a mis discípulos la opción de tomar ventaja de ello. Les enseño de qué manera aprovechar dicha posibilidad, pero te puedo asegurar que mi trabajo no consiste en convencer a nadie, o tratar de hacerles entender cosas que no quieren entender. Si yo intentase convencer a estas personas acerca de cualquier aspecto de mi enseñanza, me pondría a operar en su parte intelectual, que no sirve en lo absoluto para el Trabajo. Las personas que tú has conocido hubieran podido beneficiarse de mí, pero su personalidad y sus obsesiones las han detenido.

Luego de una pausa, agregé: —Como ya te dije hace tiempo, las personas olvidan, con el paso del tiempo que ante todo yo soy su Maestro, incluso antes de ser un amigo, y que mi enseñanza no puede adaptarse a los gustos de la gente. O se recibe así como es, o no se recibe en lo absoluto.

En silencio, me quedé asombrado por la dureza de sus palabras, que entraban en mí sin piedad. En cuanto terminó de hablar, le pregunté casi instintivamente:

—¿Pero, entonces, si tales personas no crecen dentro de tu Escuela, por qué permites que permanezcan en su interior?

—Has de saber que, de una u otra manera, incluso las personas que no crecen, o que siguen aferradas a su personalidad y a sus negatividades, llevan a cabo una función precisa en el contexto de la Escuela. Obsérvate a ti mismo, por ejemplo— y se quedó mirándome fijamente durante unos instantes, después de detenerse nuevamente.

No dije nada, esperando que volviese a hablar.

—Tú, gracias al hecho de estar usando la atención— prosiguió, —te has dado cuenta de que esas personas a las que has encontrado ya no están creciendo. Esto te ha hecho recordar que todos sin excepción corren este riesgo si se dejan llevar por sus problemas de personalidad y por su distracción; como podrás notar, estas personas enseñan lo que un discípulo *no* debería hacer, ¿no te parece?

Asentí con un movimiento de cabeza, mientras me daba cuenta de que nunca había pensado que aquella situación pudiese ser interpretada de tal manera.

—Y cuando tales personas llegan a interactuar con otras personas de mi grupo de discípulos— prosiguió después de un rato —las reacciones de estos últimos refuerzan las cualidades de

quien está en sintonía conmigo, mientras alejan y hacen aumentar las negatividades de quienes interfieren con mi enseñanza. Como ves, todo funciona de manera automática.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras reanudó su camino.

—¿Pero acaso no se puede hacer nada, para dar otra posibilidad a las personas que se alejan de esta manera de tu enseñanza?

—Has de saber— respondió —que las dificultades del Camino son muchas, y que sólo la atención, la intención y la dedicación pueden ayudar a mis discípulos para superarla. Todos aquellos que recorren un Camino de verdad se encuentran con que deben hacer frente a tales obstáculos, que son los obstáculos creados por la personalidad cuando ésta llega a ser amenazada por las transformaciones; a veces, no obstante, algunas personas quedan atrapadas de una manera tan fuerte en sus negatividades que incluso llegan a tocar fondo. En esta situación, yo las dejo donde están: si consiguen subir a la superficie, sirviéndose de todos los instrumentos que les he proporcionado, saldrán reforzados y ricos en experiencia, de otro modo se quedarán empantanados para siempre en sus obsesiones intelectuales, sin tener la posibilidad de utilizar de nuevo mi ayuda.

Después de que llegamos al otro extremo de la playa, se sacudió la arena de los zapatos.

—No sé si lo has notado, pero yo doy muy pocas indicaciones a mis discípulos, y no pretendo de ellos sacrificios excepcionales. Sin embargo— agregó aún con más seriedad —tales indicaciones deben ser ejecutadas correcta e impecablemente. Por otro lado, si se está interesado en el desarrollo personal, ¿qué otra cosa puede ser más importante?

Me estrechó la mano, y luego lo vi alejarse con su perro.

Los días de mis breves vacaciones volaron, mientras yo sentía cada vez más clara la enseñanza de Alfredo en mi interior. Si prestaba atención, podía ver correr ante mis ojos una enseñanza constante que fluía ininterrumpidamente incluso cuando no hablaba directamente con Alfredo.

Un día antes de marcharme a Inglaterra, fui de nuevo a visitarlo. Después de los habituales formalismos me invitó a quedarme un rato con él, dado que luego habría de quedarme en Inglaterra hasta el verano siguiente. Durante aquellos días, pensaba continuamente en el Trabajo del cual me había hablado tiempo atrás, de manera que decidí pedirle explicaciones al respecto:

—Te he oído decir que el Trabajo debe llevarse al cabo de la manera que explicaste tiempo atrás porque "no ha quedado suficiente tiempo". Realmente no entiendo a lo que te refieres con esta expresión.

Cruzó los brazos, me miró por un momento y me dijo:

—Puedo explicártelo, pero sólo usando algunos términos técnicos.

Interpreté lo que acababa de decirme del modo siguiente: "sí, te respondo, pero de todos modos no entenderás nada".

A pesar de esta impresión, traté de estar abierto a cuanto estaba por decir y de prestar atención.

—Mira, ante todo debes saber que existen las que se llaman "posibilidades de apertura" para la raza humana, y que son posibilidades concretas y reales de crecimiento. Lo que está ocurriendo en este determinado periodo ocurre cíclicamente cada ciertos milenios: me refiero a los vientos solares. Cuando soplan, se crean oportunidades de desarrollo y de crecimiento enormes y el Traba-

jo del que ya te he hablado puede así acelerarse. Las repercusiones de todo esto se reflejan en los profundos cambios de tipo social, económico, político, así como espiritual, que ocurren en todo el planeta.

Mientras escuchaba, traté de no detenerme demasiado en el significado literal de las palabras, para no perder el sentido de lo que estaba diciendo, pero inevitablemente los pensamientos seguían multiplicándose.

—A causa de tal condición—prosiguió, —durante la cual soplan los vientos solares, y que es particularmente favorable y rara, quienes participan activamente en el Trabajo cuentan con la posibilidad de llegar hasta el término del Viaje en el arco de una sola existencia terrenal, de tal manera que no deben volver nuevamente a este planeta. La última vez que se creó tal ocasión, en la historia de la humanidad, ocurrió hace alrededor de diez mil años.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—Y cuando te dije que “no había quedado mucho tiempo” me refería al hecho que ésta es *una posibilidad* que tiene una duración limitada, que comenzó hace pocas décadas y que terminará dentro de poco. Cuando esta posibilidad termine, el Trabajo consistirá en preservar el Conocimiento para las generaciones futuras, cuando de nuevo soplen los vientos solares. Muchos personajes, relacionados con el Trabajo de maneras distintas y en diferentes épocas históricas, ya habían hablado de un período del futuro de la humanidad, llamado del *Espíritu Santo*.

Cuando escuché este término, por asociación de ideas, pensé en el Espíritu Santo del cual habla la religión cristiana, pero antes todavía de que pudiese empezar a pensar, Alfredo agregó:

—Pero no te dejes confundir por las definiciones: éste es sólo un término técnico que nada tiene que ver con el concepto religioso del mismo nombre. La era del Espíritu Santo será un periodo en el cual ya no serán necesarios intermediarios entre el Hombre y la Divinidad, *cuando la comunicación ocurrirá de manera directa, y mi Trabajo así como el de otros que se encuentran en un Camino de verdad ha consistido y consistirá precisamente en preparar a la humanidad para alcanzar este estadio evolutivo, que representa el nivel más alto de la evolución posible para la raza humana.*

Luego, se interrumpió durante un instante, y repentinamente dijo, con un tono de reproche:

—¡Pero no trates de captar de modo racional lo que te estoy diciendo! No pienses que entender cerebralmente sea indispensable para que se pueda aprender a recibir lo que yo enseño. Mientras hablaba, podía ver cómo te exprimías el cerebro tratando de entender todo lo que decía, pero puedo asegurarte que dicho esfuerzo es contraproducente.

Al escuchar aquel comentario, que resonó dentro de mí como un reproche y que me sorprendió profundamente, me sentí mal. Estaba seguro de que Alfredo había notado esta reacción mía, pero, sin prestarle atención, añadió:

—En lugar de obstinarte en pensar, trata más bien de cultivar la atención y la presencia.

Me sonrió, como si aquella brusca actitud hubiese sido actuada, y me dijo.

—El “bla bla” mental interfiere continuamente con la enseñanza, y tendrás que aprender a controlarlo con dulzura, sin esfuerzos ni obsesiones. Desde ese punto de vista, has mejorado mucho, pero tendrás que seguir trabajando aún; no te preocupes, no hay prisa.

Se levantó de la silla, caminó hacia mí y, con una sonrisa luminosa, dijo mientras me estrechaba la mano:

—Nunca olvides que estás en buenas manos. ¿O.K.?

—Lo sé— respondí.

—Nos vemos la próxima vez, y sigue igual, todo marcha bien.

—Hasta luego, Alfredo, y gracias...

Me alejé de su oficina mientras una multitud de sensaciones se mezclaba dentro de mí: alegría, melancolía por la partida, esperanza, confianza, todas se alternaban y se sobreponían una a la otra.

Pensé en ir a dar un paseo, para ver si conseguía poner orden dentro de mí. En cuanto llegué a la playa, volví a pensar en el sueño en el que Alfredo me decía que era “demasiado mental” y ahora aquel comentario suyo me recordaba, una vez más, que tenía que cambiar mi actitud para seguir aprendiendo.

Lo que sentía por una parte era amargura, pero por la otra recordaba también que Alfredo había dicho que no había necesidad de preocuparse, y que las negatividades se borraban a través del aumento *consciente* de la positividad.

—Es lo positivo lo que atrae lo positivo— había dicho Alfredo, del mismo modo que me había dicho que es necesario ocuparse de las soluciones, antes que preocuparse por los problemas. Sentía que, seguramente, aquél era el enfoque más constructivo e irónicamente más “racional”.

Pensé para mis adentros: Lo único que puedo hacer es tratar de mejorar mi actitud, no forzarme a mí mismo para entender todo a toda costa, sino más bien tratar de escuchar con atención. Y, sin duda, preocuparme no servirá obviamente para producir tal cambio en mí.

Sonriendo conmigo mismo, poco a poco sentí desvanecerse la amargura, dejando sólo una fuerte determinación de aprender. Con tal resolución, me encaminé hacia la playa, donde me quedé hasta el crepúsculo.

Una vez en Birmingham, rápidamente me incorporé al trabajo para poder concluir mi doctorado. Ahora, había nacido otra prioridad: ¿Qué hacer después de haber terminado mi estudios en Inglaterra?

Alfredo había señalado la posibilidad de ir a los Estados Unidos, y yo me sentía preparado para viajar de nuevo, para poder profundizar más tarde en mis estudios.

Comencé así a alternar mi trabajo para la tesis con la búsqueda de información sobre laboratorios estadounidenses donde pudiese desarrollar mi posdoctorado. Mientras buscaba direcciones de laboratorios que realizaran un trabajo interesante y relacionado con mi preparación, descubrí un laboratorio que se encontraba en Arizona.

¡Qué coincidencia! “Tal vez valga la pena escribir para ver si tienen trabajo para mí... ¿quién sabe?”. Alfredo había dicho algo acerca de Arizona.

Casi tres semanas después recibí una respuesta en la cual me invitaban a visitar el laboratorio en cuestión, puesto que había lugares de trabajo disponibles. De manera que me puse en contacto con el profesor responsable, el cual me dijo que el mejor periodo para visitarlo sería el mes de septiembre siguiente. Seguí trabajando asiduamente en mi tesis, que quería terminar lo antes posible, hasta las vacaciones de verano, que como de costumbre me tomaría en agosto.

En cuanto volví a ver a Alfredo, le conté de mi inminente visita a los Estados Unidos, y sin demasiada sorpresa me dijo:

—Me parece perfecto, te había dicho que las cosas habrían de cambiar a tu favor, ¿no? Sigue así, pero mantente siempre con los ojos abiertos— luego agregó:

—¿Cuánto te falta para terminar tu doctorado?

—Pienso que terminaré el próximo verano, todavía tengo mucho trabajo pendiente, pero todo está marchando bien, no debe haber problemas— respondí.

—Estoy realmente por ti. Ya verás, muchas cosas sucederán aún, así que mantente listo, permanece en estado de atención sin caer en tensión, acuérdate.

Yo asentí.

—Tú ahora estás totalmente en el Camino que, como sabes, sirve para preparar a quienes, usando un término técnico, se conocen como *buscadores*. Ahora bien, es necesario que tú sepas algo más acerca del significado de esta palabra.

Yo me quedé mirándolo en silencio esperando que continuara.

—Volverse buscador— prosiguió Alfredo —significa aprender a estar en el mundo sin ser del mundo. Parecería un juego de palabras, sin embargo, el significado de esta frase es mucho más profundo de lo que tú puedes imaginar por ahora.

—El Camino presupone un Trabajo que debe realizarse “en el mundo” para que éste pueda ser “sostenido” y alimentado por el Conocimiento que ha sido transmitido a través del tiempo. Conocimiento, no pura información. Conocimiento que sirve para la sobrevivencia y para el crecimiento del planeta. También debes saber que existen otros mundos y otras dimensiones más allá de las comúnmente conocidas, y que interactúan continuamente con esas en las cuales vivimos. Las acciones realizadas en un “mundo” o en una dimensión, producen efectos que pueden

ser visibles en otros, en una manera tan sutil y profunda, que estarán siempre más allá de la comprensión racional, sobre todo para el Hombre que se obstina en “entender” deteniéndose en las apariencias.

Después de interrumpirse, se volvió hacia la ventana.

—Por desgracia, debido al escaso desarrollo de nuestros instrumentos de percepción, tendemos a creer que *este* mundo nuestro no sólo es único, sino también el más importante para los fines de nuestra existencia. Y así, terminamos por creer que la vida material es la única realidad que hay que vivir, perjudicando así la posible apertura a la comprensión de otras realidades, mucho más allá de la ordinaria. En la historia del Hombre, siempre ha habido esfuerzos conscientes de crecimiento, que formaban parte de enseñanzas verdaderas de vida, así como también ha habido esfuerzos debidos a la imitación de estas enseñanzas.

Esta vez estaba totalmente atento a sus palabras, que no desencadenaban más pensamientos desenfrenados.

—Estos fragmentos de enseñanza— añadió —con el tiempo se han transformado en “religiones”, escuelas de pensamiento, sectas, y cosas semejantes. Éstas, partiendo del supuesto de que el mundo, así como lo conocemos todos, es una ilusión, han establecido métodos para buscar la Verdad, a través de los cuales era necesario escapar de la sociedad, refugiarse en el ascetismo y en la mortificación de las necesidades puramente físicas. Puesto que el Hombre es muy sensible a las apariencias, rápidamente ha asociado este tipo de métodos con la verdadera Espiritualidad que, con el tiempo, se ha vuelto sinónimo de sufrimiento y de padecimientos. Y ocurre también lo contrario, si un Maestro se mostraba como una persona que “estaba” totalmente en la sociedad, trabajaba, y vivía su propia existencia exterior, como lo hacen todos sus

semejantes, considerando sólo estos criterios de juicio, no podía ser “realmente espiritual”.

—Pero debes saber también que el Camino ha enseñado siempre un tipo diferente de acercamiento. El ascetismo, desde el punto de vista del Camino, en cuanto productor de soluciones y de cambios, es totalmente inútil. El Buscador de verdad debe vivir y permanecer en el mundo, porque éste es su campo de adiestramiento, el lugar de acción consciente, y donde él puede realmente aprender a trascender el mundo mismo. Es el lugar donde él ha sido colocado, para que pudiese producir cierto tipo de acciones. Si por lo demás, y de manera arbitraria, el Hombre decide rechazar al mundo, habrá puesto él mismo límites específicos a sus posibilidades de desarrollo. ¿Y sabes qué es lo más difícil de realizar en el Camino? Es seguir viviendo activamente en el mundo y seguir, al mismo tiempo siendo *libres interiormente, sin ser del mundo*.

Sentí que había entendido cuanto estaba diciendo. Era muy claro.

—Es un objetivo difícil puesto que— añadió, —en el momento en el que se decide conscientemente “formar parte del mundo con todas las de la ley” es decir, sin negarse a priori la multitud de experiencias que éste ofrece, resulta muy difícil mantener la determinación de no engancharse y de no identificarse con ninguna de ellas, y de vivirlas con la máxima libertad. Máxima libertad, en este sentido, no significa tener la posibilidad de hacer todo aquello que se quiere: significa ser activos, vivir plenamente la vida y todos sus aspectos pero sin aferrarse ni a las propias acciones ni a sus resultados, significa hacer, aun cuando se sigue siendo libre interiormente. En tal sentido, te puedo asegurar que escapar de la sociedad para volverse un ermitaño sería mucho más fácil que

hacer frente a la vida directamente, negando sus falsos aspectos y, pese a ello, viviéndola en todas sus dimensiones, porque, de cualquier modo, es una vida que nos fue dada con cierto propósito, y que debe vivirse sin darse excusas y sin miedos.

Cruzó los brazos:

—Es como si tú hicieras cierta cosa, con la plena conciencia de que se lleva al cabo en el contexto de un mundo que es, por así decirlo, “ilusorio” pero al mismo tiempo tiene una función muy precisa en tu desarrollo. Tu actitud tendrá que ser activa y positiva: deberás actuar sin buscar excusas, pero al mismo tiempo, recordar que el contexto en el que se desarrolla la acción es relativo, te ayudará a comportarte de la manera adecuada. Es una situación que requiere de un equilibrio muy difícil de obtener, activo pero al mismo tiempo consciente del valor real de las cosas.

En cuanto pronunció la palabra “equilibrio”, me volvió a la memoria la explicación del símbolo de la espadita, que Alfredo daba a sus discípulos. Alfredo había dicho que se requería equilibrio para estar en el Camino, pensé.

—Si quieres aspirar a algo que trasciende al mundo— agregé, —el único Camino permitido al Hombre pasa precisamente a través del vivir la propia vida en el mundo, no fuera de éste. Antes de pasar del otro lado, tendrás que conocerte a ti mismo y al mundo que tienes dentro, no negarlo.

En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, saltó bruscamente de la silla, y dijo:

—¿Qué te parece si vamos al mar? Te veo paliducho, anda, ven, vayamos a tomar un poco de sol.

Le sonreí, un poco sorprendido por aquella invitación, y después de darnos cita en uno de los tantos chalets de la playa para vernos una hora más tarde, dejé la oficina.

Más tarde, encontré nuevamente a Alfredo bajo su sombrilla, en la playa. Vi a otro muchacho con él. Alfredo me presentó a su hijo, Aga.

—El es Aga, y él es Marco, un famoso profesor inglés.

Nos estrechamos la mano, mientras él sonreía.

—Aga es un músico ¿sabes? dijo Alfredo —toca la guitarra en un grupo.

Aga lo interrumpió diciendo:

—No hagas caso, Marco. Me gusta tocar la guitarra, pero no soy un “músico”, como dijo él.

En seguida, empezamos a hablar, bajo la mirada de Alfredo; me sorprendieron su tranquilidad y aquella sonrisa extraña. Por un momento, experimenté la misma sensación, tal vez más fuerte, que había experimentado al ver su foto de cuando era niño.

“Decididamente” pensé, “este muchacho tiene algo especial” y esta impresión se volvía cada vez más fuerte a medida que seguíamos conversando

Luego, Alfredo nos interrumpió, y nos invitó a meternos al agua.

Después de haber nadado por más de media hora, salimos, y después de secarnos al sol Alfredo me preguntó:

—Entonces, ¿estás preparado para irte a los Estados Unidos?

—Sí,— respondí brevemente— pienso que será interesante.

—Ya verás, es un mundo diferente, y estoy seguro de que será una excelente experiencia para ti.

Luego, después de mirar el reloj, dijo:

—Es justo hora de ir a comer. Cada vez que vengo al mar, a esta hora me viene un hambre terrible...y cuando no vengo al mar, igual me viene una hambre terrible!

Otra vez de viaje

Un día antes de mi partida, como era ya mi costumbre, pasé a despedirme de Alfredo, esta vez en su casa.

Después de recibirme calurosamente me dijo:

—Bien, ha llegado el momento de la partida, ¿eh? Tendrás que vivir muchos momentos como éste, pero ser un viajero implica también estos inconvenientes.

Intuí que no se refería sólo a viajar en el sentido común de la palabra, sino también al sentido metafórico, viajar por el Camino.

—Gracias a todos los años que he pasado viajando de un lugar a otro del mundo, he aprendido que, para viajar bien, hay que viajar ligeros, sin cargar con demasiado peso, hay que ser flexibles.

Ahora, la alusión al Camino era todavía más clara. Interprete aquel “viajar ligeros” como recorrer el Camino abandonando los apegos, inútiles y dañinos, nuestras ilusiones y fantasías, sin las cuales se podía absorber realmente su enseñanza.

Asentí con una sonrisa que quería decir, “entiendo” pero por toda respuesta, Alfredo cambió de tema y dijo:

—Bien, te veo preparado para partir. No te quiero hacer perder más tiempo, my dear friend, querido amigo. No pierdas el contacto, y hazme llegar noticias acerca de tus éxitos.

Se levantó, y después de besarme en la frente, dijo:

—Con Dios...— y me abrazó con una fuerza tal, que casi me ahogaba.

—Gracias, Alfredo. Te estaré eternamente agradecido por todo lo que has hecho por mí, —dije a media voz, consciente del riesgo de que estuviera diciendo alguna estupidez sentimental.

—¿Gracias de qué? Yo sólo hago mi trabajo, y cuando llegue el momento, tú mismo tendrás que hacer lo que sea necesario. Es el servicio por el servicio, ¿no? ¡Adelante, y con fuerza!

Enrico entró en aquel momento en la habitación, y después de saludarme me dijo:

—Mi padre me dijo que estás por marcharte a los Estados Unidos— y después de estrecharme la mano con ambas manos me comentó:

—Me da mucho gusto por ti,—y nos abrazamos.

—Muy bien, muy bien— nos interrumpió Alfredo —me parece el final de una de esas películas de Hollywood. Mira que Marco volverá a vernos; ni que se fuera a la Luna!— y juntos nos echamos a reír.

—Y ahora vete, tendrás un montón de cosas que hacer, ¿no? Nos vemos pronto, no te preocupes.

Y después de despedirme nuevamente de Enrico y de Alfredo, me fui.

En cuanto llegué a Birmingham comencé a hacer los preparativos para emprender otra vez el viaje, pocos días después hacía los Estados Unidos.

Cuando el día marcado de la salida llegó, salí rumbo al aeropuerto de Heathrow a las primeras luces del alba, para poder tomar el avión que me llevaría a Nueva York. Una vez allí, tomaría otro vuelo hacia Arizona.

Me esperaban muchas horas de viaje, y presentí que sería un poco pesado. Por fortuna, también me sentía muy cansado, y poco después de levantar vuelo me quedé profundamente dormido. Casi cuatro horas más tarde me desperté, mientras el resto de los pasajeros seguía profundamente dormido.

Eché un vistazo por la ventanilla, y el azul oscuro del cielo casi me provocaba temor. Parecía un mar profundísimo, inmenso, sin costas ni confines. Mientras reflexionaba acerca del Camino, y recordaba las palabras que Alfredo había dicho poco antes de que partiera, de pronto me vino a la memoria, vívidamente, un sueño que recién había tenido:

Me encontraba caminando por una callecita, que parecía un callejón de una antigua aldea, con el piso empedrado. Caminaba, y después de haber dado vuelta a la esquina, entró en un callejón sin salida; al final del callejón, vi una estatua empotrada en una pared de piedra, que parecía la pared externa de un castillo. La estatua representaba a un hombre, que yacía sobre la espalda, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sólo podía ver el perfil. Tenía una espesa barba rizada y un rostro de expresión majestuosa, y vestía ropas de rey, que me causaron la impresión de que aquélla era la estatua de un monarca. Noté también que llevaba un extraño sombrero, y después de un momento de estar mirando me dio la impresión de que era un mago guerrero, hasta el punto que llegué a tener la certeza de que era efectivamente un mago.

Pasados algunos instantes, vi su rostro a volverse hacia mí, y abrirse sus grandes ojos. Quedé asombrado por la fuerza de aque-

lla mirada penetrante, casi humana. La intensidad era tan fuerte, que me hizo sentir pequeñísimo, una nada.

Estaba agitado, pero no asustado. Sin embargo, sabía que era un momento solemne: Algo importante estaba por suceder. El mago me dijo que daría comienzo una ceremonia de iniciación, a través de la cual me daría una espada.

Pronunciar palabras, que parecían en árabe antiguo, mientras me quedó mirándolo, de pie, sin hablar o pensar (entre las palabras que dijo, al día siguiente pude recordar sólo una: "Ilm").

Luego me dijo que extendiera el brazo derecho hacia afuera, y luego de un momento vi materializarse en mi mano una espada. En ese mismo instante, vi abrirse de pronto tras de mí una puerta de piedra, de la cual salió un guerrero con ropa de color negro y de aspecto amenazador, él también con una espada en la mano.

Mucho antes de que pudiera acercarse a mí, de inmediato y sin ningún titubeo, le lancé la espada al centro del pecho. Después de haber vuelto a tomar la espada lo vi tambalear y agonizar a mis pies, mientras detrás el mago guerrero me miraba. Ya no era de piedra, sino una persona de carne y hueso, un Maestro.

Después de mirarme un momento en silencio, me dijo que yo estaba destinado a convertirme en un gran guerrero, y que efectivamente llegaría a serlo. En cuanto terminó de pronunciar estas palabras, vi que de la espada brotaba una fortísima luz blanca con relámpagos y centellas. En el mismo momento, el cielo se volvió verde brillante mientras se desplazaba ante mis ojos: era un verde tan intenso y lleno de amor, que parecía envolver y abrazarlo todo y a todos, sin distinción.

El sueño terminó con la imagen del Maestro frente a mí que me miraba, mientras yo me vaía de espaldas, de pie, con las pier-

nas separadas, y con esta espada que me inundaba de luz y a todo lo que me rodeaba, bajo un cielo verde esmeralda.

En cuanto terminé de repensar y de rever mentalmente aquel sueño, tomé mi agenda y lo escribí en todos sus detalles. No sabía realmente lo que aquello significaba.

Sin embargo, no pude evitar una complacencia. Parecía un buen sueño... yo, que me convertiría en un guerrero.

Pero, después de pocos instantes, de pronto recordé las palabras de Alfredo en cuanto a los sueños: No había que interpretarlos. También recordé lo que había dicho sobre el sentido de la autoimportancia, que podía detener el crecimiento: ¿Acaso eran este tipo de sueños una trampa del Camino? La respuesta a esta pregunta, recordé, dependía totalmente de la actitud que se adoptaba al respecto.

Cualquier cosa que aquel sueño representase; interrumpí mi diálogo interno pensando que, en el fondo, era sólo un sueño, y decidí no cometer el error de aferrarme a mis sueños y a su interpretación, o a cualquier otro tipo de experiencia que me hiciera sentir importante.

Después de todo, por la mañana, cuando los sueños se hubieren desvanecido, me quedaba hacer frente a la realidad de una vida cotidiana, común, donde los sueños tenían muy poco espacio. Y era ésta la realidad que quería conocer, mis sueños podían quedar imperturbables en mi agenda.

Lancé una breve mirada a través de la ventanilla del avión, donde las nubes ahora parecían un mar etéreo, donde todo parecía ocupar su propio espacio natural. Cerré los ojos, y volví a ver el rostro sonriente de Alfredo. Lentamente, sentí que el corazón se me llenaba de gratitud y de coraje, listo para continuar el Camino.

...Diez años atrás escribí este libro con la intención de compartir la experiencia vivida con mi Maestro Alfredo. A la distancia, releyendo el texto, me di cuenta de que es verdaderamente difícil escribir sobre él, sobre su enseñanza y sus modos sutiles, a través de los cuales logra transformar a las personas que lo viven. Ingenuamente, y, quizás un poco inconciente de tal dificultad, había decidido describir, del modo más simple y directo posible, el impacto que Alfredo había tenía en mi vida. Pero un libro está compuesto de palabras que difícilmente alcanzan a capturar la miríada de velados pero importantes matices, las nuevas dimensiones que Alfredo me había hecho descubrir poco a poco, paso a paso, y que habían remodelado incesantemente mi manera de ser. De cualquier modo, el deseo de ofrecer este testimonio a otros buscadores fue más fuerte que el temor de no acertar.

He escrito sobre las barreras de la personalidad, de las alegrías y los sufrimientos, de las dudas y los descubrimientos que he vivido a partir del momento en que pedí a Alfredo convertirme en su discípulo para aprender a conocerme a mí mismo. Desde entonces han pasado diez años durante los cuales he vivido muchas más experiencias que me han transformado luego y que continúan aumentando el amor y la gratitud hacia Alfredo. Así como sigo esperando que estas páginas alcancen a tocar el corazón de quien lee.

El verdadero mensaje está entre líneas: si no te esfuerzas por entender o analizar cada simple palabra, una parte de ti, esa parte ligada al todo, sabrá captarlo en su esencia.

El próximo paso depende de tí.

**Este no era un libro para leer,
sino para comer.**

*Entre el cielo y la tierra
se encuentran las
posibilidades. Existe
la asistencia y existe
la ocasión... busca con
un corazón sincero.
Busca al hombre de
Dios y lo encontrarás.*



Life Quality Project International

